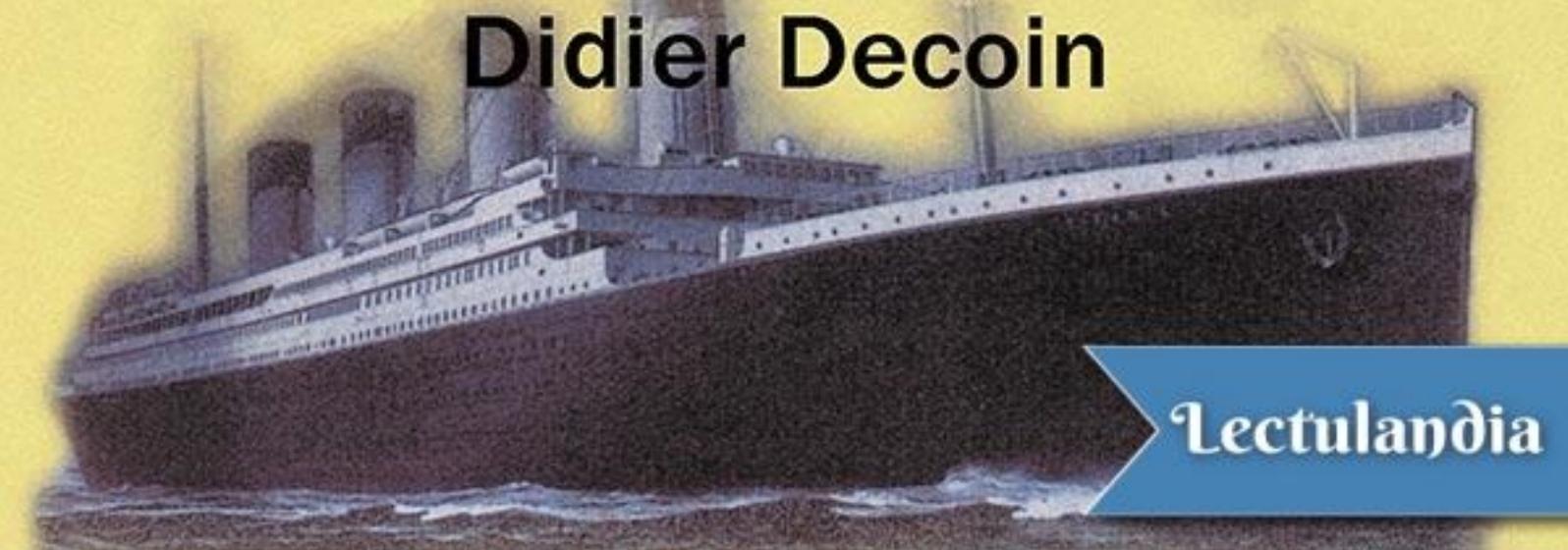


La
camarera del
TITANIC

Didier Decoin



Lectulandia

Horty, un estibador francés, recibe por correo en el cabaret una foto de una mujer. Llamados por la curiosidad, los demás clientes lo rodean y le tiran de la lengua. Horty se deja llevar por las circunstancias y empieza a contar su historia: había sido premiado en un concurso con un viaje a Southampton para ver partir al *Titanic*, cuando en el hotel en que se alojaba le pidieron que compartiera su habitación con una joven camarera que no tenía dónde dormir. Horty narra los sucesos de esa noche con tal pasión que nadie se atreve a dudar de su veracidad. Pasan los días, se hunde el *Titanic* y la historia de Horty, repetida cada noche, se va cargando de anhelos, se va hinchando de deseos hasta tal extremo que poco importa ya si es cierta o deja de serlo.

«Ésta es la historia de un amor tan extraño —afirma el autor—, que nunca estuve seguro de que me atrevería a escribirla. Pero al final, la necesidad de contarlo resultó más fuerte que mi pudor. Se trata de la pasión que —durante el año 1912, el año del *Titanic*— sintió Horty, un estibador de cincuenta y dos años, por Marie Diotret, una joven camarera del trasatlántico. El mundo no estaba hecho para ellos.»

La camarera del Titanic es la historia de una mentira dicha casi sin querer. O, mejor dicho, de un deseo tan poderoso que para sobrevivir hubo de tomar la forma de la mentira.

Lectulandia

Didier Decoin

La camarera del Titanic

ePub r1.0

Titivillus 18.02.15

Título original: *La femme de chambre du Titanic*

Didier Decoin, 1991

Traducción: Luis Guillermo Villa Escobar

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Jean-Marc Roberts

«Había seguido su extraordinario destino hasta el final. ¿Podría sugerirse que, para seguirlo mejor, se hubiera engañado a sí mismo?»

YASUNARI KAWABATA

Corre; lleva un becerro a costas, atravesado sobre los hombros.

Antes de iniciar la carrera, él mismo inmovilizó las patas del animal con unas cuerdas de cáñamo. Si la atadura no está bien hecha, el becerro se agita y sus sacudidas desequilibran la marcha del hombre que lo carga. Los dos caen, se hunden en las charcas de agua estancada que hay en el muelle. Ruedan hasta los pies de las mujeres, que ríen tapándose la boca con la mano.

Las mujeres de los armadores no son particularmente crueles, pero que un hombre se caiga con el becerro es lo único que las divierte un poco. De otro modo, aunque el concurso rara vez excede una hora escasa, incluidos los preparativos, a ellas se les hace demasiado largo. Hay que decir que se celebra todos los años y siempre apenas comienza la estación. A finales de marzo, cuando aún hace frío en el puerto. A veces llueve. No hay donde protegerse. La lluvia apelmaza los sombreros, reblandece los velos, mancha los largos vestidos grises o malva.

Horty siente junto a la nuca el calor ardiente del cuerpo del animal. La orina del becerro desciende por la espalda del estibador, se mezcla con su sudor, le empapa la camisa blanca. Desde que participa en el concurso, Horty anda buscando la forma de impedir que el becerro se le mee encima. El animal se mea de pánico. Ha intentado ligarle la verga al becerro, pero el dolor excita a la bestia y ésta aún se revuelve más. Ha tratado de hacer orinar al becerro justo antes de echárselo sobre los hombros, pero por más que le apriete el bajo vientre, el animal está demasiado intranquilo para evacuar y, cuando consiente, jamás se vacía del todo. Dos o tres años atrás, Horty y los demás estibadores pidieron a los armadores que sustituyeran el becerro por una carga equivalente pero inerte; por ejemplo, sacos de arena. Los armadores actuaron de forma razonable: se reunieron en asamblea general, estudiaron la propuesta y a las seis de la tarde convocaron a la gente en el muelle: no se podía prescindir del becerro, explicaron, pues el fundador del concurso quería que fuese forzosamente un becerro. Se releyó su testamento, la cláusula era tajante. De todas maneras, el juego es más espectacular con un becerro. Los mugidos de la bestia enloquecida forman parte de la fiesta, así como los aplausos de las mujeres que baten sus manitas enguantadas, los chillidos de las gaviotas, la música, el viento, y las campanas de la ciudad y las sirenas de los barcos que ovacionan al vencedor.

Cuando Horty llega junto a la tarima donde toca la orquesta, ya lleva ocho minutos corriendo.

La orina del becerro se le ha enfriado sobre la piel, ya no siente su olor amoniacal: lo ha dejado tras de sí, en su estela.

Horty jamás ha corrido tan rápido. Tampoco ha sufrido nunca tanto. Tiene la impresión de que un fuego le recorre la garganta, una especie de esputo que todo lo devora y del cual no consigue liberarse. En el pecho y en el vientre los órganos toman

dimensiones enormes. Se han inflado y le presionan las costillas, intentando separarlas para abrirse paso y salir reventando la piel. De vez en cuando la sangre afluye al cerebro con tal violencia que una niebla roja oscurece la vista del estibador. Una noche breve, helada, desgarradora, se le echa encima. Ya no siente el pavimento del muelle bajo los pies. Por un instante corre sobre una nube. Debería ser una tregua agradable, pero no es así porque la nube está horadada y los huecos se abren al vacío.

Horty ve el percutir frenético de las baquetas sobre los tambores, pero no oye sus redobles. Ni siquiera oye las trompetas. Ni los gritos de aliento de los armadores que, vociferantes, agitan delante de él sus sombreros negros.

A pesar de estar oficialmente prohibidas las apuestas, este año, al parecer, han alcanzado su máximo nivel. Horty corre ahora en un mundo silencioso donde sólo existe su sufrimiento y a veces el eco de aquel que experimenta el becerro.

Unos dos minutos más de carrera y alcanzará el tramo más peligroso del concurso: aquel en el que cada año cree que va a morir. Por otra parte, puede que en cierto modo muera. Corre como un autómatas. Sólo sus piernas continúan. Son ellas las que se obstinan, las que van a permitirle atravesar la muerte; con la condición de que el estibador no tropiece. Si cae durante esta especie de síncope vertiginoso, no volverá a levantarse. Hay demasiada renuncia dentro de él.

De ordinario recupera la conciencia a una centena de metros de la estrecha pasarela que une el muelle con el puente del carguero.

Agradece a sus piernas el haberlo llevado hasta allí. Sacude la cabeza, se desembaraza de la noche, de la muerte. Sus cabellos empapados rocían el muelle con una lluvia de sudor. A veces también con un poco de sangre que le brota de la nariz o de las orejas. Mordiéndose la lengua para no gritar, Horty recupera el control de su cuerpo y de sus sentidos para el embate final.

La pasarela es estrecha. Ha llovido al alba y no ha habido suficiente viento para secarla, así que está tan resbaladiza como si le hubiesen echado jabón. El menor sobresalto del becerro, el menor paso en falso, y Horty caerá entre el muelle y el flanco del navío. La inmersión brusca en el agua fría de aquel cuerpo que el dolor ha vuelto incandescente provocará un paro respiratorio. Se sumergirá con la boca abierta. El peso del becerro sobre los hombros precipitará el hundimiento. Horty se verá atrapado bajo el casco férreo del buque. O bien, su camisa se enredará en las palas de la hélice, donde permanecerá apresado, crucificado.

Para cruzar la pasarela sin mayores dificultades, el estibador debe abordarla con el pie derecho. Con él domina mejor su equilibrio. Luego, ha de afirmar el izquierdo

y dejar que ascienda por sus piernas, ligeramente dobladas, la onda del balanceo de la pasarela. Si no lo hace así, la tabla actuará como un trampolín y lo lanzará al agua. La dificultad consiste, pues, en moderar el paso al abordar la pasarela. Naturalmente, en ese momento se siente el deseo de acelerar la carrera, un poco por vanidad, pero sobre todo porque el final está próximo, y con ello concluye la tortura.

Este año Horty no está seguro de poder controlarse lo suficiente como para disminuir el ritmo. Opta por detenerse. Entonces oye a la multitud que grita y silba a sus espaldas. Probablemente la gente piensa que va a renunciar.

El estibador cuenta mentalmente hasta tres. La pasarela deja de vibrar. Horty hunde las uñas en la carne del becerro y reanuda su avance.

Después, todo se sucede rápidamente. Horty no tiene más que rodear el torno de vapor y pasar por entre las dos mangueras de aire. A unos pasos, al pie del mástil de carga, hay trazado un círculo rojo sobre el puente del barco. Horty se inclina y lanza el becerro al centro del círculo. La bestia muge: algo se ha roto en la caída. A Horty no le gusta hacer sufrir a los animales. Pero el becerro que ha llevado sobre los hombros no es un animal, sino una interminable agonía de doce minutos, la humillación del torso de un hombre empapado de orina, una carga de odio. «Que reviente», piensa. Lo mira de nuevo. El animal trata de estirar las patas amarradas. Hay como una especie de pus en sus largas cejas. Expele excrementos, se vacía sobre el puente, con los flancos hundidos. Luego se aquieta y muere. Una fetidez tibia rodea al estibador, quien se aleja unos pasos y contempla la rada. Unos hilillos de vapor tembloroso brotan de las sirenas ululantes. Algunos barcos izan los gallardetes. Horty se agarra a las jarcias del barco como un boxeador a las cuerdas del ring. Los hombres, tocados con gorras, corren hacia el carguero. Les siguen las mujeres, que se levantan el ruedo de los vestidos para poder correr. Los marineros, en las superestructuras de los barcos anclados, agitan las gorras para saludar a Horty.

Los demás concursantes se han detenido en el muelle. Llevados por el impulso, algunos habían corrido todavía unos metros. Pero ahora todos están inmóviles. Dejan en el suelo sus becerros, cuyas patas liberan de una cuchillada. El concurso del mejor estibador de los puertos del norte sólo tiene un vencedor. No hay premio para el segundo.

Los hombres subieron a bordo y, siguiendo la tradición, se quitaron los sombreros negros al trasponer el portalón. Las mujeres permanecían al pie de la pasarela, lanzando grititos de temor cuando alguna ola, originada por el movimiento de un buque, chocaba contra el borde del muelle.

A Horty le habría gustado que también las mujeres subieran a felicitarlo. Había entre ellas algunas muy hermosas. Le hubiera complacido verlas humedecerse los frescos labios con timidez cuando les rozara la mano. Pero el estibador olía tan mal ahora, que tal vez era mejor que las señoras se quedaran prudentemente en el muelle,

lejos de él. Las volvería a ver por la noche, durante el baile, después de que se hubiera lavado en el mar y mudado de ropa. También las mujeres estarían más hermosas. Siempre se esmeraban para el baile de los estibadores. Procuraban bailar sólo con sus maridos o con los de sus amigas —con los armadores, hombres de su clase—, pero Horthy había advertido que siempre había una o dos que se saltaban las conveniencias.

A pesar de que el oficio había envejecido al estibador, a pesar de que los pesos le habían inclinado adelante los hombros de manera curiosa, que recordaban unos muñones de alas, aun con sus cincuenta y dos años y pese a su rostro ajado, había ganado el concurso durante cinco años consecutivos. Quizá por eso merecía bailar con una mujer perfumada, además del premio habitual: el becerro que había lanzado en medio del círculo rojo y que le ayudarían a llevarse a casa, en alegre comitiva.

A Horthy le dolió hoy mucho más que las otras veces. No sabía que el dolor pudiera lacerar tan profundamente la carne de un hombre.

Por más feliz que fuese ahora, guardaba en su fuero interno un lancinante estado de aflicción. Era apenas un recuerdo. Algo hiriente lo seguía recorriendo, lo exploraba como buscando el mejor lugar donde anidar y, una vez en él, devorarlo. Se estremeció, y no sólo porque hiciese frío en el puente, expuesto al viento de mar adentro que llegaba con el oleaje hasta la rada y producía un chapoteo seco y blanco de espuma.

Horthy tendió la mano a los estibadores que subían a bordo del carguero.

—Es la última vez —les iba diciendo—. El año que viene os tocará a vosotros conocer el sabor del becerro. Aunque matarse para eso... Es blanco como el bacalao y, además, seco. Suelta jugo, eso sí. La verdad es que sólo merece la pena la grasa que desprende y el vino que se le echa.

La mayoría de los estibadores vivía en la Ville-Basse, una especie de poblado parecido a los mineros del norte de Francia. Las casas de ladrillo se escalonaban a uno y otro lado de una calle empinada, el antiguo sendero de Patna que luego se llamó calle de la Villemarqué en memoria del joven y erudito vizconde, apasionado de las leyendas, que volvió a poner de moda el mito de la ciudad sumergida de Ys.

Talladas y ensambladas por carpinteros de ribera, puertas y ventanas eran lo bastante sólidas como para resistir las ráfagas del viento del suroeste que ascendían calle arriba, a veces arrastrando enormes cantidades de espuma que dejaba sobre los cristales una nieve triste y pringosa. Generalmente, los marcos de las ventanas estaban pintados de azul. En verano, las mujeres colgaban soportes de hierro en los que colocaban macetas de flores. Las regaban por la mañana y las entraban a la caída de la tarde, como si fuesen animales domésticos. Pese a todos sus cuidados, las

plantas morían antes del otoño, quemadas como en el desierto por el ventarrón salino.

Era un lugar tranquilo que olía a algas secas y a café claro, donde siempre había muchos pájaros, porque los estibadores llevaban de un lado a otro granos de mandioca adheridos a la suela del calzado y en los pliegues de la ropa.

La calle terminaba de repente. Se llegaba a la playa. La llamaban «el puerto de las mujeres», porque allí se reunían ellas en la bajamar para comprobar si las olas habían dejado algo. Desde lejos, encorvadas sobre la arena, con sus espaldas redondas y negras como cascos bien calafateados, con los chales inflados por el viento, las mujeres se asemejaban a una flotilla de barcas de pesca.

Tan sólo las mujeres y sus hijos acudían a la costanera. Al mismo tiempo que las animaban a realizarlo, los estibadores despreciaban ese pillaje. Ellos robaban directamente en las bodegas de los barcos, donde la mercancía era de mejor calidad y no estaba mojada por una prolongada permanencia en el agua ni echada a perder por el vaivén de las olas.

Durante la marea baja la playa tenía forma de media luna. Y sobre el polvo de nácar de las conchas pulverizadas, la luz se reflejaba, blanca y gris, lo mismo que en la luna.

A las once de la mañana, Zoé Horty oyó las campanas en la torre de Saint-André. Se irguió. Pero ni siquiera así parecía más alta: su crecimiento terminó a los quince años; a punto de cumplir los cuarenta y cinco, había conservado la fragilidad y los ademanes cortos y algo bruscos de una adolescente. Le enmarcaban el rostro unos cabellos en desorden cuyo color rubio se había vuelto rojizo con la edad; cabellos secos y finos que ningún cepillado, ninguna cinta, habían logrado mantener en su lugar. Se hubiera podido creer que Zoé había salido del vientre de quien estaba a su lado, Bathilde Burén, una muchacha fuerte, maciza, de boca carnosa y cabellera densa, y que no contaba aún dieciocho años.

Bathilde se sacó el pañuelo de la manga del vestido y lo expuso al viento para que lo desplegara. Bathilde era perezosa. En el pañuelo había una cajita metálica. Bathilde abrió la tapa, inclinó la caja y extendió en el dorso de su mano un polvo fino de color oscuro, el cual protegió con la otra mano. Aspiró el polvo con el rostro inclinado y los labios apretados, concentrando todo su poder de aspiración en la nariz. Zoé la observaba con envidia.

—¿Quieres? —preguntó Bathilde echando la cabeza hacia atrás—. Es tabaco turco. Huele a miel y a algo más que no conozco.

Zoé lo aspiró. Ambas comenzaron a estornudar, entre risas. Se limpiaron la nariz con los dedos porque no podían ensuciar el pañuelo de Bathilde, destinado a limpiar lo que se pudiera encontrar en la playa, algo de valor o simplemente comestible.

—Las campanas —dijo Zoé—. Y ahora, las sirenas. Ha acabado el concurso. Me voy a casa, debo prepararme por si Horty trae el becerro.

—¿Es posible? —preguntó Bathilde.

—Claro que es posible —repitió Zoé.

—Prometiste enseñarme —dijo Bathilde.

En julio, Bathilde se casaría con Jean-Marie Steuze. El año próximo, Steuze podría participar por fin en el concurso, que era únicamente para hombres casados (el fundador había pensado en todo: ¿qué iba a hacer un soltero con un becerro?). En la calle de la Villemarqué todo el mundo sabía que Steuze sería el siguiente vencedor. Tenía condiciones para serlo. Trabajaba en los muelles con el equipo de Horty, para quien la victoria de Steuze significaría un traspaso de poder, una sucesión legítima. Horty lo entrenaría como si fuera su propio hijo, lo llevaría a la victoria.

Pero Bathilde opinaba que no basta con tener un hombre que traiga un becerro; hay que saber adobar el animal para impedir que toda esa carne se pudra tan rápidamente que no se pueda aprovechar y termine como cebo para los peces.

—Ven a casa y verás cómo lo hago —respondió Zoé—. No es tan complicado, sólo tendrás que mirar.

Abandonaron el puerto de las mujeres y regresaron por la ensenada, una pendiente escarpada que habían labrado las mareas. Las olas no dejaban en ese lugar sino algas, pero allí acudían los domingos los habitantes de los barrios ricos de la Ville-Haute para pasear y ver el mar, y en ese sitio Zoé encontró, resplandeciendo entre los fucos, dos joyas. La primera la entregó a la policía. Pero los agentes la retuvieron por largo tiempo y la abrumaron a preguntas, como si sospechasen que la había robado. Anochecía cuando pudo al fin abandonar la comisaría. Así que se quedó con la segunda joya, un pequeño broche de plata.

Zoé no tenía reputación de hacer confidencias fácilmente, pero, pese a ello, Bathilde intentaba, además del asunto de despedazar el becerro, que le hablase del amor. Porque Zoé tenía la mirada tranquila de una mujer amada. Sus iris claros así lo indicaban; y no sólo los iris. Las vecinas de Zoé decían que a veces se la oía cantar, y pocas mujeres de estibadores cantaban a los veinticinco años de matrimonio.

—Horty es un hombre sin complicaciones, porque le gusta la vida —dijo Zoé—. Es como los animales, no sabe que va a morir. Cuando esto suceda, si estoy presente, no me mirará con terror a los ojos. Tendrá una expresión de asombro. Así me mira cuando goza.

—¿Gozar lo asombra? —preguntó Bathilde.

—Sí, créeme.

—¿Grita?

—No, no grita. Pronuncia mi nombre. Dice «Zoé, Zoé», eso es todo. Sucede así desde la primera vez. Luego, me pide perdón porque no he gozado.

—¿Tú no gozas? ¿Por qué?

—No lo sé. No hemos tenido hijos, quizá no estoy hecha como las demás.

—Sí, yo tampoco gozo —dijo Bathilde—. Y ahora que caigo, lo cierto es que tampoco he oído nunca a una mujer de nuestra calle que dijera que sentía placer al hacerlo.

—Pues no hay duda de que lo sentimos, pero no sabemos de qué se trata. Tal vez ocurre como lo que decía hace un momento, lo de la muerte para Horthy: morirá y no sabrá que muere. ¿Crees que hay que saberlo todo? Caminamos por una calle, y la vida consiste en ir hasta el final de esa calle. Naturalmente, no vas a entrar en cada casa de la calle para mirar cómo está arreglada por dentro.

—Me pregunto qué hay al final de la calle —murmuró Bathilde.

—El mar, una especie de mar en el que uno se ahoga.

—Da miedo —dijo Bathilde.

—Aún eres joven. No pienses en eso.

La calle de la Villemarqué estaba desierta. Las demás mujeres habían corrido a averiguar quién había ganado aquel año.

—No deberíamos hablar de estas cosas —dijo Bathilde.

—No —aceptó Zoé.

—Pero hablamos de ellas.

—El día del concurso no es como los demás, la gente enloquece. Está lo del becerro, y luego lo del baile.

—Me gusta el baile —dijo Bathilde.

—A mí, no.

Para no aguar la alegría infantil de Bathilde, que había comenzado a revolotear en la calle como si llevase ya un hermoso vestido, Zoé comentó que a ella también le gustó bailar, pero de eso hacía ya mucho tiempo. Ella era tan baja, y los estibadores tan altos, que nunca fue una buena pareja. Tenía que empinarse sobre la punta de los pies, lo que no era lo más indicado para bailar la polca.

Ahora prefería quedarse en casa con Horthy y lavar despaciosamente la vajilla, aprovechando cada pieza que lavaba para tratar de acordarse de las circunstancias en que la compró.

Casi siempre se surtía en el vendedor de objetos arrojados por el mar. Éste visitaba la Ville-Basse una vez al mes en un carromato de pared lateral abatible sobre unos soportes, con lo que se convertía en un mostrador. Como no ignoraba que sus clientes eran mujeres supersticiosas, el mercader afirmaba que jamás vendía nada procedente de un naufragio en que hubiese habido víctimas humanas. Podía contar cualquier cosa. Por ejemplo, era difícil creer que todas las vajillas de cristal que vendía procedían de comedores de transatlánticos de lujo. De ser cierto, había mucho transatlántico en el fondo del mar. Pero ¿qué importaba? Aun incompletas y a veces con piezas desportilladas, las vajillas eran sólidas, a menudo decoradas con áncoras, jarcias anudadas, aves exóticas o vistas de Valparaíso. Las cuberterías, en cambio, no valían gran cosa. Al comprarlas, las piezas brillaban, pero no tardaban en empañarse y, por último, se oxidaban. Seguramente habían permanecido demasiado tiempo en el

mar.

Zoé se preguntó cómo se las arreglaría Bathilde para hacerse el ajuar, ahora que el vendedor de objetos recuperados del mar había desaparecido.

Su casa era la única ante la cual había unos niños agachados sobre la tierra apisonada. Embutidos en sus chaquetas negras, gritaban y se empujaban; vistos desde lejos, parecían un enjambre de moscas. Zoé no necesitaba más para saber que Horty había ganado. Sabía por qué los niños estaban allí: por el becerro, por los huesos que no le eran útiles y que les arrojaría por la ventana, divirtiéndose al ver que se los disputaban como perrillos.

Se apartó para franquear el paso a Bathilde. En vez de limpiarse las suelas de los zapatos, la joven se descalzó y dejó en el umbral sus zuecos embarrados. Miró a su alrededor. Dijo que era hermoso, sobre todo el vajillero con las servilletas encima, y también la lámpara que colgaba del techo.

—Esa lámpara —dijo Zoé con orgullo— no es cualquier cosa. Esa lámpara procede de un barco de tres palos polaco, estaba en la habitación del capitán y era su mujer quien le sacaba brillo; hasta conocemos su nombre, se llamaba Hendryka.

—¿Estás segura? —preguntó Bathilde, impresionada.

—Todo lo que hay en nuestra casa ha vivido. Hermosas vidas, algunas veces. Si te lo contase todo, necesitaríamos la noche entera. Y esta noche tienes baile.

—Y pienso bailar hasta caer rendida —dijo Bathilde, que empezó otra vez a dar vueltas sola—. Pero vendré a verte una de estas tardes. Ya escucharé tus historias.

La muchacha se acercó a la estufa, que parecía un trono en medio de la sala, levantó una placa y aspiró el olor que exhalaba el hogar apagado.

—¿Te calientas con carbón?

—Abunda en el puerto —dijo Zoé—. Se consigue más fácilmente que la leña. Dos o tres kilos cada día no los nota la Marina y el montón crece con rapidez. —Tendió un paño azul de cocina a Bathilde—: Póntelo para resguardarte. Sólo tengo un delantal y no me lo puedo quitar. Voy a amolar los cuchillos; tú, busca y saca todos los recipientes que puedas encontrar. Coloca en unos sal y en otros agua.

Zoé pasó por detrás de Bathilde, deslizó las manos por entre los densos cabellos de la muchacha, los levantó y los anudó como un moño improvisado. Bathilde se miró en un espejo por encima del fregadero y sonrió:

—¡Dios mío! Iré así al baile. Debiste haber tenido una hija.

—Sí, me hubiera gustado mucho. Yo sé tratar a las chicas —agregó, devolviéndole la sonrisa.

Pensó que, si fuera la madre de Bathilde Burén, comenzaría por lavarla. Como castigo por ser tan sucia, la condenaría de inmediato a retirar las vísceras, a limpiar los riñones. Claro que, a fuerza de embotarse la nariz con tabaco turco, Bathilde quizás había perdido el olfato.

Zoé salió al quicio de la puerta. Los niños todavía permanecían ahí. El viento de la marea deshilachaba las nubes y hacía aparecer largos jirones de un azul aún pálido. Pero llovía más allá, a menos de un kilómetro, sobre la Ville-Haute.

—Cuando pasa esto —dijo uno de los niños—, es que el diablo zurra a su mujer.

—El diablo no tiene mujer —dijo Zoé—, precisamente porque le zurró demasiado. Pero le quedan hijos, y creo que conozco a algunos de ellos.

Arrodillada ante la piedra de granito que hacía las veces de quicio para acceder a la casa, afiló los cuchillos. Era mediodía, se sentía feliz. Hubiera querido explicárselo a Bathilde, pero pensó que una muchacha siempre impaciente como ella tal vez ni siquiera sabía que la felicidad existía. A la misma Zoé le costó años hacerse idea de lo que era. Ahora sabía dónde encontrarla. Iba derecha hacia ella, sin vacilar, como cuando era una niña y seguía a sus hermanos por los árboles en busca de nidos. Era la primera en localizarlos. Pero en aquella época era aún muy egoísta, así que se sentaba sobre los nidos, los ocultaba bajo el vestido y decía: «No, no, buscad por otro lado, aquí no hay nada.» Sentía que las alas de los pichones le rozaban los muslos. Era una sensación extraña, exasperante y grata a la vez. Al comienzo de su matrimonio, intentó persuadir a Horty de que la acariciase más o menos parecido, de que le pasara las uñas entre los muslos, por ejemplo. No dio resultado. A él le interesaba mucho más que ella lo acariciara. Así pues, Zoé no volvió a hablar más del asunto. Seguramente, a Bathilde le habría sorprendido saber que eso no le impedía ser feliz. «Bathilde le da demasiada importancia a su cuerpo», pensó Zoé mientras escupía sobre los cuchillos para enfriar el calor que provocaba la afiladura. Y Zoé continuó pensando, siempre a propósito de Bathilde: «Y la verdad, no tiene un cuerpo tan magnífico. Más grande que el mío, eso sí, pero ¿para qué le sirve? Para bailar mejor que yo, pero aquí sólo se baila una vez al año. Quedan los otros días.»

Se rió sola. Una mano se apoyó en su hombro. Justo en aquel momento salió el sol. Por su sombra, que se alargaba sobre el granito, se quebraba y ascendía por la puerta azul, Zoé reconoció a Horty. Se incorporó y se apretó contra él. Soltó los cuchillos, por temor a herirlo.

—Apesto, pequeña —dijo el estibador.

—Bathilde Burén está aquí, ha puesto agua a calentar y te podrás lavar. Encontrarás tu otra camisa blanca sobre la cama, la he planchado esta mañana, ya ves que tenía confianza.

Antes de entrar en casa, Zoé miró a la parte alta de la calle, del lado de Saint-André, sorprendida al no oír los cantos de los camaradas de Horty ni el ruido de la carreta sobre la cual, como todos los años, llevaban el becerro a la casa del vencedor.

—Te voy a decir algo muy divertido —dijo Horty—. Este año no hay becerro. Los armadores lo han enviado al hospicio.

—¿No hay carne? —se asombró Zoé—. Entonces, ¿te han dado dinero?

Horty se sentó a la mesa. Empujó los recipientes rebosantes de agua caliente.

—He ganado un viaje —dijo.

Bathilde comenzó a reírse, descubriendo sus largos dientes cuadrados con las puntas estriadas como pequeñas sierras. Zoé se encogió de hombros, irritada:

—Si hoy no es el día para que aprendas a preparar un becerro, por lo menos te voy a mostrar cómo cuidar a un hombre. Quítale los zapatos y las medias. Acerca la ponchera de agua salada. Lávale los pies.

—¡Eh, eh, calma! —exclamó Bathilde.

—Yo no obligo a nadie —respondió Zoé—. Si no te gusta, ya sabes dónde está la puerta.

Bathilde se arrodilló. Horty pasó distraídamente los dedos por sus cabellos, desanudando sin querer el falso moño que Zoé había arreglado hacía un momento. Los rizos negros volvieron a caer sobre las mejillas de Bathilde, ocultando su rubor. Rozó los pies de Horty con timidez, pero pronto se animó. Le hacía cosquillas al hombre, y ella misma se reía. Tenía unas manos suaves.

—¿Un viaje? —preguntó Zoé—. ¿Qué quiere decir exactamente un viaje?

—Quiere decir que me iré, pequeña. Voy a montar en tren, atravesaré el mar y llegaré a Southampton, en Inglaterra —agregó después de hacer énfasis en el nombre de Southampton el tiempo suficiente para producir todo su efecto.

—¿Qué nos interesan a nosotros Inglaterra y Southampton? ¿Desde cuándo queremos a los ingleses?

—Dame café —pidió Horty.

Se lo sirvió sin apartar de él la mirada, como si buscara una señal de que había bebido o se había vuelto loco.

Ya había sucedido que a los estibadores que cargan fardos muy pesados les estallase algo en la cabeza. Zoé no sabía muy bien qué se rompía dentro del cráneo, pero había oído contar que algunos de esos hombres quedaban idiotizados y después tenían que ocuparse de ellos como si fuesen niños.

—Southampton —dijo Horty—: de allí zarpará el *Titanic* rumbo a Nueva York. El mayor transatlántico del mundo. Si uno no lo ha visto, no lo puede describir. Y aun habiéndolo visto, tampoco podría hablar de él porque no encontraría palabras. Es lo que me han dicho esos señores. Algunos de ellos lo visitaron en los astilleros Harland y Wolff, en Belfast. Ahora, el *Titanic* va a hacer su primer viaje y estoy invitado a asistir. Será el 10 de abril, a mediodía.

Zoé miró atentamente a su marido con compasión:

—¿No has visto suficientes barcos en tu vida?

Horty no respondió. No había comparación entre el *Titanic* de Southampton y los cargueros de aquí. El primero había sido concebido para complacer a todos los que adquirieran pasaje, incluso a los emigrantes, que serían millares y embarcarían en la rada de Queenstown, dejando Irlanda a las ovejas. En cambio, los cargueros no eran sino bodegas oscuras, ruidosas, húmedas y tristes, que atracaban y luego zarpaban sin que los estibadores hubiesen tenido siquiera tiempo de descifrar, bajo la herrumbre, el nombre pintado en la popa.

Bathilde había acabado de frotar los pies del dueño de la casa. Los contempló un momento sobre sus rodillas, envueltos en un trapo. Después se levantó y se sentó en un banco frente a él. Escuchó, mordiéndose el labio como una niña. Aquella noche en el baile sólo se hablaría del viaje de Horty. Si retenía lo que estaba contando el estibador, sería la mejor informada. Los hombres se apretujarían a su alrededor para saber más del asunto. Mirarían su boca, que era precisamente lo mejor que tenía Bathilde.

—Dormiré en el hotel —explicó Horty a Zoé—. Esos señores me han reservado habitación en el hotel de Southampton, un hotel de verdad, no un asilo de obreros. Y la víspera de la partida del *Titanic*, cenaré en el comedor de ese hotel. Me preguntarán qué deseo y me servirán en la mesa. ¿Puedes imaginártelo, pequeña?

—Tú no hablas inglés —replicó Zoé.

—En ese caso —intervino Bathilde—, se señala con un dedo la carta y se dice: «¡Esto, y después esto y más de eso!» Forzosamente son cosas de comer. Quisiera estar allí —agregó cerrando los ojos.

—Todo el mundo quisiera estar allí —dijo Horty—. Y en cierta forma todo el mundo estará allí. Es decir, todos los que en el mundo cuentan como personas importantes.

—¿Así que eres una persona importante? —dijo Zoé en tono burlón—. He vivido veinticinco años con una persona importante, y yo sin darme cuenta. Y tú, Horty, ¿con qué clase de persona tienes la impresión de haber vivido?

—Basta —cortó Horty—. No sigas, querida. Te quiero.

—Está preocupada —comentó Bathilde alargando la mano para acariciar a Zoé y tranquilizarla—, teme que te suceda alguna desgracia. Además, Southampton está tan lejos...

—Lárgate —ordenó Zoé al tiempo que asía la mano de la muchacha y la arrastraba hacia la puerta—. Sal de mi casa, este asunto es entre Horty y yo, sólo entre nosotros dos.

Una vez fuera, para salvar las apariencias con los niños agrupados ante la casa, Bathilde les gritó que se marcharan.

—De parte de Zoé, os informo de que este año no habrá desperdicios de becerro. Pero el estibador tal vez os traiga caramelos de Inglaterra.

Ya había subido la marea; el viento amainó y las nubes se concentraron sobre la Ville-Basse. Comenzó a llover. La calle de la Villemarqué se convertiría pronto en un cenagal. Bathilde se alejó, sintiéndose vengada: Zoé no podría evitar llegar al baile embarrada hasta las rodillas, en tanto que a ella la llevaría en brazos su novio. Horty también era capaz de hacer lo mismo con su mujer y evitarle el lodo, pero Zoé lo pondría tan furioso que ni siquiera pensaría en hacerlo.

Horty se incorporó. Detrás de la ventana, siguió con los ojos a la muchacha que se

iba calle abajo. Había olvidado darle las gracias por haberle lavado los pies. Eso debió de ser un poco humillante para ella, pero de todos modos lo había hecho con esmero. Seguramente la chica esperaba enterarse de más cosas sobre el *Titanic* y la manera de tratar bien a los clientes en los hoteles de Southampton. Pero Zoé la había echado antes de que Horthy hubiese podido decir ni la mitad de lo que sabía.

Los armadores le habían descrito el gran puerto inglés, la calle próxima a los muelles de los transatlánticos donde estaba el hotel, el vestíbulo con puerta giratoria, la escalera con peldaños barnizados de blanco, el corredor de las habitaciones, como la crujía de un barco. Al parecer había alfombras por doquier, macetas con plantas en todos los rincones y un salón para fumadores artesonado y decorado con retratos de barcos, al que sólo tenían acceso los hombres.

Sin embargo, Horthy no se dejaba deslumbrar fácilmente. El último sentimiento de admiración que había experimentado se remontaba al día de su matrimonio con Zoé. Nevaba desde la víspera. La nieve cuajó, cosa que nunca más había vuelto a suceder, porque en las regiones marítimas la bruma salina la funde en cuanto llega al suelo. Aquello fue algo tan inesperado que hasta los niños evitaban jugar con la nieve para conservarla virgen y admirarla por más tiempo. Viéndola cubrir la Ville-Basse, Horthy pensó que contemplaba el blanco absoluto. Después, Zoé y sus padres, sus amigos, el cortejo, aparecieron al final de la calle, camino de la iglesia de Saint-André. Entonces Horthy se dijo para sus adentros que el vestido de Zoé era aún más blanco que la nieve. Quedó como paralizado por un sentimiento de estupor.

«Estupor» fue precisamente la palabra que emplearon los armadores respecto al *Titanic*. «Te quedarás como atontado de estupor, Horthy.» ¿No sonaba eso como una cita bíblica? ¿No había en todo aquello, aun antes de que se convirtiese en realidad, algo inmenso? Tal vez Zoé era demasiado bajita para percibir la inmensidad, ése era el problema.

El estibador quiso tomar a su mujer en brazos, consolarla. Pero ella se apartó, bufando como un gato. Lavaba, secaba y guardaba todo lo que había dispuesto para preparar el becerro con el aire desapacible y ofuscado de una persona ya agotada a quien se ha obligado a hacer un trabajo inútil.

—Puedo renunciar al viaje —dijo Horthy—. Otro lo aprovechará. Después de todo, tampoco tengo maleta.

—Te compraré una —dijo Zoé—. Iré a la Ville-Haute. La encontraré en el bazar, ¿no? No sé cuánto puede costar, pero ha llegado el momento de gastar nuestros ahorros. No te has partido la espalda durante todos estos años para poner el dinero en la mesa y amasarlo con los dedos, suspirando. Quizá también me compre algo para mí. Un vestido. O un sombrero, ¿por qué no? La verdad, no veo qué utilidad puede tener un sombrero de velo para una mujer como yo. Pero tampoco veo qué utilidad puede tener una noche en Southampton para un hombre como tú.

Zoé se sentó en una silla, extendió el paño sobre sus rodillas y comenzó a alisarlo maquinalmente, en silencio, con la palma de la mano.

—Esta noche —dijo— iré al baile de los armadores.

—No te gusta bailar —repuso Horty.

Zoé sacudió sus rojizos cabellos. Lloraba.

—No he debido ganar —dijo Horty—. Si no hubiese ganado este concurso, seríamos felices.

—Lo somos —refunfuñó Zoé—. Ahora, ve a casa de los Burén. Excúsame con Bathilde por haberla echado a la calle y pregúntale si puede prestarme algo para vestirme esta noche. Sí, Bathilde hace dos como yo, lo sé perfectamente, pero no hace mucho era una chiquilla y su madre no es de las que tiran las cosas.

El baile se celebraba en el amplio hangar de madera de la Compañía de Especias. Era una idea de las mujeres. Los penetrantes efluvios que escapaban de los bultos de canela, clavo, azafrán o pimienta se imponían al olor acre de los cuerpos sudorosos, el vino derramado y la orina de los hombres que hacían sus necesidades contra las tablas entre dos vueltas de java. Para evitar el riesgo de incendio, habían colocado las lámparas de petróleo cerca de las vigas; se perdía en iluminación, pero no se bambolearían cuando los estibadores, excitados por la llegada al baile de hermosas mujeres o por la reposición de las botellas de licor, lanzaran al aire sus gorras.

Los armadores se mantenían agrupados en la larga mesa cubierta con un mantel blanco donde estaban dispuestas las jarras de vino. No bailaban. Hablaban en voz baja de los movimientos de sus barcos, opinaban sobre los fletes, canjeaban oficiales. En el transcurso de aquella fría noche de marzo se dictaron algunas órdenes y otras se cancelaron tras unas palabras susurradas al oído. Algunos niños se escurrían por entre los señores para captar información y lanzarse luego hacia los barcos con el fin de anunciar los cambios.

De vez en cuando, los armadores se callaban. Volvían la cabeza hacia el centro del hangar y miraban a las mujeres de los estibadores, que bailaban entre sí esperando que sus hombres hubiesen bebido lo suficiente como para tener deseos de danzar con ellas.

Aquel año, la música era hermosa. Además de tres acordeonistas, había un violinista. Zoé y Bathilde volvieron a ser las mejores amigas del mundo. Bailaban una en brazos de la otra. Bathilde había prendido en sus cabellos negros, con ayuda de alfileres, una especie de mariposa recortada de un pedazo de tul. Cuando inclinaba el rostro, las alas de la mariposa se cerraban suavemente. Zoé llevaba un vestido rojo que Bathilde usaba cuando tenía trece años para asistir a las bodas.

—Odio a ese hombre —dijo Zoé señalando a Jules Simeon, que aquella tarde había sido reelegido presidente de la Unión de Armadores—. Me debe un becerro y me lo pagará. No sé cómo, pero lo hará.

Habló en voz alta. Las otras mujeres asintieron con la cabeza. Aunque no les concernía directamente, no les gustaba el asunto del viaje a Southampton. Primero se habían reído de la decepción de Zoé, obligada a guardar los cuchillos y las poncheras. Después habían reflexionado. ¿Quién sabía si Jules Simeon y los suyos no preparaban hábilmente las cosas para suprimir el próximo concurso?

El becerro no era lo más costoso para la Unión de Armadores, sino la jornada de descanso y, sobre todo, la organización del baile. No más gastos de música, ni farolillos, ni vino. «Entramos en una época difícil», había dicho Siméon aquella mañana sobre el puente del carguero, mientras pronunciaba su discurso de felicitación.

Delante de la multitud de estibadores (algunos lucían pañuelos rojos, pero se los quitaron y los volvieron a guardar a medida que Siméon hablaba), el presidente de la Unión de Armadores recordó que no todos los emigrantes de Europa Central iban a Norteamérica. Algunos se quedaban aquí, cara al mar. Esa gente sólo necesitaría unos días de descanso para recuperar su vigor. Aceptaban salarios bajos, de hecho casi limosnas, se prestaban a efectuar los trabajos más duros y repugnantes únicamente a cambio del derecho a quedarse en Francia un tiempo más. Y no iban a pedir fiestas. Por el contrario, pretendían trabajar por las noches, e incluso los domingos. A pesar de ser campesinos, no les costaba nada comprender la economía del mar: para ser rentables, los barcos, cada vez más grandes, exigían movimientos portuarios más rápidos; en consecuencia, más máquinas o estibadores más eficaces, «mecánicos o húngaros», dijo burlescamente el presidente antes de concluir: «Divirtámonos, pues, todos juntos, mientras aún estemos a tiempo de hacerlo.»

Zoé abandonó a Bathilde y se dirigió hacia la larga mesa. Las mujeres dejaron de bailar y se separaron para abrirle paso. El amplio vestido de Zoé se ensanchaba por encima de los tobillos, como una amapola que se abre y se despliega al menor roce.

—Señor —dijo Zoé plantándose delante del presidente—, mis respetos. Soy Zoé Horty, señor.

El presidente se inclinó. Tomó entre las suyas la pequeña mano de Zoé y, lentamente, se la llevó a los labios.

—Señor —dijo Zoé, retirando con energía la mano y limpiándola con su vestido rojo—, tenemos que hablar.

—Más tarde —contestó el presidente.

—Oh, no; ahora mismo, señor.

Las mujeres se reían. Sólo Zoé Horty podía ser tan audaz, casi insolente. «Las mujeres menudas son como las pequeñas hierbas —pensó Bathilde con envidia—, nada les hace suficiente sombra para impedirles estar siempre lozanas y cortantes.» En ese momento la pista de baile estaba vacía, los músicos tocaban en el desierto. Hasta los hombres se aproximaron. Horty se encontraba en la primera fila con los

puños apoyados en las caderas y la gorra inclinada, como había visto hacer a los instigadores en los días de huelga. Miró a su mujer y frunció el entrecejo:

—Basta. No estás aquí para armar líos.

—No he empezado yo —dijo Zoé, clavando los ojos en los del presidente.

—Creo —repuso él— que estaba usted a punto de bailar. La observaba y pensaba: «Me gustaría mucho bailar con esta señora.» ¿Me lo permite?

Zoé vaciló. Hasta dio uno o dos pasos atrás. Era la primera vez que se oía tratar de señora. No sabía si aquello le agradaba de verdad. El presidente se inclinó ligeramente para volver a tomar la mano de Zoé, que esta vez no la retiró. Luego la llevó hasta el centro del hangar.

—Señor —dijo Zoé—, hace poco mi marido me ha citado unas cifras difíciles de creer. Las ha obtenido de usted, señor. Se trata de lo que van a embarcar en ese transatlántico, señor, en el *Titanic*. Se habla de ciento sesenta toneladas de carne fresca, señor.

—Ciento sesenta y seis —precisó Siméon sonriendo.

—Horty va a ver que el gran barco se engulle todo eso —dijo Zoé—, ¿y nosotros no tendremos ni una mínima parte? Es carne inglesa, desde luego, pero aun así...

—Lo he comprendido —repuso Siméon.

—Espero que sí.

—Puede estar segura —confirmó Siméon—. Veamos, ¿qué tal un cerdo?

—Es más sabroso que el becerro —admitió Zoé—. Y también se aprovecha más.

—Agregaré unos sacos de patatas tempranas.

—Gracias —dijo Zoé—. Dios se lo pagará, señor.

—Eso no lo sé —dijo el presidente—. Dudo que Dios actúe en esta clase de contabilidad, señora Horty. Para ser completamente sincero con usted, creo que Dios no existe.

Esto lo dijo para demostrar que no era tan burgués ni tan reservado como parecía. Tiempo atrás había tenido prestancia y encanto, pero ahora estaba encorvado y los huesos se marcaban en su levita negra. Se había rociado con agua de lavanda, pero bajo la franela húmeda olía a fondo de pipa, a almidón, a enjuague, a tierra y oro; a viejo, en suma. No le quedaba más que hacerse pasar por republicano progresista, librepensador, todo lo que debía de ser también, pensaba, la mujer de un estibador vestida con vulgaridad, una mujercita del norte, pero que bailaba haciendo sonar los tacones como una española.

—¡Ah!, sí, yo creo lo mismo que usted, señor —exclamó Zoé. Lanzó una mirada en derredor y agregó reventando de risa—: Es decir, creo que no creo.

—Señora Horty —cuchicheó el presidente—, habrá que volver sobre esta conversación. Profundizarla. Se trata de cosas serias que merecen que se les dedique unas horas de reflexión, de intercambio. Yo mismo le llevaré todo: el cerdo y las patatas. Iré acompañado solamente de una botella de vino de marca. Usted sólo tendrá que colocar dos vasos sobre la mesa.

—Sí, señor —dijo Zoé con su voz dócil—, pasaremos un buen rato. Cuando venga quizás haga buen tiempo, señor, y en ese caso pasaremos por la playa después de beber.

El presidente no le haría ningún daño. La manosearía sin duda un poco, pero no sería el primero y, además, eso no había matado nunca a una mujer honesta. Si hacía algún ademán de querer ir más lejos, Zoé pediría auxilio. En la calle de la Villemarqué se oía todo lo que sucedía de una casa a la otra.

Zoé sonrió. «Sacaré de este hombre bastante más que un cerdo y unas patatas. Una promoción para Horty, tal vez un nombramiento como maquinista para pasar los últimos años que le quedan en los muelles. Que Horty me traiga solamente un par de botas amarillas con cordones, y la fiesta estará completa. No tengo nada para ponerme que combine con unas botas amarillas, pero ¿a quién le importa?»

Zoé bailaba ahora cada vez más rápido, con los ojos cerrados. Inventaba la música en su cabeza y daba los pasos con los pies; la orquesta y el presidente no tenían otra opción que seguirla. Las mujeres, dispuestas en círculo alrededor de la pista, marcaban el ritmo con las manos diciendo «Zoé, Zoé, Zoé»; era como si unas aves marinas hubiesen entrado en la tienda de la Compañía de Especies y se cernieran dando chillidos por entre el humo de las lámparas. Zoé Horty quería arrebatarse a Bathilde Burén y a las otras jóvenes toda la gloria del baile de 1912.

Preso del vértigo, el presidente la dejó libre. Cruzó las manos detrás de la espalda y tuvo que resignarse a seguir a Zoé con los ojos, contrariado por no seguir sintiendo el busto de la mujer apretado contra su pecho, levantándose al ritmo jadeante de su respiración. Cuando Zoé daba vueltas, sus cabellos ondeaban y ocultaban su rostro; ya no se veían las pequeñas arrugas en las comisuras de la boca y de los ojos, parecía tan frágil y tan nerviosa que no aparentaba más de treinta años. «Ni esos siquiera», se dijo el presidente.

Horty observaba en silencio. Aquella noche, Zoé lo honraba. No estaba, como las otras veces, sentada en un banco, sin beber ni bailar, preguntando sin cesar la hora a las parejas que pasaban a su lado, para buscar luego la mirada de su marido y hacerle señas de que quería regresar. Entonces, de un capirotazo, se echó hacia atrás la gorra. Empujando a las mujeres que jaleaban a Zoé, se acercó a ella.

—Déjela —le dijo el presidente—; está lejos de aquí, está soñando.

—Lo sé —asintió Horty—, a mí me sucede igual. Zoé y yo hacemos siempre lo mismo.

A veces se despertaban juntos en plena noche, a causa de una ráfaga de viento, de un postigo que golpeaba, del estertor de una sirena. Se sonreían en la oscuridad: «¿Estás bien?» «Muy bien, ¿y tú?» «He soñado que un viejo caballo minero ha escapado y no sé cómo ha logrado subir hasta la superficie para venir a rascarse contra nuestra puerta.» «Era gris, ¿verdad?» «Sí, ¿cómo lo sabes?» «Porque también aparecía en mi sueño. Tenía los flancos hinchados. Era un caballo apaleado.» «Sí. ¿Guardamos el mismo sueño para volvernos a dormir o lo cambiamos?»

«Deberíamos conservar el mismo, para ver qué va a ser de ese caballo perdido y viejo.»

Zoé abrió los ojos. Sin dejar de bailar, extendió las manos hacia delante. Horty las tomó entre las suyas. Dieron vueltas juntos como un torbellino.

Al poco, dos hombres se abalanzaron de repente uno contra el otro, cuchillo en mano. Y después de eso una muchacha, Marthe Gillard, perdió el conocimiento; se desplomó tan suavemente que, en un primer momento, nadie se dio cuenta de nada, e incluso la multitud de danzantes la pisoteó un poco. Le fracturaron la muñeca izquierda. Permaneció sentada llorando el resto de la velada, mirándose con expresión estúpida la muñeca izquierda, ahora enorme. El violinista intentó tocar el acordeón, pero no fue muy convincente. Bathilde perdió su mariposa de tul blanco, que apareció ahogada en una jarra de vino. Estalló una tormenta, y la lluvia golpeó tan fuerte las tablas del hangar que todos los rostros se alzaron como si fuese el propio ángel del apocalipsis quien golpeaba. Naturalmente, hacia el final faltaron alimentos y alguien tuvo que correr hasta el mercado para buscar barriles de pescado.

Aunque en principio las canciones de a bordo jamás se cantan en tierra, unos marineros del *Souvenir d'Armor* entonaron una en tono jocoso:

*Vinaigre, moutarde, chapeau de cocu,
Le nez et la barbe, mets le tout dans mon cul,
Branle de zigue la faridondaine,
Branle de zigue la faridondé...*

Cantaban para consolar a Marthe Gillard, que inspiraba compasión a todo el mundo, y lo cierto es que la pequeña accidentada acabó por reír con ganas. Entró un perro vagabundo y se paseó sin morder a nadie. Tenía unos ojos enormes. El limosnero del puerto hizo una colecta entre los bailarines. Joseph Barthomé se puso en pie sobre un banco para anunciar su compromiso con Coralie Dzuc, una rubia que mantenía el cuello curiosamente echado hacia delante, como quien va a vomitar. Poco antes de medianoche, todo el mundo se calló para escuchar la sirena de un barco que zarpaba hacia alta mar. Trataron de adivinar qué buque sería y cruzaron apuestas sobre su nombre. Enviaron a un niño hasta el rompeolas de la escollera para que lo verificase. No regresó. Debió de quedarse dormido, acurrucado en algún sitio. A esas horas de la noche los niños no sirven para nada.

Y ahora, Horty y Zoé se dirigían de nuevo hacia la Ville-Basse, siguiendo el muelle del comercio. En la cubierta de los tres cargueros norteamericanos que habían atracado la víspera y que, con las bodegas aún llenas, estaban sumergidos en el agua hasta muy por encima de la línea de flotación, unos negros enormes montaban guardia. Fumaban unos cigarros finos y oscuros como ellos. Se quitaron las gorras para saludar al estibador y a su mujer. Eran solemnes, pero sus ojos reían. Aún no habían visto nada de Francia, salvo la larga línea gris de los muelles y algunas luces

glaucas a través de la lluvia, pero ya sabían que iba a ser su viaje más hermoso. La mayor parte de ellos venía del infierno grasiento y hediondo de las balleneras de Nantucket. Sus mochilas estaban repletas de dientes de cachalote grabados a punta de cuchillo y los agitaban en la palma de la mano: «*Look, man, look. Pretty thing for your girl. Not expensive. Nice work.*»

Los otros barcos parecían abandonados. Olían a chatarra, hulla fría y sopa. Los desperdicios arrojados al mar, mecidos por la marea, chocaban contra el muelle, pegándose a los tingladillos de las chalupas de servicio de los barcos que habían quedado anclados en la bahía.

A medida que se alejaban del hangar de la Compañía de Especias, las notas musicales se perdían en la noche. Aquí sólo se oían los ronquidos de unos hombres detrás de las portillas entreabiertas, y a veces la zambullida furtiva de una rata.

—Ha sido un baile espléndido —dijo Zoé—. Quizás el mejor baile de todos los que he conocido.

Horty enlazó por la cintura a su mujer. Un ademán que a ella le gustaba y que atenuaría el tono de ligero reproche que velaba la voz del estibador:

—Y se diría que has tenido tu día de gloria, pequeña. Bailar con el presidente, ponerle tus condiciones... yo haré el viaje, pero además tendremos un cerdo entero... ¡Mi pequeña Zoé, estás completamente loca! Pero tienes razón: era mi noche; si el ganador tiene sus derechos, supongo que su esposa también. Eso es lo que has pensado, ¿eh, Zoé? Eres fuerte.

Sin embargo, tenía más bien el aspecto de una bestezuela ahogada. Su vestido rojo estaba salpicado de manchas de sudor, tenía los cabellos pegados, los labios hinchados de tanto como se los había mordido, y había perdido el tacón de uno de sus zapatos.

Zoé levantó los ojos hacia las gigantescas grúas dormidas sobre sus rieles. Amanecía. El chaparrón de la tormenta se alejaba hacia el mar, trazando a lo lejos una cortina de polvo pálido sobre el horizonte. Pero del entrelazado de las viguetas continuaban cayendo grandes gotas de lluvia mezcladas con herrumbre que provocaban efímeros destellos de rubor al chocar con las mejillas de Zoé.

—Conseguiré que trabajes ahí arriba —le dijo a Horty, mostrándole la pequeña cabina de hierro laminado cuyos vidrios resplandecían en el corazón de una grúa, justo detrás de la pluma de la máquina—. Cuando regreses de Southampton, eso será realidad.

—Me pregunto cómo —dijo Horty.

—No me lo preguntes —contestó Zoé sonriendo.

Horty, al mirar las grúas, vio en lo alto las estrellas. Le parecieron más altas que de costumbre. Brillaban con un resplandor de hielo, sin halo. La primavera en el Atlántico norte sería bonancible y fría, pensó el estibador.

Un hombre que jamás había ido hasta más allá del final de los muelles y que de repente se iba a Southampton por dos días y una noche, a los cincuenta y dos años, seguramente necesitaba un montón de cosas. Zoé no sabía exactamente cuáles.

¿Darían de comer en los trenes? ¿Era cierto que en el recorrido el viento reseca la garganta y entonces alguien subía al tren para ofrecer algo de beber? Si era así, ¿cómo se las arreglaba el aguador para pasar de un vagón a otro mientras el tren corría por la campiña? Quizás el ferrocarril contratase acróbatas, pensó Zoé, que también se preguntaba cómo habría que vestir de noche en un hotel inglés y si Horty dormiría desnudo, como tenía por costumbre hacerlo en casa, o si necesitaría algún camisón, y qué clase de traje debería ponerse por la mañana para asistir a la salida del *Titanic*; hay circunstancias en las cuales una gorra sobre una cabeza bien peinada probablemente no basta.

Por fin, una noche, la última, Bathilde y otras mujeres llevaron a Zoé las levitas oscuras que sus padres y sus maridos habían usado el día de su boda. Las extendieron sobre la mesa con todos los accesorios correspondientes, las camisas blancas, las corbatas, los botones y las ballenas para el cuello, todo ello guardado en cajas de especialidades farmacéuticas, con sal en grano y arroz para preservarlas de la humedad.

Todas aquellas telas pesadas y negras conferían a la mesa un aspecto de catafalco. Las levitas olían al salitre de las bodegas. Sin embargo, cada mujer había empleado una receta segura para conservarlas como nuevas, a sabiendas de que aquellas prendas no servirían para nada, a menos que ellas muriesen antes que sus maridos, en cuyo caso éstos las usarían como ropa de luto. Algunas mujeres habían rellenado los bolsillos con hierbas secas como para un embalsamamiento. Otras habían envuelto las levitas en tiras de papel encerado. Ahora despleaban las prendas ante Zoé, las agitaban, deslizando por dentro sus manos para mostrar la magnífica impresión que producirían si un ser viviente las lucía.

Zoé escogió una levita que había pertenecido a Jean Rissken. No era la mejor de todas, pero en el reverso tenía cosida una fina cinta con una condecoración imperial muy antigua.

Le dijo a Bathilde que hiciera café para todos y que sacara la botellita de licor y unas pastas. Mientras, ella fue a la alcoba y examinó el vestido rojo que le había prestado Bathilde para el baile de los armadores.

Sobre la cama, en el lado donde dormía Horty, estaba su maleta aún abierta. Era una maleta exageradamente grande teniendo en cuenta lo que Zoé había encontrado finalmente para que su marido se llevase. Al menos no pesaría demasiado. Fuera, aventada por el viento del mar, la granizada corría sobre la tierra pisada. La noche caía más pronto que de costumbre. Unos perros ladraban inquietos. Marzo era, con mucho, el más lluvioso de los meses del año. Horty regresaría tarde aquella noche, ya que hacía horas extraordinarias debido a la presencia de unos barcos alemanes que

estaban en la rada desde el Viernes Santo, esperando ser descargados. A veces Horty tenía horarios de comadrona. Zoé le había pedido que pasara con ella esa última noche, pero él frunció el entrecejo: «¿Qué última noche? Me voy el martes y regresaré el jueves por la mañana, ni tiempo tendrás de darte cuenta de que no estoy aquí.» Así era, no había tenido tiempo de pensar que partía. Sólo que se ausentaba, que iba a dar una vuelta por el café, aunque eso sí, un café en Southampton, al otro lado del mar.

—Bathilde —llamó Zoé—, aquí tengo tu vestido.

Bathilde entró. Iba descalza. Tenía algo de animal, Zoé no sabía exactamente de cuál, pero sin duda se trataba de un animal ardiente y sucio.

—Me preguntaba —dijo Zoé— si podría quedármelo un poco más.

Le mostró a Bathilde, en la palma de la mano, el pequeño broche que había encontrado entre las algas en el puerto de las mujeres y ofreció:

—Te lo prestaré a cambio. Pero para llevarlo en casa cuando estés completamente sola. ¡Dios mío, no pienses en presumir con esta joya, en realidad no me pertenece!

—Puedes quedarte con el vestido cuanto quieras —dijo Bathilde, recibiendo con alegría el broche—. En casa nadie se lo pone, ahora todas tenemos demasiado cuerpo para llevarlo.

—Bathilde —añadió Zoé—, mañana por la mañana, cuando Horty vaya a marcharse, quisiera besarlo. Pero besarlo de una forma diferente. ¿Sabes de eso?

—Sí —respondió Bathilde. Se rió y agregó—: En la boca hasta lo más profundo de la garganta, ¿es eso lo que quieres decir?

—Sí —asintió Zoé—. Explícame un poco.

—¿Nunca lo has hecho? —preguntó Bathilde.

—No.

—Es increíble, verdaderamente increíble, lo cobardes que podéis llegar a ser. ¿Pensabas que está mal hecho?

—No; pero aquí la boca la empleamos para comer y para hablar.

—Sí —dijo riéndose Bathilde—, pero también se pueden hacer otras cosas, ¡créeme! Es gracioso que hayas esperado todo este tiempo y que Horty también lo haya hecho. ¡Un primer beso a los sesenta años!

—Horty sólo tiene cincuenta y dos.

—Déjate de cuentas —dijo Bathilde—. ¿Jugamos a las vendedoras, o te enseño a besar? Mira, voy a cerrar la puerta. Ahora, acércate un poco. Si quieres aprender, Zoé, ¿por qué te escapas? Lo mejor es que te sientes en la cama y yo a tu lado, porque de pie no será cómodo, parece que se te olvida que eres muy baja y yo alta...

En el cuarto contiguo, las mujeres removían la estufa. Avivaban los carbones para calentar la plancha de hierro con el fin de planchar la camisa y la levita de Jean Rissken. Hablaban entre sí en voz baja, admirando o criticando los objetos paganos con los cuales Zoé había decorado la casa. ¿Por qué en la pared del fondo —la primera que se veía al entrar en la sala—, esos peces-luna embalsamados, unos peces

que no había pescado Horty, en lugar de un crucifijo? Las mujeres ya no recordaban que el mercader de baratijas vendía en otros tiempos peces-luna, jamás crucifijos.

Bathilde se inclinó y apretó a Zoé contra ella. Con sus largas y húmedas manos, alisó los cabellos desordenados de la mujercita y luego trató de inmovilizar su rostro. Entonces Zoé se defendió un poco, porque para ella ser besada era algo nuevo. Las mujeres de la calle de la Villemarqué, salvo Bathilde, que era lista, generalmente sentían temor de lo que aún no conocían. Temían más a los escasos automóviles que bajaban a la Ville-Basse que a parir o a morir.

—Quédate tranquila —le susurró Bathilde—. No te haré daño. No se usan los dientes, ni se muerde.

La muchacha abrió la boca y la colocó sobre los finos labios de Zoé. Zoé sintió la lengua de Bathilde que se colaba por entre sus dientes. Bathilde tenía un sabor a agua marina, tibia y un poco desabrida. Zoé se entregó por un instante, después rechazó a Bathilde. Se sirvió del vestido rojo para limpiarse la cara (podía considerar que aquella prenda le pertenecía, ahora que la había canjeado por el broche).

—No me ha parecido tan bueno —dijo Zoé.

—En todo caso, ya sabes lo que es —replicó Bathilde—. Y si te gusta, no se te ocurra contárselo a los curas de Saint-André. Ten en cuenta que ya no quieren casarnos a Steuze y a mí.

—No diré nada —prometió Zoé.

Seguía frotándose los labios, sin lograr borrarse el extraño olor un poco agrio que le había dejado la boca de Bathilde.

Aquella noche, el guardatimón del semáforo tronó dos veces para que acudieran a la orilla los doce voluntarios del bote salvavidas. Zoé y Horty oyeron el ruido sordo de la carreta tirada por dos mulas que llevaba la ancha canoa blanca hacia la playa. La casa entera se estremeció. Unos hombres con botas caminaban a uno y otro lado de la chalupa. Era costumbre que Horty los acompañara hasta la playa para ayudarles a lanzar el bote al agua. Como las ruedas de la carreta se hundían en la arena, era necesario llevar el bote hasta el mar haciéndolo deslizar sobre unos tablones cubiertos con algas. Los hombres empujaban por detrás en la popa, colocando los hombros en las bordas de la chalupa, mientras las mujeres tiraban de una cuerda recia que pasaba por el talón del estrave. Si había bajamar, empujaban y tiraban así a lo largo de centenares de metros.

En esta ocasión, sin embargo, Horty permaneció acostado: Zoé lo estaba besando.

No eran aún las seis cuando Horty se puso en camino hacia la estación. El presidente Siméon había hablado de enviar su auto para recogerlo, pero como el tiempo estaba tan desapacible, la capota del automóvil podía quedar malparada con el viento fuerte, y con la humedad seguramente se calaría el motor. Solamente algunos niños se habían levantado temprano para acompañar a Horty. Se peleaban por llevar

su maleta. Todos soñaban con ser como él, estibadores capaces de correr velozmente con un becerro sobre los hombros y viajar después a Inglaterra; con ir en tren y luego en un barco de paletas; con dormir en un hotel y ser atendidos en el comedor. Zoé había dicho: «Entérate bien de todo, Horty.» Lo había besado una vez más, ahora que sabía hacerlo y a Horty parecía gustarle. Sus delgados labios se habían hinchado a fuerza de apretarse casi toda la noche contra los del hombre. Estaban enrojecidos, sin que hubiera tenido necesidad de pintárselos.

En el andén de la estación, los tres acordeonistas del baile tocaban. Le explicaron a Horty que también el violinista debía haber acudido, pero que había tenido problemas. Al amanecer, unos agentes habían ido a buscarlo. Se pensaba que, desgraciadamente, estaba en la cárcel.

La tormenta estalló bruscamente y azotó el mar, que de inmediato comenzó a tornarse blanco. Las pasajeras se empujaron para guarecerse en el salón. Para protegerse del aguacero mientras esperaba poder refugiarse en el interior, una de ellas cometió la imprudencia de abrir su sombrilla. El viento se la arrebató de las manos. Dando gritos, la viajera corrió tras ella por el puente del *steamer*. Era una sombrilla fucsia, y la mujer llevaba un vestido de color verde almendra muy claro. Diríase una acuarela en la cual el pintor no se hubiera decidido a plasmar la composición definitiva, ensayando sucesivamente varias poses de la mujer y su sombrilla.

—Apuesto a que la alcanzará —dijo un fumador de pipa, dándole un codazo a Horty.

—No, no lo hará —negó Horty—. Pero no voy a apostar con usted, no tengo dinero para eso.

La sombrilla se inmovilizó, temblorosa, contra la grúa de vapor.

Parecía que no iría más lejos, cuando un bandazo brutal de la embarcación la precipitó al mar. Estuvo por un instante a la deriva bordeando el costado del barco, perdiendo su hermoso color fucsia. Terminó por hundirse en la estela del *steamer*.

—Tenía usted razón —reconoció el fumador de pipa.

—Ya he perdido cosas en el mar —le dijo Horty—. Jamás he vuelto a encontrar nada.

Después de abandonar Cherburgo por el paso del este, el vapor de Southampton puso proa hacia alta mar para evitar los remolinos de la gran marejada de Barfleur, cuyos efectos se dejan notar hasta varias millas adentro cuando el viento sopla contra la corriente.

Hasta el último momento, Horty vio empequeñecerse y desaparecer la nueva estación marítima de Cherburgo, ahora casi terminada pero cuya inauguración no tendría lugar hasta el mes de julio.

Al día siguiente por la tarde los transbordadores de la *White Star*, el *Nomadic* y el *Traffic*, irían y vendrían incesantemente entre el tren que llegaba de París y el *Titanic*, que arribaba de Southampton y fondeaba unas horas en la rada antes de zarpar hacia Queenstown y Nueva York.

La mujer que había perdido su sombrilla se encontraba ahora sentada cerca de Horthy, en un banco protegido del roci6n de las olas por los tambores de las paletas. No tenía ni veinticinco años. Miraba fijamente en direcci6n al sitio donde se había ahogado su sombrilla. Tenía una expresi6n deprimida que encajaba bien con ella, y su perfume olía a vainilla. Ya no llovía, pero el viento soplaba aún, arrojando sobre Horthy y su vecina volutas de humo negro.

—Su sombrilla no está sola en el fondo —dijo Horthy para consolar a la joven—. Sin contar los peces, hay innumerables cosas ahí abajo. Hasta un barco de la guerra de Secesi6n. Uno sudista. Está exactamente debajo de nosotros. No muy lejos, en todo caso.

La mujer esbozó un movimiento para inclinarse por encima del empañetado y entrever quizá la silueta turbia del barco sudista bajo las olas.

Horthy la retuvo, enlazándola por la cintura. Era la primera vez que sus dedos tocaban una tela tan suave. Tal vez le quedaría suficiente dinero para comprarle a Zoé un vestido como aquél, si es que lo encontraba en Southampton.

—No se ve absolutamente nada —dijo la mujer.

Antes de que se enderezara, Horthy sintió que su cintura se estremecía bajo sus manos. La mujer temblaba, tal vez por el viento, tal vez por el barco sudista; o quizá por las manos de Horthy, pero el estibador prefería no pensar en eso. Era de todas maneras una sensaci6n más bien agradable para él, como si tuviese atrapado a un animal delicado, a una gaviota temerosa. Entonces, desde el interior del barco se elevó el sonido de un piano.

—Estará mejor en el salón —dijo Horthy—. No tardarán en servir el té.

—¿Es gratis? No puedo pagarlo. Todo es tan caro en los barcos...

—Venga. Sí, venga, yo la invito —insistió él, viéndola dudar de una forma encantadora que daba a entender que se moría de ganas de tomar aquel té.

No tenía la impresi6n de hacer algo que pudiese disgustar a Zoé. También Zoé era generosa.

Horthy y la joven tuvieron dificultades para acceder al interior del barco. Las personas que no soportaban ni la atmósfera cerrada del salón ni el puente barrido por el viento obstruían el descenso. Permanecían agarrados unos a otros, lanzando gritos de temor cuando el barco se inclinaba hacia una borda. Horthy se preguntó si algunas de aquellas pobres gentes tan pálidas se dirigían a Southampton para embarcar en el

Titanic. Ciertamente, se arrepentirían de su decisión y renunciarían a cruzar el océano. Se preguntó, además, en cuánto tratarían de vender sus camarotes. Un buen medio para ganar dinero fácilmente quizá fuera el de proponerles encargarse del asunto en su lugar y embolsarse la comisión. Pero la joven vestida de verde almendra tenía cada vez más deseos de tomar el té y espoleaba a Horthy para que se abriese paso a través de la multitud atemorizada.

Situado en el centro de gravedad del barco, el salón estaba protegido del balanceo. Más allá de las ventanas decoradas con cortinas de flecos rojos se veían las paletas, cuyas aspas se levantaban y se hundían. Salían del mar y pasaban ante las vidrieras, salpicándolas. Las paredes estaban tapizadas, cada mesa tenía su florero con un tulipán de tallo corto, y una muchacha interpretaba en el piano una romanza mientras miraba fijamente un pequeño y entusiasta metrófono.

—Un poema de Wordsworth —cuchicheó la compañera del estibador—; creo que es la *Descripción del paisaje de los lagos*.

Se habría dicho que estaban en un molino de Inglaterra.

Horthy pidió té para la dama de verde, y aguardiente para él. El camarero colocó sobre el mantel una abollada tetera de plata recubierta con un paño almidonado para mantener el calor. El té iba acompañado de grandes rebanadas de pan tostado y unos trozos de mantequilla. Horthy se arrepintió de haber pedido aguardiente, pues lo servían sin nada para comer. Pero tal vez la mujer sólo mordiera la punta de una rebanada y le dejase acabar con su pan tostado. Horthy no perdía nada con esperar a que se decidiera: cuanto más tiempo pasaba, más se derretía la mantequilla y penetraba en el pan; aún estaría mejor cuando el estibador le diera un mordisco, llegado el momento.

Pero la mujer de verde no hizo nada, no tocó sus tostadas, ni siquiera bebió el té. Se había puesto casi tan pálida como los que estaban aglomerados en la escalera, sus manos se agitaban. «Quizás está enferma», pensó Horthy. Se inclinó hacia ella y le preguntó si ocurría algo.

—Tendrá que pagar el té —le dijo finalmente a Horthy—. Y tengo la impresión de que no tiene usted mucho dinero.

El estibador respondió que, en efecto, no tenía mucho dinero, pero, de todos modos, sí contaba con lo suficiente para pagar el té.

—El dinero nos falta a todos —dijo la mujer—. Supongo que es algo corriente en este tiempo. A pesar de todo, debe de haberlo en alguna parte. Probablemente en Norteamérica. Allá nos dirigimos Duncan y yo.

Precisó entonces que Duncan era nada más y nada menos que el fumador de pipa que había intentado proponerle una apuesta al estibador.

—¿Su marido? —dijo Horthy.

Era apenas una pregunta: una joven con aquel olor tan delicioso a vainilla no podía atravesar La Mancha completamente sola en un *steamer*. Debió censarlo antes de invitarla a tomar el té. Horthy esperaba que Duncan estuviera tirado en un rincón,

enfermo como un perro; se sentía lo suficientemente curtido como para enviar al fumador de pipa a bailar de un extremo al otro del barco, pero nada más se le ocurría.

—Duncan es sólo un barón —respondió la mujer.

Un barón, explicó, era una especie de cómplice. En las salas de espera de las estaciones marítimas, la mujer de verde proponía a las pasajeras iniciarlas en los juegos de cartas que se practicaban en Inglaterra y en Estados Unidos. Decía que les sería de utilidad en el barco para combatir el aburrimiento durante la travesía. La mayoría de las veces las viajeras tenían dificultad en comprender las reglas del juego. Entonces, la mujer de verde almendra recogía las cartas que tenía desplegadas sobre los bancos de la estación marítima y decía: «Bueno, ya sé qué sucede. Es demasiado complicado para usted. No hay tiempo para darle todo un curso, sonará la sirena del barco y zarparemos. Sólo tenemos tiempo para jugar una partida de póquer, querida mía. Es fácil. No es un juego para señoras, ¡pero es tan divertido!» En ese momento Duncan intervenía; no siempre se llamaba Duncan, algunas veces era Edmond, Helmut o Gemmo. Se detenía cerca de los bancos, con el aire jovial de un hombre que se divierte al ver a dos mujeres decentes que juegan una partida de póquer. Guiñando un ojo, tocándose el lóbulo de una u otra oreja de cierta manera, pasándose la mano por los cabellos, indicaba a la mujer de verde almendra qué cartas llevaba la viajera que estaba frente a ella.

Las pasajeras a punto de embarcarse estaban nerviosas, tenían miedo de que sus equipajes se extraviaran, de que el mar estuviese picado o de que hubiese a bordo otra mujer que llevara el mismo vestido, así que rara vez le prestaban al juego la debida atención. Perdían.

—Tramosos —murmuró Horty—. Ustedes son unos tramosos.

Se preguntaba ahora si la mujer no había dejado escapar a propósito su sombrilla para permitirle a Duncan darle un codazo a Horty: «Apuesto a que la alcanzará...» Seguramente la pequeña estaba dispuesta a recuperar su sombrilla para permitirle a Duncan ganar la apuesta. Debía de tener muchas sombrillas e intentar el mismo truco cada vez que compraba un pasaje para el barco postal de Southampton y soplaba suficiente viento para que la situación tuviera credibilidad.

—Sí —admitió la mujer de verde—, hacemos trampa. Pero ganamos poco. Las viajeras no llevan mucho dinero encima. Justo lo necesario para dar propinas al mozo de carga y al que las instala a bordo. Vamos a dejar las estaciones marítimas. Cuando estemos en Nueva York, nos dedicaremos a los grandes hoteles. Quizá también a los trenes. Representa varios días ir de una costa a la otra, hay tiempo para desplumar a no poca gente. Pero me pregunto si todavía tengo deseos de ir a Norteamérica. Allá son muy estrictos. ¿Qué sucederá si la policía nos trinca?

—Prefiero no pensarlo.

—Si me arrestan en un estado donde nieve, me moriré de frío en la celda. Y si es un estado donde hay un desierto, moriré de calor.

Estaba realmente afligida.

—También hay estados tibios —dijo Horthy.

—Sí —dijo la mujer—, pero uno no escoge la piedra con la que tropieza, ¿verdad? Southampton tiene el aspecto de ser una gran ciudad. Podría zafarme de Duncan. Deme sólo lo necesario para tomar un ómnibus y seré libre.

Horthy no tenía ni idea de lo que podía costar un pasaje en la imperial del ómnibus de Southampton. Sacó unas monedas, que alineó frente a él. La mujer de verde almendra las tomaba a medida que las colocaba, y luego las introducía en un bolsito de cierre nacarado. Tenía una hermosa sonrisa.

—No hay más —dijo al fin Horthy—. Debo guardar el resto.

Ella le dijo que comprendía. Se levantó. Tendió las dos manos a Horthy, a la manera de las damas de mundo que piden permiso a un amigo para retirarse. El estibador pensó que de la misma forma elegante las tendería alguna vez al policía norteamericano que la detuviese para ponerle las esposas. Pero ese acontecimiento sucedería sin que Horthy lo supiese nunca. Su vida continuaría y sólo de vez en cuando se diría: «¿Habrán acabado por capturar a la mujer de verde almendra, o seguirá aún con sus correrías?» Después, la olvidaría completamente. Una sola vez quizás, y sería la última, al ver una almendra tierna y afelpada en el puesto de un vendedor de frutas, pensaría en ella.

La miró alejarse, rozando las otras mesas para captar unos retazos de conversación que pudieran serles útiles a ella y a Duncan. Finalmente se sentó cerca de un viejo, bajo los espejos al fondo del salón. Adoptó de nuevo su aire deprimido. «Se va a ganar con qué comprarse la imperial entera», pensó Horthy.

Cuando el vapor dejó la isla de Wight a babor para remontar la desembocadura del río Test hasta los muelles de Southampton, los pasajeros se agruparon a lo largo del empañetado con la esperanza de entrever al menos la silueta del *Titanic*. La mujer de verde y Duncan estaban allí, entre ellos; dirigieron a Horthy un leve gesto amistoso.

Por encima de la ciudad había algo húmedo y gris que parecía lluvia, pero no llovía.

Cuando la primavera llega a Southampton, el cielo asciende poco a poco como un viejo ascensor; se sabe que terminó el invierno porque hay que levantar más la nariz, eso es todo. Por lo demás, las mismas nubes lívidas, alargadas, se mezclan con las fumarolas de las fábricas, la ciudad fluye suavemente, las fachadas de ladrillo están húmedas y las calles brillan; sin embargo no llueve, los extranjeros salen sin sus impermeables y descubren que están empapados y se asombran de estarlo.

Esa humedad en suspensión formaba una bruma más engañosa de lo que parecía, y los que pretendían reconocer el *Titanic* entre los grandes espectros oscuros que se destacaban a lo largo del río y delante de las instalaciones portuarias, en realidad sólo decían tonterías.

Pero si no se veía el transatlántico, atestiguaba su presencia en Southampton la

animación insólita que reinaba sobre las aguas del río, agitadas sin cesar por el paso rápido de las embarcaciones de servicio; de los muelles aún lejanos, y a través de la felpa de la niebla, llegaban chasquidos de metales y jadeos de máquinas y ruedas, y el rumor penetrante, quebrado a veces por un ruido ronco, de una multitud de hombres y de caballos que iban y venían.

Para saludar al transatlántico invisible, el paquebote de Southampton hizo sonar la sirena e izó los gallardetes. Los pasajeros aplaudieron cuando los triángulos multicolores se desplegaron al viento. En comparación con ellos, muchos vestidos parecían deslustrados. Pero el traje verde almendra de la cómplice de Duncan continuaba siendo encantador.

La estrechez del vagón, y luego la del vapor, le parecieron a Horty una especie de prolongación de la calle de la Villemarqué. Esta continuidad tranquilizadora se rompió cuando el barco atracó en el muelle y los marineros comenzaron a organizar a los viajeros con una repentina impaciencia de perros ovejeros, empujándolos hacia la pasarela bamboleante al pie de la cual los botones de los grandes hoteles esperaban a sus clientes. Claro que probablemente el establecimiento en el que Horty tenía habitación reservada era demasiado modesto para ofrecer los servicios de un botones.

La falta de trepidación y el no sentir el balanceo desconcertó más al estibador que todo lo que había vivido desde la mañana. Había llegado. Experimentó una extraña sensación de vértigo y de vacío. Vio que bajaban su maleta y la dejaban en el muelle, con centenares de otras más que los propietarios trataban de reconocer para después llevárselas. El tren lo había llevado a su destino, el vapor había seguido una ruta señalada, pero ahora no había nada que indicase a Horty si debía seguir esta o aquella dirección.

Partiendo de los diques, las calles penetraban en la ciudad, primero por entre algunos depósitos, y después serpenteaban a través de una red de casas de ladrillo con las ventanas rotas o clausuradas con tablas clavadas en forma de cruz. Horty podía tomar esta calle o la de más allá.

Entonces examinó el aspecto de aquella ciudad extranjera, ennegrecida por el humo de los barcos y las locomotoras del puerto, y por primera vez desde su partida tuvo conciencia de la distancia que lo separaba de Zoé.

Estaba lejos de su casa. En lugar de sentir la exaltación que había esperado, tuvo una sensación de malestar. El proyecto de asistir a la partida del *Titanic* para su travesía inaugural no le parecía que mereciera tanto interés. Por lo demás, si aquella falsa bruma no se disipaba, no se vería absolutamente nada.

Adherida a una reja, una pizarra anunciaba que el paquebote de Southampton regresaba a Cherburgo aquella misma tarde, con la marea alta. Horty se sintió tentado de volver a subir a bordo. Pero recordó que el premio de su victoria incluía también una noche y una comida en un hotel decente. Esta perspectiva, sobre todo, era lo que

lo había incitado a hacer el viaje. Semejante ocasión, sin duda no se volvería a presentar. Se persuadió de que su velada en Southampton sería, finalmente, un buen recuerdo. Empuñando su maleta, emprendió la marcha.

Cuando atravesaba la zona caótica que separa el puerto de la ciudad propiamente dicha, un ómnibus tirado por dos caballos grises pasó por su lado. Duncan y la mujer de verde iban sentados en la imperial. El estibador sonrió a la joven, pero ella ni se percató. Estaba muy ocupada en impedir que saliera volando su hermoso sombrero.

Horty anduvo errante largo tiempo antes de ir a parar, casi por casualidad, al hotel de la Rada de Spithead. Declinaba el día. A lo largo de las aceras mojadas, los cocheros detenían sus carruajes y descendían para encender los faroles.

El Spithead, blanco, con canalones y bajantes lacados en negro, se hallaba encajado entre dos altas fábricas formadas de hirsutas escaleras de hierro. Había una puerta giratoria, pero por una u otra razón parecía atrancada. Alguien golpeó un vidrio con el dedo e hizo señas a Horty para que pasara por una puerta más pequeña, en la esquina de la calle.

Antes de entrar, Horty observó la fachada del hotel. Todas las ventanas brillaban con una luz cálida, suavemente tamizada por finas cortinas blancas. Se preguntó cuál de esas ventanas sería la suya. A pesar de la lluvia que comenzaba a caer, la abriría y se apoyaría en el balcón para contemplar cómo descendía la noche sobre esa ciudad plana y enorme.

El hotel de la Rada de Spithead era administrado por una mujer rubia, mistress Chancellor. Era casi tan alta como Bathilde Burén. Como a Horty le sorprendió que hablara tan bien francés, aquélla le explicó que se llamaba Yvonne y que había nacido en Francia, en Hazebrouck, cerca del antiguo convento de los agustinos.

Agregó que ya se conocerían mejor durante la cena, que se serviría a las siete en punto de la tarde. Ahora sólo tenía el tiempo justo para acompañar a Horty a su cuarto. Con motivo de la salida del gran transatlántico, todos los hoteles de Southampton habían sido tomados por asalto y mistress Chancellor no daba abasto.

—Tenemos muchos norteamericanos esta noche, sobre todo pasajeros de segunda clase —explicó—. Algunos han venido expresamente de Nueva York para volver a partir mañana de regreso hacia allí en el *Titanic*. No verán gran cosa de Southampton, pero evidentemente no están aquí para eso.

En efecto, el corredor estaba repleto de hombres obesos con calcetines a rayas, que deambulaban con jarras de cerveza en la mano. Mistress Chancellor los recriminó: si deseaban beber, el reglamento exigía que permanecieran en el bar. La policía de Southampton, insistió, velaba para que nadie, ni siquiera un ciudadano norteamericano, consumiese alcohol fuera de los lugares reservados para esta forma de distracción, que ella aceptaba como administradora del hotel, pero desaprobaba como mujer. Se las tuvo que ver sobre todo con un tal mister Cheapman de Thedford, Nebraska particularmente indisciplinado y rebelde. Era el único de los pasajeros norteamericanos alojados en el Spithead que no estaba casado:

—Dice que después de haber atravesado el océano se pondrá al servicio de Dios, que fundará una iglesia o no sé qué. Por supuesto, no creo ni una palabra. Usted que es persona sensata, señor Horty, ¿aceptaría que lo coloque en su mesa para la cena?

—No —denegó el estibador.

—¿No? —repitió mistress Chancellor, incrédula.

—Verá usted, esta cena es importante para mí. Quisiera disfrutarla completamente

solo.

—¡Oh! —exclamó mistress Chancellor—. Le aseguro que ese Cheapman no cogerá nada de su plato.

—No se trata solamente del plato y lo que haya en él —explicó el estibador—. Estar aquí representa mucho para mí. Me parece que saborearé mejor la cena si estoy solo.

Mistress Chancellor no insistió. Abrió la puerta de la habitación veintiocho y se apartó para que Horty entrara.

—No es mi mejor cuarto —dijo—. Pero es tranquilo.

Sin lugar a dudas, cientos de clientes habían ocupado la habitación veintiocho desde la construcción del hotel de la Rada de Spithead; sin embargo, daba la impresión de que nadie había dormido jamás entre sus paredes.

Hacía frío. La ventana daba al lateral gris de una de las fábricas. Había una chimenea, pero era evidente que no se utilizaba. El único detalle un poco cálido era la mesa delante de la ventana, cuya estrecha tabla, como un pupitre escolar, estaba plagada de manchas de tinta e inscripciones grabadas con la punta de la pluma.

Por consiguiente, alguien se había sentado ahí, frente al interminable muro gris, para escribir cartas. Horty se preguntó qué pensamientos podía inspirar la alta y lisa pared que se alzaba al otro lado de la vidriera. Claro que como él nunca había escrito cartas a nadie, carecía de elementos de juicio para formarse una opinión. Decidió tratar de escribir enseguida a Zoé para decirle que la amaba y que no se sentía tan feliz de estar en Southampton como había pensado. Si tenía éxito con su carta a Zoé, también escribiría a los armadores, aunque a ellos les diría que todo era magnífico y que deploraba ya su decisión de no participar el año próximo en el concurso del mejor estibador.

Pasó el dedo por encima de la mesa y, cuando lo retiró, estaba negro.

—¿Es polvo? —preguntó.

No se atrevía a afirmar nada, no conocía las costumbres de los hoteles ingleses, y temía contrariar a mistress Chancellor.

Ésta recorrió a su vez la mesa con el dedo. A continuación, lo olfateó con cierta concentración.

—Digamos que es polvo. Pero polvo de hulla.

—No es lo mismo —rechazó el estibador.

—Ciertamente no —convino mistress Chancellor—. Viene de los barcos. El puerto está aquí al lado. No se ve desde aquí, pero se oyen perfectamente las sirenas. Los barcos expulsan humo y entra por debajo de la ventana. —Se olió el dedo de nuevo—. Con los cumplidos del *Prinz von Erlangen*, un alemán de treinta y dos mil toneladas. —Luego, pasó el índice sobre el dintel de la chimenea, se lo acercó a la nariz y añadió—: Y éste es el *Empress of China*. Cada uno con su carbón, su forma

de calentar, sus escorias. Con un poco de costumbre, se reconoce a los barcos por el olor de sus efluvios. Como los grandes vinos.

Cuando mistress Chancellor se retiró, Horty abrió la ventana. Esperaba así expulsar el olor a gatos viejos que reinaba en la habitación veintiocho. El aire húmedo que se coló no hizo en realidad sino precipitar el olor entre el armario y la cama, donde se concentró de una manera asombrosa, y más bien asquerosa, pensó Horty; probablemente no podía hacer nada, y ahora deseaba concentrarse en la carta.

El estibador tenía claro en su cabeza lo que quería decirle a Zoé. Antes de expresarle su ternura y el sincero pesar que experimentaba al saberla tan lejos, deseaba compartir con ella sus primeras impresiones sobre Southampton. Cuando caminaba por la ciudad en busca del hotel de la Rada de Spithead, había notado que el cielo adquiría un extraño color glauco. Sabía que lo originaba el reflejo de los mecheros de gas por debajo de las nubes. Intentó de varias maneras hacer entender a Zoé ese color verde. Pero ninguna le satisfacía. Al fin, escribió sencillamente la verdad: «En Southampton, en abril, cuando cae la noche el cielo es verde.»

Al leerlo, se dijo, Zoé pensaría probablemente que trataba de impresionarla describiendo una ciudad extraordinaria, exótica y absurda. Se preguntó cómo se las arreglaban los escritores para comunicar sus impresiones. Quizá también escribían la verdad y por esa razón sus libros eran tan hermosos. Alguna cosa en ellos, las palabras precisas, los verbos sencillos decían a la gente: «A ustedes les cuesta creerlo, y sin embargo todo ocurre como está escrito: el cielo es verde sobre Southampton, y eso es todo.»

Horty soñaba que, a su regreso, tal vez podría comprar una novela e intentar leerla para ver cómo estaba hecha, cuando llamaron a la puerta.

Mistress Chancellor tenía un aspecto desolado. Horty se imaginó que mister Cheapman acababa de hacerle una mala jugada y pensó que continuaría su carta a Zoé tratando de contarle la nueva andanza del infernal mister Cheapman.

—Llueve —le comenzó a decir mistress Chancellor—. Parece que no va a durar, que es sólo un chaparrón bueno, por ahora llueven gatos y perros. —*It rains cats and dogs*: en su confusión, mistress Chancellor traducía literalmente el equivalente inglés de «llueve a cántaros».

Horty echó un vistazo hacia la ventana. Llovía, en efecto, pero la lluvia era del mismo color gris desabrido que el muro de la fábrica y apenas se la podía distinguir en la oscuridad del callejón, entre los dos edificios.

—No hay ni una sola cama libre en Southampton —prosiguió mistress Chancellor—. Cosa del maldito *Titanic*, naturalmente. El Ejército de Salvación, la Academia de Billar, los hospitales y hasta las calesas con capota, todo lo ha tomado la gente por asalto. Ahora le pregunto, señor Horty, ¿adónde puedo enviar a dormir a esta pobrecita?

—¿Qué pobrecita? —respondió Horty, con desconfianza.

—Es francesa, como nosotros —dijo mistress Chancellor—. Por eso he pensado inmediatamente en usted.

Lanzó una mirada elocuente al lecho donde el estibador había dejado la maleta.

—Podría instalarle a usted una cama en uno de los bancos del comedor —prosiguió mistress Chancellor—. Los hice forrar de peluche rojo, resultarán aceptablemente cómodos por una noche. En cuanto al servicio, tranquilícese, será rápido: todos los huéspedes están ansiosos de acostarse para estar en forma mañana muy temprano.

—No —dijo Horty, mientras se sentaba con rapidez en la cama y se apresuraba a abrir su maleta y disponer sobre el cubrecama todo su contenido—, no he hecho este viaje para dormir en un banco. He ganado un concurso, y no se trataba precisamente de adivinar el número de habichuelas de un pozal, créame. Fue duro, señora, tan duro que no volveré a participar jamás. No es justo que me haya reventado para nada.

Mistress Chancellor guardó silencio por un instante. Ahora, aunque la lluvia seguía sin destacarse precisa contra el alto muro de la fábrica, se la oía crepitar en la callejuela.

—Tengo una idea —dijo Horty—. Dele el banco a esa joven.

—Figúrese, es una muchacha muy hermosa —suspiró mistress Chancellor—. Con todos estos norteamericanos, supongo que necesita una habitación que pueda cerrar con llave.

—Bueno —aceptó el estibador—, pero no la mía.

—No la suya —repitió mistress Chancellor.

—No.

—Voy a bajar para decirle que usted no acepta —dijo mistress Chancellor—. Con lo cual, no me quedará más que echarla.

—Eso es —dijo Horty—. Tengo la impresión de que Southampton es una gran ciudad y la lluvia acabará por parar.

Se preguntaba si Zoé habría aprobado su actitud tan firme; se inclinaba a pensar que sí.

—Lo mejor —concluyó mistress Chancellor abriendo la puerta— es que se lo diga usted mismo a esa niña. Que le explique su posición, quiero decir.

—Puede hacerse —admitió el estibador—. Me siento en mi derecho, sabe usted.

Mientras bajaban por la escalera, mistress Chancellor le dijo a Horty que la muchacha se llamaba Marie Diotret y que debía embarcar al día siguiente en el *Titanic* como camarera de primera clase.

El estibador nunca había visto a nadie con una apariencia tan lamentable como la de Marie Diotret. Permanecía inmóvil junto al mostrador y, a fuerza de esperar que alguien decidiera su suerte, sus zapatos habían vertido toda el agua que habían

recogido chapoteando en las zanjas, su largo abrigo azul se había escurrido y a sus pies se había formado un charco. Iba tocada con un pequeño sombrero redondo, el tipo de sombrero que les encanta a las damas de caridad y al que el menor aguacero confiere al momento el aspecto de un pájaro muerto en un foso. Al abarquillarse sobre su cabeza, el sombrero había dejado expuesto a la lluvia el cabello, que había adquirido un tono tan indeterminado que resultaba imposible precisar si era rubio o castaño.

Se parecía a los ahogados que los hombres del bote salvavidas llevaban a veces a la caleta viscosa del puerto de las mujeres.

Justo al llegar Horthy y mistress Chancellor a la parte baja de la escalera, Marie Diotret comenzó a estornudar. El estibador vio una nube de finas gotitas que salían de su boca y brillaban un instante con el resplandor de las lámparas.

La muchacha había cerrado los ojos para estornudar, pero los volvió a abrir enseguida. Eran de color gris claro.

—Lo siento mucho, de veras —dijo, sin que se pudiese saber con exactitud qué sentía, si estornudar o simplemente estar ahí, ocasionando molestias.

—El señor Horthy no puede cederle el cuarto veintiocho —dijo mistress Chancellor—. Me temo que deberá buscar en otra parte. ¿Verdad, señor Horthy? —agregó mirando con expresión reprobadora el charco de agua a los pies de Marie Diotret.

—Sí —confirmó el estibador—, desgraciadamente es así.

Marie estornudó por segunda vez, y Horthy vio de nuevo una nubecita luminosa que se escapaba de su boca. Entonces pensó: «Si estornuda una vez más, le digo que se quede.» Era algo irracional, pero no tanto como apostar a que una mujer con vestido verde almendra alcanzaría o no una sombrilla que se le escapaba de las manos en el puente de un barco.

Marie no tardó en estornudar por tercera vez.

—No sabía que usted estuviese enferma —dijo Horthy.

—Oh, de ninguna manera, no estoy enferma —rebatió Marie—. Es sólo una reacción. Hace frío afuera y aquí tanto calor...

—Sí está enferma —insistió Horthy (le pareció que aquello era lo mejor que podía decir para no quedar desarbolado ante mistress Chancellor)—. Vamos a solucionarlo —agregó avanzando hacia Marie.

—Todo se arreglará —pregonó mistress Chancellor con entusiasmo.

—Estoy confundida —musitó Marie—, terriblemente confundida.

—Escuche —dijo Horthy—, deme su maleta y venga a ver la habitación.

Marie subió la escalera delante de él. Por desgracia, no olía tan bien como la mujer de verde almendra. Pero tampoco olía bien la habitación veintiocho. Antes de alcanzar el rellano, Marie se quitó el chal empapado que llevaba anudado sobre los hombros. Horthy advirtió que tenía un cuello largo y blanco. Sobre el cuello, los cabellos de la joven no estaban demasiado húmedos. Horthy se dio cuenta de que eran

más bien rubios.

Marie no hizo ningún comentario acerca del cuarto. Miró, sin decir nada tampoco, a Horthy, que había colocado su maleta sobre la cama y apretujaba en ella sus pertenencias.

—Ya se sabe —dijo el estibador—, éstas son cosas que suceden. Tal vez no he debido abrir la ventana, pero olía a gato. Y además, no podía adivinar que usted dormiría aquí.

—¿De verdad me va a ceder su cama? —preguntó la muchacha.

—Toda la habitación —dijo Horthy—. Y lo mejor de todo es que le saldrá gratis: me la he ganado en un concurso.

—¿Un concurso del periódico?

—No, el concurso del mejor estibador de los puertos del norte.

—¿Y es usted?

—Sí. Ya fui el mejor el año pasado. Y el antepasado. Lo gané cinco veces consecutivas.

—Bravo —dijo Marie—. Es impresionante.

Se había sentado en el borde de la cama y continuaba perdiendo humedad como una tela que se hubiese puesto a escurrir.

—Me gustaría hacer algo por usted —dijo.

—No vale la pena —contestó Horthy—. No se preocupe por mí. Dormiré muy bien abajo, en el banco. Y, si no duermo, ya me resarciré en el barco.

—¿Usted también se embarca en el *Titanic*?

—No, en el vapor para Francia. Mañana regreso a casa.

—Era su única noche aquí y yo se la robo un poco.

—Me falta la cena —repuso el estibador—. La cena en el comedor también formaba parte de las cosas que quería conocer. Además, va siendo hora de ir allá.

Guardaba sus cosas en la maleta para desocupar la cama. Marie examinó la pesada levita que había pertenecido a Jean Rissken:

—¿Es para esta noche? No tengo nada tan elegante para ponerme. Quizá sería mejor que fuese a cenar en un sitio más popular que este hotel. Alguno habrá en alguna parte del puerto, ¿no?

—El puerto —repitió Horthy—; también me gustaría el puerto. La verdad es que no tengo ganas de meterme en esa levita.

—Podríamos ir juntos —dijo Marie—. Si quiere, le invito, para agradecerle el haberme cedido la habitación.

—Así —comentó Horthy— me libraré de ese Cheapman que viene de Nebraska. Le he dicho a mistress Chancellor que no lo quería en mi mesa, pero tengo la impresión de que esta mujer hace siempre lo que le da la gana.

Marie lo miró fijamente sin comprender. Horthy pensó que las tonterías de mister

Cheapman serían un buen tema de conversación si la joven y él se daban cuenta de que no tenían nada que decirse. Ignoraba todo lo que había podido hacer mister Cheapman pero, si era necesario, lo inventaría. Debía de ser agradable ver reír a una mujer por las tonterías que uno imaginaba para divertirla. Rebuscó en su memoria para recordar cuánto tiempo había pasado desde la última vez que hizo reír a Zoé. Hacía tanto de ello que ni siquiera podía contar los años. El sonido de una sirena, grave y prolongado, desgarró la noche. Hizo vibrar los cristales de la habitación y del cuarto de baño.

—¿Es el *Titanic* el que se oye? —preguntó Horty.

Marie lo ignoraba. Sólo conocía el *Titanic* por los grabados que ilustraban el inicio de su viaje inaugural en los periódicos y por los carteles que podían verse casi en todas partes en Southampton, en los árboles e incluso en las ruinas medievales frente al mar. Y, como la lluvia los despegaba, también los había tirados en las aceras. Los niños se agachaban a recogerlos, pero generalmente la multitud los pisoteaba.

Caminaba cerca de él como una niña que ya no tiene edad para ir de la mano pero aún teme perderse. No hablaba. Sin duda resfriada, respiraba ruidosamente por la boca. «El aire de alta mar le hará bien —pensó Horty—; llegará curada a Nueva York.»

De vez en cuando, ella lo miraba y le sonreía. El estibador también le sonreía.

Como todos los vecinos de la calle de la Villemarqué, Horty, al casarse, había perdido la costumbre de estar solo. Las escasas noches en que no regresaba de inmediato para encontrar a Zoé, acompañaba a los otros estibadores y compartía con ellos un rato en el café. De todas maneras, aun remontándose a sus años de infancia, Horty no recordaba haberse sentado nunca solo a la mesa. Ninguno de los que conocía comía, bebía o tan siquiera dormía sin alguien al lado o cerca de sí. Cuando un estibador o un marinero entraba en una de las tabernas detrás del puerto, se le conducía a una de las mesas donde ya estaban sentados otros trabajadores, otros marinos. Únicamente los oficiales se aislaban a veces, con la frente entre las manos o mirando fijamente la llama temblorosa de una lámpara. No se atrevían a decirles nada, pero a nadie le agradaba. Los hombres sin compañía no tienen nada más que hacer que contemplar a los demás, o mirarse a ellos mismos en los espejos de la taberna. Entonces comienzan a rumiar pensamientos lúgubres, sus labios se mueven cada vez más deprisa, a veces se levantan bruscamente, rompen una botella en el borde de una mesa y organizan peleas más sangrientas que las que podrían provocar individuos que simplemente están borrachos.

Desde por la mañana, sin nadie con quien hablar salvo la mujer de verde almendra en el paquebote, Horty había tenido tiempo suficiente para pensar lo que había sido su existencia y el giro que tomaría ahora. Zoé envejecería. Se volvería taciturna y blanda, la piel se le arrugaría y se cubriría de manchas oscuras. Perdería los dientes o sería preciso extraérselos; entonces sus labios, ya finos, se adelgazarían aún más hasta convertirse en una larga y estrecha hendidura, lo que, con su cara redonda de pómulos salientes, la asemejaría a una rana. Se la imaginaba colocada sobre los nenúfares en medio de las algas y los huevecillos que tapizaban la caleta del puerto de las mujeres (detestaba estas visiones, pero no podía hacer nada para impedir que acudieran a su mente).

Horty amaba a Zoé, y más aún ahora, cuando no iba a tardar mucho en metamorfosearse en rana. Le quedaba poco tiempo al estibador para decirle que aún era hermosa y desearla sinceramente.

Por esta razón en su carta, interrumpida bruscamente por la aparición de la administradora, Horty, tras haber intentado describir la caída de la noche sobre la ciudad inglesa, comenzó a exponerle a Zoé todo lo que le habría hecho de haber estado ella ahí. Él, tan brusco en el amor, quizás hasta brutal, había dedicado mucho tiempo (casi dos largas páginas, y eso que no escribía rápido) a explicarle cómo la desvestiría, cómo tomaría cada prenda para aspirar el perfume, hasta su ropa íntima

que por pudor ella se negaba a que tocase y se apresuraba a esconder entre los otros vestidos tirados en desorden, y cómo enseguida lamería todo su cuerpo con una paciencia infinita, deslizando la lengua por entre pliegues de carne cuyo nombre exacto le era aún desconocido.

Al comienzo de su matrimonio, Horty y Zoé experimentaban una necesidad tan violenta el uno del otro que ni siquiera dedicaban un momento a acariciarse. Ahora, cuando el cansancio del día y la costumbre habían hecho su atracción mucho más fugitiva, actuaban con el mismo afán por miedo a que el deseo se esfumara antes de haber quedado satisfechos. Pero ¿sólo eso ocurría? Porque lo cierto es que, al dormirse, cada uno evocaba lo que había omitido susurrarle o hacerle al otro.

La presencia de Marie impedía a Horty pensar en todo aquello, como también en el hecho de que no había concluido la primera carta que intentaba escribirle a Zoé, carta que sin duda no terminaría. Entonces, ¿había renunciado realmente a su cuarto por compasión al oír los estornudos de Marie, o lo había hecho por compasión de sí mismo? Se preguntó si mister Cheapman sentiría la misma confusión al encontrarse solo ante su existencia y sus pensamientos en el comedor del hotel de la Rada de Spithead. Probablemente no, porque el tal mister Cheapman era un bromista y sólo veía en la vida la mejor forma de tomarla a broma.

En el barrio portuario se detuvieron delante de una taberna que se llamaba Calcuta. Lo único hindú que tenía era el nombre. En su interior se alineaban, como en un refectorio, largas mesas de madera hinchada a fuerza de haberla frotado, provistas de unos taburetes de bar a los que habían serrado las patas para acortarlas. En las paredes, protegidos por rejas, colgaban antiguos faroles de barco que proporcionaban una luz grasienta. El olor del petróleo se mezclaba con el de unos pescados desvaídos, dispuestos cabeza con cola sobre una bandeja para ofrecerlos al apetito de los comensales. La sala estaba decorada con cuadros de mercantes anticuados, cuyas pasarelas sólo se hallaban protegidas por sencillas telas. Estos cargueros aparecían navegando en mares tormentosos, casi siempre de noche. Pero el artista en ningún caso había olvidado pintar, siempre en el ángulo superior derecho, una luna enorme cuya lívida luz realzaba las crestas de las olas y el humo que escapaba de las chimeneas. En algunos cuadros se había agregado una cinta de crespón negro, lo cual daba a entender que el barco había naufragado.

Salvo que se servía cerveza en vez de vino, él lugar no se diferenciaba mucho de las tabernas que frecuentaban los estibadores de la Ville-Basse después del trabajo. El viaje a Southampton se parecía cada vez menos a lo previsto por Horty. Estuvo tentado de decirle a Marie que podían buscar más lejos, hasta dar con un sitio que tuviese aspecto de restaurante de verdad, pero recordó que ella había propuesto invitarlo para agradecerle el haberle cedido su habitación; la joven debía de pensar que el Calcuta no sería caro.

—Estaremos muy bien aquí —dijo entonces, tratando de mostrarse entusiasmado.

Marie no había hecho ningún comentario descortés acerca del polvo de hulla en el cuarto veintiocho, como tampoco de las inscripciones en la mesa ni del olor a gato; Horthy habría sido muy insolente al criticar aquel local donde la muchacha parecía contenta de haber entrado.

—Sí —convino Marie—, no hay nadie aquí; deseo tranquilidad esta noche, mañana estaré en medio de no sé cuántos miles de personas. Espero que me comprenda; mejor dicho, estoy segura de que me comprende.

Un transatlántico estaba anclado al otro lado de una extensión de agua inerte y negra. Estaba iluminado. Algo de bruma difuminaba las luces de las portillas y las ventanas de los salones como en una fotografía movida, y ese halo dorado devoraba la masa oscura del casco reduciéndolo, a pesar de su tamaño, a un arroyuelo de luz difusa que sobresalía danzando del agua. El buque acababa de encender las calderas, unas pavesas encendidas escapaban por las chimeneas y caían al mar como para fundirse en el reflejo de las otras luces, pero se extinguían mucho antes, en pleno cielo.

—¿Cree usted que es el *Titanic*? —preguntó Horthy.

—Es posible —contestó Marie como distraída.

Volviendo la espalda al espectáculo del transatlántico, hizo señas a Horthy de que se sentase frente a la cristalera salpicada por la lluvia.

—Entiendo que le fascine —añadió como para justificar su indiferencia a la vista del enorme barco que brillaba en medio de la noche—, pero para mí no es más que el sitio donde, después de todo, voy a trabajar.

—¿Ya ha trabajado antes en un barco?

—No.

—No crea que pienso recuperar mi cuarto —dijo Horthy—, pero, según mistress Chancellor, el último día de contratación era el sábado. Ahora, la tripulación está completa. Me pregunto entonces por qué no pernocta a bordo, con los demás.

Marie pareció desconcertada. «Ha caminado errante bajo la lluvia —se dijo Horthy—, sin haber caído en una solución tan sencilla.» Las otras camareras eran crueles, no le habían recordado a Marie que tenía una litera a su disposición en el *Titanic*. Aunque tal vez aquello fuera una especie de prueba preliminar.

—Bueno —respondió ella al fin—, en realidad no estaba previsto que embarcase. Sustituyo a una amiga, una joven inglesa, Maureen, que no puede incorporarse a su puesto por motivos familiares y me lo ha cedido más o menos como usted su habitación. Pero esta noche ella está aún a bordo; trabajará hasta tarde con las otras mujeres para poner a punto los camarotes. Era muy complicado para ella abandonar el *Titanic* a medianoche y recorrer todo Southampton tratando de encontrar una cama. ¿Satisfecho? —agregó con cierto tono de ansiedad.

—Claro que sí —dijo Horthy—. Le pido perdón, no sé por qué le hago todas estas preguntas.

Apenas se habían instalado cuando varias personas empujaron las puertas del Calcuta: dos mujeres vestidas de religiosas que vendían un periódico lleno de oraciones, un sordomudo y su canasta de horóscopos enrollados en pequeños tubos de cartón y una niña con rosas. Aquella pobre gente debía acechar en la penumbra a los clientes que entraban en la taberna, dejaban que se sentaran y luego acudían a lamentarse ante su mesa proponiéndoles sus baratijas carentes de interés.

—Lárguense —dijo Marie en inglés—, no queremos nada.

Horty, sin embargo, le compró una rosa a la niña. La rosa tenía ya los pétalos marchitos y manchados, pero la niña era bella y Horty le pidió la flor rosa sólo por el placer de tocar la mano de la pequeña y colocar en ella unos peniques. Compró también el periódico de las monjas, por superstición, suponiendo que fueran religiosas de verdad. Y, por último, de la canasta del sordomudo eligió un horóscopo para Marie, que era muy joven y apenas comenzaba a vivir. Lo abrieron y lo leyeron juntos. Era un buen horóscopo. Predecía un viaje, ingresos económicos, mejoría de una afección, un amor; aconsejaba el color amarillo, el número nueve, la amatista.

—¡Nada menos! —exclamó Marie y, riéndose, quemó el horóscopo en la llama de una vela que acababan de llevarles.

—En cuanto al viaje —dijo Horty—, tengo la impresión de que está en lo cierto. Por lo del color amarillo, quiero decir.

Ella lo miró sorprendida, no llevaba nada encima de ese color.

—Las chimeneas del *Titanic* son amarillas —aclaró Horty.

No tuvieron que pensar nada para saber lo que iban a pedir. Hubieran querido probar los pescados pero, por la noche, el Calcuta sólo servía un menú compuesto de sopa de rabo de buey, torta de menudillos con arvejas, una porción de queso de Chester y postre de manzanas.

Se miraban y se sonreían a menudo. Hablaban poco, cambiando solamente algunas palabras breves y corteses. En una o dos horas se separarían, para no volverse a ver jamás; era muy poco tiempo para intentar conocerse. Pero a la hora del queso de Chester, Marie dijo bruscamente que Horty se equivocaba si sólo veía en ella a una sirvienta. Desempeñaría con dignidad la función de doncella, pero no tenía intención de pasarse la vida en el *Titanic*. Por lo demás, ello era imposible, por razones de simple aritmética: los barcos envejecen más rápido que los seres humanos, viven poco más o menos lo mismo que los caballos, entre veinte y treinta años. Marie sería aún una mujer deseable cuando el *Titanic* se convirtiera en chatarra.

Marie ayudaría a las pasajeras a vestirse (a bordo, precisó, las mujeres se cambiaban de ropa tres o cuatro veces al día), arreglaría las hermosas blusas arrugadas de tanto permanecer en los baúles, cambiaría los peinadores; por la noche colocaría telegramas, flores o bombones sobre las almohadas, pero aunque estaba asignada al servicio de las damas, partía con la esperanza de que un hombre

adinerado se fijara en ella. Rebuscó en su bolso manchado por la lluvia y sacó un estuche de pinta-labios. Tenía grabadas unas iniciales que no eran las suyas. Debió de encontrárselo por el suelo en una acera. Una multitud febril iba y venía por la ciudad, la gente subía y bajaba de los carruajes sin cesar para que los llevaran a las oficinas de las compañías navieras o a sus hoteles; los coches aminoraban la marcha sin detenerse por completo, los cocheros se inclinaban para tomar por los brazos a las mujeres, las levantaban en vilo sobre el estribo, ellas se reían y a veces el bolso se les abría; pequeños objetos caían al arroyo, sin que el martilleo de los zuecos permitiera oírlos caer. Marie se pintó los labios. Cuanto más carmín aplicaba, más rosada parecía su lengua. Horty se lo advirtió, y ella le dijo riéndose:

—¡Por supuesto! De eso se trata.

Humedeció un pincelito y se perfiló de negro las cejas, pero a diferencia de lo que sucedía con la lengua, sus ojos no ganaron colorido. Parecía que se habían endurecido.

—¿Estoy lo bastante hermosa para un Guggenheim, para el viejo Straus o Ismay hijo? Mañana estarán a bordo. ¿Sabe lo que pesa Guggenheim? No me refiero a los kilos, por supuesto.

El estibador no tenía la menor idea. Marie dijo en un tono súbitamente alterado, como si fuese ella quien poseyera aquella inmensa fortuna y temiese perderla, que Benjamín Guggenheim era dueño de algo así como noventa y cinco millones de dólares.

A fin de cuentas, explicaba Marie, aquellos barcos eran más bancos flotantes que palacios, y por eso las travesías transatlánticas atraían cada vez más a una multitud de ratas de hotel, estafadores y jugadores profesionales.

—Yo he conocido a uno —le dijo Horty (no le disgustaba alardear de que el mundo de los transatlánticos tampoco le era desconocido)—, se llama Duncan. Viaja en compañía de una mujer muy hermosa, pero el apellido de ella no lo sé.

—No tiene —dijo Marie—. No es más que un rostro, un cuerpo y, sobre todo, unos dientes afilados.

—¿Acaso usted no es así?

Ella suspiró como aliviada de que al fin se hubiese decidido a hacer esa pregunta:

—Oh, yo no soy una aventurera, si ha querido decir eso.

—No —se apresuró a responder Horty—, no, de ninguna manera supongo tal cosa. ¡Dios mío, no!, usted es a todas luces una muchacha indiscutiblemente honesta.

Marie sonrió: no buscaba solamente seducir a un hombre, esperaba ser amada, casarse y vivir en Norteamérica. Deseaba por encima de todo vivir en Maine. Había oído decir que allá existían grandes mansiones blancas con muelles de embarque de los que se podía disponer para recibir amigos y dar fiestas, todo aquello entre rosas y acacias; hasta allí se llegaba a través de largas carreteras rectas, con el mar a uno y otro lado, o con lagos. Los habitantes de Maine eran a la vez sociables y refinados como personas de la ciudad, aunque vivían bien, como las del campo. Era uno de los

últimos estados de Norteamérica donde quien compraba una casa tenía la garantía de que había un ruiseñor en el parque. Marie admitía que las probabilidades de encontrar en las crujías del *Titanic* a un hombre rico que poseyera una propiedad en Maine, y conseguir que se enamorase de ella, eran demasiado remotas. Sin duda, aquello no era más que un sueño, pero le demostraba a Horty —sin lugar a dudas, ¿verdad?— que la muchacha no era en absoluto lo que había podido imaginarse por un instante.

El estibador mojó una punta de la servilleta en la jarra de agua:

—Por favor —dijo—; la prefería como estaba hace un momento.

Ella comprendió. Dócil, se pasó la servilleta por la cara y se quitó el maquillaje. De nuevo su boca apareció fresca y sus cejas igual de mojadas que la primera vez, cuando el estibador la había visto a punto de estornudar en la recepción del hotel de la Rada de Spithead. Una gota de agua se deslizó sobre sus labios, y ella los entreabrió para sorberla.

Ahora, Horty y ella podían hablar directamente sin ninguna segunda intención. Él no era el hombre rico de Maine, con casas con parques y ruiseñores que Marie buscaba. El único riesgo era lo que pudiese haber de ambiguo entre ellos, así que no les quedaba más que aprovechar su velada. Se miraron a los ojos, riéndose, y Horty pidió una jarra de ginebra.

Como si el sentimiento de liberación que experimentaron uno respecto al otro hubiera sido compartido, el Calcuta se llenó bruscamente de un gentío alegre y ruidoso.

Eran mineros galeses, con sus esposas y sus hijos. Venían a llenar el estómago y a acopiar buenos recuerdos antes de hundirse al día siguiente en los entrepuentes del *Titanic*. En Cardiff, unos agentes reclutadores contratados por compañías armadoras les habían prometido una existencia más brillante y menos mezquina al otro lado del océano. Habían viajado toda la noche anterior en ferrocarril y se habían pasado el día vagabundeando por Southampton en busca de un trabajo de unas horas para ganar algún dinero. Los hombres encontraban equipajes para llevar, mientras que a las mujeres las solicitaban para marcar grandes cajas; les entregaban pintura roja para escribir encima: «*caution, handle with care*», lo que explicaba el rumor que recorría la ciudad de que el *Titanic* llevaría un cargamento de cosas frágiles y preciosas compradas por los millonarios norteamericanos; se hablaba de inmensas arañas de cristal de Murano, de rompecabezas de mosaicos sicilianos, de vajillas de Sajonia.

Los mineros iban tocados con unas gorras grises que lanzaban al aire con el menor pretexto y todos calzaban zapatos lo suficientemente recios como para permitirles, una vez llegaron a Norteamérica, alcanzar en plena marcha los trenes comerciales. Las mujeres llevaban sombreros negros profundamente encasquetados sobre sus caras arrugadas. Unas muchachitas casaderas, rollizas y pálidas, vestían trajes ceñidos a las caderas que terminaban en colas cortas. Esas ropas habían pertenecido sin duda a adultos que las habían desechado; las madres las habían rescatado a bajo precio y las habían recortado a la altura de la cintura para que

conservaran, en los talones, la campana o los volantes almidonados que las hacían parecer trajes domingueros. Probablemente pensaban que los funcionarios de los servicios de inmigración en Ellis Island no podrían devolver al lugar de procedencia a unas muchachitas elegantes, por más que tuviesen los ojos un poco llorosos.

Así aprisionadas, las niñas, no podían divertirse mucho. Pegaban entonces la nariz a las vidrieras del Calcuta y, mirando el enorme barco anclado al otro lado del agua oscura, preguntaban si ése era el *Titanic*, el barco en que iban a partir, pero aparentemente nadie sabía nada.

—Tengo veintidós años —le dijo Marie—, nací en Dieppe. Allí conocí a Maureen. Abrimos una pequeña tienda frente al mar; yo hacía buñuelos y barquillos, Maureen recorría la playa para venderlos. ¡Si hubiera visto los pies de Maureen después de una jornada en la playa! La arena le pulimentó las uñas, como hace con los guijarros. Se volvieron casi transparentes. Eso hubiera podido parecer hermoso, pero también le sangraban.

»Un día se clavó algo en el dedo, supongo que una concha podrida. Se le comenzó a hinchar el pie, que olía de un modo espantoso. La llevé al hospital. Como no podía caminar, alquilé un coche. Nos gastamos todos los ingresos de la semana, porque el cochero creía que éramos de esas muchachas, ya sabe, que acuden al hospital porque se han contagiado de enfermedades con los hombres. Nos cobró una enormidad. En el hospital no nos hicieron mucho caso: le cortaron el dedo. A raíz de esto, Maureen no pudo volver a la playa, y yo aún no hablaba lo suficientemente bien el inglés (eran los bañistas ingleses quienes compraban nuestra mercancía). Traspasamos la tienda, sólo una barraca, entiéndame. Maureen dijo que quería regresar a Inglaterra.

»La seguí. Adoraba a aquella muchacha. Alquilamos una vivienda en Londres. Maureen se colocó como encargada del guardarropa en un teatro de Drury Lane. Los primeros días, para no quedarme sola, asistía al espectáculo mientras esperaba que Maureen terminara su trabajo. Pero acabé por aprenderme la obra de memoria. Así que me dormía. Eso causaba mal efecto. El director no quiso que volviera. Pero por la noche, en la casa, tenía miedo. Se oyen tantas historias respecto a lo que le puede pasar a una muchacha en Londres... Así que Maureen abandonó el trabajo para quedarse conmigo. Decía que terminaría por encontrar otro trabajo, y ése ha sido este empleo como camarera en el *Titanic*. Es gracioso, no se le ocurrió que al partir en el *Titanic* me dejaría más sola que cuando trabajaba en el guardarropa de Drury Lane. Pero ahora ha muerto su padre, o su madre, no lo sé con exactitud, porque cuando llora me resulta difícil entender lo que dice. En todo caso, dice que no puede partir.

—Cuántas cosas ha hecho usted.

—Oh, sí —reconoció Marie—, ¡y no se lo he contado todo! He cosido velos para sombreros y también he tenido la responsabilidad del arreglo de los floreros en una iglesia... anglicana, por supuesto; los sacerdotes católicos desconfían de las mujeres.

Con los galeses venía un hombre procedente de Europa Central. Sólo hablaba

húngaro y no podía intervenir en la conversación, así que optó por hacer girar el manubrio del organillo del Calcuta. Los galeses comenzaron a cantar.

—Sería mejor regresar, ¿no? —gritó Marie, inclinándose hacia Horty.

Fuera se había levantado el viento. Las nubes se desplazaban en el cielo, por delante de la luna. Se deshilachaban, cada vez más ligeras. Había dejado de llover. Volviendo la espalda al estibador, Marie se quedó inmóvil mirando el transatlántico iluminado.

—Quiere mucho a su mujer, ¿verdad?

—Sí —dijo Horty—, mucho.

—La quiere —repitió Marie—, y nunca la ha engañado.

—Sí, pero eso no tiene importancia.

Ella se rió. Se volvió hacia Horty, y sus cabellos revolotearon. Ahora que estaban completamente secos, se confirmaba que eran rubios.

—Todos los hombres dicen eso. El pastor de la iglesia donde arreglaba las flores también lo decía.

—De verdad —insistió Horty—, eso no tiene importancia.

—¿Y ahora?

—Ahora soy un hombre viejo.

—Que huele a ginebra.

Él se rió a su vez:

—Que huele a ginebra. Pero usted también.

Marie reflexionó un instante con la cabeza inclinada hacia un lado.

—Pienso —dijo por último— que no tiene sentido que se acueste en un banco. Allí estaría muy mal. La cama es lo bastante amplia para dos. Pero no me tocará. Como no hay biombo, no nos desvestiremos. Así no sucederá nada. A mí no me importa dormir vestida. ¿Y a usted?

No esperó su respuesta. Se puso en marcha, avanzando curiosamente, como si jugara a tres en raya o como si patinara, con las manos a la espalda.

Él la siguió.

A pesar de que ya era tarde, dos pequeños barcos de proa achatada hendieron el agua y se situaron junto al transatlántico. En el costado de éste se abrió una puerta. Apareció un oficial en el marco. Fumaba en pipa y aventaba el humo agitando la gorra; luego entabló conversación con los hombres de los barcos. La distancia y el jadeo de las máquinas impedían oír lo que decía el oficial. Una lástima, pensó Horty, porque tal vez se hubiera podido saber si aquel transatlántico era o no el *Titanic*.

Los desocupados vagaban aún por Southampton. Pero cuando el estibador y su compañera llegaron a la puerta del hotel de la Rada de Spithead, estaba cerrada con llave. Un cartel anunciaba: «*Closed, no vacancies.*»

Marie le dio una patada.

—*Closed*, ¡y un cuerno! No puede estar cerrado si no estamos dentro.

—Tal vez mistress Chancellor ha alquilado la habitación a otro al ver que no regresábamos —sugirió el estibador.

No se sentía muy preocupado por sí mismo, pero se preguntaba qué iba a ser de Marie. Experimentaba una vaga responsabilidad con respecto a la joven. Y probablemente también ella veía las cosas desde esta perspectiva, porque preguntó:

—¿Qué haremos para entrar?

—Llamar.

Marie se encogió de hombros:

—Mistress Chancellor duerme. Si la despertamos, correrá a avisar a la policía. Eso hacía yo en Londres cuando esperaba a Maureen y llamaban al timbre. Es lo que todo el mundo hace siempre en Inglaterra.

La voz de Marie había adquirido súbitamente una entonación ronca y vulgar. Horty se preguntó si esta nueva voz era la suya normal, o si hablaba así por el frío húmedo de la noche, o quizá simplemente porque le había hecho beber demasiada ginebra.

—No temo a la policía —dijo él—. Deben permitir que la gente se explique, ¿no?

—De acuerdo —aceptó Marie nerviosamente—. Dejan que la gente se explique, pero sólo cuando es de día. De noche, comienzan por llevársela y encerrarla. No tengo tiempo para que me encierren. Todo el personal de a bordo debe estar en su puesto mañana a las ocho para hacer unas prácticas de salvamento. ¡Oh!, por favor, intente pensar en algo distinto...

Lanzaba miradas furtivas hacia la parte alta de la calle. Parecía como si pensara que, aun sin que interviniese mistress Chancellor, iba a llegar la policía. Ocultaba las manos en los pliegues de su vestido como si viese ya a los agentes avanzar hacia ella con las esposas. Pero la calle permanecía desierta, sólo un coche de punto atravesó lentamente el cruce, tirado por un caballo fatigado.

Horty recordó que había dejado abierta la ventana del cuarto veintiocho. Estaba en el último piso, pero justo enfrente se alzaba el muro de la fábrica, con sus escaleras de hierro.

Sin saber lo que harían una vez estuvieran arriba, se preguntaron quién subiría primero, pues la estrechez de la escalera no permitía que pasasen dos personas juntas. Horty prefería quedarse atrás para recibir a Marie en caso de que tropezara o perdiese pie. Pero Marie detestaba sentir la presencia de un hombre detrás de ella. Eso le

recordaba, decía, algunas noches en Dieppe, y también en Londres, donde los hombres las seguían a Maureen y a ella. Aún oía sus voces roncas y acosadoras: «Tengo con qué pagar», mientras manoseaban billetes en el fondo del bolsillo. Ellas corrían, pero también lo hacían ellos.

—Subo primero —decidió el estibador—. Pero sujétese bien del pasamanos.

Comenzaron a subir. En el muro figuraba el nombre de la fábrica, pintado con inmensas letras negras: una industria textil, Harston & Harston. Horty tenía la impresión de ser una mosca que asciende por un libro abierto, colocado de pie sobre las tapas.

A veces la escalera se movía. Temblaba de arriba abajo, y se separaba un poco del muro, rechinando. Había que quedarse inmóvil y esperar a que cesara el balanceo. Luego la escalera volvía a su posición inicial, y se apoyaba en el muro de ladrillo, que golpeaba con un sonido de campana rota. Caían pedazos de herrumbre hacia el suelo, como hojas muertas increíblemente pesadas.

Al ascender se descubría, más allá del callejón, el paisaje del puerto. Horty y la muchacha volvieron a ver aquel barco de gran calado cuyo nombre no podían leer, y que tal vez era el *Titanic*. Los faroles del mástil, con una centelleante blancura de estrella, se eclipsaban a veces detrás de las volutas de humo que vomitaban tres de sus chimeneas.

A la altura correspondiente al segundo piso del hotel de la Rada de Spithead (se encontraban ahora a nivel de la barra de la primera H gigantesca de Harston & Harston), Horty dejó de escuchar el ruido de los peldaños bajo los zapatos de Marie.

Se detuvo y se volvió para mirar. La muchacha estaba acurrucada en un peldaño. Sollozaba.

Horty bajó hasta ella.

—¿Se siente mal?

—Me quedo aquí.

—Eso es vértigo. No mire ni para arriba ni para abajo. Cierre los ojos y deme la mano.

Ella negó con la cabeza:

—Me quedo aquí —repitió.

Hubiera querido sentarse junto a ella, pasarle con delicadeza un brazo alrededor de los hombros, pero la estrechez de la escalera no se lo permitía. Debió contentarse con alargar la mano y acariciarle la nuca. Un sudor helado empapaba los cabellos de la joven.

—Déjeme actuar —le dijo con amabilidad—. Conozco esto. Ya le ha ocurrido a algún compañero que se ha subido a las grúas para divertirse y luego se ha quedado allá arriba atrapado igual que usted.

Se quitó la bufanda roja que llevaba al cuello y la anudó sobre la cara de la muchacha, apretándola firmemente sobre los ojos y tapándole también las orejas. Ella no protestó. Su pecho subía y bajaba con sacudidas irregulares, como si fuera a

vomitara.

—Todo saldrá bien —dijo Horthy, tomándola por las axilas y obligándola a enderezarse.

La atrajo hacia sí y la levantó casi a la fuerza, sosteniéndola de las muñecas. Tenía esa levedad blanda de los animales enfermos. Cuando estuvo a su altura, se apartó para que siguiera delante de él. La escalera emitió un crujido sordo. Marie gritó. Horthy le apretó la cintura entre sus manos, para que le doliese.

—Ahora, suba. Levante las rodillas. Una pierna tras otra. No piense en nada.

En el tercer piso del hotel, dos hombres jugaban a las cartas en una habitación débilmente iluminada. Sólo llevaban calzoncillos y camiseta. Bebían una cerveza oscura en vasijas de barro y se secaban la boca con el antebrazo. Como no disponían de una mesa lo suficientemente amplia, jugaban sobre la cama, en el centro de la cual se veía un montoncito de billetes de banco. Horthy no había visto en su vida tanto dinero junto.

Los jugadores vieron al estibador y a la muchacha en la escalera. Dejaron las cartas que tenían en las manos y se acercaron a la ventana. Gesticulaban como si tuvieran fusiles con los que apuntaban a Marie y a Horthy, como si se tratara de muñecos de tiro en una feria. Enseguida, uno de los hombres se bajó los calzoncillos y exhibió la verga. La agitó en dirección a la escalera. Su compañero se reía.

Ahora, Horthy se alegraba de que Marie hubiera sentido vértigo y de que hubiese tenido que vendarle los ojos. Uno de los hombres, el que se exhibía, le pareció el insoportable mister Cheapman. Pensó con un sentimiento de disgusto que si ese mister Cheapman, que debía de ser muy rico a juzgar por la cantidad de dólares que jugaba esa noche, hubiera sido originario de Maine en lugar de venir de Thedford, Nebraska, Marie tal vez se habría mostrado amable, demasiado amable con él. Horthy se dijo que debería explicarle dos o tres cosas a Marie en relación con las debilidades de los hombres, cosas que él sabía y que la muchacha parecía ignorar.

Al fin llegaron a una especie de rellano, una simple placa de hierro calado que daba directamente frente a la ventana abierta de la habitación veintiocho.

La intención de Horthy era saltar desde el rellano hasta el cuarto. Una vez dentro, exploraría el hotel en busca de una escalera que, colocada horizontalmente como una pasarela, le sirviera a Marie para entrar. Esto suponía que la muchacha debía quedar a la espera sobre la placa de hierro, sin poder hacer el menor movimiento.

Desanudó la bufanda roja, recomendándole que no abriera los ojos. Ella obedeció. Rápidamente le tomó las muñecas, las cruzó una sobre otra y, con la ayuda de la bufanda roja, las amarró a la barra de hierro que hacía las veces de barandilla.

—Perdóneme —dijo al terminar de atarla—, no tengo más remedio que hacerlo.

Marie se mordía los labios. Mantenía, sin embargo, los párpados cerrados, y además ya casi no lloraba.

Horthy saltó. «¡Lo he logrado a la primera!», pensó con satisfacción al caer en la habitación veintiocho. Era una reflexión particularmente absurda, porque si hubiera

fallado en el salto no habría tenido una segunda oportunidad.

Miró a Marie. El viento agitaba sus cabellos y levantaba ligeramente el ruedo de su vestido azul. El estibador se preguntó si le contaría a Zoé que había atado a una camarera del *Titanic* en lo alto de la escalera de incendios de una fábrica textil. No diría absolutamente nada, decidió, y aun cuando estuviera más usada que un trapo viejo, raída por el sudor, desgarrada quizá, guardaría aquella bufanda roja en recuerdo de Marie y de esa noche con ella en el hotel de la Rada de Spithead.

Antes de ir en busca de una escalera, Horty oyó cómo los jugadores de cartas abrían la ventana. Vieron a Marie, y se preguntaban qué hacía allí amarrada, completamente sola. Mister Cheapman hizo algunos comentarios estúpidos acerca de las cabras que los maharajás encadenan a los árboles de la selva para atraer a los tigres.

Más tarde, una vez Marie segura en la habitación, Horty pensó que ciertamente no se habría atrevido a hacer tales acrobacias si no hubiera bebido tanta ginebra.

Eran casi las dos de la madrugada.

Marie estaba sentada en el borde de la cama, y se frotaba las muñecas doloridas.

—Podría trabajar usted en un circo —comentó.

Había recuperado la voz de antes, conmovedora y dulce.

—Seguro —dijo Horty seriamente—. Sólo que en los circos no admiten viejos monigotes como yo. Y no quiero cambiar, me gusta mi oficio.

—Le gusta su oficio, quiere a su mujer. ¿Existe algo o alguien que no le guste o que no quiera?

—No me agrada mister Cheapman.

—¿Cheapman...? Oh, ¿esa especie de cerdo del piso de abajo que se burlaba de mí?

—Desconfíe de Cheapman.

Ella se rió.

—¿No escucha lo que le dicen? Soy doncella de primera clase. Cheapman no viaja en primera clase; si así fuera, no se alojaría en un hotel tan cochambroso como éste.

—Sin duda habrá más de un Cheapman en un barco tan enorme como el *Titanic* —especificó Horty—. Lo que quería decirle es que desconfíe de los Cheapman en general.

Ella estiró las piernas y movió los pies como pidiendo que le desabrochara los cordones de sus botas negras. Descalzándola, se acordó de Bathilde Burén, que le había hecho lo mismo a él. Además, le había lavado los pies. Conservaba de aquel momento una sensación de ternura. Confiaba en que Marie lo recordaría del mismo modo a él. Reconfortaba pensar que esta muchacha iba a descubrir la vida emocionante de un transatlántico, que se acercaría a alguno de los hombres más ricos

del mundo, que vería Nueva York y que todo aquello no le impediría esbozar de vez en cuando una sonrisa silenciosa pensando en un estibador que la descalzó una noche en Southampton.

Cuando estuvo descalza, Marie se tendió en la cama, cruzó un brazo sobre la cara y se quedó dormida al momento.

Con las botas aún tibias en la mano, Horty la contempló. Estaba hermosa. Se acostó a su lado. Deseó que se volviese hacia él durante el sueño, para respirar su aliento. Aquello le daría una idea del sabor que podría tener su boca cuando la besara.

Pensó que a Zoé no le parecería mal que acariciase a aquella joven e intentara hacerle el amor. Zoé siempre se había desvivido por servirle lo que más le agradaba en cuanto a bebida y comida. ¿Qué diferencia había entonces? Lo que bebía y comía desaparecía en cuanto lo tragaba, no quedaba nada, sólo un sabor fuerte y delicioso, pero que era un recuerdo una vez probado. Si tocaba a Marie, no la conservaría por más tiempo que uno de aquellos sabores, ella también se alejaría, lo cual en aquel momento era apenas cuestión de unas horas.

¿A quién podía perjudicar aquello? ¿A Marie? Agotada por el vértigo, dormía profundamente. No se despertaría si le levantaba suavemente el vestido. Se creería en un sueño en el cual Horty sería ese hombre rico que vivía cerca de un lago en el estado de Maine y al cual ella deseaba, con todas sus fuerzas, encontrar en el *Titanic*.

Marie no se volvió hacia él, pero de repente murmuró:

—Han puesto una alfombra en el comedor.

Aunque Horty no comprendió a qué podía referirse, se trataba de una frase lo bastante coherente como para hacerle pensar que Marie ya no dormía o que estaba sumida en un sueño superficial. Separó ligeramente los cabellos de la muchacha y comprobó que tenía los ojos cerrados. Le preguntó, pese a todo, de qué estaba hablando. Ella repitió, agitándose un poco:

—Una alfombra en el *Titanic*, hay una alfombra, una alfombra de verdad en el comedor. Es la primera vez que se coloca. Antes, en los otros barcos, había linóleo.

Para complacerla, él comentó en un tono profundo:

—¡Ah!, es un detalle que no deja de tener su importancia.

—Sí —dijo Marie—, una enorme importancia.

Horty se inclinó sobre ella. Los ojos de la muchacha giraban bajo los párpados cerrados, como si estuviera viendo ya esa alfombra, sin duda enorme, y la recorriese con una larga mirada de asombro. Pero en cualquier caso no era más que una alfombra, y Horty se preguntó por qué era esa alfombra lo que obsesionaba a Marie en su sueño y no alguna de las situaciones por demás impresionantes que había vivido en el curso de la noche.

Quizá soñaba con la alfombra porque sentía frío en sus pies descalzos. Su subconsciente evocaba algo que pudiera calentarlos, y era esa alfombra del comedor

de primera clase lo que rememoraba.

Horty alargó el brazo, subió la manta y cubrió las piernas de Marie.

En ese momento descartó la idea de hacerle el amor, porque acababa de cubrirla como se abriga a un niño. Era un ademán sencillo, pero había acabado con el deseo.

Una noche siguió a una prostituta, una asiática de rostro ancho cuya dulzura, experiencia y limpieza habían ensalzado los otros estibadores. Fue en noviembre, a las seis de la tarde; ya estaba oscuro y el frío era intenso. Al volver la esquina de la calle Solidor, donde se alineaban los hoteles por horas, la muchacha había temblado y había dicho: «Estoy helada, ¿tú no?» Horty se quitó al momento la chaqueta y se la echó sobre los hombros. Ella le dio las gracias y continuó su camino hacia el hotel, sin darse cuenta siquiera de que él no la seguía, de que se había quedado inmóvil en medio de la calle Solidor. Traspuso el zaguán del hotel murmurando maquinalmente: «Al pagar la habitación, no olvides pedir una toalla porque arriba no hay.» Y empezó a subir la escalera sin volverse, sin ver que Horty se sumía en la noche. Era tal vez el único hombre del mundo que perdía todo deseo de acostarse con una mujer a quien acababa de ayudar a sentir un poco menos de frío, pero así era.

Por supuesto, jamás se atrevió a tratar de encontrar de nuevo a aquella asiática para pedirle que le devolviese la prenda. Al llegar a casa, le había dicho a Zoé que su chaqueta había quedado destrozada por las ruedas de un torno de vapor. Zoé había temblado: «Un poco más, y hubiera sido tu brazo.» Zoé no se imaginaba que Horty pudiese engañarla, pero vivía con la obsesión de que perdiera un miembro, sobre todo una mano, porque le encantaban sus manos, que, aun ajadas por el trajín de las cargas, continuaban siendo unas manos poderosas.

Horty se dijo que intentaría mantenerse despierto. En sueños, quizá Marie comenzaría a hablar. Sería divertido, pensaba, si le describía el *Titanic* mientras dormía, si lo guiaba como una sonámbula a través de sus grandes puentes.

Pero, a su vez, sintió frío, se tapó con la manta y el calor lo adormeció.

Cuando se despertó, Marie estaba de pie cerca del lecho. No la reconoció de inmediato. Llevaba un vestido negro largo, protegido por un delantal blanco con una pechera bordeada de encajes cuyas cintas formaban en su espalda un gran nudo abierto. Recogidos en un moño, sus cabellos estaban coronados por una ligera cofia fijada con dos alfileres de nácar.

Sonreía. Sus labios pintados, pero de un rojo menos vivo que la víspera en el Calcuta, la asemejaban al angelote que adornaba la escalera de la primera clase cuya foto aparecía en todos los periódicos de Inglaterra.

Colocó sobre la cama una bandeja con rebanadas de pan, mantequilla de Devon, mermelada de Edimburgo, puré, salchichas de Cambridge, un huevo pasado por agua y una vasija con arenques.

—Ha sido difícil conseguirlo —dijo—. Aquí no se sirve el desayuno en las habitaciones. Pero le expliqué a mistress Chancellor que debía entrenarme un poco más. —Desdobló una servilleta y la extendió sobre el vientre de Horty—. Supervíseme —le dijo—. Dígame todo lo que le parezca mal hecho. Supongamos que usted es un pasajero. Ha pagado dos mil quinientos dólares por ir de Southampton a Nueva York. Por ese precio, la exigencia ya no es un derecho, es un deber. No se dispensa a nadie, y mucho menos a una camarera.

Horty la miraba desconcertado, tanto por lo que decía como por la comida que subía y bajaba sobre su vientre al ritmo de su respiración. No se atrevía aún a tocar nada; le intrigaba sobre todo el puré, que olía bien, desde luego, pero tenía un color gris poco apetitoso.

Marie se sentó en el borde de la cama, cerca de él:

—Bueno, supongo que cometer una o dos tonterías es también una excelente forma de entablar relación. Si le derramo el té encima, ¿no sentiría deseos de castigarme? Desde luego que sí. Veamos, ¿tiene idea de la forma en que un hombre rico puede castigar a una muchacha como yo?

—No —dijo con rapidez Horty—, y no se me ocurriría siquiera hacerle daño.

Ella se rió:

—Oh, daño... bueno, tanto como daño... podría soltar el nudo de mi delantal —agregó, llevando sus propias manos al lazo y jugando con él como si se tratase de una flor.

Pero no lo desanudó, se contentó con sugerir que era algo posible, que el delantal podía caer a sus pies y entonces aparecería extrañamente vulnerable sólo con su vestido negro; una camarera incompleta, en suma.

—Ya sé por qué no me sigue el juego. Esta habitación no se parece en nada a un camarote de primera. Cómase las salchichas antes de que se enfríen, luego estarán horribles. Mientras tanto, le voy a contar algo que he visto en fotos. A cada lado de la cama hay cortinas con borlas. Las paredes están forradas de seda. Más allá, hay una mesa redonda de caoba o algo así, y encima una hermosa lámpara de bronce dorado

con una pantalla plisada. También un diván con cojines de terciopelo.

—¿Para qué un diván? —se asombró Horty—. Ya tienen una cama.

—Ya. Pero no sirven para lo mismo. Por ejemplo, usted está en la cama y me dice: «Veamos, hijita, siéntese ahí, en el diván, y hablemos un poco de usted, y ¡oh!, por favor, no, no cruce las piernas...»

—Marie —dijo Horty—, eso no me agrada. En esta historia, el tipo pretende abusar de usted.

—Tal vez soy yo quien lo provoca —dijo girando en redondo (y el movimiento de su cabeza fue tan brusco que algunos mechones rubios se soltaron del moño y cayeron en bucles sobre su cuello)—. Pero olvídalo —agregó sonriendo—, realmente eso no forma parte de mis ejercicios. Ahora, voy a decapitar su huevo. Tengo que lograrlo al primer golpe de cuchillo, sin que la menor partícula de cáscara caiga adentro.

Riéndose, él aplaudió su destreza. Nunca había comido huevos pasados por agua; Zoé prefería cascarlos en una fuente, donde los batía un poco antes de cocinarlos al baño de María. También estaban buenos, evidentemente, pero era mucho más divertido todo eso de decapitar un huevo que estaba entero, con su cascara y todo.

Enseguida, Marie cambió de cuchillo —el que acababa de usar para abrir el huevo tenía restos de yema— y empezó a cortar largas tiras de pan tostado. Les untó mantequilla y le dijo a Horty que debía mojarlas en el huevo.

Lo observaba con la plácida arrogancia de la madre joven que vigila a su hijo hasta que termina el biberón.

—*Well now, do you feel comfortable?* Oh, no digo esto para deslumbrarlo, pero a bordo debo hablar en inglés. ¿Qué opina de mi acento?

—No está mal del todo —respondió Horty con la boca llena.

Encontraba que todo lo que ella hacía era sorprendente y admirable. Ahora revoloteaba por el mugriento cuarto, hacía ademán de abrir ampliamente unas cortinas invisibles, limpiaba los muebles con un plumero imaginario, simulaba abrir un armario para sacar un vestido que no existía pero que no obstante alisaba cuidadosamente con la palma de la mano, mientras anunciaba el número de millas que había recorrido el transatlántico durante la noche. La cifra exacta de esta distancia, explicó, daría lugar a un concurso de pronósticos entre los pasajeros.

Después, como los niños que de repente se cansan de los juegos que parecían entusiasmarlos, dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y se quedó inmóvil, por falta de ideas, con la mirada vaga. Se encogió de hombros como si todo aquello no fueran sino tonterías y tiempo perdido y se acercó al tocador. Ante el espejo se arregló los mechones rebeldes, forzándolos con las puntas de las uñas a entrar de nuevo en el nido dorado y sedoso de su moño.

—Si no tuviese que embarcar esta mañana —preguntó al cabo de un momento—,

¿habríamos pasado el día juntos?

Horty dijo que sí. Se había hecho la misma pregunta. Marie se volvió hacia él:

—¿Qué habríamos hecho hoy?

—A mediodía habríamos visto zarpar el *Titanic*. Para eso estoy aquí. En mi casa esperan que les cuente cómo sucedió.

—¿Y después? ¿Habríamos seguido caminando por los muelles mirando los barcos, o habríamos regresado al hotel?

Adivinó qué trataba de hacerle confesar. Estaba asombrada de haber dormido toda una noche con un hombre sin que hubiese ocurrido nada. Debía de pensar que si un simple estibador no la había deseado mientras dormía indefensa a su lado, le resultaría muy difícil seducir a uno de esos hombres inmensamente ricos que pensaba cazar en el Atlántico norte. Se compadeció de ella, como cuando se dio cuenta de que tenía vértigo y se vio obligado a vendarle los ojos y más tarde a atarle las manos a la barandilla de la escalera, por miedo a que enloqueciera y cayera al vacío.

—Habríamos vuelto al hotel —dijo Horty.

—¿Para jugar a los dardos?

—Habría tratado de acostarme con usted. Seguramente no habría aceptado, pero me habría arriesgado.

Ella desvió la mirada y dijo a media voz:

—¿Qué le hace pensar que no habría aceptado?

—Para una muchacha como usted, soy demasiado viejo. Mi cuerpo no es hermoso a la vista. Las heridas que se producen en los muelles, cuando se cuidan mal, dejan rodetes o manchas blancas. Y, sobre todo, en ningún momento me ha preguntado cómo me llamo.

—Horty —dijo ella—. Usted es el señor Horty. El viejo señor Horty —agregó, burlándose con delicadeza.

—Pero no me ha preguntado cuál es mi nombre de pila. ¿Se puede hacer el amor con alguien cuyo nombre desconocemos? Es lo primero que hacen las mujeres de la calle Solidor: «¿Cómo te llamas?» Uno se lo dice y ellas te dicen el suyo. Bueno, el que han escogido. Entre un tipo y una muchacha no se puede comenzar de otra manera.

Retiró la bandeja y se levantó. No había probado el puré, que al final había quedado pegado al fondo de la fuente y presentaba un aspecto poco apetitoso.

Marie se volvió hacia él. Ella aún no se había cepillado los dientes —a lo mejor hacía como Zoé, que sólo se lavaba el domingo—, y su aliento conservaba un olor a sueño, algo como entre dulce y desabrido.

—Bien, ¿cuál es su nombre?

—No se lo diré. Así ambos estaremos seguros de que no sucederá nada, ¿verdad?

Ella bajó la cabeza. Lloraba. Era emocionante, pensó Horty, pero no tanto como cubrirle los pies descalzos y fríos.

Con gesto rápido, Marie alcanzó una toalla que colgaba del tocador y ocultó su

rostro.

Por el corredor pasaba un empleado haciendo sonar una trompeta para anunciar que había llegado la hora de desalojar las habitaciones y reunir los equipajes en el vestíbulo. Los ómnibus y los coches de alquiler estaban alineados delante del hotel de la Rada de Spithead, esperando a la gente para llevarla hasta el puerto. Entre toque y toque de trompeta, el empleado anunciaba con tono alegre que la lluvia había cesado.

—Vamos —dijo Horty—; se acabó.

Él mismo no sabía muy bien a qué se le ponía término. ¿A las lágrimas de Marie, o al amor que habrían podido hacer esa mañana si no hubiesen jugado a la camarera y el pasajero millonario?

Se le acercó. Sin retirar la toalla que tenía contra su rostro, Horty le cogió la nariz entre los dedos y la apretó con suavidad.

—Suénese. No se puede presentar así. Todo el mundo está entusiasmado con la idea de viajar en ese barco, las camareras también deben tener la apariencia de que son felices.

Obedeció, y él sintió bajo sus dedos, a través de la toalla, cómo brotaba la cálida humedad de su aliento.

Rodeada de su personal, mistress Chancellor se instaló en el umbral del hotel para repartir recuerdos entre sus clientes: una rosa para las señoras, una botellita de ginebra o un cigarro puro para los caballeros. Hasta mister Cheapman tuvo derecho a alguna cosa, aunque mistress Chancellor se vio obligada a decir ante todo el mundo que mister Cheapman y su compañero de cuarto habían quemado con sus cigarrillos el cubrecama, y que trataron de ocultar su falta escondiéndolo en el armario: «Chiquillos —decía mistress Chancellor—, ustedes, los norteamericanos, ¡son unos chiquillos! Algunos días a bordo de un transatlántico inglés les enseñarán las reglas de una auténtica vida social.» A lo que mister Cheapman respondió que haría todo lo posible por convertir a la tripulación y los pasajeros del *Titanic* en la imagen que él, mister Cheapman, tenía de la vida social. Quiso besar a mistress Chancellor y, en el momento de saltar a la imperial del ómnibus, se jactó de haber asistido a un espectáculo tan extraño como excitante que había sucedido por la noche en la escalera de incendios del muro de la fábrica textil Harston & Harston. Pero nadie le creyó, y mistress Chancellor repitió, riéndose, que decididamente era un bribón.

El cielo estaba gris, no soplaba el viento. Unos curiosos se agruparon en la acera de enfrente para contemplar a los viajeros que partían hacia Norteamérica; los ómnibus avanzaban entre aclamaciones, unos niños corrían lanzando petardos bajo las ruedas de los coches que saltaban sobre los adoquines, frágiles y ligeros a pesar de los baúles que llevaban.

Como no eran pasajeros del *Titanic*, el estibador y Marie no podían contar con un sitio en los carruajes. Pero, al salir del hotel, tuvieron derecho a los presentes de

mistress Chancellor —en lugar de una flor, Marie recibió todas las rosas sobrantes, pues fue la última mujer en abandonar el hotel— y a los aplausos de la pequeña multitud. Al advertir que los demás viajeros saludaban a los mirones que los aclamaban, Horty también se quitó el sombrero.

Partieron a pie; Horty llevaba las dos maletas. Se sentía envarado con la levita de Jean Rissken, pero Zoé había tenido razón al insistir en que la llevara: realmente era el atuendo adecuado para asistir a la partida del *Titanic*, pues con todas esas flores y aquellos carruajes llenos de gente encantadora aquello parecía en verdad un festejo de bodas.

«Pues no tiene usted mal aspecto, créame», le había dicho Marie mientras le ayudaba a hacerse el nudo de la corbata. Su aliento tenía todavía el extraño perfume adormilado, pero él acabó por encontrarlo agradable. Pronto estarían fuera y, aunque Marie caminase cogida de su brazo, ya no podría desear sus labios. Y después de que lo hubiera dejado para subir a bordo del transatlántico, el recuerdo de su aliento sería la única cosa que podría encontrar fácilmente, al ir a ver, por ejemplo, muy de mañana, a las muchachas de la calle Solidor. A las prostitutas no les gustaba que las importunaran antes del mediodía, pero cuando supiesen lo que les darían a cambio, todas querrían tener al estibador en sus brazos y ofrecerle su aliento. Aquellas mujeres estaban hartas de bregar con hombres a quienes sólo les interesaban sus pechos y sus nalgas.

A medida que se acercaban al puerto, la multitud se apretujaba y se hacía cada vez más densa. Se vieron los primeros uniformes, los de los camareros que corrían al encuentro de algunos automóviles que llevaban pasajeros importantes y que no podían avanzar debido a la oleada de curiosos. Marie detuvo a un camarero y le preguntó si la práctica de salvamento prevista para las ocho ya se había realizado. El camarero le respondió que sí, pero que no se había perdido gran cosa porque se había desarrollado sólo en unos minutos y se habían utilizado únicamente los botes once y quince. El camarero miró a Marie con más atención:

—¿Viene con nosotros, miss?

—Sí. Reemplazo a una amiga. Se llama Maureen, quizá la conozca.

—Aún no se sabe quién es quién —le dijo el camarero—. Nos conoceremos todos en el mar, después de la escala en Queenstown. Tendremos tiempo, pues finalmente parece que no habrá tanto pasaje como estaba previsto: a pesar de la huelga de mineros de carbón, que obliga a muchos barcos de gran porte a quedarse amarrados en el muelle, embarcan poco más de mil trescientos pasajeros, y eso que hay más de dos mil quinientas camas disponibles.

El joven se dirigió a Horty, a quien saludó con deferencia:

—¿Tendré el honor de servirle a bordo, sir? ¿En qué puente está su camarote? Bueno, en todo caso no cargará con esas maletas, permita que le busque un mozo.

El camarero se había expresado en inglés. Horty se volvió hacia Marie:

—No entiendo nada.

Ella sonrió.

—Cree que embarca usted como pasajero.

Era por la levita de Jean Rissken, pensó Horty. Se dijo que se la dejaría puesta para abordar esa noche el paquebote de Southampton que debía llevarle a Francia. En el pequeño vapor, los viajeros también lo tomarían por un pasajero del *Titanic* que no pudo embarcar en Southampton y que lo alcanzaría en la escala en Cherburgo. Sólo tendría que mostrarse nervioso y preguntar la hora a cada momento, y quizá bajar al salón y considerar que su decoración era ordinaria, con el aire un poco despreciativo de quien espera algo mucho más lujoso.

—¡Está dormido! —exclamó Marie—. ¿Cómo puede estar tan distraído en medio de semejante confusión? Esté más atento, un ladrón ha intentado robarme. Sí, sí, se lo aseguro, he notado que su mano me palpaba, era horrible, parecía una araña, debemos darnos prisa, por favor, he de estar a bordo antes que los pasajeros.

Él le pidió perdón. O creyó pedirselo. Tomó nuevamente las maletas, que había dejado en el suelo. El camarero había desaparecido.

—Según ha indicado, es por ahí —dijo Marie nerviosa, señalando con el dedo un muelle prolongado por hangares hacia el cual, en efecto, convergía la multitud.

El *Titanic* aún era invisible, pero sus cuatro chimeneas amarillas, con el remate pintado de negro, ligeramente inclinadas para dar sensación de velocidad, se perfilaban por encima de los techos contra un cielo grisáceo. Sólo las tres primeras humeaban; la cuarta, ficticia, servía para la ventilación.

—Oh, habrá muertos —dijo Horty al ver cruzar en medio de aquella masa enardecida, unos carruajes cargados con bloques de hielo, protegidos por unas artesas que gemían al viento.

Según la calidad del vapor, el humo de los barcos y los remolcadores que daban vueltas a su alrededor era de un color gris diáfano o de un pardo denso, pero el movimiento del aire los agitaba, los reunía en una franja baja de nubes falsas, de tal manera que la oscuridad era mayor aquí, en el puerto, que en las calles de la ciudad. El olor acre del carbón quemado impregnaba las ropas y los cabellos, dominando la fetidez del agua fangosa del río Test. Unos niños tosían, otros se frotaban los ojos como si tuviesen sueño. Las mujeres se cubrían el rostro con pañuelos, por lo que no se podía saber si eran hermosas. Sin duda lo eran, y no poco, porque unos jóvenes reían a su lado y disputaban entre sí para darles el brazo.

Horty vio a un cochero arrastrado por el pavimento, enredado en el ronzal de su caballo, desbocado por los rugidos de las locomotoras portuarias, que volvían después de haber conducido sus trenes a pie del transatlántico.

Vagones y carruajes enganchados habían perdido parte de su cargamento; se

pisaba entre pomelos, pescados ahumados, sacos de harina rotos. Apartados del hervidero humano, algunos indigentes esperaban para arrojarse sobre todas esas cosas y llevárselas. Vigilaban a las aves marinas, que al parecer habían tenido la misma idea. Unos críos preparaban sus hondas para abatir a las gaviotas.

—¿Ese cargamento no debería estar en su sitio hace tiempo? —preguntó Marie. Después de todo, Horty era un especialista en llenar el vientre de los navíos.

Pero Horty dijo que no lo sabía. En los muelles donde trabajaban él y sus compañeros, no habían abastecido jamás transatlánticos, sólo viejos barcos que aseguraban su rentabilidad alquilando dos o tres camarotes austeros a las religiosas que partían hacia África. Se trataba de mujeres que se contentaban con poco, para las cuales no había necesidad de embarcar mil manojos de espárragos, quinientos kilos de dulces, cerca de ocho toneladas de tomates o miles de botellas de vino de marca.

En la esquina de los depósitos, una orquesta tocaba una alborada. Pero la muchedumbre no se detenía a escuchar la música, se apresuraba hacia el extremo del arco del océano, allí donde estaba anclado el *Titanic*. Más allá, otra orquesta de mejor calidad tocaba aires más divertidos, canciones y danzas de moda en París y Nueva York, en atención a los primeros pasajeros que comenzaban a subir por la pasarela.

Unos estudiantes corrían por entre la multitud, y no dudaban en abordar a la gente para proponerle, a cambio de algunos peniques, unos sitios río abajo en el Test, desde donde tendrían una vista inmejorable del transatlántico una vez éste comenzara a salir majestuosamente del estuario.

Un delgado hilillo de vapor blanco salió del tubo que subía hasta lo alto de la segunda chimenea del *Titanic*. El transatlántico emitió un largo rugido, completamente desproporcionado en relación con esa mínima cantidad de vapor que lo había producido.

En ese mismo instante, Horty vio, a su derecha, una barraca de madera ante la cual había un chino de pie. El hombre se cubría con un amplio vestido de seda azul, bordado con dragones amarillos y unos signos negros tortuosos e indescifrables.

—*Photo, mister? Memory for you? Memory for ever?*

Un recorte de tabla, que simulaba burdamente un empañetado, ocupaba todo el fondo de la barraca. Allí se había colgado un salvavidas blanco con la inscripción *RMS Titanic*. Unas serpentinas deslustradas colgaban del techo.

El chino instaló a Marie delante del decorado y le hizo señas de que levantase una mano para simular un gesto de despedida.

—Espere —dijo Horty.

Bajó la mano de Marie y la colocó sobre el empañetado.

—La otra mano también.

Ella obedeció, intrigada. El estibador enrolló una serpentina alrededor de las muñecas de la joven. Sonrió.

—*Memory*, como dijo no sé quién. Esto me recordará la escalera de Harston & Harston.

—¡Qué vergüenza pasé allí!

—No le enseñaré esta foto a nadie.

El chino, tras una risita, se inclinó varias veces frente a Horty. Esta puesta en escena le parecía excelente. Metió cinco o seis bastoncitos de incienso en un pote lleno de arena y los encendió. Volutas de humo oloroso subieron hasta el rostro de Marie.

—Eso debe de representar la bruma —dijo Horty.

—*Fog* —confirmó el chino—. *Always fog on the road to New York.*

Le hizo señas a Horty para que se apartara. Levantó el velo oscuro que recubría su aparato fotográfico y se metió debajo. Sólo sus dos manos salían a uno y otro lado de la cámara: la derecha apretaba la pera del obturador, mientras la izquierda dirigía una lámpara de magnesio hacia Marie.

—No la olvidaré nunca —dijo Horty.

Marie quiso responder, pero por debajo de su trapo el chino gritó que no podía abandonar la pose, dado que la tarifa no preveía un segundo cliché en caso de que el primero quedara movido.

Destelló el relámpago. Horty no parpadeó y vio a Marie volverse, deslumbrante y blanca.

A pesar de que el lazo de papel que ataba sus muñecas al falso empañetado era infinitamente frágil, Marie vaciló en romperlo ella misma. Aguardó a que Horty fuese a desatarla. El chino retiró la placa y le dijo al estibador que la foto estaría lista a última hora de la tarde.

—No había pensado en eso —dijo Horty—. Tomo el vapor enseguida.

—Él se la enviará con mucho gusto a Francia —tradujo Marie, después de haberle explicado el asunto al chino—. ¿A su casa?

—¡Oh, no! —dijo Horty riéndose (la idea de Zoé abriendo un gran sobre procedente de Inglaterra y encontrándose el retrato de una joven camarera era agradable, pero también un poco peligrosa)—. Será mejor que la dirija al Tête d'Écaille; es un cabaret donde voy de vez en cuando.

Cuando salieron de la barraca del chino, había una repentina calma en la zona del puerto. La única agitación desordenada era la de las aves marinas y los remolcadores. La gente se había acomodado como en el teatro, y contemplaba el comienzo del espectáculo cuchicheando nombres a medida que las celebridades descendían del tren lanzadera que acababa de llegar de Londres.

Las gruesas ruedas de cinco radios de las carretas que llevaban los equipajes estremecían el muelle con un estrépito continuo, pero nadie pensaba ya en gritar; el carrusel de los maleteros se colocó en su sitio; los mozos recibían a los pasajeros a su

cargo en cuanto descendían y los guiaban hasta los encargados y los camareros, quienes los conducían de inmediato hacia el interior del transatlántico.

Sólo se escuchaban algunas risas, el gorjeo de los «*How do you do?*» Y el murmullo de admiración de los viajeros que al levantar la mirada descubrían las enormes proporciones del transatlántico.

Por otra pasarela subían los emigrantes. Ellos mismos llevaban su equipaje. Todos los hombres usaban las mismas gorras de color café claro o gris, infladas como si las hubiesen relleno de cosas insignificantes que no habían conseguido colocar en otro sitio. La frente de las mujeres desaparecía hasta el puente de la nariz bajo los sombreros negros que llevaban encasquetados. Y, aun así, se los sujetaban con una mano colocada encima. Debían de haberles dicho que en el mar los vientos soplan con violencia.

Iban con ellas dos clases de niñas: unas muy endomingadas, como empalagosas golosinas; otras sólo vestían gruesos chaquetones oscuros y botas acordonadas, austeras y rígidas como aparatos ortopédicos. También había niños, desde luego, pero se parecían tan fielmente a los hombres que era imposible distinguirlos de éstos.

Rozando a veces con la punta de los dedos los enormes remaches del casco —«por pura superstición», pensó Horty—, los emigrantes ascendían por su pasarela con un monótono taconeo de rebaño, pero sin palabras ni gritos superfluos. Como no dejaban a nadie atrás, no tenían que despedirse.

Con las amarras tensas por efecto de la corriente de la marea que hacía temblar las aguas del río Test, y adosado al muelle por los remolcadores, el *Titanic* emitía roncros silbidos.

Eran alrededor de las diez de la mañana.

De repente, un policía se irguió delante de Horty y le preguntó adónde iba. El estibador mostró las maletas que llevaba. El policía examinó el equipaje con un ojo crítico. Aunque era nueva, la maleta de Horty tenía un aire miserable que contrastaba con los lujosos baúles y las sombrereras que los maleteros bajaban del tren para llevarlos a bordo del transatlántico.

—Los emigrantes no embarcan por este lado, amigo —dijo el policía.

—El no embarca —intervino Marie—. Ganó un concurso que le da derecho a asistir a la salida del *Titanic*.

—Entonces —dijo el policía—, si no sube a bordo, ¿qué hace con esas maletas?

—Una es mía —explicó Marie (se esforzaba por hablar pausadamente, pero lanzaba miradas en derredor, como quien se siente en peligro y espera ser ayudado) —. Yo sí, yo sí embarco —agregó—, soy camarera de a bordo; me he retrasado un horror y no he podido asistir al ejercicio de salvamento esta mañana; supongo que me lo van a hacer pagar de una u otra forma.

—Todo esto me parece muy complicado —arguyó el policía—. Creo que lo más oportuno es decirle a este tipo que abra las dos maletas. Uno se pregunta qué puede haber dentro, ¿verdad?

Marie no respondió. Parecía no tener argumentos.

—No veo por qué su amigo se ha vestido de levita sólo para ver zarpar un barco —dijo el policía.

—Oh, en realidad no es amigo mío —dijo Marie—; sólo es una persona amable que me lleva la maleta, pero ahora mismo voy a recuperarla.

Empuñó la maleta y comenzó a correr desmañadamente hacia el barco.

—Espere —le gritó Horty—, ¡no nos hemos despedido!

Quiso lanzarse tras ella, pero el policía se interpuso:

—Oiga, déjela en paz; se lo aconsejo.

—No comprendo nada —le dijo Horty—. *I don't speak English.*

Creó ver que Marie agitaba la mano en señal de adiós. Pero quizá no era sino un ademán reflejo para compensar el peso de la maleta, a la manera de los equilibristas que bajan y suben sus largos contrapesos.

Después, dejó de verla. Se había perdido entre la multitud.

Ya sospechaba Horty que Marie y él dispondrían de poco tiempo para separarse y, mientras caminaban hacia el muelle se decía a sí mismo que debía abrazarla y decirle lo feliz que lo había hecho tenerla cerca durante toda la noche.

Tal vez ella habría cerrado los ojos y ofrecido los labios, como hacen las mujeres que esperan ser besadas. Mas el estibador no estaba seguro de que hubiese llegado a besarla: un beso sería más agradable para él que para ella, pues todo lo que quería era darle las gracias por haber enriquecido su estancia en Southampton. Sin ella, a fin de cuentas, habría pasado una noche poco excitante; sin duda habría intentado usar el cuarto de baño del hotel, porque jamás se había sumergido en una bañera de verdad, con grifos; luego, habría dado algunos pasos bajo la lluvia a lo largo de los muros de Harston & Harston; y después de eso, ¿qué más? Habría regresado para terminar de escribir la carta a Zoé y se habría acostado.

Pero se contuvo. «Si la estrecho demasiado pronto entre mis brazos, va a creer que sólo pensaba en eso desde el comienzo. No quiero darle una idea desagradable de los hombres; así, no se atrevería a servir el desayuno a los pasajeros solteros; un mozo lo haría en su lugar, y entonces no se casaría con un norteamericano, que es lo que más desea.»

Y deseaba que se casara pronto, porque se decía que las vibraciones de los barcos que navegan a gran velocidad acaban por estropear los delicados órganos de las mujeres sometidas a ellas continuamente.

Aunque Marie se acordase del estibador y le enviara una tarjeta al cabaret Tête d'Écaille para anunciarle su matrimonio, no podría asistir a su boda en Norteamérica, pero le alegraría imaginársela en todo su esplendor. Lo ideal sería un matrimonio en invierno, pues el frío da al rostro de las novias un tono rosado deslumbrante sin necesidad de que se coloreen las mejillas con productos que no siempre tienen un aroma demasiado agradable. Quizá su marido le regalara un automóvil y un abrigo de piel de un color a juego, pues ella misma había dicho que era la última moda entre la

gente rica de Norteamérica; Horty veía claramente a Marie sentada muy erguida sobre una silla de cuero rojo capitoneada, conduciendo por las carreteras de Maine y haciendo sonar el claxon de cobre al acercarse a los cruces de las calles.

«Hay que esperar un poco más —se decía—, le rodearé los hombros cuando lleguemos cerca del barco, que estará frente a nosotros como una pared, y entonces me dirán que no puedo ir más lejos.»

Pero se produjo la precipitada intervención del policía. Marie había palidecido de repente y había echado a correr con su maleta como una muchachita asustada antes de que Horty hubiese podido siquiera rozarle la mano, y unos marineros le abrieron las barreras blancas que delimitaban la zona reservada al personal del *Titanic*; Horty la llamó, pero ni siquiera estaba seguro de que lo hubiera oído, ya que la orquesta tocaba muy fuerte.

Tal vez habría debido gritarle que la amaba. Con o sin música, ella se habría vuelto. Pero ¿a qué volverse cuando había una barrera y unos hombres a su alrededor que le hacían señas de que subiera, que todo había terminado?

Horty aún esperaba verla por última vez, cuando subiera por la pasarela. Estaría muy lejos para distinguir los rasgos de su cara, su sonrisa, si es que sonreía, pero la reconocería por el vestido negro y la cofia blanca.

Esperó un momento al lado del policía. No vio a Marie sobre la pasarela. Los sombreros de las demás mujeres debieron de ocultársela.

—Me voy —le dijo al policía.

Pero éste ya no se interesaba por él.

Horty se retiró. Fue el único en alejarse en aquel momento del transatlántico; la gente lo miraba con extrañeza.

Al pie de una grúa portuaria que avanzaba con gran estrépito sobre sus rieles, se cruzó con la joven de verde almendra. Parecía tener prisa, pero se detuvo a saludarlo.

—Está usted muy elegante —le dijo a Horty.

Abrió un bolsito y sacó de él unos peniques, que alargó al estibador.

—Su dinero. Al final, no me escapé en el ómnibus. Duncan ha prometido casarse conmigo en Nueva York. Va a renunciar a hacer trampas, ¿sabe? Pienso que podría ganar mucho dinero haciendo juegos de manos con las cartas. Al final de cada juego, lanzará las cartas al aire y yo las recogeré al vuelo en una red para mariposas. ¿No le parece una idea espléndida?

Agregó que Duncan y ella viajarían en la popa del barco, en el puente F. No tendrían más que descender una escalera para encontrarse al lado de la piscina.

—Quédese con el dinero para el personal —le dijo Horty.

Ella cerró la mano y se rió:

—¡No creerá usted que se contentan con semejante limosna! Luigi Gatti ha obtenido el contrato de toda la restauración a bordo. ¡Figúrese qué distinción!

—No sé quién es —dijo Horty—. Pensaba más que nada en las camareras. Se les da propina, ¿no?

—Parece que prefieren que se les regale un vestido al final del viaje. Se lo dejan sobre la cama con una atenta nota.

Horty se preguntó qué aspecto tendría Marie si aquella mujer le diese el vestido verde al llegar a Nueva York, pero no se la imaginaba llevando aquella clase de atuendo. En efecto, Marie y la mujer de verde almendra no tenían nada en común. Ésta era ciertamente más bonita, más alta y perfumada (Horty suponía que el perfume de vainilla provenía de sus cabellos aprisionados en una redecilla, pero no estaba muy seguro de ello).

—¿Me quedo entonces con su dinero?

Horty hizo un gesto afirmativo. Ella volvió a guardar en el bolsito los escasos peniques. Estaba contenta.

—Me llamo Camille; ¿y usted?

—Horty. No doy jamás mi nombre de pila.

—¡Qué gracioso! ¿Y por qué?

—Así son las cosas —dijo Horty.

Lo miró divertida.

—En el fondo, no creo en absoluto que sea un estibador. Los estibadores no tienen prendas negras como esa que viste. Me pregunto si no será más bien una especie de espía —agregó en voz baja, inclinada hacia él—. Los hay en todos los transatlánticos.

—Su aliento también huele muy bien —dijo Horty.

Ella juntó las manos formando bocina y las acercó a su cara, para que Horty confirmase su opinión.

—Mastico bombones de vainilla. Aquí los hacen deliciosos. ¿Quiere uno?

El hombre se volvió para mirar el transatlántico. Unos mozos recorrían los puentes dando golpes con un mazo a unos pequeños gongs brillantes.

—Va a perder el barco.

Tenía la impresión de faltar a Marie, de engañarla al respirar el aliento perfumado de la mujer de verde almendra. Camille se levantó ligeramente el ruedo del vestido y echó a correr; lo hacía con más gracia que Marie.

El *Titanic* largó amarras alrededor del mediodía. Los remolcadores le dieron servicio hasta que salió del muelle. Después, el transatlántico hizo sonar la sirena y los remolcadores se alejaron; entonces el *Titanic* comenzó a descender por el río Test impulsado por sus propias máquinas.

Para llegar hasta alta mar, debió desfilar por delante de los barcos anclados en el estuario. Cuando contorneó al viejo *New York* amarrado en pareja con el *Oceanic*, el remolino de sus hélices y la fuerza de atracción de su masa hicieron que el barco de la

América Line rompiese amarras. Se oyó como un trueno y luego un silbido sobreado cuando los cables barrieron los muelles, provocando un principio de pánico entre los curiosos que se habían reunido allí. Una mujer se desmayó y se la llevaron.

Con la popa dirigida hacia el centro del canal, el *New York* fue alejado del *Titanic* en el último momento por la maniobra desesperada de un remolcador que se encontraba cerca.

Horty no vio gran cosa del suceso. Sólo oyó un insistente rumor del que captó algunas palabras cuyo sentido logró entender: «*danger, accident, stupid disaster*». Pensó que no debía de haber sucedido nada grave, porque la mole blanca y negra del transatlántico continuaba descendiendo por el estuario.

Más lejos, Horty se encontró con un hombre anuncio. El tablero que colgaba de sus hombros anunciaba en varios idiomas que, con ocasión del viaje inaugural del *Titanic*, la cervecería Roi sans Femme ofrecía a elección un premio de media libra esterlina o una porción de *welsh rarebit* a todo aquel que adivinara cuántos ojos de buey y ventanas tenía el transatlántico.

—¿Dos mil? —insinuó Horty al azar.

Era la respuesta exacta. Optó por ir a comer un *welsh rarebit* en el Roi sans Femme. Bebió gran cantidad de cerveza y de ginebra y luego subió a bordo del pequeño vapor que debía llevarlo de regreso a Francia.

Durante toda la travesía de La Mancha, y a pesar de que comenzó a hacer bastante frío, la mayor parte del pasaje permaneció en el puente, tratando de escudriñar en el horizonte la humareda del *Titanic*, que había partido dos horas antes. No se veían sino algunas botellas de champaña flotando a la deriva. Medio llenas de agua de mar, flotaban hundidas hasta la mitad de la etiqueta. El paquebote de Southampton rectificó su rumbo varios grados. Aquellas botellas resultaban un verdadero peligro para las aspas de las ruedas.

—En este momento, deben de estar a punto de comer —dijo alguien—. Según mis informaciones, el menú de esta noche consistirá en consomé Olga, salmón con pepinos, *filet mignon* a la Lili, arroz a la criolla, y otros platos que ya no recuerdo. Lo único que sé es que ninguna persona normal podría comerse el menú completo.

Entonces discutieron acerca de si el menú que se ofrecía a bordo de los transatlánticos era «a la carta» o si, como en un banquete chino, se servía de todo, pero en pequeñas cantidades.

No había viento. El mar estaba lechoso y plano.

A las ocho y media de la noche, el vapor pasó por el vigía del Homet. La rada de Cherburgo estaba desierta. Pero aún flotaba un penetrante olor a carbón; hacía apenas algo más de un cuarto de hora que el *Titanic* había zarpado para Irlanda. Desde el fuerte del Roule aún se podría distinguir en la lejanía, máxime cuando debía de estar

ya iluminado, aunque todavía no hubiese anochecido por completo.

El tren avanzó toda la noche a través de un paisaje aún agitado por el comienzo de una primavera que más parecía batirse en retirada. Al amanecer, atravesaron campos blancos de escarcha. El vagón era un témpano. Horty se dijo que Marie aún debía de estar durmiendo, con una temperatura agradable. Ella le había dicho que el *Titanic* estaba tan bien climatizado que durante todo el año había plantas vivas en sus miradores que daban al océano.

Quiso recrear el rostro de la joven, pero no logró evocarlo con precisión. Su memoria sólo suscitaba un bosquejo de contornos pálidos y esfumados cuya única realidad era el gris de los ojos, aunque apareciese tal vez demasiado reluciente. Era, sin duda, porque no había tenido tiempo de abrazarla para contemplarla lo suficiente antes de separarse de ella. Dentro de unos días, le bastaría con ir al Tête d'Écaille a buscar la foto que había tomado el chino para reencontrar el rostro de Marie.

Decidió que dejaría pasar una o dos semanas antes de llevar esa foto a casa y decirle a Zoé que se trataba de un retrato abandonado que había encontrado en el puerto.

—En su estilo, es bastante linda esta muchacha —diría Zoé—. Has hecho bien, seguramente tiene una familia que la quiere. Esa gente te estaría agradecida, Horty, si supiera que te has tomado el trabajo de recoger su imagen. Sin ti, seguramente habría terminado bajo los cascos de los caballos.

—Los caballos o algo peor, pequeña.

—O algo peor —repetiría ella, pensativa.

Zoé sabía, como él, de qué cosas reprobables eran capaces los del puerto si caía entre sus manos el retrato de una hermosa desconocida.

Cuando descendió del tren, Zoé lo esperaba. Se dio cuenta de que era la única mujer en toda la estación; las otras personas que estaban en el andén eran oficiales que habían acudido a buscar a un hombre en mangas de camisa que les habían remitido encadenado, sin duda un desertor.

Zoé echó a correr hacia su marido, pataleando con sus graciosas piernas cortas bajo un vestido que él no le conocía.

—Ya no eres estibador —le gritaba con voz ahogada—, ya no eres estibador. — Se apretó contra él, acariciándole con locura la cara—. El presidente Siméon vino a casa. Te destinan a la grúa número catorce. Fui a verla, es la que está justo al final del muelle de Colombie. Es magnífica e inmensa —agregó exaltada—, todos los cables y los mecanismos están tan bien engrasados que esa grúa parece una pata de cerdo recién sacada de la olla del cocido. Y, a propósito de pata, Siméon apareció en casa con un cerdo entero, figúrate.

Se alejaron hacia la salida. Pasaron por delante del desertor encadenado. El hombre lloraba como un niño. Horty lo miró, pero Zoé desvió la mirada. Aquel hombre sollozante le recordó al presidente Siméon, con sus manos temblorosas y frías, a quien tanto esfuerzo le había costado darle algo de satisfacción, que al final se resumió en un leve suspiro, un gorgoteo de moribundo.

En aquel mismo momento, mientras se preguntaba si los oficiales tendrían corazón para ofrecerle algo caliente al desertor, Horty se imaginó a Marie anudándose el delantal blanco para ir a servir los desayunos en los camarotes de primera clase.

Horty y Zoé se empujaban riéndose y se abrazaban, como para asegurarse de que, tras haberse engañado el uno al otro, no había mermado en nada su solidez.

—Háblame de ese cerdo —dijo Horty—. ¿Dónde está?

—Ya está en salazón. Excepto una hermosa costilla que he puesto a asar. Bathilde la vigila.

—Y además —observó Horty—, te ha prestado también un bonito vestido.

Zoé no respondió. Al igual que el cerdo y el puesto de maquinista en la grúa número catorce del muelle de Colombie, el vestido era un regalo del presidente Simeon.

Cuatro días costó que llegara de Southampton la foto de Marie.

El 13 de abril, al anochecer, el dueño del Tête d'Écaille, un mulato al que llamaban Caraïbe, entregó a Horty un gran sobre oscuro en cuyo borde superior aparecían, escritos con pincel, unos caracteres chinos.

—No sé lo que quiere decir —confesó Horty—, pero lo encuentro hermoso.

Los hombres que lo rodeaban estuvieron de acuerdo; aunque los extraños signos no significaban nada para ellos, eran armoniosos.

—Deben de ser para dar suerte —aventuró Caraïbe—. Los chinos le rezan a la fortuna como nosotros rezamos a Dios.

Horty hubiera querido sentarse solo en una mesa aislada para quitar el sello y extraer con precaución la fotografía. Pero era sábado y el local estaba lleno de una multitud ruidosa. Además de los estibadores, aquella noche se encontraban unos pañoleros que hacían escala y habían ido allí a jugar al dominó, a emborracharse y a armar bronca. Los llamaban los Bandas Negras por su piel renegrada por el carbón. Sabían que no caían bien; no bebían con nadie y sólo peleaban entre ellos, pero el desprecio que les manifestaban no impedía que sus traseros y sus codos ocuparan tanto sitio como los de los demás.

Horty prefirió abandonar el Tête d'Écaille. Dio unos pasos por el muelle y se detuvo bajo una grúa en cuya alta superestructura brillaban unas lámparas de acetileno. Daban una luz clara y dorada, justo lo que se necesitaba para ver bien la fotografía de una mujer.

A través de las viguetas de la grúa, el cielo estaba claro, lleno de estrellas. Pero hacía un frío intenso, impropio del mes de abril.

Horty abrió el sobre y sacó la foto. Estaba protegida por finas hojas de papel de seda que se agitaron al viento. Con excepción de la esquina superior izquierda, que aparecía algo doblada, el retrato no había sufrido deterioros en el viaje.

En el momento del destello de magnesio, Marie había desviado imperceptiblemente la mirada, y esa especie de leve ausencia le daba el aspecto de alguien que aún está soñando y que no desea volver a encontrar la realidad.

Las manos de Horty temblaron un poco.

Oyó la puerta del Tête d'Écaille. Unos hombres salieron del local y se acercaron a él, agrupándose bajo la luz de acetileno, mientras calentaban los vasos de ginebra entre sus gruesos dedos.

—¿Se puede ver?

Horty pasó la foto, primero a los gruístas, ya que eran sus nuevos compañeros.

—Creía que se trataba de una foto del *Titanic* —dijo uno de ellos.

—Es una de sus camareras.

El hombre tocaba la foto con respeto. Su vecino se impacientaba, él también

quería admirarla, pero el hombre que la sostenía parecía no oír. Se rió ligeramente, un poco molesto:

—Es extraordinariamente hermosa.

—Extraordinariamente hermosa —convino Horty.

El que había hablado meneó la cabeza y los demás lo imitaron. Entonces las apreciaciones se confundieron. Unos encontraban en Marie la apariencia de una muchacha, otros decían que se veía en el acto que era toda una mujer.

—En una vida de perros —dijo uno de los Bandas Negras que se había colocado entre los otros deslizándose en la oscuridad—, algo así sólo ocurre una vez, una noche en que Dios se vuelve de espaldas.

—¿Qué es eso que ocurre sólo una vez?

—Acostarse con una muchacha como ésa —dijo el Banda Negra.

Horty no respondió. Y su silencio se interpretó como una aprobación aún más solemne que si hubiese hablado.

La foto había recorrido todo el grupo; ahora regresaba a las manos de Horty, quien la orientó hacia las lámparas para comprobar que no la habían ensuciado. Los hombres se apretujaron a su alrededor, conteniendo la respiración. Esperaban un relato.

—¿A qué olía? —interrogó al fin un estibador.

—Es una buena pregunta —aprobó otro—, uno se pregunta a qué puede oler una muchacha como ésa. Es un detalle que no se aprecia en la foto.

—Bueno —terció un estibador—, eso depende del viento y de la luna: cuando estás bajo el viento de una mujer, tiene que oler a mujer; en cuanto a la luna, tiene influencia en todo lo que concierne a las damas.

De nuevo asintieron con la cabeza, seriamente. Alphonse Bazeiges, el jefe, a quien todo el mundo llamaba Al, rodeó a Horty por los hombros y lo llevó hacia la charca de luz como se conduce a un campeón al centro del cuadrilátero.

—Díselo, muchacho. Vamos, cuenta, cuenta.

—¿Contar qué? —balbuceó Horty.

—Voy a ayudarte —dijo Al Bazeiges—. En todo, lo mejor es empezar las cosas desde el principio. Esa muchacha no te esperaba en la cama, ¿verdad? Trata de acordarte.

—Caminaba bajo la lluvia —dijo Horty—. En realidad, así comenzó todo.

—¿Lo hicisteis bajo la lluvia? —preguntó Al Bazeiges.

Horty alzó los ojos al oír en el cielo algo parecido a un batir de alas. A aquellas horas, todas las aves marinas dormían. Sin embargo era un ave, sin duda uno de los búhos que anidaba en los grandes depósitos.

—No —respondió Horty con cierto retraso por el ruido del búho.

Quería decir que no la había tocado, pero los demás interpretaron otra cosa: Horty no lo había hecho con aquella muchacha bajo la lluvia, eso fue lo que entendieron.

—Tengo sed —dijo Horty.

Los hombres miraron sus vasos. Estaban vacíos.

—Vamos a llevar de nuevo la foto al Tête d'Écaille —dijo el jefe.

Mientras caminaban hacia el cabaret, se pusieron de acuerdo y decidieron que Horty, esa noche, podía beber gratis cuanto quisiera. Era la tradición: el narrador no tenía más que sentarse y contar su historia; los oyentes procurarían que su vaso no estuviera en ningún momento vacío, que las lámparas jamás se apagaran y las brasas siguieran dando calor hasta que hubiese terminado su relato.

Horty se bebió cuatro ginebras, después habló. Sabía lo que los hombres esperaban de él.

Con la mirada fija en la foto de Marie, que había colocado sobre la mesa, se convirtió en su propio oyente, avanzando en su historia con una especie de fascinación alucinada. Las primeras palabras de profanación que pronunció le hicieron daño. Pero enseguida, a medida que los vasitos de ginebra se sucedían, se animó. La mirada ausente de Marie lo alentaba.

Dijo que en el cuarto, mientras ella paseaba su dedo índice por el dintel de la chimenea, divirtiéndose en recoger el polvo de hulla que los barcos lanzaban hasta allí, comenzó a desnudarla. Ella había vuelto el rostro suplicándole que no hiciera nada. Entonces la había besado —gracias a los besos de Zoé detalló muy bien cómo lo había hecho— y Marie se había puesto blanda y ardiente; después, se habían retirado ambos lentamente de la chimenea para acercarse al lecho.

Habían oído los mil ruidos de un hotel con tabiques demasiado delgados: el agua que corría por las tuberías, las maletas cuyas cerraduras se cerraban con un golpe seco, los zapatos que alguien cansado se quitaba con brusquedad antes de tenderse suspirando, las mujeres que se visitaban de cuarto en cuarto y se extasiaban con los vestidos que habían llevado, el ir y venir de mistress Chancellor, que subía para prestar un quitamanchas o unos hierros para rizar el cabello, y las ventanas que la gente abría para mirar con inquietud el cielo encapotado y la noche lluviosa preguntándose si no hubiera sido mejor esperar que la primavera estuviera más adelantada para atravesar el océano.

Hasta entonces, dijo Horty, Marie y él no se habían atrevido a meterse en la cama por temor a que crujiere. Habían permanecido de pie, haciendo «chist, chist», colocándose mutuamente un dedo sobre los labios, mirando la puerta detrás de la cual la gente no cesaba de pasar; una mujer incluso se recostó contra la puerta y se estuvo riendo mucho tiempo, sin que supieran por qué. Incluso dudaron en besarse de nuevo. Pero en un momento dado, Marie había entreabierto la boca y aspiró el dedo de Horty, quien había sentido palpitar bajo su índice una lengua suave y dulce; luego, él, con el dedo completamente húmedo, se acarició sus propios labios, humedeciéndolos con la saliva de Marie.

Los Bandas Negras interrumpieron su partida de dominó para agruparse en

silencio en derredor de la mesa de Horty. Invadían un territorio que no les pertenecía, pero los hombres de los muelles los dejaron acercarse, pues una riña habría impedido a Horty proseguir su relato y querían saber cómo era Marie casi desnuda. El dueño sólo se preocupó de que los Bandas Negras no tocaran la ginebra.

Marie llevaba dos enaguas, se inventó Horty, una blanca y otra azul pálido. Preguntaron si sabía por qué, y él dijo que no, que era la primera vez que desvestía a una mujer que llevaba dos enaguas. ¿Eso lo había desconcertado? Sí y no, lo encontró más bien bonito, daba la impresión de una flor con todos los pétalos cerrados a su alrededor. Marie era frágil, sin duda creía que dos enaguas darían a su silueta un poco más de consistencia.

—Pero no era delgada, ¿verdad? —preguntaron.

—Tanto como delgada, no se puede decir —los tranquilizó Horty—; de todos modos no estaba gorda, tal como podéis ver en la fotografía.

Se inclinaron sobre el retrato, rascándose las barbas y dándose codazos. Sus cálidos alientos empañaron por un instante el brillo de la fotografía.

Horty también describió la habitación veintiocho, pero de una forma diferente a como era en realidad. Y considerando que la única ventana abierta hacia el muro lúgubre de Harston & Harston no iba con la noche que describía, la convirtió en una *bow-window* (como ignoraba el significado del término, dijo que era una «ventana adelantada») que daba a una calle con hermosas casas de ladrillo, con puertas blancas y aldabones de cobre que representaban peces que brillaban bajo la luz azulada de los mecheros de gas. Un aroma a boj mojado ascendía de los jardincillos donde se oía jugar a los niños (Horty se acordaba sobre todo del roce suave y continuo de una cuerda para saltar, al ritmo de otro ruido que se parecía un poco al redoble de un tambor; ese otro ruido era el de los zapatos de charol de la niña que saltaba la cuerda).

—Si los niños jugaban —dijo una voz con tono de desconfianza—, entonces no era de noche. Y en ese caso, ¿por qué los ingleses habían encendido los mecheros de gas? ¿Nos cuentas una historia inventada?

—A lo mejor Horty nunca ha visto a esa muchacha —dijo un pañolero—. Y ni mucho menos se ha acostado con ella. Y la foto no es más que uno de esos malditos anuncios para ese maldito barco.

—Era de noche —sostuvo Horty—, pero toda la ciudad estaba de fiesta.

—Una fiesta de la cual nosotros no podemos ni hacernos idea —apoyó el jefe.

Tal vez Al Bazeiges tampoco creía el relato, pero encontraba hermosa la historia, digna en todo caso de un sábado por la noche en el Tête d'Écaille, y seguía esperando para saber cómo continuaba.

—Al tiene razón —dijo Horty—. Aquella noche, en Southampton todo el mundo hacía lo que quería, hasta los niños.

—No tenemos nada contra los niños —interrumpió uno de los jefes del equipo de los pilotos—, ni con el cuarto, ni con todo tu Southampton. Estabas en dos enaguas; por todos los diablos, no recuerdo de qué color eran, así que a eso tienes que volver.

—Oh —dijo Horty—, pero lo que hay debajo de esas enaguas es asunto mío. Mío y de esta bella muchacha —agregó dando golpes con el dedo en la boca de Marie.

Después de la sensación de liberación y de la euforia del comienzo, el alcohol le proporcionaba ahora una impresión de saciedad parecida a las náuseas, y no era sólo por el sabor de la ginebra. Había mancillado demasiado a Marie, la había entregado demasiado a aquellos hombres, cuyos cuerpos rudos apretujados unos contra otros formaban a su alrededor una pared que le impedía respirar. Cada cual podía terminar la historia a su manera. Ni siquiera él tenía ganas de adivinar cómo eran los muslos y el vientre de Marie. Le bastaba con lo poco que había entrevisto de las piernas sedosas por debajo del vestido negro.

—He bebido demasiado —dijo.

—¿No eres un hombre? —preguntó el primer piloto.

—Un hombre, sí —dijo Horty—, pero no un mono.

Recordaba el monito que los estibadores habían robado un día de un carguero de Sumatra, el *Mountain Kerintji*. Habían llevado el animal al Tête d'Écaille y le hicieron beber hasta que empezó a jadear entre sus brazos y al fin murió sobre el mármol de una mesa. Y así era a menudo la noche del sábado en el Tête d'Écaille y en las otras tabernas del puerto; la muerte se insinuaba en las risas, tenía la última palabra, como la tiene siempre, y uno se iba por la noche con la boca más seca que al llegar.

Le costó volver a meter la foto en el sobre con caracteres chinos. Parecía que no quisiera entrar. Los demás se rieron de su torpeza. Confió el sobre al dueño del Tête d'Écaille, quien lo colocó detrás del mostrador, en lo alto del estante de las botellas. Después, Horty se incorporó y salió tambaleándose.

Algunos hombres de los Bandas Negras lo escoltaron por un momento, esperando sin duda que, en su borrachera, comenzara a hablar solo, y así sabrían más sobre la camarera del *Titanic*.

Pero Horty se enfrentó a ellos, les dijo que eran perros y les lanzó piedras. Tenía buena puntería para estar bebido: hacía rebotar las piedras contra el pavimento del muelle —algunas lanzaban chispas amenazantes— de tal forma que iban a caer, girando sobre sí mismas, justo a los pies de los Bandas Negras.

Cualquier otra noche, los pañoleros se habrían arrojado sobre él para sacudirle. Se hubieran servido de las mismas piedras que les arrojaba para romperle las cejas y los dientes. Eran tan numerosos que Horty no habría tenido ninguna posibilidad de escapar, y lo habrían molido a golpes hasta dejarlo inconsciente; después, lo habrían dejado allí medio muerto. Las ratas se encargarían de terminar el trabajo de los

Bandas Negras, y también los cangrejos, que escalaban hasta el muelle trepando por las algas cuando captaban la presencia —nadie sabía cómo— de una carroña sangrante.

Aquella noche, a causa de la historia que Horty había relatado y para cuyo final querían regresar al cabaret Tête d'Écaille, los Bandas Negras se contentaron con darle la espalda gruñendo y regresaron a sus puestos en los cargueros, que se divisaban a lo lejos, sombras oscuras como cabañas atormentadas que prolongaban la ciudad sobre la rada.

Horty había adivinado que no le harían daño y se rió al ver que se alejaban. Por eso amó más aún a Marie. En cierto modo, le había salvado la vida.

Se dirigió hacia la Ville-Basse pasando por el dique y el puerto de las mujeres. Aquí el viento soplaba sin que ningún obstáculo lo detuviese. Unos barcos de pesca, alejados de la playa, yacían inertes más arriba, al borde de las dunas. Los dueños habían dejado que los cascos excavaran naturalmente un surco en la arena, donde la madera se mantendría húmeda sin mayor trabajo.

Había marea baja. Liberado de la hediondez del Tête d'Écaille, Horty aspiró con avidez el olor a la vez fresco e insípido que ascendía de aquella inmensa extensión grisácea donde chapoteaba, a veces, el destello de un pez a punto de morir. Sintió que se colaba y se borraba en su garganta el gusto acre de la ginebra. Pero eso no era suficiente, tenía ganas de regenerarse enteramente; entonces se descalzó, ató entre sí los zapatos con los cordones, se los colgó de los hombros y caminó por el mar siguiendo la orilla, oponiendo a las olas toda la resistencia de sus piernas y sus muslos.

Pensó que en ese mismo instante el *Titanic* rechazaba las olas de forma parecida, y se preguntó si el camarote con seis camas donde dormía Marie estaría lo suficientemente cerca de la línea de flotación como para que la joven pudiese oír cómo retumbaba el océano contra el casco. Quizá se había suscitado una disputa entre Marie y las otras camareras a causa del ojo de buey, pues algunas querían abrirlo para escuchar el mar y otras no (algo similar había ocurrido en el tren en que había viajado Horty, a propósito de una ventanilla que bajaron para expulsar un supuesto olor a pipa). A dondequiera que se vaya, cualquiera que sea la rapidez con que se camine, uno no puede escapar a esta agresividad de los seres entre sí, a ese vaivén de odio que existe en el orden del mundo, tan evidente como la sucesión de las mareas. Durante la noche, las tinieblas acentuaban más el sentido de territorio. Sobre la espiga que protegía la rada de la marejada del oeste, Horty vio dos gatos que peleaban salvajemente. Se retorcían sobre el muelle, levantando una polvareda de algas secas. Se destripaban por algo que probablemente no valía la pena, alguna ave muerta cuyos restos podridos envenenarían al vencedor de la pelea.

Cuando uno de los gatos, degollado, cayó al mar y el otro huyó arrastrándose por

el peso de la presa que llevaba en la boca, Horty volvió la mirada hacia el horizonte. Vio entonces una silueta que, como él, caminaba en el mar. Pero ésta había avanzado con más audacia, el agua le llegaba hasta el vientre. Era una mujer que sostenía con ambas manos su vestido, enrollado como un grosero moño por encima de la cintura.

Horty reconoció a Zoé.

Ella le volvió la espalda, contemplando las luces de posición de los cargueros anclados en la rada. Separaba sus pequeñas piernas y a veces hundía una mano en el mar y llevaba el agua, con una especie de rabia, hasta su bajo vientre desnudo.

A pesar de la sensación lacerante del agua fría, Horty se internó en el mar para alcanzarla.

Zoé lo oyó respirar y se volvió hacia él.

—Ah, eres tú.

—A fe mía que sí, sí, soy yo.

Ella lo miraba, estupefacta y llorosa. Si le hubiera preguntado por qué lloraba, habría respondido que no eran lágrimas lo que había en sus ojos, sólo salpicaduras de las olas que la quemaban. Pero Horty no le preguntó nada. Entonces, Zoé se creyó obligada a explicar lo que hacía allí:

—Bathilde ha estado diciendo por todas partes que había un banco de marsopas. Me preguntaba si también yo lo vería.

—No hay marsopas tan cerca de tierra —dijo Horty.

—No —confirmó Zoé con un dejo de tristeza—, no, seguramente no hay, no he visto nada que se pareciera a una marsopa.

—Zoé —dijo Horty—, con estas historias de marsopas te estás buscando la muerte.

Ella no respondió de inmediato. Apoyándose en su marido, le dio a entender que estaba cansada y deseaba regresar a la orilla. Horty la llevó hasta allí.

—Dime —preguntó al fin Zoé—, ¿estabas en el Tête d'Écaille?

—Pagué la ginebra a todos los muchachos. Para regar lo de la grúa, ¿comprendes? Sé que es tarde, me avergüenzo de que sea tan tarde, Zoé, perdóname.

—El presidente Siméon ha venido esta noche —dijo ella de repente.

—¿Qué quería?

—¿Qué sé yo? Absolutamente nada.

—¿Llevó alguna cosa?

Ella vaciló.

—Saludos, sólo eso. Te tiene en gran estima. Si sales adelante con esta grúa, podría hacer que entraras como mecánico en el *Élise*.

El *Élise* era la draga que limpiaba incansablemente el canal para permitir a los barcos de mayor calado llegar hasta el muelle. Aunque el *Élise* no se alejaba nunca más de doscientos metros, su tripulación percibía una prima de mar. Como la draga terminaba su trabajo con las últimas luces del día y lo reiniciaba al amanecer, a veces los hombres debían dormir a bordo y cobraban entonces una prima suplementaria,

llamada «por dormir fuera».

Subieron por la caleta en silencio, chapoteando entre las algas, que estallaban bajo sus pies descalzos. Zoé temblaba a veces, y se apretaba contra su marido.

Al llegar ante su casa, Horty percibió un olor a petróleo que flotaba en el ambiente.

—El presidente vino en automóvil —explicó Zoé al verlo que husmeaba—. Uno de estos días me llevará al campo. Te gustaría embarcarte en el *Élise*, ¿verdad? Pues eso. Y ahora que caigo, me pregunto, qué hacías en el mar.

—Lo mismo que tú.

—Las marsopas —musitó Zoé sin convicción.

—Me sentía sucio —dijo secamente él— y quise lavarme.

Por miedo a que se le escapase que ella había experimentado la misma necesidad después de la visita del presidente, Zoé inició una larga perorata sobre Bathilde, que hablaba de colocar un bidé en la casa que habitaría cuando se casara con Steuze. ¿Había oído decir Horty que hubiese bidés en el *Titanic*? No, ¿no es cierto? Pues bien, si no los había en el más hermoso transatlántico del mundo, Bathilde Burén no era más que una pretenciosa si pensaba en instalar uno en su casa.

Aun después de acostarse, en la oscuridad, Zoé continuó el parloteo, sólo para aturdirse. Hubiera querido que Horty le hiciera preguntas precisas sobre el presidente Siméon. Una sola pregunta habría bastado. Pero él permanecía tendido en silencio, con los brazos cruzados debajo de la nuca.

—Mañana es domingo —le dijo ella al fin—. ¿Qué piensas hacer?

—Nada, pequeña; vete a pasear si te apetece.

Al día siguiente comieron de nuevo un pedazo de cerdo. Después, Horty besó a Zoé en la sien y se encaminó hacia los muelles. Se presentó en la oficina donde sabía que encontraría al vigilante permanente que guardaba las llaves de las máquinas portuarias. Pretextó que tenía necesidad de verificar algo que no funcionaba bien en la número catorce, una cadena que se salía de sus piñones, debido a la ruptura de un eslabón o al exceso de grasa. El hombre le entregó la llave de la grúa. Horty subió por la escalera cilíndrica y se encaramó a la estrecha cabina, instalándose en ella como una solitaria ave rapaz, con los miembros doblados e inmóviles y los párpados entrecerrados, vigilando la lejanía.

Hacia las tres de la tarde vio elevarse una columna de polvo por el lado de la Ville-Basse. Era el presidente, que iba a buscar a Zoé en su automóvil. Horty no se movió. Sólo sintió que los latidos de su corazón se aceleraban.

Si miraba la columna de polvo, se sentía mal. Pero tan pronto volvía la mirada hacia su izquierda podía divisar el Tête d'Écaille, hoy cerrado, e imaginarse la foto de Marie; entonces se tranquilizaba pensando que la reencontraría mañana por la noche después de su trabajo, que podría pasar los dedos por su rostro negro y blanco, de

hecho más blanco que negro, y liso y brillante como ningún otro rostro por efecto del proceso fotográfico.

En la calle de la Villemarqué, la columna de polvo se afinó y acabó por desaparecer. El presidente debía de haber detenido el coche, y ahora veía a Zoé salir de la casa y correr hacia él. Luego, la polvareda se alzó de nuevo y su penacho bajó rápidamente por la calle en dirección al mar. «Van hacia el puerto de las mujeres», pensó Horty.

La caleta debía de estar invadida por la habitual multitud de paseantes del domingo. ¡Qué singular idea, por parte de un viejo enamorado, llevar a su amante a un lugar repleto de niños pescadores de camarones, tan ridículos con sus pantalones arremangados y sus sirvientas de caras coloradotas bajo los velos azules, que los perseguían y los regañaban! No existía nada menos romántico que aquel paseo ruidoso. Sin contar con que el presidente se cruzaría sin la menor duda con las esposas de los armadores, quienes no se abstendrían de decir que lo habían encontrado con una cualquiera. Pero tal vez al presidente le tenía sin cuidado ser visto en compañía de Zoé. Elegido por dos años no renovables, aquél era su último mandato al frente de los armadores. No tenía por qué preocuparse por una reelección y podía comportarse como un hombre que, sabiéndose condenado a corto plazo, pero capaz de gozar aún de algunos buenos momentos, decide aprovechar al fin todo aquello que no se había permitido hasta entonces.

«Ni siquiera podrá besarla», se dijo Horty; los domingos había en el puerto de las mujeres un inválido, pagado por la municipalidad, encargado de velar que nadie tuviese una actitud indecente; después de la primera misa de la mañana, el inválido iba a tender una larga cuerda que, partiendo en dos la caleta, se adentraba una veintena de metros en el mar para obligar a las mujeres a bañarse a la izquierda y los hombres a la derecha.

Mucho más tarde, Horty vio serpentear la columna de polvo a través de las calles de la Ville-Basse. Como antes, se afinó por un momento delante de su casa, volvió a remolinear, desapareció detrás de la masa gris de la iglesia de Saint-André y reapareció bastante más lejos, en la parte alta de la ciudad. Zoé estaba en casa, Horty podía regresar también.

A sus preguntas, si es que decidía hacerlas, Zoé respondería que no había pasado nada. Pero, si de eso se trataba, en Southampton tampoco había pasado nada. Sin embargo, Horty se dio cuenta de que él había regresado diferente.

Sin duda esta diferencia no era casi nada, pero había hecho de él un hombre tolerante, capaz de permanecer un largo domingo en lo alto de una grúa pensando cosas extrañas para un estibador como él: un transatlántico de lujo rumbo a Nueva York y una camarera tan joven que, si la llevase un día al puerto de las mujeres, el inválido agitaría su bastón para prohibirle que la cogiera de la mano.

El lunes por la tarde, cuando los tres fogoneros del vapor noruego *Odda* entraron en el Tête d'Écaille, Horty estaba sentado en una mesa al fondo, justo bajo el caparazón de tortuga al cual el cabaret debía su nombre.

Esta tortuga había aparecido encallada en la playa muchos años antes. Era una tortuga de mares cálidos y nadie había podido jamás explicar cómo había llegado hasta allí.

Cuando la descubrieron aún estaba viva y de sus ojos brotaban lágrimas a torrentes. Los hombres la rodeaban sin atreverse a tocarla. Finalmente, la tortuga había metido la cabeza en su caparazón para morir en la oscuridad. Pero los hombres no estaban seguros de que estuviese muerta, creían que simplemente estaba agotada y se había dormido. Como estaba anocheciendo, levantaron a su alrededor una barricada de tablas para protegerla de los perros vagabundos.

Cuando regresaron por la mañana antes de retornar a su trabajo en los muelles, un olor pestilente subía del animal muerto. Lo arrastraron por la arena para arrojarlo al mar. Esperaban que flotara y que el oleaje se lo llevara. Se hundió, y de su caparazón comenzó a salir un líquido viscoso que se extendía como aceite sobre la superficie del agua.

Un lugarteniente del *Congo* llegó hasta la orilla. Ordenó que le ayudaran a llevar la tortuga hasta un lugar seco. Dijo que los pañoleros del *Congo* habían oído hablar de esa tortuga y que se ofrecían a descuartizarla y a esculpir sobre su caparazón la imagen de una máscara africana. Si como pago les daban de beber hasta que terminara su estancia en Francia, entregarían su obra maestra al cabaret que entonces tenía el banal nombre de Grand Hunter.

Caraïbe aceptó el negocio, pensando con razón que esa tortuga esculpida atraería a los marinos a su establecimiento.

Y ahora brillaba tenuemente por encima de Horty, que bebía ginebra mientras cortaba un pedazo de cartón para hacer un marco destinado a la foto de Marie.

Examinó a los pañoleros del *Odda*. Parecían Bandas Negras, salvo que sus ojos eran más azules y que se dirigían al mostrador como hombres apacibles, que habían llegado hasta allí para beber uno o dos tragos, mientras que los Bandas Negras comenzaban habitualmente por recorrer la sala contoneándose como osos, mirando a la gente por encima del hombro y provocando pensamientos desagradables.

Los tres noruegos no dijeron nada y sus ojos azules no pretendieron desafiar a nadie. Sacaron su dinero y lo colocaron sobre el mostrador. No precisaron lo que querían beber, parecía que aceptaban por anticipado lo que se servía en el lugar. Mientras esperaban que les llenaran sus vasos, se arrimaron al mostrador y permanecieron inmóviles.

Le recordaban a Horty un cuadro que se encontraba en la iglesia de Saint-André.

El lienzo, oscuro y más alto que ancho, hecho a la medida exacta de un hombre de pie, representaba a un mártir atravesado por flechas. Estaba amarrado a algo que lo mismo podía ser un árbol que una columna de mármol, pero sus ligaduras se veían flojas y el hombre habría podido zafarse y huir fácilmente. Sin embargo, permanecía impasible frente a los arqueros que lo acribillaban con flechas, tendiendo hacia ellos su vigoroso pecho, por el que chorreaba una mezcla de sudor y sangre. Los tres noruegos también tenían sus amplios pechos echados hacia delante y exhibían la misma mirada del mártir del cuadro, una mirada que parecía contemplar mucho más allá de lo que en realidad había para ver.

Cuando Caraïbe les hubo servido, los tres tomaron simultáneamente sus vasos con un mismo gesto lento y meditado. Olfatearon el alcohol, y uno murmuró:

—*Strong but tasty*^[1].

Levantaron sus vasos en dirección a la sala y anunciaron que iban a hacer un brindis antes de beber.

—Voy a traducirles —anunció el dueño del Tête d'Écaille.

Los noruegos hablaron brevemente. Horthy les oyó pronunciar el nombre del *Titanic* y pensó que el transatlántico había llegado a Nueva York mucho antes de lo previsto. El transatlántico de la *White Star* no había sido concebido para batir récords de velocidad, pero si el mar había estado tranquilo y el viento había sido favorable, tal vez hubiera logrado la hazaña de arrebatarse la cinta azul al *Mauretania* de la Cunard.

Los hombres del *Odda* vaciaron sus vasos echando la cabeza hacia atrás y los volvieron a colocar sobre el mostrador al tiempo que señalaban a todos los que estaban sentados en las mesas de la sala:

—*Pay yourself. The same for everyone there*^[2].

Pero el mulato los miraba fijamente, no traducía sus palabras, no les sirvió de nuevo, ni siquiera recogió su dinero.

Dijo al fin con una voz incrédula:

—Según estos hombres, el *Titanic* ha naufragado. Sucedió el domingo por la noche. Han bebido en memoria de las víctimas y ahora quieren que todo el mundo beba con ellos.

Caraïbe evaluó con la mirada el número de clientes del Tête d'Écaille y, como un hombre que se niega en redondo a caer y se aferra a la mínima realidad, contó el dinero que los noruegos habían colocado sobre el mostrador y agregó:

—Aquí tienen con qué pagar la ronda; por lo tanto, les serviré con gusto, si están de acuerdo.

Nadie le respondió.

No lejos de la mesa de Horthy, dos muchachas de la calle Solidor jugaban a las cartas. Habían interrumpido su partida al ver entrar a los noruegos y una de ellas se repintaba los labios pasando sobre ellos la lengua de una forma ostensible.

Uno de los fogoneros del *Odda* fue hacia ella y tomó el lápiz de labios.

—Sorry —le dijo a la muchacha— *but they don't understand what we try to say*^[3].

Regresó al mostrador y, dándole la vuelta, trazó con líneas rojas y grasosas, sobre el espejo que estaba detrás, la posición estimada en la que el barco se había hundido.

—Cerca de la corriente del Labrador —dijo alguno—, tal vez se metió adentro. Probablemente remolcarán el gran navío hasta Halifax, no está lejos.

Como todos los del Tête d'Écaille, este hombre admitía que el *Titanic* había podido tener dificultades al pasar cerca de los bancos de hielo; tal vez había sufrido averías graves, pero, naturalmente, no podía creer que se hubiese hundido.

Horty dejó de cortar su pedazo de cartón. Las tijeras se desviaron de la línea que había trazado con un lápiz y, por más que intentaba volver sobre el trazo, las tijeras temblaban, patinaban y cortaban donde no era necesario.

Unos cuarenta vasitos se alineaban ahora sobre el mostrador. Estaban llenos de ginebra, pero nadie se levantaba para ir a tomarlos. Los tres noruegos bebían solos.

Esos hombres eran Bandas Negras, pensó Horty, y por consiguiente de mala clase. Si no habían buscado provocar una riña, sería porque habían tramado un medio distinto e infalible para hacer daño. Eran hábiles, pero a él, Horty, no lo tendrían.

Hundió profundamente las puntas de las tijeras en la madera de la mesa, donde quedaron clavadas vibrando. Tomó la foto de Marie, se levantó y atravesó la sala del Tête d'Écaille. Los que estaban sentados empujaron sus sillas para abrirle paso, evitando cruzar la mirada con la de él.

Recordó una expresión que le había oído decir a la mujer de verde almendra en el barco de Southampton; Duncan y ella la utilizaban, le había explicado, para abandonar una partida donde sabían de alguna forma que no eran los más fuertes:

—Sin mí —dijo, y salió.

Cayó la noche, tan perfectamente clara y tranquila que las luces de la ciudad se escalonaban hasta el infinito sin el menor resplandor, tan puras como si centellearan detrás de una placa de cristal. Ni un soplo de viento rizaba el agua en la cuenca del océano, por donde sólo corría el triple reflejo del faro del paso del oeste.

En lugar de seguir el dique para regresar a la Ville-Basse, Horty se dirigió hacia los suburbios, donde se encontraban las oficinas de las compañías marítimas. Dio ese rodeo sin pensarlo, sin concederle, en todo caso, el menor significado.

A medida que ascendía hacia la parte alta de la ciudad, se dio cuenta de que cada vez caminaba más gente a su alrededor, y parecía que todos iban hacia el mismo sitio. Al llegar a la avenida de Vendémiaire, él y todos los demás formaban una pequeña multitud. Pero nadie decía ni una palabra, no se oían sino las pisadas cadenciosas de los centenares de zapatos que golpeaban los adoquines, casi como un ejército un poco cansado que busca sus acantonamientos.

Cuando se distinguía ya la hilera de arbustos que bordeaba la plaza de Cochinchine, aparecieron los primeros coches. Como sus capotas estaban echadas, era imposible ver quién había en su interior. Pero se desplazaban a gran velocidad, sus faroles de cobre temblaban y parpadeaban porque las ruedas saltaban sobre el irregular firme. También se dirigían hacia el bulevar donde se alineaban las oficinas de las compañías de navegación.

Si en ese momento Horty hubiese querido retroceder, tal vez no habría podido: la gente lo acosaba por todas partes, lo empujaba por la espalda, sentía su respiración precipitada sobre su nuca. Vio a unas jóvenes que corrían y arrojaban chales sobre los hombros de unas ancianas suplicándoles que no se expusieran, que regresasen a casa; ellas irían en su lugar, decían las muchachas, pero las ancianas se contentaban con anudar rápidamente las puntas del chal e insistían en avanzar, haciendo sonar el adoquinado.

Algunos soldados, conducidos por un teniente a caballo, se habían mezclado con la multitud, y se abrían paso agitando la culata de sus fusiles. Flanqueaban a los dos tambores municipales: Mathias Crépineau, que pregonaba los avisos en las encrucijadas de la Ville-Haute, y su sobrino Nathanaél, que tenía a su cargo los de la Ville-Basse. Mientras caminaban, Mathias y Nathanaél aligeraban el movimiento de sus muñecas.

El teniente se detuvo un instante a la altura de Horty para organizar a sus hombres. Horty dobló los dedos y golpeó contra la bota de cuero negro, que se balanceaba tan cerca de su cara que podía respirar su fuerte olor; hizo ese ademán con respeto, como si llamara a una puerta.

El teniente bajó la mirada hacia él.

—Perdone —le dijo Horty descubriéndose—, he seguido a esta gente al azar, pero si han enviado al Ejército tal vez sea porque no permiten estar aquí.

El teniente dijo que tenía orden de subir a proteger las oficinas de la White Star; se temían escenas de terrible desesperación cuando los representantes de la compañía inglesa anunciaran oficialmente el desastre del *Titanic*.

—Pero el barco no ha naufragado —dijo Horty—, lo remolcan hacia Halifax.

—¿Quién ha dicho eso?

—No lo sé muy bien —confesó Horty—, un hombre en el cabaret Tête d'Écaille.

—De acuerdo —dijo el teniente—, haga correr ese rumor, por lo menos hasta llegar al bulevar.

Miró a Horty con simpatía, no parecía pensar que este obrero tuviese alguna conexión con lo que había ocurrido en el *Titanic*.

Taloneó los flancos de su caballo y se alejó, repitiendo a sus hombres que se apresuraran.

Horty tenía ahora algo que hacer. Ya no era un saco de paja arrastrado por la larga cola de gente silenciosa. Sintió como si se desgarrara la especie de guata que lo asfixiaba desde el momento en que los tres noruegos habían entrado en el Tête

d'Écaille. Tuvo un remordimiento furtivo por haber atado las muñecas de Marie al tabique de la escalera de Harston & Harston; lo había hecho por el bien de la joven, para evitar que enloqueciera y se cayese, pero ahora comprendía cuán intolerable debió de ser para ella permanecer atada a un pedazo de hierro sin tener la posibilidad de actuar de alguna forma, como quedó él mismo retenido entre el populacho hasta la llegada del teniente.

Se volvió hacia la multitud, levantó los brazos y gritó:

—No tengáis miedo. El *Titanic* va rumbo a Halifax.

Pero ni siquiera lo escucharon. Daban vueltas a su alrededor, y hasta lo empujaban.

—Quizá lanzaron chalupas al mar —gritaba Horthy—, pero las han vuelto a subir de inmediato con todo el mundo adentro.

Una mujer se plantó frente a él. Tenía el rostro pálido y fino tras un velillo color ciruela y se apoyaba en un bastón inglés. Horthy la reconoció, era Jeanne, baronesa de Waltorg. Poseía un pequeño castillo en las cercanías del bosque de Halphen. El bosque había ardido y con él una buena parte del castillo. Su marido huyó como loco. Jamás volvió a aparecer. Declarada viuda antes del tiempo legal gracias a las intrigas políticas, Jeanne continuaba habitando las ruinas cerca de los árboles calcinados. Criaba anguilas en lo que había sido un estanque rodeado de arrogantes fuentes y las vendía en el mercado del viernes sobre unas tarimas cubiertas con uno de esos espléndidos manteles que otrora formaron parte de su ajuar. Aunque no tuviese nada que ver con el mundo marítimo, los armadores la invitaban a su baile para realzar así su esplendor. Horthy había soñado a menudo bailar con ella. El año en que se decidió al fin a inclinarse ante ella e invitarla, lo rechazó mostrándole que debía servirse ahora de un bastón. Había murmurado: «A menos que me cargues sobre tus hombros, como hace poco lo hiciste con el becerro.» Le había propuesto que fuese un día a las ruinas del bosque de Halphen; ella le mostraría cómo pescaba, preparaba y ahumaba las anguilas. Horthy se lo había contado a Zoé y ésta se encolerizó: «Ve y regresarás corriendo. Es una puta, Horthy, ¡todo el departamento se ha acostado con ella!»

Ese día, en medio de la noche fría, Jeanne de Waltorg estaba allí, delante de él, echándole en la cara su aliento cálido:

—¿Por qué te entrometes, pobre hombre? ¿De quién te crees el mensajero? Viste partir el barco, pero no estabas en él cuando todo sucedió.

—¿Qué pasó, señora? —se inquietó Horthy—. No ha sucedido absolutamente nada.

—Está en el fondo —dijo Jeanne.

Señaló los edificios de las compañías marítimas que a lo largo del bulevar formaban como la muralla de una plaza fuerte, oscura y amenazadora:

—Comenzaron por decir que todo el mundo estaba a salvo. Es lo que han repetido toda la mañana en Southampton, Cherburgo, Nueva York y aquí mismo. Pero finalmente el telégrafo hizo su trabajo. Esta noche vas a oírles otra canción.

Trataba de mostrarse digna, pero a través de la red del velillo ciruela Horty vio resbalar unas lágrimas por su rostro.

—Señora —preguntó—, ¿había algún conocido suyo en el barco?

—Un escocés —respondió—, un joven lord del clan de los McLeod. A raíz de una reciente estancia en Francia, había visitado el bosque de Halphen, pensaba comprar el castillo quemado y restaurarlo para Marjorie, una de sus hijas. También había una cuestión de dinero, el lord y su hijita se habían embarcado en el *Titanic* para conocer a alguno de los banqueros norteamericanos que, según había comentado la prensa, estarían a bordo.

—Yo también tengo a alguien en ese barco —dijo Horty.

Sacó la foto de Marie, que había deslizado bajo su chaqueta para protegerla de la multitud.

Jeanne de Waltorg echó un rápido vistazo.

—¿No es una camarera? Las nuestras se vestían más o menos así, en otro tiempo. Entonces está muerta. Como comprenderás, han comenzado por salvar a las mujeres y los niños.

—¡Pero ella es una mujer! —replicó Horty.

—Ella no es importante —dijo la baronesa.

—¿No es importante? —preguntó Horty con incredulidad.

—No es verdaderamente importante —dijo la baronesa—. Si no salvaron a Marjorie McLeod, ¿por qué se iban a preocupar por una camarera?

Reiniciaron la marcha. Puesto que ambos tenían una relación con el barco, Jeanne de Waltorg tomó familiarmente el brazo de Horty y se apoyó en él. La dificultad que la mujer tenía para caminar, lo obligó a ir más lentamente. Llegaron de los últimos al pie del balcón de la *White Star*. Se oían sonar ya los tambores, las luces estaban encendidas detrás de las ventanas, probablemente alguien iba a hacer una declaración.

Ahora, Jeanne de Waltorg lloraba. Soltándose a veces del brazo de Horty, levantaba el velo ciruela y se restregaba los ojos con los puños, como hacen los niños.

—Era una muchachita tan hermosa —decía.

Mientras caminaba, Horty pensó que, después de todo, Marie tal vez estaba muerta. Esta idea había nacido en su cabeza, exactamente detrás de sus ojos. Pero no se detuvo allí. Apenas concebida, descendió hasta su garganta, donde provocó una hinchazón repentina hasta el punto de que Horty tuvo la impresión de que algo le impedía tragar saliva y hasta respirar. Creyó ahogarse cuando la idea de la muerte de Marie abandonó su garganta para bajar por su esófago, provocando también una especie de contracciones y de quemazón. A continuación, como un río que llega a su estuario, la idea se expandió por el pecho de Horty, lo irradió a la manera del fuego.

El fuego es generalmente algo leve, que danza por encima de las cosas que consume; el fuego que quemaba a Horty era infinitamente pesado.

Su bajo vientre y sus piernas fueron alcanzados segundos más tarde. Un hormigueo invadió sus piernas y las rodillas le fallaron. Jeanne de Waltorg debió sostenerlo para que no se derrumbara.

La idea de la muerte de Marie no abandonó a Horty por los pies, como hubiese podido ocurrir con un rayo que lo hubiera atravesado. Volvió a subir por el camino por donde había descendido, provocando los mismos estragos.

Regresó hasta ese lugar detrás de la frente, detrás de los globos oculares, de donde había salido.

Allí se desplegó de otra manera, formando imágenes. Ahora bien, estas imágenes eran tanto más intolerables cuanto que tenían algo de una infinita tranquilidad. Mostraban, desde todos los puntos de vista posibles, a una joven vestida de blanco y negro que había perdido los zapatos y era absorbida por el mar. Otra persona joven, de rasgos imprecisos, la acompañaba en su caída. Tal vez era Marjorie McLeod. En el fondo de la imagen, otras formas oscuras descendían con esa blandura de las cosas pesadas que se lanzan al agua y se ahogan tambaleándose de una manera estúpida. Ciertas siluetas perdían pedazos de vestido, enaguas, por ejemplo, enaguas sombrías que se ensanchaban por encima, como las sombrillas de las medusas. Toda esa gente tenía ya el rostro lívido e hinchado que Horty había visto en los ahogados. Sólo Marie estaba tal como la había conocido, quizás un poco más empapada, pero sus cabellos flotaban libremente a su alrededor, sin adherirse a su cara delicada, sin penetrar en su boca. Sus grandes ojos permanecían abiertos.

Las oficinas de la White Star consistían en una tienda con escaparates que habría podido ser la de un zapatero. En la planta baja había una puerta estrecha cuyo picaporte quitaron esa noche como medida de seguridad, para impedir que la multitud penetrase en el interior. El escaparate exhibía algunas láminas de los paquebotes en servicio, cuyos colores, expuestos demasiado tiempo a la luz del día, habían terminado por desteñirse.

En el piso superior había un balcón de hierro forjado que llevaba la enseña de la compañía y tres mástiles para izar las banderas, la de la White Star, roja con su estrella blanca, la de Francia y la del Reino Unido.

Desde ese balcón, un hombre expuso las circunstancias del naufragio y presentó las condolencias oficiales de la compañía. Por los soldados que lo rodeaban para protegerlo y por la multitud que murmuraba, tenía la solemne apariencia de un rey que anuncia su abdicación. Sin embargo, era sólo un empleado sin rango al que habitualmente se veía vestido con una bata gris en lugar de la levita que llevaba esa noche en signo de solemnidad. Nacido de madre irlandesa, hablaba fluidamente el inglés. A esta casualidad debía, sin duda, el privilegio de representar los intereses de la compañía en esa ciudad destinada a los cargueros, donde los paquebotes no hacían escala más que incidentalmente, para huir de una tempestad o reparar alguna avería.

Mientras hablaba, los empleados instalaban unas altas pizarras sobre la acera, apoyándolas en el respaldo de las sillas. Llevaban, inscritos con tiza, los nombres de los pasajeros del *Titanic* rescatados por el *Carpathia* de la Cunard, que acudió en medio de la noche al lugar del drama.

El nombre de Marie Diotret no figuraba. Pero Marjorie McLeod estaba sana y salva, y Horty sintió cierto resentimiento hacia Jeanne de Waltorg por haberse aferrado a él fingiendo estar trastornada. ¿No podía vivir sin tratar constantemente de infiltrarse en uno u otro clan? Separándose de Horty, se juntaba ahora con el grupo de gente desconocida que tenía parientes o amigos entre los rescatados. Estas personas se reían y pavoneaban como si hubiesen obtenido una victoria. Mostraban con el dedo, sobre las pizarras, los nombres de sus supervivientes, repitiéndolos incansablemente a media voz. Jeanne de Waltorg iba de una a otra, ofreciendo las ruinas de su capilla ennegrecida en el bosque de Halphen para celebrar una misa en acción de gracias, a la salida de la cual distribuirían panecillos benditos.

Entonces la multitud comenzó a dispersarse. Mucha gente había subido hasta el bulevar para tener más noticias, si bien a pocos les concernía la catástrofe. Las cosas se habían desarrollado correctamente, decían las ancianas; estos armadores ingleses habían obrado bien, pues en el fondo no estaban obligados a pronunciar un discurso desde un balcón en una ciudad que, a todas luces, bien poco tenía que ver con el *Titanic*.

Los soldados también se marchaban. El teniente se apeó, y llevaba su caballo por la brida. Con su quepis bajo el brazo, miraba las estrellas y las nombraba de una en una ante sus hombres, estupefactos.

—Yo habría podido entrar en la Marina —decía el teniente.

Horty se quedó solo delante de las oficinas. A nadie se le ocurrió preguntarle qué más esperaba. Si alguien lo hubiese hecho, él habría respondido que no lo sabía. No podía alejarse, eso era todo.

En el segundo piso, la ventana se cerró y se apagaron las luces. Después salió un empleado al balcón y colocó las tres banderas a media asta. Vio a Horty inmóvil en la estrecha acera y lo saludó con una seriedad encantadora; era un empleadito que apenas tenía catorce años.

—¡Espere! —le gritó Horty.

Tenía por costumbre tutear a los niños. Pero este empleadito estaba al corriente de un acontecimiento tan terrible que aquello le confería una especie de autoridad.

—Se acabó —dijo el empleado—. No hay nada más que ver.

Hacía señas a Horty de que se fuera, con el mismo gesto de los feriantes cuando vacían la lona entre dos combates de luchadores.

—¿No van a anunciar algo más? —le insistió Horty.

—¿Anunciar qué? Se diría que nadie ha perdido a nadie, por lo menos en esta ciudad. Pero habrá detalles en los periódicos, téngalo por seguro.

Deslió una de las banderas, que se había enredado alrededor del asta. Después

desapareció.

Un hombre salió entonces de la sombra y se acercó a Horty. Era Sciarfoni, un italiano que a veces arrimaba el hombro para ayudar a amarrar los navíos cuando había alguna baja en el equipo de los prácticos. Estaba siempre vagando por los adoquinados grasientos o clavado sobre el sillín de su vieja bicicleta, cuyas ruedas sin neumáticos acomodaba sobre los rieles del ferrocarril, y comía queso de cabra mientras esperaba que lo llamasen.

Tenía un puñado de billetes arrugados. Sin decir una palabra, arrastró a Horty bajo la luz de un reverbero y le enseñó los billetes.

—Hay muchos —dijo—. Pueden ser tuyos si me das algo a cambio.

Horty lo miró en silencio, esperando que continuara. Desconfiaba del italiano, que no tenía buena reputación en los muelles.

—Te compro la foto de esa chica —propuso Sciarfoni. Hizo rechinar los billetes en los oídos de Horty y agregó—: ¿De qué te servirá conservarla ahora? Sólo para hacerte daño.

—¿Y a ti? —dijo Horty.

El italiano escupió sobre su mano libre y humedeció sus largos bigotes.

—Tú me conoces, siempre me han gustado las cosas bellas. Si conservas ese retrato bajo tu camisa, es un poco como si te acostaras sobre la tumba de esa muchacha. Así lo hacen los perros. Pero tú no eres un perro.

Sciarfoni tenía razón. Ahora que Marie se había ahogado, Horty no se atrevería a llevar su foto a casa, sería peor que haberle comprado al vendedor de baratijas los objetos de un naufragio en el que alguien hubiese muerto. Aquel retrato donde Marie miraba a Horty tenía algo de indecoroso, como un cadáver al que habían olvidado cerrarle los ojos.

—La recordarás mejor si no tienes su foto —prosiguió el italiano—. Mientras guardé el retrato de mi madre, no pude recordar su voz. Ahora que ese retrato está perdido, no tengo más que pronunciar su nombre, *mamma, mamma Agostina*, y oigo que me responde como si estuviera aquí. Estoy seguro de que también tú la puedes oír, ¿no?

—No —dijo Horty—, no oigo a tu madre. Los muertos, muertos están, ¡vamos!

Prefería que las cosas fuesen así, definidas como la tierra y el mar. Era menos exasperante que imaginar a Marie errando por un universo donde no podía reunirse con ella, donde no sabía si estaba tranquila o desesperada, donde probablemente no habría nadie que pensara en ofrecerle una alcoba y una cama si estaba agotada, en vendarle los ojos si sentía vértigo.

Horty jamás había conocido a alguien que fuera bastante bueno como para reivindicar una felicidad eterna, ni tan malo como para merecer un suplicio infinito. Era necesario, pues, que hubiese un punto intermedio, y eso era la vida, ni más ni

menos que la vida; entonces, ¿qué sentido tenía que hubiera alguna cosa (o algún sitio) después de la muerte, si era para comenzar del mismo modo?

Había oído decir que los ahogados, justo antes de perder la conciencia, experimentaban un sentimiento de profunda relajación, algo comparable al bienestar que se siente en el momento de dormirse al final de una jornada fatigosa. Sin duda Marie no había pensado que estaba a punto de ahogarse, sólo que, de repente, era feliz.

Sacó la foto que tenía debajo de la camisa. La contempló por última vez.

—Yo no hubiera vuelto a ver a esta mujer. Al final de este u otro viaje se habría quedado en Norteamérica, en el estado de Maine.

En cierta manera, para un hombre como Horty la muerte y el estado de Maine eran territorios tan inaccesibles el uno como el otro.

—Toma —dijo tendiéndole la foto a Sciarfoni y embolsándose presuroso el dinero del italiano.

Pero al atravesar la plaza de Cochinchine, sintió remordimiento por habérsela vendido a Sciarfoni. Tenía mejores amigos en el Tête d'Écaille, y alguno de ellos se habría puesto contento de tener la foto de Marie.

Ese amigo la habría guardado en un álbum con otras fotografías y, muchos años más tarde, sus nietos la habrían retirado del álbum para hacerla circular; eso sería un domingo, con motivo de una reunión familiar, y recordarían:

—Era una camarera del *Titanic*. Hoy tendría casi cien años.

—Es un documento —diría alguno—. Tal vez no sea inestimable, pero de todos modos sí emocionante, ¿no es emocionante?

—Muy emocionante —exclamarían.

—¿Creéis que se podría negociar? Después de todo, esta mujer no significa nada para nosotros, quiero decir que no es como si tratáramos de vender la foto de nuestro tío Sacher-Pascha.

Entonces Marie terminaría en un marco de plata detrás de la vitrina de un anticuario, o bien se reproduciría su fino rostro en millares de ejemplares de tarjetas postales. Y si alguien escribiese alguna vez una obra sobre la historia del *Titanic*, no dejaría de reproducir el retrato de Marie con esta nota: «(De izq. a der.) Cuarto de baño del transatlántico; camarera encargada del servicio de primera clase; vista parcial de la caldera.»

Horty se detuvo en medio de la plaza. Hacía mucho frío. Poco antes, la foto de Marie contra su pecho impedía que el aire helado llegara a introducirse entre la camisa y su piel. Comprendió que había cometido un sacrilegio vendiendo la imagen de la camarera.

—¡Sciarfoni! —gritó—. ¡Vuelve, Sciarfoni!

Sólo el silencio le respondió. Era poco más de media noche.

—Sciarfoni —dijo Horty—, iré yo.

El italiano vivía al oeste de la ciudad en un barrio que por burla llamaban la République, ya que los que allí habitaban, demasiado pobres para participar en la vida comunal, se habían organizado en una especie de hermandad al margen de las leyes sociales. Vivían en unas cabañas diseminadas a lo largo de un cordón de dunas, construidas con grandes barcas tumbadas boca abajo, con la quilla al aire. Puertas y ventanas estaban talladas en el casco que, para permitir un aislamiento, se recubría a veces con papel embreado, con helechos o con bajas techumbres de caña.

De las barcas salían unos ronquidos que hacían parecer todo aquello un rebaño de enormes animales encallados que gruñían durante la noche.

Los objetos marinos, lo único de que disponía esta población miserable, se habían convertido en algo diferente de aquello para lo que estaban destinados. Unas aves negras y algunos conejos dormían en redes para pescar crustáceos, un entrelazado de cañamo hacía las veces de escalera, unas redes servían de cortinas o mamparas, a veces de cunas para los niños más pequeños, se lavaba la ropa en la puerta de las cabañas, en antiguas barricas de salmuera, y después se ponía a secar en cuerdas de grúas tendidas entre dos remos. Largas cadenas de amarre se engarzaban unas con otras y se enterraban en la arena para tratar de retrasar el desmoronamiento de la duna.

Horty no tuvo dificultad en encontrar el casco bajo el cual Sciarfoni había establecido su guarida; levantada sobre unos muros de piedra, dominaba ligeramente las cabañas y, a esas horas de la noche, era la única en la que, por unas tablas mal unidas, se filtraba un poco de luz.

Chapoteando sobre las cenizas aún tibias de los fucos que las mujeres de la République quemaban para extraer un poco de sosa, Horty se acercó y miró.

Medio desnudo entre un montón de haces de mimbre y utensilios revueltos, Sciarfoni se acariciaba. Revolcándose en el suelo de tierra pisada, con la verga aprisionada entre el muslo y la palma de su mano derecha, se sacudía espasmódicamente como un epiléptico. Había colocado el retrato de Marie delante de sus ojos. A veces se retorció sobre sí mismo y su boca abierta chocaba con la foto, produciendo el mismo sonido amortiguado que una polilla aleteando contra el cristal de una lámpara.

—Sciarfoni —murmuró Horty—, no hagas eso, Sciarfoni, te lo suplico...

Pero el italiano no podía oír nada. Comenzaba a gemir.

Una bocanada de asco invadió a Horty, sintió que algo amargo subía desde su vientre hasta su garganta.

Encontró un ancla corta y achatada, la tomó por el cepo y, balanceándola como si

fuera un mazo, rompió la ventana. Pedazos de vidrio y de madera salpicaron a Sciarfoni. El práctico se puso en pie con un rugido.

Horty ya se había precipitado a través de la abertura. Aterrizó boca abajo en la tierra pisada. De inmediato, el italiano se abalanzó sobre él y comenzó a propinarle patadas, golpeándolo de lado con los talones. Ahora era Horty quien se retorció en el suelo. Trató de agarrar una de las piernas de Sciarfoni para hacerle perder el equilibrio. Dominado por la rabia, éste no tuvo en cuenta la fuerza de los brazos de Horty, que se agitaban en el aire como tijeras. Rodó y su nuca chocó contra el borde de una artesa de madera, donde se movían algunos cangrejos en el fondo del agua salobre.

Aturdido por las patadas del italiano, Horty no se levantó enseguida. Los grandes ojos de Marie estaban clavados en él.

Fuera, unos perros comenzaron a ladrar.

Acurrucado en un recodo de la barca volcada, Horty esperó a que Sciarfoni recobrase el conocimiento. Había apagado la lámpara por temor a que alguien fuese a ver lo que ocurría. Pero a pesar de los ladridos de los perros, los pescadores de la République se quedaron metidos en sus camas.

Sacó los billetes que le había dado el práctico y se los colocó sobre el vientre, en abanico, para que los pudiese contar con la mirada y constatar que Horty no había dejado ninguno en el fondo de su bolsillo.

—No lo olvidaré —gruñó Sciarfoni—. No, jamás olvidaré lo que acabas de hacer. Un día te mataré.

—Está bien —dijo Horty—. Ha sido una mala noche para todo el mundo.

Ya no sentía rabia, sólo una inmensa compasión por sí mismo, por Marie y por Sciarfoni.

Ahora buscaba una palabra que lo tranquilizara antes de irse. Volvió a encender la lámpara. Comprendía a Sciarfoni. Cualquier hombre, rico o pobre, que viese esa foto, no podría evitar querer tenerla entre sus manos y soñar.

El fotógrafo chino había dado muestras de una extraña ciencia al fijar para siempre a Marie bajo la apariencia de un pequeño ser que a la vez llamaba y rechazaba. Para hacer la foto solamente había empleado unos breves instantes. Horty se preguntó, con una especie de celos, si el chino, en el curso de esos pocos segundos en que la contempló a través de la placa de su aparato, inmóvil y al revés, había aprendido más de Marie que él mismo durante las largas horas nocturnas que había vivido cerca de ella en Southampton.

Sciarfoni se había deslizado sin ruido hasta la cama. Hurgando bajo la litera de algas, cogió un cuchillo. Avanzó hacia Horty.

Entonces éste huyó a través de la ventana rota, dejando tras de sí a Sciarfoni, que lo maldecía en italiano.

Horty atravesó la République en medio de los aullidos de los perros. Se cayó varias veces al enredársele los pies en las cadenas mal enterradas, hiriéndose el rostro con los grandes cardos malva que brotaban en la arena. Pero ya no sentía frío, la foto de Marie estaba de nuevo apretada contra su pecho.

Mientras tuviera ese retrato consigo, no podría regresar a la calle de La Villemarqué. Cualquiera que fuese la historia que inventara a propósito de Marie — aunque se contentara con la verdad—, Zoé no le creería.

Sin duda se imaginaría que Marie era una muchacha de la calle Solidor que se disfrazaba de camarera para atraer a los hombres, e iría hasta allá para encontrarla y castigarla de una u otra forma. O bien castigaría a Horty como ya lo había hecho una vez, al comienzo de su idilio, obligándolo a meter el sexo en un vaso lleno de ese alcohol azulado y astringente que utilizaba para limpiar las baldosas. Si Horty rehusaba someterse a la purificación, Zoé esperaría pacientemente hasta que se durmiera para aplicarle el remedio ella misma, sentada a horcajadas sobre él para que no pudiese escapar.

Rodeó las dunas por el camino de los aduaneros y llegó al Tête d'Écaille. Se sentó en el rincón de un muro, esperando que abriesen el cabaret. Pensó que valía menos que un perro. Durmió con un sueño agitado, entrecortado por breves y violentas visiones donde veía morir a Marie. Ora se hundía con el transatlántico, aferrada al mamparo como a la escalera de hierro de Harston & Harston, ora lograba arrojarse al mar y nadar hacia una chalupa, pero entonces el fotógrafo chino arrojaba sobre su cara el trapo negro, bajo el cual ella se ahogaba dulcemente, sin luchar.

Al amanecer, Horty despertó con el ruido de los postigos del Tête d'Écaille, que una sirvienta empujaba contra el granito mientras bostezaba.

Entró. Estaba solo. Se sentó en su sitio habitual, bajo la tortuga. Colocó delante de sí la foto de Marie.

La sirvienta fregaba el suelo e iba y venía sin prestarle atención.

En el puerto, los barcos izaron sus banderas a media asta, y algunas mujeres, entre ellas Bathilde Burén, consideraron conveniente llevar duelo por el transatlántico inglés. Los vestidos negros eran, de todas maneras, lo que más se ajustaba a esos días pálidos de una primavera parecida al invierno.

Durante algunos días, antes de que el *Carpathia* llegara a Nueva York y se conociesen los primeros testimonios de los rescatados, los periódicos se vendieron bastante bien. Noche y día, un hombre a caballo anunciaba los titulares en las callejuelas de la Ville-Basse. Llevaba, terciadas sobre su silla y en talegos de piel leonada, las ediciones estampadas con grandes ilustraciones trágicas. Dichos talegos habían servido en otro tiempo —al menos así lo afirmaba aquel hombre— para transportar el polvo de oro destinado al Banco de Francia; aún ostentaban el rasguño producido por la bala que un bandido había disparado contra el funcionario.

Luego el interés de la gente se apagó; muy pronto, casi nadie recordó la fecha exacta del naufragio. Se sabía que había ocurrido una noche de abril, eso era todo.

Horty se ocultaba en el Tête d'Écaille. Cenaba y dormía en el altillo, donde Caraiibe le había preparado un jergón.

Huía de Sciarfoni.

Durante el día, el italiano aprovechaba el aislamiento del maquinista encaramado en su cabina para deslizarse por la base del aparato como quien se mete bajo un vientre vulnerable. Allí, sobre las altas patas de hierro de la máquina, burlándose de Horty, dibujaba con un pedazo de yeso calaveras, esqueletos y ahorcados.

A veces, cuando detenía el motor de la grúa, Horty oía rechinar la tiza contra el metal.

Los estibadores no creían que Sciarfoni llegase a matar a Horty si se encontraba solo frente a él. Pero los dos hombres pelearían y tal vez les faltase la sabiduría de los perros, uno de los cuales acaba siempre por echarse boca arriba. Porque si la cólera volvía peligroso a Sciarfoni, Horty no lo era menos por la desesperación que lo invadía y que no podía expresar a causa de los rumores que hubieran podido llegar a oídos de Zoé.

Cuando la sirena anunciaba el final de la jornada, los estibadores escoltaban al maquinista desde el muelle de Colombie hasta el Tête d'Écaille, formando una muralla a su alrededor, sin quitarse de la cabeza los gruesos sacos de yute que utilizaban para protegerse la nuca y los hombros. Así encasquetados, subían por los muelles silenciosos, con Al Bazeiges caminando a la cabeza; a veces distinguían, recortándose sobre las sombras de los depósitos, la silueta del italiano que gesticulaba y profería insultos.

Según Al Bazeiges, los estibadores no podían comprometerse más: ahora que manejaba la grúa número catorce por decisión extraordinaria del presidente Siméon, Horty ya no era uno de ellos. En cuanto al italiano, despreciado por los prácticos, que no lo llamaban sino como último recurso, congeniaba con los Bandas Negras y, por lo

tanto, no reconocía autoridad alguna en el jefe de los estibadores.

Por consejo de Al Bazeiges, Zoé había alertado al presidente Siméon, quien mandaba sin distinción sobre toda la gente de los muelles. Por lo general, una amenaza de despido bastaba para restablecer el orden.

Así pues, ella se había presentado en su domicilio, una casa alta y blanca frente al mar, provista de una barandilla que la rodeaba a la manera de un camino de ronda y desde la cual se podía vigilar la rada en toda su extensión, y con un jardín en pendiente que emanaba, hasta asfixiar, raras esencias; los capitanes llevaban los esquejes a la señora Siméon, que amaba la jardinería.

Al viejo le encantó ver aparecer a Zoé en la escalinata. Olvidando que era mujer, ella se había quitado el sombrero y lo sostenía con humildad en la mano, con la cabeza gacha y las mejillas encendidas. Siméon sonrió. La tomó del brazo y la llevó hasta un salón lleno de recuerdos de barcos. Ante la emoción que ella demostraba — se había puesto a llorar suavemente—, él le ofreció un trozo de oscuro turrón y una taza de agua de azahar que le recomendó bebiera muy caliente. Así lo hizo, quemándose y sofocándose, mientras él le pasaba el brazo alrededor de los hombros, riendo por la felicidad inesperada de tenerla allí, junto a él.

Como todos sus cargueros estaban navegando y la señora Siméon asistía en calidad de tesorera a la asamblea general de los Huérfanos de la Marina, el armador se había preparado para pasar un día aburrido. Lloviznaba y el frío no era tan intenso como para encender la chimenea a horas tan tempranas de la tarde, lo que constituía una de las distracciones ordinarias del viejo. Colocaba allí una o dos salchichas para dorarlas y las comía acompañadas de un vino blanco de Chile.

Siméon abrió un paraguas y llevó a Zoé a visitar el jardín exótico que llegaba hasta la carretera. Allí, detrás de un macizo de bambú, se levantaba un antiguo quiosco de música convertido en invernadero. Las ventanas, pintadas con blanco de España, impedían ver lo que ocurría dentro. Ahí se acurrucaron, pretextando el viejo que el chaparrón arreciaba.

Siméon acarició y lamió el cuerpo de Zoé. Mientras la tocaba, ella, con la cabeza echada hacia atrás, miraba los regueros de agua de lluvia que bajaban por los ventanales del quiosco y le contaba que un tal Sciarfoni, antiguo presidiario que vegetaba ahora en las arenas de la République, estaba decidido a matar a Horty. Zoé no sabía por qué, pero debía de ser por una razón grave y extrema, incluso inconfesable, puesto que Horty se negaba a dar explicaciones. Por lo demás, después de su regreso de Southampton, Horty tenía el aspecto de un hombre alucinado. Zoé suplicaba a Siméon que ayudara una vez más al maquinista y a ella.

Siméon apenas si la oía. Encogido contra la mujercita, lamiéndole los muslos, se preguntaba por qué la vida le reservaba aún alegrías tan intensas. Sin sentirse colmado —¿qué hombre lo ha estado jamás?—, había recibido mucho sin haber dado

casi nada a cambio. Así pues, esperaba pacientemente el momento en el que la existencia le pediría equilibrar sus cuentas; había creído que ese momento se acercaba ahora, se había preparado, y todo lo que se le exigía era calmar la cólera de un italiano.

No pudo abstenerse de reír mientras Zoé, por el contrario, volvía a llorar.

La sirvienta del Tête d'Écaille se llamaba Aïcha y dormía en el altillo donde Horty pasaba ahora la noche. Caraïbe sólo tuvo que colgar de las vigas una vieja cretona de flores para dividir el desván en dos pequeños territorios íntimos.

Aïcha era musulmana, originaria de Turquía. Tenía quince años, la nariz aguileña, la boca hinchada, azulada y pletórica de sangre, hasta el punto de que parecía que acabaran de golpearle los labios.

Pronto iba a hacer ya tres años que vivía allí. Aïcha había convertido el altillo en una especie de nido, almacenando un montón de cosas menudas y ligeras que generalmente sólo recogen los pájaros. Coleccionaba granos silvestres, huesos de jibia, pedazos de cáñamo, bolitas de cera que raspaba con las uñas del cuello de las velas. Vivía en un mundo gris y pajizo de donde emanaba, por fuerza, un olor a pajarillos, cálido y un poco fétido.

Tenía ella misma un andar de ave; siempre se contoneaba apoyada en los dedos de los pies y separando los brazos como si intentara no perder el equilibrio.

A pesar de todo esto, Aïcha atraía a los hombres. Los marinos le hacían regalos. Sobre todo vestiditos baratos cosidos a toda prisa, que se deshilachaban por el dobladillo, pero que eran mexicanos, argentinos, de todos los colores.

A la hora de cerrar, ajustaba los postigos, apagaba las lámparas y, sacando del corpiño las llaves de la taberna, las hacía tintinear suavemente. Entonces los bebedores se callaban, se levantaban meneando la cabeza y salían sin quitarle los ojos de encima, esperando una señal de complicidad. Pero la sirvienta jamás había invitado a ninguno de ellos al altillo. Aunque parecía frágil, los hombres no se atrevían a forzarla.

Y ahora, todas esas noches Horty estaría cerca de ella, en aquel desván al que ningún hombre había subido después del anochecer. El mismo Caraïbe evitaba trepar a él, por miedo a que corriera el rumor de que abusaba de una menor de edad.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar? —preguntó Aïcha la primera noche, a través de la cortina.

—No sé. ¿Te molesto aquí?

—¿Por qué no vuelve a su casa?

—Sciarfoni —dijo él—. Me quiere matar. Tú bien lo sabes.

—¿Tiene miedo de que lo aceche desde algún rincón?

—Así es —dijo Horty—. Sciarfoni escondido detrás de un muro.

Ella lo oyó rascarse furiosamente el pecho, y enseguida él insistió:

—Espera a que los días alarguen un poco más. Entonces regresaré a casa. Sciarfoni no se atreverá a asaltarme a plena luz del día. Y si se atreve, lo veré venir. Puedes estar segura de que me encargaré de él, Aïcha. Ya lo derribé una vez. Se pasea con un montón de cuchillos amarrados al cinturón, pero antes de que le dé tiempo a levantar el brazo, yo le habré roto la cabeza. Sólo tendrás que salir con la escoba para recoger sus sesos.

Horty vio que la cortina se arrugaba, como si la pequeña turca la apretara contra su boca violácea para ahogar un grito.

—Perdona —dijo Horty—, los hombres somos así.

—Sí —dijo Aïcha.

—Si me hubieran dado un becerro como los otros años, en lugar de enviarme a Southampton, nada de todo esto habría ocurrido.

—«Ninguna desgracia alcanza al hombre sin el permiso de Dios» —dijo Aïcha citando el Corán—. Comer becerro no habría impedido que el barco naufragara y esa mujer se ahogase.

—Cállate entonces —dijo Horty.

Se había sentado sobre el colchón de paja. Había colocado delante de él la foto de Marie. Como no había mucha luz, orientaba el retrato hacia la luna a medida que ésta se desplazaba por el cielo, pasando delante de un tragaluz y luego delante de otro, ya que era un altillo largo con muchas aberturas y esa noche la luna se movía con rapidez.

Aïcha no oyó muy bien lo que Horty empezó a contar. Sin embargo, se había pegado completamente a la cortina. Pero a Horty se le iba la voz como si lo estuvieran estrangulando. No construía frases largas, como los marineros narradores que a veces se detenían en el Tête d'Écaille y hacían que les pagasen la bebida a cambio de una historia ardiente a propósito de los jinetes de California, de sus señoras con peinetas profundamente enterradas en sus cabellos negros, de sus monturas de cuero repujado a las que querían más que a sus caballos. Él alineaba palabras como si hablara sin aliento, igual que un moribundo que no tiene tiempo para ocuparse de la gramática; como un pobre hombre a quien aún le queda algo esencial que transmitir y para ello emplea las palabras más sencillas porque éstas son las que afloran a su boca. No era una elección, sino más bien impotencia para decir las cosas de otra forma.

Y lo que dijo a propósito de Marie no se refería, en el primer momento, a ella. Relataba el final de un día en Southampton, la luz de la tarde, la mezcla grasienta de la lluvia sucia, las brumas huidizas y las fumarolas de los navíos. Estaba, en suma, en un puerto exactamente igual a aquel donde se levantaba el Tête d'Écaille. Se oían risas de hombres, un gramófono que daba vueltas, unos cocheros que se insultaban. Era como un empañado telón de escenario suspendido en el fondo de un teatro

demasiado miserable como para costear una decoración de verdad. Pero era en realidad tan pobre que uno sentía que las cosas no podían quedarse así, que alguien abriría el telón y subiría hasta las tablas.

Entonces aparecía Marie. No surgía de la lluvia brumosa como quien atraviesa una cascada, ella misma formaba parte de la lluvia; sencillamente, el aguacero, la niebla y las fumarolas se organizaban en un orden diferente para formar la figura de Marie, que entraba en el hotel de la Rada de Spithead.

Su silueta se destacaba poco a poco en la oscuridad, embutida en un impermeable. Aïcha no sabía muy bien qué era un impermeable, y esa palabra misteriosa le hacía pensar cuán diferente debía de ser Marie de las otras mujeres. De momento, no se veía nada de sus rasgos. Después se borraba la noche en Southampton y Marie permanecía sola al fin, con su rostro ovalado y pálido y un cuerpo cuyos hombros se apoyaban contra el espejo de la recepción.

Horty apenas si describía ese rostro y ese cuerpo. Se contentaba con decir que eran los de una mujer joven y hermosa. Pero el tono de su voz bastaba para describir a Marie completamente, como una armónica que no necesita de las palabras de una canción para sugerir mucho más sólo con el aire que hace vibrar sus laminillas.

Horty dijo enseguida que al descender por la escalera había visto cómo aparecía y se agrandaba su propia imagen en el espejo al lado de Marie; aunque había abotonado su chaqueta y peinado sus cabellos, se había encontrado feo. Olía a hulla y los carboncillos del barco postal de Southampton habían azotado su cuello dejando puntitos oscuros. Había pensado que Marie, tomándolo por el empleado que cuidaba del mantenimiento de las calderas del hotel, lo rechazaría. Pero, por el contrario, había levantado su mirada, tan clara, y le había sonreído tendiéndole la mano.

Murmuró algo, dos o tres palabras banales a propósito de la lluvia y de la imposibilidad de encontrar un cuarto a causa del gentío que había invadido Southampton. Horty, que estaba ya muy cerca de ella, había sentido su respiración. El aliento de Marie no olía a miel, ni a flores, ni a frutas, no era más que el aliento de una mujer congelada, algo insípido que hacía pensar en el sueño.

Entonces la había amado instantáneamente. Como cuando se corre un peligro extremo, había visto transcurrir toda su vida. Hasta ese momento jamás se había preguntado si su existencia tenía algún significado. Comprendía ahora, ensordecido, que había vivido cincuenta y dos años para ese único instante que lo justificaba todo. En adelante, pasara lo que pasase, volvería a descender la pendiente. Sin amargura, llevando consigo para siempre el recuerdo del segundo deslumbrante en el que la respiración de Marie había acariciado su rostro. Por lo demás, ella se había retirado de inmediato, excusándose.

—Era ya una camarera perfecta —dijo—, a pesar de que se trataba de su primer viaje. Me enseñó cómo colocar sobre la cama la bandeja del desayuno: alargando bien los brazos y, sobre todo, sin agacharse, sin obligar a los pasajeros a aspirar ese olor que se desprende de uno por la mañana, no, eso nunca.

Horty no habló de su cena en el Calcuta, ni de su agitado regreso por la escalera de hierro zigzagueando a lo largo del muro de la fábrica de Harston & Harston. Fue rápidamente a lo que, según él, había ocurrido en la habitación.

Gracias a las confidencias de las muchachas de la calle Solidor, Aïcha reconoció algunos de los juegos a los que Horty decía haberse entregado con la complicidad activa del cuerpo de Marie. Horty y aquella muchacha fatigada habían practicado todo lo que un hombre y una mujer pueden hacer juntos, desnudos y felices, encerrados en un cuarto. A cada nuevo ruido de la noche —unas campanas dando las horas, la sirena de un barco, la sacudida de una carreta o simplemente la risotada de una futura pasajera que busca su hotel y ríe chapoteando en los charcos de agua, con los zapatos en la mano—, Horty y Marie cambiaban de papel: hasta que se produjera el siguiente ruido nocturno, aquel o aquella que llevase ventaja podía hacer del otro lo que le viniera en gana.

Algunas de sus caricias eran limpias y suaves, pensó Aïcha, pero otras le parecieron antinaturales. No se habría resistido si Horty hubiera levantado la cortina y la hubiese cercado para hacerle una de esas caricias de las que hablaba. La voz del maquinista, lenta, baja y ronca, le daba a Aïcha la impresión de que los abrazos más humillantes podían volverse hermosos con él, bajo su peso. Era la primera vez que oía una voz semejante. Los hombres del Tête d'Écaille no hablaban jamás de amor, bramaban, así que Aïcha creía que el amor era un grito, no sabía que también podía expresarse en voz baja. Horty tenía esa noche la voz de la madre de Aïcha cuando cantaba arrastrando el macho cabrío a través de la montaña, en las noches de viento, porque el macho no cubría las cabras sino cuando soplaba el viento que venía de los estrechos. Era algo extraño que jamás había tenido explicación. En todo caso, Aïcha y sus hermanas habían abandonado Turquía antes de saber por qué sucedía así.

Cuando los relojes de Southampton dieron la medianoche, Marie y Horty arrojaron sábanas y mantas y hasta se bajaron de la cama, prefiriendo el suelo de madera, a pesar de sus astillas, al terreno limitado de un colchón encajado entre dos barras de cobre. Chorreaban saliva, lágrimas y a veces también orina. Marie desenredó sus cabellos. Horty tomó polvo de hulla del dintel de la chimenea, lo mezcló con agua e hizo una especie de tinta efímera que utilizó para escribir con sus dedos, sobre el cuerpo de Marie, palabras desatinadas.

Aïcha adivinó que Horty divagaba. Pero no dijo nada. Como tantos seres engañados en una pobre vida repetitiva y sin grandeza, había comprendido desde tiempo atrás que lo único insostenible es la verdad. Ponía, pues, todos sus esfuerzos en abandonarla, corriendo tras la mentira como corrían los hombres a su alrededor tras la fortuna. Lo lograba de vez en cuando bebiendo aguardiente o infusiones de plantas alucinógenas que llevaban los marinos. También había comido hongos blancuzcos de un gusto acre, dotados de un poder misterioso que hacía girar las paredes del Tête d'Écaille. Aïcha se había como desprendido de sí misma antes de caer gravemente enferma.

Los marinos no vendían sino alhajas, drogas o loros. Algunos ofrecían libros de pastas amarillas, del mismo color amarillo mate que la arena mojada. Esos libros eran novelas. Una vez, Aïcha había comprado una. Pero era sólo por hacerse la interesante, porque no sabía leer.

—Quema eso —le había dicho Caraïbe—. Todo lo que hay escrito ahí es falso. Sí, archifalso, desde la primera hasta la última palabra.

—Pero ¿de qué trata?

Y ella agitaba delante de su nariz el libro amarillo, obligando a Caraïbe a olfatear su olor agridulce. Él lo había apartado con disgusto.

—Nada interesante. Gente que no existe. Un montón de mentiras.

—Patrón, me gustan mucho las mentiras —había dicho Aïcha—. Las páginas están aún un poco mojadas, ¿por qué?

—Porque es un libro de marinero. Y los marineros leen los domingos en el puente. Entonces las olas...

Aïcha no había sabido jamás qué historia contenía el libro amarillo, pero no podía ser más fascinante que la que le contaba Horty esa noche.

Al despuntar el día, al fin se calló. Varias veces, al notar que su voz se debilitaba y enronquecía, Aïcha le había pasado por debajo de la cortina un vaso de agua endulzada con miel.

—Vaya —dijo Horty—, te las sabes todas.

—¿Y su alma? —murmuró Aïcha.

Hubo un silencio. La cortina se movió. Detrás, Horty se agitaba.

—¿Y su alma? —repitió Aïcha.

—Eso y todo lo demás —dijo Horty— está en el fondo del mar. Desde hace bastantes días. Tú sabes lo que sucede. Los animales habrán comenzado por los ojos. Y después las mejillas.

—Su alma es eterna —arguyó Aïcha—. Dios se lo dijo a Mahoma. Los cielos, porque hay varios, están unos encima de otros, como la piel de las cebollas. ¿En qué cielo está ella? No lo sé. Tal vez no tenga para beber sino agua hirviente, tal vez no tenga para comer sino el fruto del sorgo. ¡Ay, es un fruto amargo! Pero quizá también beba una mezcla de kéfir y vino. Y eso es muy bueno. Lo que es seguro es que no está muerta como usted parece creer.

—Gracias —dijo Horty—. Es difícil de imaginar, de hecho casi imposible, pero de todos modos gracias.

—De nada —dijo Aïcha—. Espero que duerma. En esta estación hay muy pocas arañas. Todavía hace demasiado frío. Lo único que tenemos es un murciélago, pero no es malo. Pronto serán las seis. Debo bajar a limpiar la sala.

Introdujo el dedo índice en su boca violeta y lo mojó con saliva. Creyó entender que a Horty le agradaba ese líquido tibio, pegajoso. Eso la asombraba un poco,

porque los clientes del Tête d'Écaille detestaban beber en los vasos donde otros habían puesto sus labios y porque las muchachas de la calle Solidor rehusaban besar a los hombres en la boca, aunque les pagasen bien. Pero si a Horty le gustaba la saliva, podía darle un poco para agradecer su historia. Además, no tenía sino eso para ofrecerle. Pasó su dedo húmedo por debajo de la cortina. Horty comprendió. Con la punta de su propio dedo, rozó el de Aïcha como lo hacen los creyentes en las iglesias cuando se pasan un poco de agua bendita.

Caraïbe amenazó a Aïcha, diciéndole que le azotaría las pantorrillas con una estopa mojada, llena de nudos, para que le doliera más. Si se obstinaba en fruncir la nariz acariciando el entablado en lugar de frotarlo, la golpearía quizás en los senos que aún no tenía.

—Es por la historia —dijo Aïcha, tirando de la falda hacia abajo todo lo que podía para ocultar sus pantorrillas, porque si Caraïbe no las veía, tal vez se le pasaran las ganas de azotarlas.

—¿Qué historia? —preguntó Caraïbe, desconfiado.

—Horty y la camarera del *Titanic* —dijo Aïcha.

—¡Ja! —exclamó Caraïbe—. Pamplinas.

—Pamplinas —repitió Aïcha—. Pero aun así...

—Aun así, ¿qué?

—Tengo ganas de llorar.

—Llora, pero trabaja.

—Sí, señor —respondió con ánimo Aïcha—. Sí, patrón.

Caraïbe se sentó en el borde de una mesa y encendió la primera pipa del día.

Había contratado a Aïcha porque era analfabeta. Podía recitar algunos capítulos del Corán que había aprendido de memoria en su infancia, como «El viaje nocturno» (111 versículos), «El botín» (76 versículos), «Qâf» (45 versículos) o «El Profeta cubierto con su capa» (55 versículos), pero hasta allí llegaba su saber. Antes de Aïcha, el gran mulato había tenido sirvientas que sabían leer y escribir. Triste experiencia. No atendían su trabajo porque no apartaban la vista de las novelas de pasta amarilla, cuando no era de su libro de cuentas. Las trataba con rudeza, pero ellas le replicaban de inmediato y con más grosería, como las señoras de los libros. Y él, que no tenía ninguna instrucción, no tenía más remedio que callar.

¿Qué iba, pues, a suceder ahora si las novelas cobraban vida, tenían mesa disponible en el Tête d'Écaille, dormían en el altillo y se llamaban Horty? Todo se desmoronaba, definitivamente todo se pudría en ese bajo mundo: ya casi nadie bailaba la polca, este año los marinos sólo reconocían un zarandeo bárbaro y lastimero que llamaban tango, la tempestad de octubre había arrancado la mitad del techo de la taberna, Caraïbe y un carpintero del lugar habían subido a inspeccionar y encontraron las vigas empapadas de agua, roídas por una especie de peste de la

madera, granulosa y astillada. Los cargueros, los raíles, las grúas, las enormes cadenas, nada escapaba a una lenta degradación. Se había creído en el triunfo del hierro y el resultado era herrumbre por todas partes. La carne de las mujeres, blanca y perfumada, estaba afectada y también moría: Colette, la más extraordinaria de las rubias de la calle Solidor, había muerto el domingo anterior, decían que de una especie de cólera. El mulato había ayudado a cargar el ataúd: Dios mío, qué liviano era, se diría que no era una mujer quien dormía dentro, sólo un poco de polvo.

—Él intenta aturdirte para que caigas madura y asada entre sus piernas —resopló Caraïbe—. Desde que fue a Inglaterra, sólo se ven desgracias en todo el horizonte: más de mil muertos en el *Titanic*, Zoé que se cansa de esperar como una viuda, Sciarfoni decidido a desangrarlo y tú que no duermes por la noche. ¡Ay, ay, todo esto no es más que una gran maldición!

Aïcha, con un pie descalzo crispado sobre la estopa y el otro sosteniéndola sobre el entablado rugoso como si fuera un ancla, lustraba el piso hasta arrancarse la piel.

Como si hubiera querido borrar, al mismo tiempo que las manchas de los escupitajos estrellados en el suelo, las imágenes de amor con que Horty la había halagado durante toda la noche. Sollozaba, embriagada de sueño y de emoción.

—Pero bueno —dijo Caraïbe encolerizado—, ¿qué te ha contado para que estés ahora en esta situación?

Aïcha trató de repetirle la historia. Pero estaba poco acostumbrada a ejercitar la memoria; todos los marinos bebían lo mismo: Aïcha no tenía más que recordar, en el transcurso de sus quince horas de servicio diario, el número de vasos que le pedían de esta o aquella mesa, una cifra generalmente comprendida entre dos y diez, y, por lo tanto, nunca tuvo necesidad de contar más allá.

Entonces se confundió, metió toda la ciudad de Southampton en la sala del Tête d'Écaille, toda la ciudad y sus tranvías, sus posadas iluminadas y ruidosas a lo largo de los muelles, sus superestructuras de buques junto a los tejados lluviosos, sus animales enganchados a furgones de color azul oscuro con orlas doradas; describió a Horty y a Marie como a dos soberanos sudorosos que contemplaban toda esa vulgaridad rodando a sus pies.

—Para ver todo eso —preguntó Caraïbe—, debían de estar en un balcón, ¿no?

Aïcha se turbó:

—Horty no dijo que hubiese un balcón, no señor. Era un cuartito bastante barato.

—Pura charlatanería —le dijo el mulato—. ¿Y después?

—Después, señor, Horty estaba feo y sucio, señor, olía a humo, mientras que la camarera estaba muy hermosa y empapada. Tenía los senos blancos. Pero estaban fríos, señor, y de lo más chorreantes. Entonces Horty se los calentó, señor.

—Tomándolos entre sus manos —dijo Caraïbe.

—También —aseveró Aïcha—. Pero no solamente.

—Los frotó con su boca, ¿no es así?

—No sólo así —repitió la sirvienta.

—¡Qué mal lo cuentas! —dijo Caraïbe, adivinando que no sabría jamás qué había hecho Horty para calentarle los senos a Marie.

—Es que era una historia tan larga —dijo humildemente Aïcha— que no puedo acordarme de todo.

El mulato hizo señas a la sirvienta para que se callara: los estibadores de Al Bazeiges desfilaban tras las ventanas de la taberna, se quitaban sus capuchones de tela azul y entraban en el salón golpeándose los costados; iban a buscar a Horty para escoltarlo hasta el muelle de Colombie. En ese momento el maquinista descendía por la escalera. Con los dedos separados peinaba hacia atrás sus cabellos, que curiosamente habían encanecido después de su regreso de Southampton.

—Apenas va a comenzar el día —atestiguó Caraïbe—. ¿Están tan apurados como para rechazar una ronda?

Los hombres consultaron a Al Bazeiges con la mirada. El jefe aclaró la garganta y Aïcha se precipitó para entregarle una gran escupidera de cobre. Al Bazeiges dijo que, si se trataba de uno o dos vasitos rápidamente engullidos, se podía condescender. Esa mañana sólo tenían un carguero para atender, un carbonero de Gdansk que todavía se arrastraba entre los pasos, impedido por la bruma.

Caraïbe ordenó a Aïcha abandonar la limpieza y llenar los vasos. Se acercó a Horty:

—¿Vas a llevar el retrato a tu grúa, o te lo guardo hasta la noche?

—Guárdalo —dijo Horty.

Sacó la foto que tenía debajo de la chaqueta. Utilizaba ademanes metódicos y tiernos, como un partero que sube hasta el vientre de la madre el niño que acaba de recibir entre las piernas. Pero sus dedos enormes, con las uñas partidas en dos y amarillentas como huesos, semejaban las garras de un animal.

Colocó a Marie sobre la barra. Entonces, de un capirotazo, el mulato desplazó la foto hasta situarla bajo la luz de una lámpara. Ahuyentó el humo de su pipa, como alguien que quiere ver mejor:

—¿Era verdaderamente tan hermosa como se ve aquí?

—Yo sé lo que quiere decir el patrón —dijo un estibador—. Parece ser que se puede maquillar una fotografía, volver más pequeña la boca, más grandes los ojos, hacer borrones para quitar las arrugas.

—Escucha —dijo Caraïbe empujando el primer vaso delante de Horty—, no queremos apenarte, ni yo ni nadie aquí. Pero en fin —agregó inclinándose sobre Marie—, mirándola a ella y mirándote a ti...

—A veces —dijo un hombre que se llamaba Deynat y que venía de Boston— uno se imagina cosas. Por ejemplo, que ve el kraken^[4] y sólo es un cachalote cubierto de moluscos y con la mandíbula torcida.

—Conocí a un capitán —comentó uno de Fécamp— que oía tocar un piano

fantasma bajo cubierta. Hasta diez veces a lo largo de la noche ordenaba al lugarteniente registrar con una linterna las profundidades del barco. Lo que desesperaba a ese capitán no era tanto el piano en sí mismo, sino el hecho de que el maldito espectro que lo utilizaba tocaba pésimamente, según él.

Un negro de barba y cabellos grises, que tenía el pecho casi como el de una mujer, un negro al que todos los demás respetaban tanto como a Al Bazeiges y a quien llamaban respetuosamente M^ossieu John, declaró que, a su entender, ahí estaba el hombre completo, no el hombre Horty, sino el hombre en general, aquel que no podía evitar, allí donde no encontraba más que soledad, amargura y vacío, crear un kraken, un aire de piano o una hermosa muchacha de la que pretendía ser amante.

—¡Ah! Cállese, M^ossieu John —gruñó Horty.

Volvió a tomar la foto y fue a sentarse en su sitio, debajo de la tortuga.

Los que allí estaban comprendieron entonces que, sin ponerse de acuerdo, finalmente habían ganado la partida: Horty iba a hablar.

Los hombres se acercaron al maquinista con la mayor discreción posible, a fin de que notase que estaban allí para escuchar la historia.

Caraïbe le colocó delante una botella de aguardiente medio llena y se sentó a horcajadas en una silla, con la frente apoyada sobre sus brazos cruzados.

Aïcha preparó la estufa y la encendió.

Fuera, el cielo estaba gris. El viento del suroeste traía el rugido enronquecido de la boya Basse-Diègue, que señalaba la entrada a los pasos. Detrás de las ventanas, que se empañaban por el calor de la estufa, pasaban hombres y carretas, y también una locomotora arrastrando unos vagones planos sobre los que había amarrados un montón de hierros viejos y herrumbrosos.

Para no molestar a Horty, que comenzaba a hablar, aquellos estibadores que aún no habían acercado su silla se recostaron contra las paredes o se sentaron en el suelo, apretados unos contra otros, inmóviles, con el cuello encogido como las aves marinas cuando se acerca un ventarrón.

Aquella mañana, Horty necesitó poco más de una hora para contar su noche de amor con Marie. Cuando hubo terminado, se levantó, devolvió la foto al mulato y se dirigió hacia la puerta en silencio. Como había olvidado que Sciarfoni lo acechaba con los cuchillos, estuvo a punto de salir solo, y solo habría seguido por los muelles hasta la grúa número 14, y solo estaría probablemente muerto.

Pero Al Bazeiges vigilaba; hizo señas a sus hombres para que se unieran a Horty, que se marchaba, y todos se agruparon a su alrededor.

Algunos estibadores, entre ellos M^ossieu John, lloraban por la historia que acababan de escuchar. Estando solos, sin mujeres a su alrededor que se burlaran de ellos, lloraban sin pudor. Y como llorar era una de esas cosas que jamás hacían, lloraban mal, ruidosamente, de una manera ridícula, chillando como ratones y sobre

todo moqueando; se limpiaban con sus mangas azules, pardas o negras. Y viendo cómo lloraban, unos y otros terminaron riendo, mientras se daban golpes y se trataban de idiotas fracasados. Se sentían a la vez avergonzados y libres, como después de una borrachera, diciéndose que se habían dado cuenta de todo por un instante, pero que había que corregir eso, porque les hacía bien, a pesar de hacerles mal.

Cuando llegaron a los depósitos, los agentes de aduana y los representantes del astillero polaco los insultaron porque llegaban tarde al trabajo. Habían creído que se trataba de una huelga, y alguien partió a prevenir a los gendarmes. Pero los estibadores, juntando el pulgar y el índice de la mano izquierda y haciendo entrar y salir de ese círculo el dedo medio de la mano derecha, les dieron a entender a todos que esa mañana les parecían personajes que sólo servían para darles por el culo. Después de las lágrimas que corrieron por sus duras mejillas, sentían de nuevo la necesidad de mostrarse excesivamente vulgares y violentos. Los empleados de chaleco no insistieron; eran mucho menos numerosos que los estibadores y ni siquiera podían contar con la protección de los gendarmes, pues al ver avanzar al grupo de estibadores se había enviado a un nuevo emisario para comunicar que no valía la pena ensillar los caballos.

De todas maneras, el carguero polaco no había llegado al muelle. Se veían sus luces de posición subir y bajar suavemente, a lo lejos, a través de la Basse-Diègue.

Por la noche, en el Tête d'Écaille, Horty contó la historia una vez más. Le dieron de beber, sin que tuviera que pedir ni una sola vez. Solamente procuraban no emborracharlo hasta el punto de que no pudiera continuar hablando.

Los hombres que iban a escucharlo eran cada vez más numerosos. Aïcha contó que eran por lo menos diez veces diez los que se amontonaban alrededor de la mesa bajo la tortuga; no sabía que aquello sumaba cien, pero Caraïbe se lo explicó y quedó profundamente impresionada.

Aquella noche, hacia las dos de la madrugada, bajo una lluvia azotadora, Sciarfoni mató a Aïcha.

Después de cerrar, Caraïbe había enviado a la sirvienta a robar algunos huevos de debajo del culo de las gallinas de la République. Pensaba preparar, para las noches en que Horty contara su historia, un brebaje más apropiado para las mujeres, distinto del aguardiente que de ordinario se vendía, pues esperaba que las mujeres también terminarían por ir a escuchar el relato.

Bautizado como «leche de ballena», ese licor sería una mezcla de leche azucarada y ron con huevos batidos. Se pondría a calentar sobre la estufa con un poco de canela y nuez moscada en polvo.

Provista de una linterna cuya luz podía ocultar y de un saco de tela negra encerada, Aïcha se dirigió, pues, hacia las dunas de la République. Cuando abandonó el Tête d'Écaille aún no llovía, pero unos nubarrones espesos y sombríos avanzaban sobre el mar, donde se erguía a veces el árbol fugitivo de un gran relámpago. Aïcha se había quitado los zapatos, le gustaba caminar descalza por la arena. Recitaba capítulos del Corán, canturreándolos con aires que ella inventaba. Robar huevos no le creaba problemas de conciencia: ¿acaso los pobladores de la République no se declaraban al margen de la ley? Además, eran los primeros en adueñarse de todo lo que encontraban sin vigilancia y se ofrecía a su codicia.

Durante su infancia en las colinas secas de Turquía, Aïcha había conocido una gran miseria comparable a la de los habitantes de la République. Aprendió a robar por una necesidad vital y cometer pequeños robos se convirtió en un juego que practicaba a la perfección. Al subir por el cordón de dunas, apostó consigo misma que esa noche lograría robar sutilmente dos docenas de huevos sin despertar a una sola de las gallinas negras. Si los perros ladraban para dar la alerta, ella también ladraría, con ese tono dominador que se inspiraba en el aullido del lobo y que su padre le había enseñado para acallar y ahuyentar a los molosos turcos.

Esa noche, cansado de acechar a Horty, Sciarfoni volvió a su barca, donde, gracias a un poco de harina que había robado en un depósito cuya puerta cerraba mal, se preparó un plato de pastas frescas. Hacía mucho tiempo que no comía algo caliente. Casi devoraba el plato, cogía las pastas enmarañadas con los dedos, demasiado impaciente para perder tiempo en buscar el tenedor.

La lluvia comenzó a caer cuando terminaba su festín. El italiano aguzó el oído, tratando de saber si era una breve tormenta o un aguacero que iba a durar, porque, en ese caso, con el temor de ver su guarida convertida en una cloaca, tendría que calafatear algunas fisuras que aparecieron en el entablado.

Entonces le pareció oír un roce, como si alguien se apoyara con las manos en los flancos de la barca volcada.

Era Aïcha. De repente, aporreada por la lluvia que caía como cataratas, se le ocurrió protegerse la cara cubriéndola con el saco de tela encerada. Y como así no podía ver, se guiaba recorriendo con los dedos el casco de la vieja barca.

En la oscuridad, que se había vuelto más densa por los nubarrones que ocultaban la luna, Sciarfoni confundió el saco de tela con el capuchón de un estibador. Creyó que esa silueta silenciosa y encorvada era la de Horty, que al fin se había decidido a enfrentarse con él.

Sciarfoni cogió un cuchillo con cada mano y salió de su refugio justo en el momento en que la sombra de Aïcha daba la vuelta a la roda de la barca y desaparecía de su vista. Pero sus huellas quedaban visibles en la arena, que la lluvia había empapado rápidamente. Esa impronta de los pies descalzos le confirmó a Sciarfoni que se trataba de Horty. Así aullara el viento y la noche se llenase de un momento a otro de ruidos producidos por pedazos de tela embreada que el huracán arrancaba de las cabañas, el maquinista buscaba, sin duda, acercarse haciendo el menor ruido posible, con la intención quizá de incendiar la guarida y chamuscar allí al italiano como a una liebre en su madriguera.

Sciarfoni alcanzó a Aïcha en el momento en que ésta, con un tobillo enredado en un cardo, se detuvo para zafarse. La golpeó primero con la mano derecha, hundiendo el cuchillo de arriba abajo entre los dos hombros. Casi al mismo tiempo, alargó el cuchillo que tenía en la mano izquierda, hundiéndolo directamente en los riñones.

Aïcha arqueó desesperadamente el cuerpo, enterrándose así aún más los cuchillos que la penetraban. Bajo el saco negro que ocultaba su rostro, profirió un terrible grito que apenas si pareció un maullido por el escándalo de la tormenta y de todas esas cosas que se batían, golpeaban y rechinaban a través de la République.

Sus piernas se separaron desmesuradamente y cayó, un poco como cae una bailarina de canacán. Permaneció así un instante, con el torso vuelto hacia delante. Después se desplomó hacia un lado. Un gorgoteo escapó del saco donde la pequeña muerta vomitaba sangre.

Comprendiendo al fin su equivocación, Sciarfoni se apresuró a recoger los cuchillos y a limpiar sus hojas, frotándolas en la arena. Así, arrodillado, tembloroso y sacudido por una especie de hipo, fue sorprendido por tres pescadores que salían a verificar si la marea que comenzaba a subir y el brusco ventarrón del oeste amenazaban su embarcación anclada en los médanos de alta mar.

El italiano no opuso ninguna resistencia. Los pescadores le ataron las muñecas y le amarraron fuertemente el lazo de cáñamo al cuello, obligándolo a caminar con la cabeza agachada. Se lo llevaron, y entretanto las mujeres recogieron el cuerpo de Aïcha para ponerlo a resguardo de los perros.

Pasaron cinco largos días antes de que se realizaran las exequias de Aïcha. El cura de Saint-André se negaba a enterrarla como a una cristiana porque no lo era; por otra

parte, nadie parecía saber cómo proceder para enterrar a una joven según el ritual islámico. Fue necesario esperar que llegara a la rada un carguero egipcio, cuyo capitán explicó la forma en que se acostumbraba hacer en tierra musulmana. Pero entonces surgió la pregunta acerca del lugar donde enterrarían a Aïcha y esto llevó largas horas más. Finalmente se optó por una llanura herbosa que coronaba las arenas de la République, que además tenía la ventaja de estar naturalmente orientada hacia La Meca.

Durante estos cinco días de vacilaciones, Zoé permaneció al acecho hasta altas horas de la noche, de pie en el quicio de su puerta o refugiada en el rincón de su ventana cuando estallaban los aguaceros. Ahora que Horty estaba libre de las amenazas de Sciarfoni, esperaba verlo aparecer de un momento a otro en lo alto de la calle de La Villemarqué.

Pero no apareció.

Al principio Zoé creyó que estaba comprometido con la justicia a causa de los altercados con Sciarfoni. El italiano era un animal bastante sucio que pudo haberlo implicado, aunque fuera de lejos, en el asesinato de Aïcha. Pero le dijeron que los gendarmes hacía tiempo que habían terminado de interrogar a Sciarfoni, quien de todas maneras fue trasladado a la capital del departamento.

Zoé pensó entonces que su marido había cogido sus manías en el Tête d'Écaille y que aún no estaba dispuesto a cambiar. Horty era un hombre fuerte pero lento. Por haber pasado toda su vida en un puerto, era sensible a la magia calmada de los amarres, cualesquiera que éstos fuesen. No era de los que se levantan de la mesa después de tragarse el último bocado. Como los barcos que atendía, necesitaba tiempo para volver a ponerse en movimiento y emprender de nuevo el camino.

Al quinto día, Zoé volvió a tomar prestado un vestido de Bathilde Burén para asistir a los funerales de Aïcha. Ambas fueron cogidas del brazo, tomando el camino del mar como si fuese un paseo dominical. Era domingo, un día que carecía de significado especial para los musulmanes. El tiempo era hermoso. Las dos mujeres se detenían de vez en cuando para picotear en la tabaquera de Bathilde. Percibían a lo lejos, escalando las dunas de la République, la multitud que se dirigía hacia la llanura. Bathilde estornudó, Zoé le dijo «¡salud!», y Bathilde respondió «gracias», manifestando que esperaba que en su boda hubiese tanta gente como en el entierro de la pequeña turca.

Mientras sepultaban a Aïcha de cara a su ciudad santa, de pie y envuelta sencillamente en una mortaja, Zoé buscó a Horty. Lo descubrió al fin, sentado en el suelo sobre la llanura seca como un hombre fatigado. Llevaba un atuendo limpio, pero no se había afeitado desde hacía tres o cuatro días por lo menos y sus ojos estaban inyectados de sangre. Lo rodeaban algunos hombres, como a un prisionero que hubieran recibido con la misión de cuidarlo.

—Horty —dijo Zoé—, vine con Bathilde, pero pienso regresar contigo.

La miró meneando la cabeza, sin responder.

—Horty —prosiguió Zoé con dulzura—, ya nada te lo impide, ahora que han encerrado a Sciarfoni.

—Seguramente volveré a casa, pequeña.

—Seguramente no quiere decir ahora.

—Pues no —dijo Horty.

Hablaba tan bajo que ella tuvo que inclinarse para poder oírlo. Fue así como notó que su aliento olía fuertemente a alcohol, no como el de un hombre que acaba de tomarse un vasito, sino como el de aquel que se pasa el tiempo bebiendo y cuya misma piel despide entonces un olor asqueroso.

Inclinándose más, examinó sus ojos. Él agitó las manos para separarla.

—Es la grúa —dijo—. No paro de fijarme en lo que hago. La luz del sol reflejada en el mar y en los cristales necesariamente quema los ojos.

—Pero es mejor que ser estibador, ¿no?

—Tal vez —dijo—. No sé, pequeña.

—Horty, si quieres volver a ser estibador...

Él la detuvo con entereza:

—Lo sé. Siméon. Pero no quiero que las cosas vuelvan a ser como antes. Por lo demás —agregó con cierta violencia—, es imposible.

—Dices eso porque se ha hundido el *Titanic*. Sé bien lo que representaba para ti: tu último concurso, tu último premio. Pero en realidad no te importaba, Horty, no lo habías ni cargado ni descargado, no conocías a nadie a bordo.

Se levantó. Por debajo de su chaqueta limpia sacó una foto, sobre la cual de inmediato brilló el sol con espejismos cambiantes, deslumbrantes. Era el retrato de una mujer con un vestido negro y un delantal blanco. Era rubia. Tenía una mirada vaga. Era tan hermosa que Zoé, al principio, creyó que se trataba de una mujer dibujada.

—¿Qué es eso? —preguntó, angustiada de repente.

—Una larga historia —le dijo Horty—. Para comprenderla, es necesario que la escuches hasta el final sin interrumpirme. Cuando te diga que llovía, tendrás que imaginarte la lluvia. De la misma forma, cuando te diga que era de noche, será necesario que intentes imaginarte la noche. Son tan pobres las palabras, pequeña.

Uno de los hombres que lo rodeaba sonrió y le tendió un frasco de plata que tenía grabado el nombre de un clíper norteamericano:

—Bebe un trago, Horty, eso te ayudará.

El maquinista bebió, con la cabeza echada hacia atrás. Un poco de alcohol rebotó de su boca y resbaló hasta el mentón. Eructó. Se rió. Pidió un pañuelo para secarse. Le ofrecieron una bufanda roja. Otros hombres se acercaban ya. El entierro de Aïcha casi había terminado.

—Bien —comenzó Horty—, ocurrió en Southampton, que es una ciudad, un

puerto al sur de Inglaterra...

Entre los que habían asistido al entierro de la joven sirvienta del Tête d'Écaille se encontraban unos italianos. Su presencia se explicaba por el hecho de que había sido uno de los suyos, después de todo, quien había asesinado a Aïcha, aun cuando no hubiese nadie, a excepción de Caraïbe, a quien presentar las excusas de su comunidad.

Giuseppe Brassatto, veneciano, era uno de ellos. Llevaba una levita roja con galones dorados. Era su traje más solemne, el que se ponía por la noche para trabajar en el circo Continentali. Pero como la compañía nunca había actuado en esa ciudad, nadie podía saber que se trataba de un atuendo de circo. Además, la mayor parte de la gente lo tomaba por un oficial de Marina de guerra extranjero.

Este uniforme era lo único que le quedaba a Giuseppe de su paso por el circo Continentali. Lo llevaba puesto la noche en que la signora Antonella, a la cabeza de las Amazonas, lo había despedido. Como el traje no le pertenecía, quiso, en un despliegue de honestidad, quitárselo para devolvérselo a la signora. Pero ella le ordenó que se marchara lo antes posible. Si la signora Antonella hubiese estado sola, Giuseppe seguramente se habría quitado el traje. Pero las Amazonas agitaban los látigos y Giuseppe tuvo miedo de que lo golpearan en la cara.

El público, generalmente, cree que las Amazonas son muchachitas delgadas, con las piernas amoratadas por el frío que sienten bajo los tutus, pero en realidad no son así; es la distancia la que las hace parecer frágiles, y el azul de sus piernas no se debe al frío, sino a los hematomas que se hacen al dar volteretas sobre sus caballos.

Hoy, Giuseppe se felicitaba de que le hubiesen obligado a conservar su levita roja. Ningún hotelero pensaría jamás que un hombre vestido de una forma tan vistosa pudiese ser un vagabundo convertido en estafador por las circunstancias, un antiguo mozo de circo despedido por haber cerrado mal el túnel de arcos por donde los leones del Continentali salían a la pista.

En las pensiones miserables donde recalaba, se hacía pasar por el portero de gran uniforme de un palacio en la playa, que huía de los artificios mundanos por algunas horas. La confraternidad caritativa le regalaba, una de cada dos veces, el alojamiento o la comida.

Pero si saciar el hambre y dormir bajo techo ya era bastante, Giuseppe Brassatto deseaba por encima de todo regresar a Venecia. Sin embargo, el uniforme con galones dorados no ejercía en los controladores de trenes el mismo efecto que en los dueños de restaurantes. Ya pronto haría dos meses que Giuseppe estaba varado en esas orillas grises y frías, sin entrever siquiera la manera de arrancar. Había ido a los funerales de Aïcha para encontrar allí compatriotas, alguno de los cuales tal vez le ayudara a atravesar Francia y una parte de Italia.

Cuando oyó que murmuraban a su alrededor: «Horty, va a hablar Horty», pensó

que ese Horty se escribía Orti y que también era italiano.

Entonces se dirigió hacia él con los demás.

Y mientras se acercaba, Giuseppe se decía que todo aquello se asemejaba al episodio del Sermón de la Montaña, cuya descripción había leído en su misal.

La gente se acercó a Horty en pequeños grupos que se sentaron sobre la hierba y escucharon cerrando los ojos para que las palabras del maquinista se pasaran por su interior. Horty los dominaba con su altura, y cuando apartaba suavemente los brazos para subrayar algo evidente, el sol alargaba una sombra sobre la pequeña multitud atenta, lo que hacía pensar en un hombre que bendecía.

Cuando el maquinista dejó de hablar, la multitud permaneció sentada y en silencio como para permitir que la historia resonara aún un poco. Caraïbe se adelantó y rodeó con su brazo los hombros de Horty.

—Pues bien —dijo el mulato—, es por lo menos la décima vez que oigo esta historia, y no me canso de escucharla.

Alzando la voz anunció que esa misma noche, hacia las nueve, Horty volvería a repetir la narración para todos los que fuesen a escucharlo al Tête d'Écaille, donde además de los licores habituales se serviría, en atención a las damas, una bebida reconfortante y deliciosa. Caraïbe se excusó por adelantado de tener que aumentar un poco el precio, pero ¿no era ésa la costumbre aceptada en las tabernas donde se presentaban artistas?

Aún rodeaba con su brazo los hombros del maquinista, y se lo llevó. Horty tenía esa mirada de piedra, a la vez fija y ardiente, de los boxeadores que han sido derribados. A veces tropezaba.

Zoé había asistido a la escena, sentada entre los demás. Pero rápidamente se vio forzada a no escuchar nada. ¿Qué podían interesarle todos esos detalles? Lo único que retenía era que Horty había conocido a una mujer en Southampton, que la había amado y que esa mujer también había amado a Horty. Ahora estaba muerta. Pero, ciertamente, aquello no cambiaba en nada lo sucedido. Tal vez las cosas aún eran peores, porque la muerte no había dejado ni a Horty ni a esa mujer el tiempo necesario para descubrir todo lo feo que podía haber en ellos.

Esa mujer no pudo jamás contemplar a Horty acostado de espaldas, con sus costados que se hundían a cada ronquido y su vientre fofa por el relajamiento del sueño. No supo hasta qué punto tenía entonces el aspecto de un rocín enfermo, como los que se compraban en los muelles para engancharlos a los vagones y economizar así un poco el carbón de las locomotoras. Si Zoé continuaba amándolo en esos momentos, era porque esa apariencia mórbida que tenía entonces la hacía medir todos los años transcurridos desde la primera noche de su matrimonio, tan numerosos y tan

destruyentes que era evidente que ya nunca más vivirían lo mismo. Zoé aún podía sentir ternura hacia Horty durante la noche, porque no se puede evitar amar apasionadamente lo que está llamado a desaparecer pronto. Ahora bien, aquella mujer no había conocido a Horty durante la noche porque habían dejado la luz encendida y no habían dormido, demasiado voraces, demasiado hambrientos el uno del otro.

Horty, por su parte, no había visto a esa mujer encerrarse en sí misma durante el «período» en el que su vientre trabajaba y, desde allí, marcharse hacia un pequeño reino desahogado donde, bajo el efecto de meteoros desorganizados, las palabras de amor se convertían en palabras agresivas, las caricias en ademanes insostenibles. La misma Bathilde Burén, a pesar de su hermosa boca y de su juventud, no escapaba a la ley del «período». Se la veía bajar por la calle de la Villemarqué hasta el puerto de las mujeres y allí, con el rostro descompuesto y los labios apretados, se sentaba a lanzar, llorando, guijarros al mar. No era, desde luego, el día para pedirle prestado un vestido o un poco de tabaco, ni siquiera para acercarse a ella, entre otras cosas porque despedía un olor extraño.

En ese preciso momento Bathilde se adelantó y le tendió la mano a Zoé:

—Ven, no nos quedemos aquí.

—Déjame —dijo Zoé (pero, no obstante, se apoyó en la mano de Bathilde para levantarse, pues tenía la impresión de que sus piernas no podían sostenerla).

—No sé qué decir —musitó Bathilde abriendo su tabaquera—. Es mucho más horroroso que lo que le sucedió a la pequeña turca. Porque tú estás viva. ¿Qué vas a hacer, Zoé?

—Odiarlo.

Pero era como si decidiera, bruscamente, correr por la llanura, abrir sus cortos brazos y volar delante de todo el mundo. Sin duda no era capaz ni de volverse a ver ni de odiar a Horty.

—Me siento mal —dijo.

Mientras caminaba hacia las dunas, notó que el sufrimiento se apoderaba de ella. Adivinó que ese sufrimiento le impediría odiar porque la ocuparía por entero, lacerándola, sin dejarle un momento de reposo. Zoé intentaría rechazarlo, pero sería en vano porque se estancaría ahí, inmóvil y agazapado, y regresaría a lamerla, a destrozarla pacientemente, como lo hace el mar.

—Llámeme Zeppe —dijo Giuseppe.

—Zeppe —repitió Horty.

—No tan pronunciada la z. En realidad es algo intermedio entre una z y una s, como si se pusiera una d delante. Dzsseppe, ¿a ver?

—Dzsseppe —volvió a repetir Horty dócilmente—. Eso me da sed.

—Traje todo lo necesario —dijo el hombre de rojo y oro.

Colocó sobre la mesa una garrafa de vino blanco, bellamente decorada, que había

robado de la barra antes de sentarse al lado del maquinista.

Ahora que la historia había terminado, todos volvían a sus conversaciones. Amélie, llamada Gloria Cordero por sus ensortijados cabellos y por estar dispuesta a dejarse dar palmadas en las nalgas o a que los clientes la azotaran, impedida por una angina de trabajar en medio de las corrientes de aire de la calle Solidor, había ofrecido sus servicios a para reemplazar a Aïcha una o dos noches. La fiebre que hacía brillar sus ojos retenía a los hombres. Las pocas mujeres que fueron se quedaron también, divertidas de ver de cerca a qué se parecía una puta oficial. Se iba a acabar la leche de ballena. El mulato se emocionaba. Era una de las más bellas noches que jamás había conocido el Tête d'Écaille, casi tan brillante y tan alegre como el baile que clausuraba el concurso del mejor estibador de los puertos del norte.

—Le doy mi palabra —dijo Zeppe sujetando a Horty—; usted tiene algo entre las manos.

—Sí —dijo Horty—, un vaso.

—Un porvenir —rectificó Zeppe—. Un porvenir glorioso y, algo que vale más que la gloria, un porvenir que huele a fortuna. La suya está hecha si me escucha.

Al bajar por las dunas de la République, Giuseppe había reflexionado poco a poco, había madurado minuciosamente su plan. Para ganar dinero no era necesario presentar sobre un redondel de arena leones y Amazonas. A menos que los leones fueran asesinos y las Amazonas, ángeles. Un solo artista bastaba si era único en todo el sentido de la palabra. Bien manejado, pensaba Zeppe, Horty podía reunir y seducir a un público que Antonella, la signora del circo Continentali, no hubiera desaprobado. No habría gastos de comida, ni forraje, ni carretas de feriantes, todo era sencillo, todo eran beneficios.

Comenzarían por esta ciudad —esta ciudad doble como Buda y Pest, la Baja y la Alta—, después descenderían en tren por etapas hasta el Mediodía francés. Una vez allí, Venecia estaría al alcance de las ruedas. Por otra parte, nada impedía imaginarse que atravesarían la península dando representaciones continuamente. Horty no hablaba italiano, pero Giuseppe le traduciría su propio relato y se lo haría aprender de memoria. Hizo cuentas y se las comentó:

—Aquí mismo, esta noche, usted ha llenado al menos doscientas sillas. Mañana serán doscientas cincuenta, le hago una apuesta. Pero admitamos que no aumenten: doscientos francos de ingreso cada noche, Horty, *fifty-fifty*.

El maquinista levantó los ojos. Ese Zeppe no había entendido que Horty no tenía nada que vender. Mucho menos que dar. Narraba para sí mismo. Tanto mejor —o tanto peor— si mucha gente lo escuchaba. Por lo demás, su historia no era sino una dilatada mentira.

—Zeppe —suspiró Horty—, me siento obligado a decírselo: nada ha ocurrido como lo relato. Me hubiera gustado que algo sucediese, pero no. Dormí al lado de

Marie sin tocarla. Ella tenía sueño y sus pies estaban fríos.

Giuseppe lo miró estupefacto. Cuando se asombraba así, su cara, ya sonrosada, se volvía absolutamente redonda y se ruborizaba.

—Entonces —balbuceó—, usted es más fuerte de lo que yo pensaba. ¿Todo es inventado?

—Salvo que Marie era hermosa —contestó Horty.

—¿Pero por qué hace esto?

—Marie está muerta, así que no tiene importancia para ella. Eso me ayuda.

—¿A soñar?

Horty levantó los hombros. Era normal, sin duda, que Zeppe no entendiera nada, puesto que Zoé misma, después de haber escuchado la historia en la llanura, se había alejado sin dirigirle la palabra, con la mirada perdida, como alguien que se siente aterrado. Respondió vaciando completamente la garrafa de vino:

—Por el contrario, para no soñar. Quiero decir para no soñar por la noche, cuando no se pueden encargar los sueños. Tengo miedo de pensar en ella como en una mujer ahogada. Usted no ha visto jamás a un ahogado, Zeppe, no puede hacerse una idea. Entonces sueño de día, y así duermo de noche. También es cierto que bebo —agregó—, y eso me embrutece aún más.

Giuseppe dijo que lo comprendía y se apresuró a hacerle señas a Gloria Cordero para que trajese más vino. Pero, con o sin sueños, nada cambiaba su proyecto.

—Además, Horty, tenemos prisa. Su historia, por el momento, es muy hermosa y nueva. Pero ¿qué sucederá cuando la gente de aquí la conozca mejor que usted? Lo tratarán de tonto, de repetidor. Lo harán callar, tal vez lo echen. Yo he visto despedir a un mozo de pista porque falló al soltar las fieras y las cochinas zorritas amazonas salieron detrás de él con sus látigos...

Horty lo miró. Pero, desde luego, como nunca había estado en un circo, no podía imaginarse que el suntuoso vestido rojo con galones dorados fuera el del mozo de pista en cuestión. Giuseppe se había presentado como un agente artístico encargado de contratar equilibristas y payasos para los circos italianos.

—¡Piense usted si conozco la ley del espectáculo! Cambiar siempre, renovarse.

—No puedo cambiar a Marie —dijo Horty—. Sería como si me despertase, ¿no es verdad? No quiero despertarme.

—Entonces sígame, lo llevaré a ciudades donde cada vez será algo nuevo. Le prometo que tendrá para beber cuanto quiera y que no despertará jamás. A propósito, ¿dónde duerme?

Horty señaló el techo:

—En el altillo. La pequeña turca dormía en un lado y yo en el otro. Ahora estoy solo. No hay sino un murciélago, pero no es malo.

Repetía palabra por palabra, sin darse cuenta, la frase de Aïcha la primera noche.

—Es verdad —dijo pensativo Zeppe—, también existe la historia de la sirvienta asesinada. ¡Dios mío!, espero que usted no esté comprometido en todo esto.

Horty se levantó sin responder. Se sostuvo un instante con las dos manos sobre la mesa. El Tête d'Écaille se inclinaba de un lado al otro, como un barco que se balancea. Encima de su cabeza, la tortuga esculpida por los marinos del *Congo* le sonreía. No se le ocurrió pensar que estaba borracho y que la sonrisa de la tortuga no era más que una alucinación. Tan sólo pensó que se entendía bien con los muertos y que los quería.

Caraïbe se precipitó con una vara provista de un gancho para levantar la trampa por la que se accedía al altillo. La mantuvo con deferencia, mientras Horty trepaba en medio de las aclamaciones.

«Con una gracia de elefante», juzgó Giuseppe, pero eso reemplazaría a las Amazonas.

Cuarenta y ocho horas más tarde, tras mucho forcejear, Giuseppe Brassatto logró el primer contrato para Horty.

Jeanne de Waltorg había renunciado a celebrar la misa en acción de gracias, y prefirió, finalmente, organizar en el parque del bosque de Halphen una tarde de caridad, cuyos ingresos le servirían para restaurar parcialmente la techumbre del castillo; alrededor del estanque donde nadaban las anguilas que criaba se podrían comprar y degustar unos pasteles hechos por las damas de la Asociación de Saint-André; después habría una tómbola para rifar pequeños cuadros flamencos, candeleras de bronce y algunas piezas de vajilla que formaron parte del patrimonio de los Waltorg y que constituirían los lotes principales; habría también un concurso de pesca de anguilas y, si no llovía, un paseo en automóvil por las avenidas del bosque inferior.

El conjunto de estos festejos estaría presidido por la joven Marjorie McLeod, que había regresado de Nueva York. Al final de la tarde daría una charla sobre el *Titanic* y contaría, con toda su ingenua emoción, cómo se había salvado de la catástrofe. Mostraría el chaleco salvavidas gracias al cual se había mantenido en el agua helada hasta el amanecer, cuando los marinos del *Carpathia* la habían llevado a bordo del navío. Más tarde, el salvavidas se vendería al mejor postor.

Zeppe hizo notar hábilmente que la historia de Horty, al poner en escena a una mujer que no había tenido la suerte de Marjorie McLeod, lograría, por contraste, que la narración de la pequeña fuese más sobrecogedora.

—He oído hablar de esa historia —vaciló Jeanne de Waltorg—. Se dice que no es muy recomendable.

—Es una historia de amor —dijo Zeppe.

—Precisamente —sonrió ella, imaginando sin dificultad lo que quería decir con eso—. Pero ¿no podría lograr que nuestro amigo Horty la endulce un poco? Quizás en algunos detalles, sin alterar el fondo, naturalmente.

—No —dijo Zeppe—. Es todo o nada, señora.

Horty, pensaba él, no valía más que las fieras del circo Continentali, feroces en apariencia pero incapaces de saltar sobre un taburete distinto a aquel al que estaban acostumbrados.

Jeanne de Waltorg suspiró. Si Horty se presentaba el último, ya sería casi de noche, haría frío y la mayor parte de los invitados se habría marchado, por lo menos las mujeres de más edad. Probablemente no quedarían, para oír la historia del maquinista, sino los trabajadores que habían ayudado a Jeanne a prepararlo todo. Escucharían distraídos, yendo y viniendo, mientras terminaban de lavar los vasos.

Los pasteles de Saint-André y el vino añejo tuvieron el éxito previsto, se lograron vender más de ciento veinte boletos para la tómbola y Marjorie McLeod, encantadora

con su larga falda de lana escocesa, fue calurosamente aplaudida. Su salvavidas se vendió mucho más caro de lo previsto porque ella consintió en imprimir su boca generosamente untada de lápiz de labios. Entonces, Jeanne circuló por entre los invitados a su fiesta y les dijo que al caer la tarde se infiltraría, como siempre, una humedad malsana bajo los olmos del bosque de Halphen. No sería muy terrible, aseguró a sus amigos, pero consideraba que a esa hora era más prudente retirarse a las habitaciones cubiertas del castillo, donde acababan de encender las chimeneas.

Pero las mujeres declararon que preferían quedarse para escuchar a Horty. El rumor de que su historia era de esas que no se olvidan, había llegado desde la Ville-Basse hasta la Ville-Haute. Sin duda, habían considerado inconveniente ir a escucharla en el Tête d'Écaille —y, de todas maneras, la mayoría no sabía dónde buscar la taberna del mulato en el laberinto de los bajos fondos—, pero, evidentemente, era muy distinto escucharla aquí, con el pretexto de una fiesta de caridad, en esos jardines que habían conocido muchas otras audacias. ¿Acaso el barón Emmanuel de Waltorg no había presentado en el verano de 1790 algunos de los primeros fuegos artificiales para conmemorar la toma de la Bastilla?

Horty avanzó por delante del telón que formaban los grandes olmos. Zeppe le había dado de beber, prometiéndole que le daría el doble si conseguía que su historia fuese bien retribuida por aquellas gentes curiosas, pero un poco congeladas, de cuyos monederos ya se había exigido no poco.

Un leve vapor se elevaba del estanque de las anguilas, sugiriendo la bruma atlántica que envolvía el *Titanic* en la noche del 14 de abril y que ocultó de la vista de los vigías Fleet y Lee, situados en lo alto de cofa, el iceberg que había desgarrado el flanco del paquebote, lanzado a un poco más de veinte nudos.

Horty colocó a Marie sobre una silla del jardín. Él mismo se sentó en otra silla, frente al retrato. Zeppe no pudo evitar temer que la humedad que caía de los árboles dañara la foto, pero entonces ya era demasiado tarde.

—Comienza a anochecer —dijo Horty—. Tal vez ustedes no vean bien a Marie Diotret. Por eso voy a describirla.

Mientras seguía los contornos del retrato con la punta de los dedos para subrayar tal o cual detalle, la gente adelantaba el rostro para tratar de distinguir mejor los rasgos de la camarera. Algunos se levantaron y, acercándose, rodearon a Horty, las dos sillas blancas y ese rostro que, poco a poco, la penumbra difuminaba.

Horty habló casi una hora y después se calló bruscamente. La mayor parte de los oyentes, pensando que estaba demasiado emocionado para continuar la historia, guardó silencio esperando que prosiguiera. Pero no hubo continuación, porque Horty no tenía nada más que decir. Se oyó entonces a los pájaros, molestos, que chillaban entre los árboles. Un poco asombrada, Jeanne de Waltorg se inclinó hacia Zeppe:

—¿Y aquí se acaba? ¿Acaso no va a contarnos el naufragio y cómo murió esa

pobre muchacha?

—El naufragio... —dijo Zeppe algo irritado—, bien sabe usted que él no estaba allí.

Giuseppe Brassatto se dio cuenta de que Horty pasaba por alto algo muy importante. A la historia le faltaba un punto culminante —el abismo abierto en la noche helada, el ruido como de tempestad que desencadenó el barco en el instante en que se hundió vomitando todo el aire contenido en sus flancos, una monstruosa burbuja en la que giraban cuerpos, baúles, divanes, pieles y los violines de la orquesta — y, a falta de todo eso, una vez pasara la emoción suscitada por la desaparición del *Titanic*, la historia se reduciría a una simple pasión amorosa como esas con las que disfrutaban las muchachas de la calle Solidor al leer, recostadas en los sofás, las novelas de pasta amarilla. Zeppe se prometió coleccionar, a partir del día siguiente, todos los recortes de los diarios que habían relatado los últimos instantes del *Titanic*, con el fin de extraer el tema de ese último capítulo que, evidentemente, le faltaba aún a la narración de Horty. Eso formaba parte de su papel de organizador, de responsable de la gira. Aquí estaban al borde del mar, en una ciudad portuaria cuyos habitantes no tenían dificultad para imaginarse la agonía de un enorme barco. Pero no sería igual cuando se adentrasen en la Francia de campos y colinas, allí donde vivían personas que jamás habían visto el mar y a quienes la palabra «ola» producía más confusión e incertidumbre que el verdadero sentido de ola o inmensa marejada.

Para llevar a Zeppe y a Horty hasta Venecia, la historia tenía que ser perfecta, hasta el punto de que su reputación corriese delante de ellos a más velocidad que el tren y de que encontraran en los andenes de las estaciones a directores de teatro que los esperaban para contratarlos.

Dio unas palmadas para indicar a los demás que había llegado el momento de aplaudir. Pero los invitados se levantaron sin decir una palabra y, llevándose sus sillas o sus bancos, se apresuraron a entrar en las dos o tres salas del castillo en ruinas donde ya habían encendido las chimeneas y donde, en ese momento, servían ponche caliente y organizaban partidas de cartas. Zeppe creyó que no les había gustado la presentación de Horty. En realidad, estaban emocionados. Pero, como muchos de esos personajes encargados de promover, presentar o criticar obras frágiles, impalpables y diferentes, Zeppe se desorientaba con las reacciones del público. Sin embargo, una cosa lo tranquilizó: el voluminoso sobre que contenía el producto de la colecta. La luna, aún pálida, ascendía por encima de los olmos.

—Vamos —dijo Zeppe, colocando una mano sobre el hombro de Horty—, regresemos.

En el coche que los llevaba, Zeppe dividió el dinero en dos partes iguales.

Indiferente, Horty miraba cómo distribuía las monedas sobre la banqueta y las contaba lentamente. A veces, una sacudida arrojaba todo al suelo y Zeppe tenía que comenzar de nuevo. Pero eso no lo contrariaba realmente. Le gustaba manosear el dinero.

—No está mal, ¿eh? —decía—. Esto es sólo el comienzo. Todo va a mejorar, confíe en mí. Tuve ocasión de hablar con un tal Edmond Geirard. Él es el Gran Teatro. Tendremos una oportunidad inesperada dentro de tres días, es decir, el sábado, en la primera sesión, antes del concurso de las intérpretes del conservatorio juvenil. Una de ellas podría acompañarle, improvisar una melodía como fondo a sus palabras.

—Dígale al cochero que se detenga en la calle de la Villemarqué —le interrumpió Horthy—. Quiero bajar allí.

—¿En casa de Zoé?

—De Zoé y mía.

Zeppe hizo una mueca. No le gustaba esa idea. Se había informado acerca de Zoé. A pesar de su pequeña estatura, tenía fama de no dejar que nadie le impusiera nada. Debía de ser una mujer de la clase de la signora Antonella y sus Amazonas, pensaba Zeppe. ¿Qué sucedería si ella persuadía a Horthy de que abandonara todo, o si decidía ir también a Venecia, exigiendo dos comidas al día, dormir en una cama de verdad, bañarse una vez por semana y respetar el descanso dominical? Apurado por hacer fortuna y llegar a Italia, Zeppe veía el viaje a Venecia como una carga de caballería, no como un paseo turístico con la guía Baedeker en las manos.

—Oiga —propuso Zeppe—, conozco una casa que permanece abierta hasta altas horas de la noche. Ahora que tenemos dinero, podríamos pagar una alcoba grande y bonita. Con dos mujeres. Mucho más limpias y bonitas que Gloria Cordero. Pero si usted se siente cansado, o simplemente está pensando demasiado en Marie, podríamos pedirles que hagan juntas el amor. Nosotros dos las miraríamos mientras bebemos un buen vino. Es algo estupendo de ver, usted lo sabe.

—Esta noche —dijo Horthy— me voy a mi casa.

—Bueno —renunció Zeppe—, de acuerdo. Desde luego, usted es libre de ir a donde quiera. ¿Acaso es mi prisionero? ¿Tengo algún derecho sobre usted, Horthy?

—Ninguno —confirmó Horthy.

—Absolutamente ninguno —repitió Zeppe—. He estado frente a frente con Geirard. He dado mi palabra a ese hombre de que estaremos allí cuando se levante el telón. Va a imprimir unos pequeños carteles con su nombre. Si finalmente usted no viene, me los hará pagar.

—Iré —dijo Horthy.

—Estoy seguro de que así será —dijo Zeppe—. Pero es dentro de tres días. No puede guardar la foto de Marie durante tres días bajo la chaqueta; piense que el sudor podría estropearla. Sería mejor que me la confiara.

El coche penetró en la Ville-Basse. Unos perros vagabundos, salidos de no se sabe dónde, los escoltaron ladrando y enloqueciendo al caballo.

La puerta no estaba cerrada. Sólo había una lámpara encendida. Su mecha, mal ajustada, dejaba escapar una larga cinta de humo gris que se esparció al entrar Horthy,

simultáneamente a una ráfaga de viento.

Zoé se hallaba de pie en medio del cuarto, en enaguas. Su pecho estaba desnudo y se apresuró a ocultarlo con los brazos lanzando un gemido, como si la hubiese sorprendido un extraño.

Miró a Horty, pero no dijo nada. Lo seguía con los ojos como se vigila el vuelo errático de una polilla, preguntándose dónde acabará por posarse. En efecto, Horty daba la impresión de no saber lo que iba a hacer. Miraba a su alrededor y esbozaba gestos que no llegaba a terminar. Le sorprendía el olor de la casa. Creía recordar que era cálido, azucarado, un poco ceroso, como el aroma de una colmena abierta al sol. Pero esa noche olía a vajilla abandonada, a petróleo y a frío. ¿Había estado tanto tiempo ausente como para no reconocer el olor húmedo de su propia madriguera?

—Si tienes hambre —dijo al fin Zoé—, queda congrio a la marinera. La cacerola está en el fregadero.

Él le hizo notar que ella siempre había afirmado que no le gustaba el congrio. Ella se encogió de hombros, sin separar los brazos plagados de pecas:

—Fue Bathilde quien me lo trajo hace un momento.

—Dile que no necesitas su caridad —dijo Horty, dejando caer las monedas doradas que había ganado—. Aquí hay con qué comer. Y pronto tendrás más.

Zoé primero pensó en apartar el dinero hasta el borde de la mesa, tirarlo al suelo y dejar que Horty se agachara, se arrodillase tal vez para recogerlo. Pero esa manera despectiva de tratar el dinero, que habitualmente respetaba, no engañaría a Horty, quien vería en ello la señal de que se sentía desorientada e infeliz. No quería que la compadeciese. Entonces juntó todas las monedas y las contó pausadamente, en voz alta, como era debido. A continuación tomó de un aparador una caja donde guardaba sus carretes de hilo, sus agujas de costura, sus tijeras y el pequeño dedal de oro que Horty le había regalado el día de su boda. Colocó allí el dinero y dijo:

—Sabrás donde encontrarlo. No lo tocaré.

Sin embargo, él insistió:

—Es para ti, pequeña. Yo tengo a Zeppe. Dice que se encargará de todo.

Ella sacudió la cabeza: no valía la pena haber inventado en otro tiempo todas aquellas historias del vendedor de baratijas y de mercancías trágicas, para luego terminar comiendo con un dinero de contrabando, un contrabando con la muerte, pensaba Zoé, dividida entre el asco y la repugnancia.

—Ahora vete.

Él la miró con sorpresa:

—¿Por qué? Estoy en nuestra casa, Zoé.

Indicó la puerta de su alcoba, agregando:

—Nuestra cama está allí y tengo intención de dormir en ella.

—¿Después de clavar el retrato de esa muchacha en la pared?

—Ya no lo tengo —dijo.

Se abrió la camisa, mostrando su pecho desnudo.

—Zeppe se quedó con él, ya lo ves...

Pero Zoé repitió suavemente:

—Vete.

Eran muchas las mujeres, tanto de la Ville-Basse como de la Ville-Haute, a las que sus maridos engañaban. Y todas, antes de saberse engañadas, se repetían que no caerían en el error común de despedir al culpable sollozando. Por el contrario, más que nunca lo rodearían de ternura, irían al peluquero y se comprarían un vestido nuevo. Por la noche consentirían las caricias que temían, que siempre habían rehusado. Llegarían incluso a inventarlas, si fuera necesario. Comprarían cintas y, disponiéndolas bellamente en las cuatro esquinas de la cama, propondrían al hombre que las amarrase. Lucharían con la rival, la vencerían en su propio terreno, el de la seducción. Eso era lo que se prometían cuando se encontraban en el puerto de las mujeres, alineadas y encorvadas como lavanderas, limpiando en la arena los hallazgos hechos en la playa. Zoé decía lo mismo, mientras agregaba riéndose que desde hacía mucho tiempo había separado el dinero para el vestido nuevo y para el peluquero que la volvería irresistible: una tienda del bulevar Petit-Juan, donde se utilizaban polvos de Arabia para dar a los cabellos rojizos los reflejos de un rubio irreal.

Pero Marie, ahogada en las corrientes del Labrador, era invulnerable. Se había hundido demasiado lejos, el mar jamás devolvería su carroña blanqueada, roída por la inmersión y por los animales. ¿Quién podría pretender humillar a esa joven muerta detenida en su belleza? Ni siquiera había una tumba para bailar encima: Zoé sólo podía desafiar al viento.

Cuando era niña, a los ocho o nueve años, Zoé había amado a un hombre muy viejo, o por lo menos así lo veía, un médico que le había abierto una encía infectada por un absceso. La había aterrorizado y le había hecho sufrir atrocemente. Recordaba la fuerza de aquel hombre al obligarle a separar las mandíbulas. Se acordaba de la violación de su boca por aquellos dedos blanquísimos, impregnados de un desinfectante cuya amargura estuvo a punto de hacerla vomitar. Evocaba la forma en que había dispuesto las manos en su boca para impedirle que lo mordiese. Y después, tras un dolor fulgurante, había retirado sus dedos rojos de sangre. Le había acariciado la cabeza, tratándola de niña amable y juiciosa. Y, por esas palabras, Zoé lo había odiado. No por mucho tiempo. Esa misma noche metía sus propios dedos en la boca aún dolorida, tratando de imaginar que eran los del médico. Desde entonces había vivido con la esperanza de volver a ver a aquel hombre para que la martirizara más y, antes de separarse, le hiciese saltar lágrimas de los ojos, tratándola otra vez de niña amable y juiciosa. Se había esforzado por caer enferma y a veces hasta lo había logrado, pero todo fue inútil porque el médico de dedos amargos había cambiado de ciudad. Sin embargo, no lo había olvidado. Algunas noches se despertaba con la

sensación de una gran mano acre que forzaba y hería su boca.

Era, pues, tan vano para Zoé ser acariciadora y hermosa a fin de suplantar a Marie, como inútil le había sido ponerse enferma para volver a ver al médico. Marie y el médico habían desaparecido, se habían convertido en leyendas, personas lancinantes y fuera de su alcance. Frente a Zoé, no quedaba sino Horty. Él era accesible y podía ser castigado.

Además, era de noche. Zoé se sentía fea, sucia y desarmada. Guardaba rencor a Horty por haber regresado en ese momento, a una hora en que no lo esperaba. Cuando había empujado la puerta, ella acababa de quitarse el vestido, iba a acostarse con las enaguas y las medias puestas para no sentir frío; aquellas enaguas no estaban muy limpias y le daban vergüenza. Estaba segura de que, así ataviada, hacía el ridículo al tratar de mostrarse enamorada o sencillamente complaciente.

—Hoy —dijo entonces— he vuelto a ver al presidente Siméon.

—¿También hoy?

—Le doy un poco. ¡Vamos, tú lo sabes! Te hizo maquinista.

Miró a su mujer. Ella no rehuyó la mirada. Si bien es cierto que no estaba tan hermosa como hubiera deseado, nunca se había mostrado tan valerosa como esa noche.

—Sí —dijo él—, pensaba que algo había en todo esto.

—¿Crees que te lo cuento para pagarte con la misma moneda? Yo soy moneda falsa. No como tú y esa muchacha en Southampton, no. Lo que él me hace me lo hicieron unos niños cuando era pequeña. A eso lo llamábamos «jugar». Nos divertía. A él le hace llorar porque, aunque yo consintiera en ello, no podría ir más allá de esas pobres caricias que lo colman y que yo ni siquiera siento. Quería protegerte, Horty, y Siméon también quería hacerlo para agradarme. Pero es demasiado tarde. Por lo que dicen, bebes. En los muelles tienen miedo de que se produzca un accidente. Serás despedido a finales de semana.

Horty ya lo sabía. Al Bazeiges lo había puesto en guardia. Con su habitual franqueza, el jefe había reconocido que él mismo había votado a favor de su despido. Lo sentía, porque Horty era un buen compañero y el viejo esperaba más o menos que él lo sucediera. Horty había bajado entonces de la grúa número 14 y había abrazado durante un buen rato a Al Bazeiges delante de los demás, para demostrar que no estaba resentido. No experimentaba ningún desgarramiento, ni siquiera una sorda amargura. La muerte de Marie había actuado ya en él como una de esas zanjas destructoras excavadas en plena selva para cortar el camino a las llamas. Ni siquiera había levantado los ojos para lanzar una última mirada a su grúa, cuyas estructuras, aunque medio desteñidas por las últimas lluvias, mostraban aún los insultos grabados por Sciarfoni.

—Quizá puedas volver a ser estibador —le dijo el jefe—. Como tal, sólo serás

peligroso para ti mismo. Y si fallas en la tabla, sabes bien que todos estarán allí para sacarte del agua.

Ser estibador o no ser nada no era lo más importante, puesto que iba a partir con Zeppe; lo más importante había sido y seguiría siendo Zoé, y viéndola casi desnuda, apretando los brazos contra sus senos, pensó que seguramente sentía frío. Pensó que tenía que encontrar algo para cubrirla. Zoé no sabía que el hecho de abrigar a una mujer era para Horty tan conmovedor como hacerle el amor. Hubiera querido explicárselo porque quizás era una forma de decirle cuánto significaba todavía para él, pero sintió que era demasiado tarde y tampoco encontraba las palabras; sin duda, ya había hablado demasiado de amor hacía poco en el bosque de Halphen.

Pasó a la habitación, cogió de la cama la manta de franjas de lana blanca que les habían traído de Río de la Plata, y regresó para colocarla sobre los hombros de Zoé. Sorprendió en sus ojos esa dicha furtiva que advertía cada vez que abrigaba a una mujer.

—Zoé —dijo—, voy a partir porque tú lo quieres. Pero antes debes saber que todo lo que has oído a propósito de esa camarera es falso.

Ella le sonrió, tal vez porque ya no sentía tanto frío como hacía poco. Pero, evidentemente, era una sonrisa más triste que si no hubiera sonreído del todo.

—¿Por qué ibas a inventártelo? Y, sobre todo, ¿cómo lo inventaste? Nunca te importó contar una historia. El día de nuestra boda todo el mundo narró una, salvo tú. Decías que no conocías ninguna y que, de todas maneras, no sabías contarlas. Y si es algo que te has imaginado, tanto peor: eso sólo quiere decir que lo que tienes aquí conmigo no te basta.

Salió, dejando abierta la puerta para que Zoé tuviera una razón para ir hasta el umbral y cerrarla, y que lo viese alejarse en la noche; para que lo llamara, tal vez, aunque fuese con un pretexto fútil que no engañaría ni a uno ni a otro.

Pero ella permaneció inmóvil en medio del cuarto, con las dos manos apoyadas en la mesa, como si tuviera miedo a caer.

Zeppe acechaba a Horty desde lo alto de la calle, sentado sobre un mojón. Le tendió una botella:

—¡Por la libertad! Sabía que terminaría por abandonar la jaula. Cuando uno ha conocido lo que usted conoció en Southampton, ya no se puede quedar dentro.

Señalaba la casa achaparrada cuya puerta aún estaba abierta. Después, una ráfaga de viento la cerró violentamente.

Zeppe había retenido el coche. Hicieron que los condujese a la casa que él había mencionado. Estaba en lo alto de la ciudad; una vivienda burguesa en medio de un pequeño parque con arbustos de boj grotescamente tallados y un estanque invadido

por lentejas de agua. En el salón, Zeppe escogió a dos muchachas, Agathe y Josepha, y ordenó que les sirvieran vino. Pero una vez en la habitación, las muchachas dijeron que sabían quién era Horty e insistieron en escuchar su historia. Zeppe les dijo que no las había hecho subir para eso. Las muchachas respondieron cacareando que lo sabían, pero que a cambio serían muy amables.

Zeppe reflexionó. Si después las muchachas hablaban de la historia con la subadministradora y sus clientes, sería una especie de propaganda gratuita. Que la reputación de Horty hubiese llegado ya hasta una de las casas más afamadas de la Ville-Haute era una señal de triunfo.

—No más de un cuarto de hora —le susurró a Horty—; ése es el tiempo que estas zorras nos van a dedicar antes de dormir. ¿Necesita su querida foto?

Horty respondió que no la necesitaba, pues una de las muchachas tenía cierto parecido con Marie. No era verdad, pero creyó que así halagaba a aquella muchacha, la que se llamaba Agathe y que en realidad era frágil y pelirroja como Zoé. Horty esperaba, por lo tanto, dormir finalmente cerca del pequeño cuerpo de Agathe. Seguramente era una de esas mujeres que sienten frío durante la noche y que, medio dormidas, tantean buscando una manta que uno encuentra para ellas; entonces, en señal de agradecimiento, esbozan una sonrisa infantil.

Con lo que le quedó de su parte de los ingresos del bosque de Halphen, Giuseppe Brassatto ordenó a Georges Lebens, un fotógrafo de la calle Neuves-Ecoles, una ampliación del retrato de Marie.

Lebens hizo un cliché de la foto y fue ésa la placa que amplió a continuación a tamaño real. Como no sabía cuál era la estatura de Marie, Zeppe le dijo a Lebens que hiciese una copia de un metro sesenta.

—Es una dimensión inusitada —le previno Lebens—. Demasiado grande. Le faltará nitidez. Tendrá la impresión de ver a esa dama como a través de la bruma. Los negros no serán de un negro definido y los blancos tirarán a gris.

El primer intento falló. Georges Lebens no disponía de una cuba lo suficientemente grande como para sumergir la ampliación en su baño fijador. Impotentes, Zeppe y él vieron la inmensa fotografía, aún blanda, ennegrecerse progresivamente hasta que nada fue visible. El delantal de la camarera, como era de un blanco puro, fue el último detalle en desaparecer.

Entonces Zeppe corrió a la ciudad en busca de un recipiente de un metro sesenta. No lo encontró y tuvo que conformarse con una cubeta de zinc que descubrió en la tienda de un anticuario. Para adquirir el artefacto, ya agotadas sus economías, tuvo que empeñar su solitario de plata.

Lebens examinó la cubeta con aire dubitativo. Tenía las dimensiones requeridas, pero el hecho de que fuera de zinc podía provocar, por la acción del fijador, una reacción química imprevisible. Hasta se podía esperar el desprendimiento de un gas tóxico. Para protegerse de esas emanaciones, los dos hombres cubrieron su rostro con trapos mojados y sumergieron la foto en la solución, meciéndola como si bañasen a una mujer de verdad, inerte e infinitamente liviana.

Zeppe sentía una especie de malestar al ver el rostro de Marie, ahora de tamaño natural, penetrar en el líquido y salir de él chorreando, sin que sus grandes ojos abiertos hubiesen siquiera parpadeado. No pudo evitar la idea de que tal vez estuvo así todo el tiempo que tardó en sumirse en las profundidades del océano.

Terminado este trabajo, el fotógrafo quiso probar la acción del fijador. Si la solución no había protegido por igual todas las partes de la ampliación, ésta corría el peligro de llenarse de manchas bajo los proyectores de los teatros.

Zeppe y Lebens llevaron entonces la foto aún empapada al patio, junto al estudio. Allí, después de colgarla en las ramas de un sauce con la ayuda de unas pinzas de tender, la expusieron a los últimos rayos del sol.

Se sentaron y, compartiendo un cigarro que Zeppe había robado en la tienda del anticuario de la cubeta, esperaron. Al acercarse la noche, un viento ligero se elevaba del mar hacia la parte alta de la ciudad, haciendo temblar a Marie.

—Desgraciadamente sucede lo que me temía —deploró el fotógrafo—. La dama no está nítida.

—Parece que uno la mira después de haber llorado —dijo Zeppe.

Al día siguiente, Zeppe volvió al estudio de Lebens con una larga y delgada lámina de madera. Los dos hombres pegaron la foto de Marie, que había pasado toda la noche balanceándose bajo un sauce, expuesta sucesivamente a la luz de la luna, a la de los reverberos y finalmente a la del sol del amanecer. No se había deteriorado en absoluto.

Recortaron la tabla de acuerdo con el contorno de la foto y, en un bloque de madera, cavaron una profunda muesca y la empotraron. De esta forma, Marie se mantenía de pie.

Construido bajo el Segundo Imperio y dedicado a Eugenia de Montijo, cuyo medallón esculpido adornaba el frontispicio, el Gran Teatro cerraba con su larga fachada cremosa uno de los extremos de la plaza del Mercado.

Vendedoras de violetas deambulaban entre los castaños aún frágiles que habían plantado para celebrar el nacimiento del nuevo siglo y la columnata por donde, en los entreactos, paseaban los espectadores extenuados por la incomodidad de las sillas. Las floristas se detenían a veces cerca de la fuente, rociando sus ramos para refrescarlos.

Conforme a una tradición que databa, según decían, del tiempo de la emperatriz, las violetas eran cultivadas por las reclusas de la cárcel de mujeres, cuyo alto cerco bordeaba, por detrás del teatro, la callejuela donde se abría la puerta de entrada de los artistas. Los días de representación, las reclusas cuyas celdas daban a esa calle se agrupaban detrás de los barrotes para mirar a los cantantes y comediantes.

Ellas dedicaron una especie de ovación a la imagen de Marie cuando Zeppe la bajó del coche y la colocó un instante contra la pared del teatro, mientras pagaba al cochero. A Zeppe le pareció que las reclusas tomaban la gigantesca foto por un blanco contra el cual lanzar cuchillos. De las ventanas abarrotadas salieron disparados algunos tenedores y cucharas con los mangos clandestinamente afilados para servir de armas blancas. Toda esa chatarra, torpemente arrojada, rebotó contra el delantal de la camarera y cayó a sus pies. Zeppe se dijo entonces que sería tal vez una buena idea sugerirle a Horty que terminara su historia con una visión de ese género: Marie dando vueltas hacia el abismo, rodeada de una lluvia de cubiertos de corladura o de plata pertenecientes a las vajillas del *Titanic*.

Tomó la foto en sus brazos y, entre las aclamaciones de las reclusas, empujó la puerta de entrada de los artistas.

Cuando Horty vio a Marie de pie, tan grande y tan real, inmóvil y soñadora como si posara, tuvo la impresión de retroceder varias semanas y estar con el fotógrafo chino de los muelles transatlánticos de Southampton. Los pasillos del Gran Teatro olían como la madera blanca y la tela pintada que se recalentaba con las luces de los

proyectores. Tras el telón aún sin levantar, el rumor de los espectadores que buscaban sus asientos se confundió en su memoria con las pisadas y las risas de los pasajeros que caminaban hacia el paquebote.

—Así —explicó Zeppe— se la podrá ver de lejos, hasta en la penumbra. La gente no se verá obligada a acercarse como la otra noche en el bosque de Halphen, ni usted a perder tiempo describiendo su rostro y su vestido. Podrá entrar de inmediato en el meollo de la historia. Es lo que hará usted hoy porque, no lo olvide, comenzamos en el mismo momento en que se levante el telón. La sala está repleta, pero no se equivoque: todos han venido a escuchar a sus hijos tocar. Entre nosotros, Horty, a ellos les importa un rábano el *Titanic*, Marie y usted. Por otra parte, el director le recomienda que evite detalles escabrosos. Aquí no está usted en el *Tête d'Écaille*, a nadie le interesa cómo eran los senos o las nalgas de Marie. No insista tampoco demasiado en su boca, se lo suplico. Está bien un beso o dos, pero deje de lado todas esas majaderías en las que, habitualmente, se extiende demasiado. A la gente no le gusta eso, se lo aseguro. Tiene un público que no se conmueve: en este mundo, Horty, se dejan puesto el guante para el besamanos, el velillo al ofrecer la mejilla. No crea, pues, que va a hacer soñar a cualquiera con la boca de una camarera. Geirard estuvo a punto de romper su compromiso cuando supo que los clérigos de Saint-André habían reservado toda la fila doce de la orquesta. Pero hubiera sido una pérdida, ¿de verdad! ¿Conque dinero compraríamos nuestros billetes para Amiens? Porque cuento con estar el lunes por la noche en Amiens, donde conozco un hotelito excelente cuyo invernadero, si se desplazan algunas macetas con palmeras, podría acoger a un centenar de personas; el hotel tiene ya una cincuentena de huéspedes y no sería demasiado difícil reclutar a cincuenta espectadores más.

Horty apenas si lo escuchaba. Se acercó a Marie. La tocó. A causa de las potentes luces del teatro, estaba tibia. Continuaría recalentándose así... ¿hasta qué punto? ¿Un exceso de calor no amenazaba con despegarla de la fina lámina de madera contra la que Zeppe y Lebens la habían fijado? Probablemente, Horty tendría que cuidar de esa camarera de papel como lo había hecho con la verdadera en el Calcuta, en la escalera de hierro de Harston & Harston y en el triste cuarto del hotel de la Rada de Spithead.

—A propósito de esa gran foto —prosiguió Zeppe—, he pensado que podríamos cortarla por la mitad, digamos que a la altura del nudo del delantal donde usted está a punto de colocar la mejilla. Con un sistema de bisagras, nada impediría entonces doblarla en dos. Sería muy cómodo para transportarla en el tren.

El mismo Horty colocó la ampliación sobre el escenario, no en el círculo de luz, sino justo en la franja. Había conocido a Marie sobre todo en la penumbra, y así debían verla los demás. Se sentó al lado en una silla negra, ligeramente inclinado hacia delante, con las manos entrelazadas y metidas entre los muslos, como si fuera un hombre que entra en un cementerio para pasar un momento cerca de una tumba.

Como tenía el rostro inclinado, al principio no se oía muy bien lo que decía; entonces se alzaron voces en la sala pidiendo que hablase más fuerte, pero él no elevó el tono, y la gente tuvo que esforzarse en guardar silencio para captar sus palabras.

Horty ocupó el escenario desde las dos treinta hasta las tres cuarenta de la tarde. Era mucho más de los veinte minutos acordados con el director. Así pues, pasado ese plazo, Geirard abordó a Zeppe en el pasillo:

—Deténgalo, Brassatto. No parece tener en cuenta que todavía deben actuar doce pianistas y cinco flautistas. ¿Se siente capaz de dominar la situación, sí o no, signor Zeppe?

Zeppe prefirió no responder. Comprendía lo que se le había escapado en la fiesta de caridad de Jeanne de Waltorg; el silencio de una multitud era la forma más exacta de manifestar su emoción, y el silencio que poco a poco se había apoderado de la sala del Gran Teatro era el más ensordecedor que Giuseppe Brassatto jamás hubiese oído; sólo conocía uno que pudiera comparársele: el de Venecia bajo la nieve.

Visiblemente exasperado, Geirard hizo señas al administrador de que bajaran el telón. De los cables que bajaban el telar del teatro, el hombre aisló una larga cuerda de cáñamo. Arriba se produjo un chirrido. Las franjas doradas del telón temblaron y comenzaron a descender entrechocando con un suave chasquido. Entonces se levantó un hombre en la sala, golpeó con el pie violentamente y exigió que detuvieran ese ruido insoportable.

En ese instante Horty, que no había hecho caso de las recomendaciones de Zeppe, hablaba de la lengua de Marie. Intentaba, con un vocabulario limitado como era el suyo, transmitir la impresión que había experimentado cuando, por primera vez, esa lengua se deslizó sobre su piel. Sus esfuerzos para encontrar la palabra exacta hacían que las venas se marcaran en sus sienes. Estaban tan nudosas y azules como cuando levantaba una carga sobre los hombros. Y él, Horty, tenía la misma sensación de asfixia y de fuego en el pecho que tan a menudo le había hecho creer que moriría antes de alcanzar la cala del carguero y deshacerse de ella.

El telón volvió a subir y permaneció en lo alto hasta el final.

En cierta forma, como dijeron los corresponsales del *Télégramme de N.*, de *La Lanterne du Nord* y de *La Dépêche des Estuaires* (se habían desplazado para escuchar a los niños músicos, pero de eso ni hablaron), más que contar la historia Horty la había vivido, y todo el mundo tuvo la impresión de vivirla con él.

Y sin embargo, esa historia no era gran cosa, observaron los periodistas; no testimoniaba un pensamiento original, no enseñaba nada, no sintetizaba nada, no anunciaba ninguna cosa nueva. Además, se podía vivir sin escucharla, pero por el hecho de haberla escuchado se viviría de un modo diferente durante tanto tiempo como se la recordase. Era la historia de un hombre extraordinariamente sencillo, y hasta un poco frustrado, que amó —y que amaba— a una joven también muy

sencilla. Como la historia se detenía antes del naufragio, se separaban sin que ningún hecho notable hubiese contrariado su amor; se separaban porque cada uno debía partir por su lado, eso era todo. Ni esperaban ni se desesperaban por volverse a ver. Parecían suficientemente colmados con las breves horas que habían pasado juntos, aunque no hubieran intercambiado sino palabras tan humildes como ellos mismos. Sólo habían agotado todo lo que tenían, se lo habían dado todo, hasta esas pequeñas gotas de saliva o de orina que habitualmente provocan repugnancia, pero que ellos habían convertido en regalos tan desconcertantes como trozos de papel plegado sin nada dentro o esos guijarros inútiles que los niños a veces dan a los mayores, y que los mayores guardan mucho tiempo en el fondo de un cajón, y más tiempo aún en su memoria.

No hubo aplausos. Los espectadores del Gran Teatro prolongaron la huida de Horty hacia los pasillos con el mismo ensordecedor silencio que había acompañado su relato.

Sólo cuando Horty desapareció y la gran foto fue recogida por dos tramoyistas hubo movimiento en la sala. La gente se iba. Las madres se apresuraban a poner un abrigo sobre los hombros de los pequeños solistas. Geirard despachó al administrador hacia la parte delantera del escenario para recordarle al público que la función no había terminado, que las pruebas del Conservatorio juvenil tendrían lugar enseguida. Pero, para todo el mundo, algo acababa de terminar y eso significaba que no podían quedarse allí. Y el Gran Teatro se vació tranquilamente. Las personas se dispersaron por la plaza del Mercado, donde aún hacía un tiempo hermoso, tomando por sorpresa a las vendedoras de violetas, que no habían previsto que la sesión acabara tan pronto y se habían dispersado por los cafés. Así que, mientras pagaban las bebidas y reunían sus ramilletes, ya no había nadie a quien venderle flores.

Horty y Zeppe se escabulleron en un carruaje. Zeppe le había dicho al cochero:

—A algún sitio en el que se pueda conseguir champaña a media tarde. Preferiblemente con vista al mar, para seguir en el ambiente.

Como el cochero bajaba por el bulevar bordeando los precipicios —estaban cambiando el pavimento para permitir que los automóviles lo recorrieran con mayor seguridad—, Horty pensó que acto seguido tomaría la calle de La Villemarqué para atajar. Tal vez Zoé lo viera pasar, repantigado en el asiento como un nabab, y comprendiese entonces que Marie no causaba sino problemas.

Pero Zoé no estaba en el umbral, ni detrás de las ventanas. Y si bien el coche no aminoró la velocidad al pasar frente a la casa, Horty tuvo tiempo para darse cuenta de que Zoé había metido las plantas y había cerrado los postigos. Pensó, desconcertado, que Zoé tal vez hubiera abandonado la ciudad. Siempre que la casa estaba sin flores y

sin ventanas visibles se parecía a lo que sería el día en que Zoé y él hubieran dejado este mundo.

Una noche habían discutido largamente sobre qué ocurriría con la casa después de ellos. Salidos el uno y la otra de familias diseminadas por todas partes, no conocían a nadie en particular a quien legársela. Salvo quizás a Blaise y Maurice, primos de Zoé, que vivían a orillas del Loira y viajaban al norte una vez al año, con motivo de la fiesta de Todos los Santos. Pero Blaise y Maurice no habían manifestado nunca el menor interés por la casa, parecía que ni siquiera se hubieran percatado de su existencia, aunque Zoé no dejara de invitarlos a almorzar después de la visita al cementerio. Si Horthy y Zoé los nombraban finalmente sus herederos, ellos se limitarían a poner la casa en venta con todo lo que había en ella. Y mientras se presentara un comprador, la casa tendría ese aspecto de abandono que Horthy había visto hoy, al pasar en el coche.

Se preguntó si, ahora que Marie estaba muerta, su amiga Maureen conservaría el apartamento que compartían en Londres. Quizá Maureen sencillamente había escogido a otra amiga para vivir con ella y le había mostrado los objetos que pertenecieron a Marie, diciéndole: «Puedes disponer de ellos.» O a lo mejor habían aprovechado un sábado soleado para ir a venderlos en cualquier mercadillo. Los jóvenes, pensó, tenían una visión romántica pero inconstante de la muerte. Sobre todo las muchachas, que montaban toda una historia para tener un vestido de luto que las favoreciese, pero enseguida se impacientaban por quitárselo. Horthy no recordaba haber sido así cuando era joven. La idea de que los que amaba pudieran morir lo aterrorizaba. Pero, pensándolo bien, tal vez era una reacción egoísta por su parte, en la que dominaba la angustia de quedarse solo.

Marie era la primera persona que había amado y, sin embargo, su muerte no había tenido ninguna consecuencia directa en su propia vida. Al morir, Marie no se había llevado nada del presente ni del futuro de Horthy. Las posibilidades de volver a verla un día eran de todas maneras ínfimas. Era sólo un pedazo de su memoria lo que había desaparecido, una memoria que no se llevaba con ella nada de lo que había sido el mundo familiar de Horthy; una memoria que habría podido casi no ser la suya, y ésta era la razón por la cual no experimentaba ningún remordimiento al contar la historia de una forma diferente a como había ocurrido en la realidad. Era como sus sueños, que no habían sido jamás suficientemente coherentes para que Horthy se atreviese a contarlos tal como se presentaban; se esforzaba entonces en retocarlos para que tuvieran una apariencia lógica, y Zoé los escuchaba con placer. ¿Qué importancia tenía aquello si, algunas horas más tarde, el recuerdo de esos sueños se borraba?

El coche pasaba ahora por delante de la futura casa donde habitarían Jean-Marie Steuze y Bathilde cuando se casaran. Por fuera era la casa más hermosa de la calle, con cuatro grandes ventanales expuestos al sur, de donde soplaban los vientos dominantes y de donde también venía la luz del sol. Pero Horthy sabía que la construcción no era aún sino una caja vacía, una decoración de teatro detrás de la cual

sólo había cuartos desnudos. La gran fachada había agotado todas las economías de los Steuze y de los Burén.

Sin embargo, una cortina clara flotaba detrás de una ventana abierta, y en el jardincillo aún cubierto por hierbas silvestres Horty creyó reconocer a su mujer acurrucada, con intenciones de avivar el fuego debajo de un caldero.

Se preguntó si la decisión de Zoé era entristecerlo cerrando su propia casa para ir a refugiarse con Bathilde. ¿Quería hacerle comprender que, al haberlo rechazado la otra noche, rechazaba de hecho toda su vida pasada, hasta el punto de no soportar seguir durmiendo bajo el mismo techo donde él había dormido y preferir una cama prestada en una casa sin terminar de la que todo el mundo se reía, de un extremo al otro de la calle?

En efecto, lo que más le hirió fue pensar en el daño que se hacía Zoé para humillarlo y en las cosas difíciles a las que se sometía para demostrarle que en adelante se consideraba su enemiga.

La noche en que se enteró del naufragio del *Titanic* y de la muerte de Marie, su error había sido seguir a Sciarfoni y pelearse con él en lugar de haber regresado a su casa. Entonces Zoé habría visto cuánto sufría. Lo habría ayudado, como jamás dejó de hacerlo.

Se volvió hacia Zeppe y tuvo que entrecerrar los ojos para mirarlo, pues el sol hacía centellear desagradablemente los galones dorados del traje del mozo de pista.

—Zeppe —le dijo—, déjeme bajar. Hay que sentirse feliz para gastar el dinero bebiendo champaña.

—El champaña no es forzosamente el vino de la felicidad, es el vino del éxito.

—En nada he tenido éxito.

—Escuche —dijo Zeppe con una especie de lasitud en la voz—, ya asistí a un triunfo. Fue en Venecia, en el teatro de la Fenice. Vi cómo se levantaba la sala entera, asistí a los gritos de entusiasmo, y la cantante tuvo que retirarse por la cantidad de rosas que llovían sobre ella. Pero eso no fue nada si se compara con lo que acaba de sucederle hace un momento. Por eso vamos a beber.

—Pues bien, beberemos también para decirnos adiós. No iré a Venecia.

—Comenzamos por Amiens —repuso Zeppe sin alterarse.

Tenía siempre la voz cansada, como si hubiese previsto todas estas complicaciones y se hubiera preparado para afrontarlas con aburrimiento pero con eficacia.

—Amiens no está lejos, tratemos de ir a Amiens. Si no le gusta, regresa. Y sobre todo —agregó con una sonrisa—, inténtelo primero con el champaña.

De Amiens fueron a Compiègne, y después subieron a Berck. Llovía, pero Horty se sintió feliz de reencontrar la presencia del mar.

En Berck, como en todas partes, Zeppe pasaba días enteros en las oficinas de

correo, expidiendo telegramas a todas las personas susceptibles de acoger lo que él llamaba su «espectáculo». Le enviaba también a Zoé, de parte de Horty, el dinero que éste había ganado. Después regresaba al hotel, donde esperaba las respuestas. Casi todos sus telegramas recibieron contestación, aunque no siempre positivamente. La misma Zoé jamás acusó recibo del dinero.

El itinerario seguido por Horty y Zeppe no los acercaba a Venecia. Al contrario, por una especie de ironía, las aldeas que respondían favorablemente quedaban todas con obstinación en el lado oeste del Oise. Marchaban como un ejército que multiplica las pequeñas victorias locales, pero que no llega a dar el golpe decisivo; hasta volvían a pasar por una ciudad que habían abandonado tres días antes.

A Zeppe no parecía contrariarle esto. Si no alineaba los kilómetros previstos en dirección al sur, por lo menos redondeaba notablemente su pequeño peculio. El «espectáculo», al afianzarse así, ganaba una especie de reputación familiar que evitaba a Zeppe tener que explicar extensamente su contenido, lo cual, como consecuencia, también había aligerado los gastos de telégrafo.

Las pensiones del comienzo, donde con frecuencia fue necesario compartir con los insectos unos cuartos sucios, dieron paso a hoteles modernos donde los viajeros de comercio demostraban ser una inagotable fuente de datos para Zeppe.

Las veladas en los teatros continuaban siendo excepcionales. La mayoría de las veces, Horty se presentaba en escuelas, gimnasios, a veces bajo mercados cubiertos. Sólo se necesitaban algunas lámparas de petróleo para iluminar la gran foto de la camarera. Horty prefería permanecer en la penumbra. No era él quien tenía importancia, sino las palabras que pronunciaba, con su extraña voz ronca y grave que, de entrada, obligaba al público a guardar silencio. La gente lo escuchaba de pie, con el sombrero sobre la cabeza. Pero de inmediato —ellos mismos tal vez no habrían podido explicar por qué— todos terminaban por descubrirse.

Una cosa asombraba a Zeppe. Desde el principio, Horty le había confesado que mentía. De todas formas, Zeppe lo habría adivinado: era imposible que una mujer joven y hermosa como Marie hubiese podido amar tan pronto —el tiempo de subir por una escalera, de quitarse un abrigo mojado, de recorrer con la mirada un cuarto banal— a ese hombretón lleno de arrugas que dormía boca arriba, con los brazos estirados, rígido, manteniendo los ojos abiertos y clavados en el techo hasta que le invadiese el sueño, y cuyo cuerpo estaba lleno de prominencias malsanas: venas nudosas, cicatrices hinchadas, masas musculares excesivas que formaban bultos bajo la piel.

Zeppe sabía, por ser él mismo mentiroso, que la tentación de mentir, una vez se dice la primera mentira, acaba por imponerse. Esperaba entonces que Horty modificase poco a poco su relato. Pero éste no aportaba a la historia sino variantes imperceptibles. Tal vez había acabado por creerse a sí mismo.

Antes de presentarse ante los espectadores Horty se encogía, bajaba la frente hasta tocar sus rodillas apretadas, y su enorme armazón tan seca y maciza daba la impresión de volverse muy liviana, como el cuerpo de los contorsionistas que Zeppe había visto trabajar en el circo Continentali. Horty permanecía largos minutos así. Parecía dormir, pero sus ojos estaban abiertos, y a veces, al inclinarse para decirle que los espectadores estaban impacientes, Zeppe había sorprendido lágrimas en sus mejillas. «Es desconcertante —pensaba—; los mentirosos de verdad lloran en el escenario, no entre bastidores.»

Todo aquello reforzaba el respeto de Zeppe; emborrachaba a Horty sin sentir remordimientos, pero no llegaba a tutearlo.

Cuando terminaba la historia, Horty adoptaba de nuevo su actitud de ninfa adormecida. Por eso se sabía que la historia estaba contada, pues Horty había rechazado con ira las sugerencias de «final» que le había hecho Zeppe, y se callaba, como era su costumbre, de repente, al término de una frase banal.

Zeppe esperaba que saliese todo el mundo y se acercaba con una botella de vino. Anunciaba alegremente el monto de los ingresos.

Pero Horty apenas si lo escuchaba; tan sólo decía: «Para Zoé.» Con la mirada fija, bebía de un trago todo el contenido de la botella y casi siempre volvía a pedir otra que vaciaba de la misma forma mecánica. Luego, partía solo.

—¿Sabrá regresar al hotel? —se inquietaba Zeppe—. Recuerde que está en una de esas callejuelas minúsculas, justo detrás de la catedral.

Horty siempre encontraba el hotel, aunque a veces a altas horas de la noche. ¿Qué hacía en ese intervalo? ¿Sencillamente se había perdido, o bien había pasado un rato en un burdel? Zeppe jamás logró saberlo.

En realidad, Horty no iba a ninguna parte. Se sentaba en un banco, o sobre un muro si no había banco, bajo el resplandor de un reverbero o bajo la luz de la luna si no había reverbero. Esperaba. Y casi siempre, una mujer que surgía de la oscuridad se le acercaba. A menudo era una mujercita sin importancia, sin marido, sin fortuna. Una sirvienta, la mayoría de las veces.

—¿Se encuentra bien, señor? —decía en voz baja.

—Claro que sí —respondía Horty.

—Yo estaba allí esta noche —decía entonces esa mujer sin importancia—. Mis patronos me pagaron el espectáculo. Son buenos patronos. Fue un hermoso espectáculo.

—No —decía Horty—, no fue hermoso el espectáculo, sino lo que sucedió en Southampton.

—Eso es, también, lo que quería decirle —murmuraba la sirvienta.

Se le acercaba aún más. Horty sabía que se sentaría cerca de él, y se sentaba. Horty sabía lo que diría enseguida y, en efecto, lo decía:

—Creo que conocí a esa joven que usted evoca, señor. En otra ciudad donde trabajé antes que aquí. ¿No le habló nunca de la panadería Bigot? Estoy casi segura de haber coincidido con ella en la panadería Bigot.

Siempre había, en esas pequeñas ciudades plácidas donde Zeppe y él se detenían, una mujer que afirmaba haber conocido a Marie Diotret. Por supuesto, no era verdad.

En realidad esa mujer hubiera querido ser Marie Diotret. Y, cuando era bonita, Horty le permitía que se sintiera un poco Marie Diotret. Como había escuchado la historia con atención, era capaz de prodigar al rostro de Horty, con sus manos y con su boca, las mismas caricias que Marie Diotret.

—Lo amo —susurraba—. Un hombre como usted no debería permanecer solo con recuerdos tan terribles.

Ya era verano. Hacía buen tiempo, aunque de vez en cuando soplaba viento a causa de las tempestades lejanas.

A veces Horty estaba tentado de probar esa manera de besar que le había enseñado Zoé justo antes de que fuera a ver zarpar el *Titanic*. Pero no se atrevía porque ignoraba cómo se lo tomaría la sirvienta. A medianoche sonaba una campana, y la sirvienta se azoraba ante la idea de tener que regresar sola tan tarde. Horty se levantaba para acompañarla. Era agradable caminar así de noche, del brazo de una mujer cuyo nombre no siempre sabía, pero que había dejado en su rostro la huella de cándidos besos.

La historia que contaba por las noches daba sentido al amor y, luego, a la muerte. Aquel paseo, en cambio, daba sentido a la vida.

Una noche, Horty actuó en los alrededores de Boulogne. Habían levantado una tienda de lona en un descampado, cerca de un canal. Alrededor de trescientas personas tomaron asiento en las graderías de madera.

Se trataba de un espectáculo completo, en el cual Horty y su historia no eran sino uno de los muchos números que se presentarían. Había, entre otros, un norteamericano que engullía fuego, sables, cuchillas de afeitar y todo lo que quisieran darle para ingerir, una mujer que utilizaba unas encantadoras marionetas para presentar la última moda de París, sombreros, zapatos, incluso joyas, y también una pequeña demostración de cinematógrafo. El operador proyectó un filme sobre el invierno en Prusia, cuyas imágenes de la nieve contrastaban maravillosamente con el insoportable calor que reinaba bajo esa tienda demasiado hermética para permitir que el aire de la noche circulara, pero no lo suficiente para impedir que los mosquitos del canal penetrasen y atormentaran a los espectadores.

El organizador había alquilado para los artistas un convoy con cinco carretas de feriante.

—Inútil para mí —exclamó Horty, que no necesitaba pintarse ni ponerse un atuendo especial.

Mas, en vista de que Zeppe se moría de ganas de volver a ocupar, aunque sólo fuese por algunas horas, esas casas estrechas, incómodas y bamboleantes que lo habían llevado desde Venecia hasta esa Francia del norte de la cual no llegaba a librarse y que parecía jugar con él como un niño con un yoyó, Horty y él se instalaron en la última carreta.

Zeppe se encontraba tan a sus anchas que decidió renunciar por una vez a su costumbre de escuchar entre bastidores la historia de Horty.

Entonces, cuando la noche cayó por completo, vio aparecer tras las cortinas de la carreta a una mujer que golpeaba en el cristal. Zeppe se levantó y fue a abrir la puerta. La mujer no estaba sola. Al pie del estribo había otras seis que parecían hermanas, vestidas también con una bata negra y un delantal blanco con un babero bordeado de encaje.

No asistían al espectáculo porque seguían a Horty de ciudad en ciudad y sí se sabían de memoria el relato de la camarera del *Titanic*. Deseaban solamente que el estibador las viera y tal vez eligiese a una de ellas.

—¿Elegir? —se atragantó Zeppe—. ¿Elegir para hacer qué?

No lo sabían, dijeron ellas. No les tocaba decidir. Hasta hacía poco eran empleadas en una hilandería que había cerrado sus puertas a comienzos del verano, dejándolas sin trabajo; ahora ya nada las retenía. Eran conscientes de no ser más que copias aproximadas de Marie Diotret, tan frágil, tan rubia y tan bonita; ellas, en cambio, tenían una estatura vulgar, cabellos indefinidos y los rasgos achatados. Pero eran, con todo, más vivas que una gran fotografía, por lo demás un poco borrosa. Si Horty lo deseaba, aquella que eligiera podría reemplazar el retrato de la camarera

sobre el escenario, o hasta ocupar en la vida nómada del estibador el lugar de Marie, ya que ella no tuvo tiempo de hacerlo salvo durante la memorable noche en el hotel de la Rada de Spithead.

Había sido un gran sacrificio para ellas, desprovistas de recursos, conseguir esos trajes de camarera. La que Horty eligiese —estaba convenido así entre las siete— se quedaría con los vestidos de las otras, que le servirían para mudarse. Así, la feliz elegida iría siempre limpia e impecable.

Seguramente sería muy triste para las que no fueran elegidas tener que regresar después de haber puesto tantas esperanzas en el asunto. Pero estaban preparadas y le prometieron a Zeppe que no habría lágrimas. Habían pertenecido al mismo taller de hilandería, habían marchado juntas a la cabeza de la manifestación durante la huelga del 29 de junio, habían huido juntas durante el ataque de los soldados, las habían despedido el mismo día. Todo aquello las había hecho amigas y se alegrarían sinceramente de que una de ellas fuese feliz.

Y puesto que el signor Brassatto era para Horty también un amigo, un íntimo que lo sabía todo de él, ¿podía decirles, sin designar a ninguna en particular, si por lo menos una de ellas tendría suerte?

Zeppe estaba más trastornado de lo que habría podido parecer frente a aquellas muchachas disfrazadas en quienes, a pesar de lo despiadado y hasta cruel de sus vidas, subsistía un poco de puerilidad, que se manifestaba en esa forma de adelantar sus caras redondas, con las mejillas demacradas, como niños que esperan un beso.

Mas, por el silencio que se produjo de repente en la tienda vecina, Zeppe adivinó que el estibador acababa de terminar su historia. Fue cobarde:

—Ahora vendrá él y podrán preguntárselo. Es un hombre bueno.

—Usted también es bueno, signor Brassatto. ¿Qué habría sucedido sin usted?

Era una pregunta que Zeppe siempre había evitado hacerse. Entró en la carreta.

Horty vio a las falsas camareras, pero no les dirigió la palabra. Todavía estaba inmerso en su historia, necesitaba cierto tiempo para adaptarse a la realidad. Y ellas, impresionadas de repente por su presencia, tampoco se atrevían a decir nada. Una trató de sonreírle, pero él no la vio.

Pensaron que Zeppe hablaría por ellas, que explicaría al estibador por qué estaban allí siete mujeres cuchicheando en medio de la noche.

Eso fue precisamente lo que Zeppe hizo. Pero los pocos minutos que pasaron desde que Horty entró en la carreta bastaron para devolverle la calma y la lucidez.

No era suficientemente rico para mantener a una de esas muchachas hasta llegar a Venecia, si es que alguna vez llegaba: a fuerza de ser manipulada, la gran foto se deterioraba; muy pronto necesitaría ser restaurada, y la inversión sería mucho mayor ahora que todo el mundo sabía el uso que Zeppe le daba.

Le dijo a Horty que había tratado de despedir a esas pobres muchachas, pero que

regresaban sin cesar para merodear en torno a la carreta, obstinadas como polillas. Tenían propósitos incoherentes y olían mal. Agregó que se trataba probablemente de unas locas que se habían escapado del hospital; eso sucedía a veces al cambiar de estación, pues el personal de los asilos no tenía en cuenta que anochecía más temprano y las enfermas aprovechaban la penumbra para escalar el muro.

—Creo que estaríamos mejor si cerráramos los postigos —dijo Zeppe—. Supongo que así acabarán por marcharse.

—Pero me pregunto —dijo Horty— por qué van vestidas de esa manera.

—La gloria, mi querido amigo —le respondió Zeppe, abriendo las ventanas de la carreta y cerrando con fuerza los postigos—. Usted se ha vuelto célebre hasta entre los locos.

—Quizá yo mismo soy un loco —dijo Horty después de uno de sus interminables silencios, durante los cuales Zeppe olvidaba a veces de qué hablaba el estibador—. Usted que ha viajado tanto, Zeppe, ¿cómo se reconoce a un loco?

Se había sentado sobre el borde de una tabla y bebía de la botella de vino que Zeppe se había apresurado a darle con el mismo gesto furtivo que tenía el domador del circo Continental para ofrecer un pedazo de carne fresca a sus leones.

—He ahí una pregunta interesante —le dijo Zeppe al cerrar con cuidado el último postigo.

La mayoría de la gente lo interrogaba sobre las costumbres de los artistas del circo: ¿qué debía comer la mujer más gorda del mundo para conservar su contrato, que exigía que pesase cuatrocientas libras por lo menos?; ¿hacían los trapezistas que un oculista les revisara la vista sistemáticamente? Y los malabaristas, en su vida diaria, ¿solían romper vasos o platos? Pero nadie le había preguntado jamás a Zeppe sobre él mismo, ni sobre lo que era, tal vez, el mundo.

Por llevar un traje rojo y oro y sufrir terribles urticarias provocadas por una alergia al serrín de la pista, Zeppe no dejaba de ser un hombre como los demás, capaz de dar una opinión valiosa sobre un gran número de cuestiones que no tenían nada que ver con el circo.

Así pues, se sintió halagado de que Horty le pidiese su parecer a propósito de los locos. No era un tema tan fútil como la elegancia pasada de moda del Kronprinz, de la que los periódicos se burlaban. Pero no podía responder a su pregunta sin herirlo, porque Zeppe pensaba que Horty estaba loco.

Zoé, si así lo quisiera, por deseo de venganza o por apropiarse de los escasos bienes de Horty, podría lograr el internamiento de su marido: no le sería difícil demostrar que un hombre que tomaba el universo como testigo de un amor inmenso que jamás había existido merecía, sin ser forzosamente peligroso para la sociedad, ser estrechamente vigilado y cuidado. Tal vez ya había emprendido, afectuosamente asesorada por el presidente Siméon, las primeras diligencias en ese sentido. Y Zeppe temía ver aparecer cualquier noche a unos hombres que se lo llevarían. Si intervenían al finalizar una representación, no tendrían ninguna dificultad para llevarse al

estibador en su vehículo, porque en ese momento era como un niño pequeño.

Eso formaba parte de la fatalidad de los espectáculos que implicaban a seres extraños, hombres o animales. Zeppe lo había aprendido de los exhibidores de monos y de perros amaestrados, que jamás perdían de vista el hecho de que sus animales terminarían por caer enfermos y morir antes que ellos. Y por eso Zeppe, aunque hubiera ganado ya el suficiente dinero como para permitirse tomar dos habitaciones separadas, continuaba alquilando una sola para el estibador y para él, a fin de vigilar mejor a Horty y protegerlo el mayor tiempo posible.

Entonces, después de decir que la pregunta sobre los locos era interesante, Zeppe guardó silencio, un silencio prudente con el cual trató, sin embargo, de subrayar su manera de pensar, moviendo seriamente la cabeza.

—Sí, sí —dijo Horty—, lo veo.

Y él también se puso a mover la cabeza.

—Vamos —dijo Zeppe destapando otra botella—, beba más. ¿Qué le sucede esta noche? ¿No tiene sed después de haber hablado tanto?

Cuando por fin salieron de la carreta, las camareras ya se habían marchado. De ellas tan sólo quedaban estelas del perfume barato en el que se habían bañado. Entonces Zeppe deploró furtivamente haber mentido a Horty diciéndole que esas mujeres olían mal; era una de esas pequeñas picardías de las que tenía llena la cabeza, que se esforzaba generalmente por rechazar, pero que lograban siempre escapársele en un momento u otro del día, cuando estaba desocupado, soñoliento o, por el contrario, demasiado tenso. Después, el recuerdo de su mezquindad lo perseguía durante largas horas, como el de una borrachera mal digerida.

Para compensarlo, trató de decir algo amable acerca de esas pobres muchachas, y no encontró nada; pero ¿acaso después de que la signora Antonella y sus amazonas lo despidieran, alguien del circo se había preocupado de dedicarle unas palabras amables?

Probablemente no, simplemente debieron de comenzar a desmontar la tienda tratando de apurarse porque unas nubes bajas ocultaban las estrellas y no tardaría en llover, y entonces la lona empapada por la lluvia sería mucho más pesada de manejar, la operación de desmontarla y plegarla llevaría tal vez una hora más, y todo el mundo tenía un sueño espantoso, tanto los que estimaban a Zeppe como los que lo menospreciaban.

La multitud se alejaba lentamente. La gente había pasado mucho calor y remontaba el canal buscando un poco de fresco.

De repente, Horty se quedó inmóvil. Abrió la boca como para hablar, pero renunció y se quedó allí plantado, balanceándose.

—¿Qué pasa? —se impacientó Zeppe—. Camine, va a dar la una de la mañana y nuestro tren sale a las seis.

—Allí —dijo Horty al fin—, allí, cerca del canal, he visto a alguien. Una mujer con un vestido verde y una sombrilla.

—¿De qué sirve una sombrilla durante la noche? —dijo Zeppe, y agregó riéndose—: Una loca más.

Horty no respondió. A pesar de los empujones que le asestaba Zeppe para obligarle a caminar, observaba la orilla del canal con una especie de incredulidad.

No sólo el color del vestido y la presencia incongruente de una sombrilla lo habían desconcertado. Debido a que las cualidades o defectos de un estibador se adivinaban por su forma de caminar, en lo primero en lo que se fijaba Horty cuando conocía a una persona era en el ritmo de sus pasos, su rigidez o su elasticidad. Y cuando había visto caminar a alguien, no lo olvidaba jamás. Así pues, su mirada acababa de aislar, entre el centenar de espectadores que recorrían el canal en dirección a la ciudad, a una persona que caminaba graciosamente, como la joven de verde almendra a quien él prestó algunos peniques para tomar un ómnibus y que finalmente se había embarcado en el *Titanic* para timar en los grandes hoteles y en los expresos norteamericanos.

Un hombre la sostenía por la cintura. Ese hombre debía de ser su compañero, es decir, su cómplice, en fin, aquel que se hacía llamar Duncan, Edmond, Helmut o Gemmo, según el país donde trabajaba. Pero no tenía la prestancia un tanto altiva del tramposo, ni su andar elegante y sigiloso. El personaje que acompañaba a la mujer de verde era un hombre esmirriado, casi simiesco. Llevaba un monóculo sobre cuyo vidrio danzaba a veces, brevemente, la luz de la luna. Era mister Cheapman, de Theford, Nebraska.

Si mister Cheapman y la mujer de verde habían reconocido a Horty, no lo dejaron entrever. Continuaban su marcha hacia la ciudad, la mujer de verde hacía girar su sombrilla y, de vez en cuando, un estallido de risa echaba hacia atrás su rostro. Mister Cheapman parecía seguir siendo el incorregible patán del hotel de la Rada de Spithead.

Horty no recordaba haber visto escrito el apellido Cheapman en la lista de los rescatados. Pero tal vez lo había leído sin prestar atención, pues no era ese apellido el que había ido a buscar. En cuanto a la mujer de verde, sólo le había dicho su nombre, Camille, y la lista que pusieron en la pizarra los agentes de la White Star no incluía nombres, salvo en caso de un homónimo.

Horty los siguió con la mirada hasta que llegaron a la pasarela que cruzaba el canal y desaparecieron al otro lado. Hubiera querido correr tras ellos, alcanzarlos, preguntarles qué hacían allí, entre la gente que se divertía. Pero se contuvo, porque no hubiera soportado que mister Cheapman se burlase de él y que la mujer se riera más fuerte al verlo.

Más tarde, cuando regresaron al cuarto del hotel, Zeppe dijo a Horty que era bastante normal, estadísticamente hablando, que terminase por encontrar hombres y mujeres que habían sobrevivido al naufragio, y precisamente en los lugares donde iban a divertirse y a olvidar.

—Pero no los he divertido —gruñó Horty—. He contado una historia que debería haberles recordado las cosas terribles que han vivido. Y sin embargo, ¡cómo reían al marcharse...!

Era imposible que mister Cheapman no se hubiera cruzado con Marie en las crujías del paquebote, que no hubiera reconocido en ella a la joven de la que se había burlado miserablemente cuando estaba atada por las muñecas a la herrumbrosa escalera de Harston & Harston. Y a pesar de que había escuchado hasta el final la historia de Horty y había callado como los demás espectadores, enseguida se había alejado como si no hubiera pasado nada, haciendo reír a una linda mujer, y ahora tal vez iba a ofrecerle a esa hermosa mujer una apetitosa cena, y los dos hablarían sin ningún pudor de Horty y de su noche con Marie. Aquello les daría quizá deseos de hacer lo mismo, y en un cuarto cualquiera la mujer dejaría su sombrilla, se quitaría su vestido verde almendra y parodiaría, sin dejar de reír, los ademanes de Marie.

Después de la representación, ¿no habría sido mejor buscar a Horty para informarle de lo que sabían sobre la forma en que había muerto Marie Diotret?

—¿Quién le dice que saben algo de eso? —replicó Zeppe—. Quizá ya estaban lejos, en una de las chalupas. Y ¿quién se fija en una simple camarera en circunstancias ordinarias? Vamos, en esos momentos...

—Ella estaba muriendo —dijo Horty.

—Dios mío —dijo Zeppe ofuscado—, es exactamente lo que le digo: ¿quién va a fijarse en una camarera que está muriendo?

Zeppe había admitido desde hacía mucho tiempo que el sufrimiento y la muerte de un ser humano no eran sucesos suficientemente importantes para impedir que otros seres humanos continuaran aturdiéndose, y probablemente no existía ningún hecho lo bastante terrible como para quitarle al mundo su tremendo gusto por vivir; después de todo, esto era lo que le permitía rebotar alegremente, como la gran pelota que era, en medio de un vacío infinito. Y el mismo Zeppe debía hacer un esfuerzo para acordarse de que Marie Diotret, cuyo retrato transportaba sobre sus espaldas de ciudad en ciudad y que frotaba suavemente cada noche con un pedazo de gamuza para evitar que la humedad lo combase, había sido una persona viva. Para él se había convertido en el accesorio de un espectáculo, como el maldito túnel enrejado por donde entraban y salían los leones del Continentali y cuya puerta había olvidado cerrar un día.

Aquella noche, en lugar de acostarse, Horty acercó una silla a la ventana abierta y se quedó sentado vigilando el canal que se divisaba a lo lejos, acechando la

improbable reaparición de mister Cheapman y de la mujer de verde. Pero sólo unas pocas barcazas que iban hacia las cuencas marítimas se deslizaban por el canal, tiradas por caballos, a veces por una mujer.

Desde la cama, Zeppe no veía sino la espalda ligeramente encorvada, la nuca invadida por una densa película de cabellos grises y los enormes hombros del antiguo estibador. De pronto, un estremecimiento recorría esa gran masa inerte, la silla rechinaba ligeramente, y Horty dejaba escapar una especie de estertor que sin ninguna duda era un sollozo.

Mientras conciliaba el sueño, Zeppe pensó que si Zoé no intentaba nada para hacer que internasen a Horty, sería él, Giuseppe Brassatto, quien de una u otra forma debería separarse del estibador.

Calculó mentalmente lo que Horty le había aportado hasta ahora. Era mucho más de lo que había ganado con la signora Antonella desde el momento en que el circo Continentali había abandonado Italia. La tristeza de Horty era rentable, pero ¿qué pasaría si esta tristeza se convertía en desesperación? A lo mejor, el estibador sería incapaz de continuar contando la historia con la dignidad que emocionaba a sus oyentes y que les imponía ese silencio con el cual algunas veces, de pie, lo despedían al salir; en el peor de los casos, corría el peligro de convertirse en un hombre peligroso. Zeppe, que había hecho tanto por llegar hasta ese punto, ¿no obraría mejor si dejaba de tentar al diablo y tomaba solo el camino hacia Venecia?

Pero primero tenía que cumplir el contrato para una serie de nuevas representaciones en el Gran Teatro de la Ville-Haute, cuya confirmación acababa de enviarle Edmond Geirard mediante un telegrama. Evidentemente, pensó, si elegía detenerse allí, Horty estaría en su casa y Zeppe no tendría que preocuparse por pagarle un billete de regreso en tren. Esta reflexión le ayudó a dormirse, mientras la tempestad estallaba finalmente sobre Boulogne.

Después de cumplir un compromiso en Roubaix y en una pequeña ciudad en la frontera belga, donde al salir de la estación violentas ráfagas de viento combaron ligeramente la madera sobre la que estaba pegado el retrato de la camarera del *Titanic*, regresaron a N... en los primeros días del invierno. Mientras Zeppe fue al teatro para poner a resguardo la foto de Marie, Horty se fue a vagar por el puerto.

En el Tête d'Écaille, Caraïbe repintaba y engrasaba su enseña, preparándose para las ventas. Acogió a Horty con complacencia, le ofreció una botella de vino selecto y le hizo el relato de un verano que no había dejado de ser fértil en sucesos: a bordo de un vagón para reses alquilado por el presidente Siméon, a quien definitivamente parecía gustarle organizar viajes, algunos estibadores meritorios fueron a la capital, donde, a la luz incierta del amanecer y desde bastante lejos a causa de la multitud, habían visto guillotinar a Sciarfoni; Bathilde, cuyo matrimonio con Steuze al parecer había sido menos fastuoso y sobre todo menos feliz de lo previsto, reemplazaba por la

noche en la taberna a Gloria Cordero, cuyo lindo cuerpo se había cubierto repentinamente de extrañas manchas amoratadas y ardía de fiebre; la tumba de Aïcha había sido profanada en dos ocasiones, una vez por perros vagabundos que fueron perseguidos y abatidos en la llanura por los gendarmes y la otra por gentes de la République convencidas de que no se enterraba a una turca sin adornarla con un montón de joyas exóticas; Al Bazeiges se había despertado una mañana sin poder hablar, paralizado su lado derecho; logró garrapatear sobre un trozo de papel que quería hablar con un cura, pero los sacerdotes de Saint-André no se dieron prisa en acudir a la cabecera del viejo, cuyas ideas de librepensador eran de sobra conocidas. ¿No había jurado Al Bazeiges poner su equipo de estibadores a disposición del primer diputado lo suficientemente audaz para proponer la demolición de las iglesias de la Ville-Basse?

—¿Y mi casa? —preguntó Horty.

El mulato comprendió que la verdadera pregunta que quería hacer el antiguo estibador era: «¿y Zoé?».

—Tu mujer la ocupa de nuevo —le dijo Caraïbe—. Bathilde va a veces a dormir allí, cuando se pelea con Steuze, cosa que sucede muy a menudo. Bathilde me ha dicho que tu Zoé ha hecho bien las cosas: hay cortinas nuevas y una estufa más en la otra alcoba.

—Sí —dijo Horty—, era un cuarto donde hacía frío.

—Ahora hace frío en todas partes —dijo Caraïbe limpiando maquinalmente un vidrio. Fuera se estancaba una niebla densa y gris que envolvía el remate de las grúas; se oía confusamente la sirena del barco piloto que navegaba mar adentro—. Según Bathilde —prosiguió el mulato—, Zoé cree que has muerto. En todo caso, actúa como si fuera así.

—Los muertos no mandan dinero —dijo Horty—. Ahora, Zoé es rica. En fin, tan rica como puede serlo gente de nuestra clase.

Caraïbe asintió. Además de las cortinas nuevas y de la estufa en el cuarto, Zoé se presentaba a veces, los domingos, con hermosos atuendos frescos que no eran vestidos de Bathilde arreglados para ella.

—De todos modos, ¿vas a ir a tu casa o quieres dormir aquí, en el altillo?

—También Zeppe es rico —respondió indirectamente Horty—; paga el hotel.

La botella estaba vacía. Caraïbe abrió otra. Los dos hombres bebieron un momento en silencio. Después Horty dijo al mulato que le hiciera saber a Zoé, por medio de Bathilde, que se sentiría feliz de volver a verla. Quizás aceptaría, una noche u otra, ir al teatro. La llevaría a cenar a uno de esos restaurantes que están abiertos hasta altas horas de la noche, en las callecitas alegres que se entrecruzan por detrás de la plaza del Mercado. No necesitaba una respuesta precisa para fijar el día y la hora. Antes de comenzar el relato, miraría la sala. Si Zoé estaba allí, la reconocería aunque llevase un vestido y un sombrero que no le hubiera visto jamás, y entonces él hallaría la forma de apresurarse. Zeppe le había enseñado, según la naturaleza del espectáculo

en el que participaba, a abreviar la historia o a hacerla durar una hora o más.

—Zeppe es para mí como un padre —dijo Horty, y agregó con orgullo—: ¿Sabes? Ya no se viste de rojo y oro, porque en un importante hotel donde nos alojábamos alguien lo confundió con el portero; entonces se compró un traje negro, una camisa blanca y una corbata gris con una perla en el medio.

—¿Qué te crees? —dijo Caraïbe descorchando una tercera botella con el pretexto de celebrar la elegancia de Giuseppe Brassatto—. Aquí también hay novedades; las verías si no estuvieras comprometido con tu teatro. Le he pedido a Bathilde Burén que se disfrace como tu hermosa amiga de Southampton; lástima que tenga el pelo tan negro. Pero eso —prosiguió riéndose a mandíbula batiente— no soy quién para reprochárselo.

—Espera un momento —dijo Horty golpeando la barra con la palma de la mano—, no sé si tienes derecho a hacerlo: las camareras no trabajan en las tabernas; no, no son lugares para ellas.

—Es posible —arguyó el mulato—, pero a los hombres no les importa, les gusta mirar. Tal vez —agregó con un aire malicioso— esperan hacer con ella lo que tú hiciste con Marie.

Hizo señas a Horty de que lo siguiera y lo llevó hasta el sitio donde guardaba los toneles abiertos. Abrió una estrecha alacena empotrada en la piedra de las paredes. En la penumbra del pequeño rincón Horty vio un vestido negro, un delantal blanco con un largo cinturón que permitía hacer un gran lazo detrás y una pequeña cofia almidonada.

Justo en ese momento, en la rada retumbó la sirena de un barco, tan ronca y cercana que las botellas de vino alineadas en los estantes entrechocaron.

Horty extendió las manos, acercando hacia sí las telas deshabitadas. Hundió su rostro en ellas. Olían a Bathilde. Trató de recordar el olor de Marie, pero no lo consiguió. En realidad, en Marie sólo había percibido un olor bastante vago a carbón y cabellos mojados, pero era sin duda debido al humo de los paquebotes y la lluvia de Southampton, no era su propio olor, aquel que inventaba cuando contaba la historia y que atizaba tanto la imaginación de los hombres que iban a escucharlo.

—¿Dónde conseguiste esto? —preguntó.

—¡Eh! —dijo Caraïbe—, por un anuncio que puse: «El Tête d'Écaille busca para su personal atuendo completo de camarera. Se exige buen estado. Escribir al periódico.» Dos días después llegó una propuesta. Era un precio razonable, no lo discutí. No vi a la muchacha; envié a un chiquillo para que entregara el paquete y yo le di el dinero al niño. Así fue como sucedió y nadie fue estafado. Sólo que Bathilde ha tenido que descoser el dobladillo, era demasiado corto para ella.

—Faltan los botines —anotó Horty dejando caer el vestido y el delantal.

Caraïbe dijo que los botines formaban parte del lote, pero los había desechado. Estaban estropeados y manchados, como si se hubiesen inundado.

—Los botines de una camarera torpe —dijo riéndose— que debía de derramar el

agua sobre sus pies. Por la noche, esas muchachas hacen la ronda por las habitaciones para preparar las camas, acomodar las almohadas y colocar sobre las mesillas de noche una botella y un vaso. ¿Ves? Sé casi tanto como tú. A mi entender, la que me vendió tales cosas sirvió en un castillo donde había derramado muchas botellas junto a muchas camas.

Pero Horty no creía que la camarera a quien Caraïbe había comprado el uniforme hubiese trabajado en un castillo.

Sobre una de las tiras del largo cinturón, así como en el revés de la cofia almidonada, había advertido la presencia de una estrellita roja. El emblema de la White Star Line debería aparecer al contrario, bajo la forma de una estrella blanca sobre un fondo rojo, pero la bordadora tal vez pensó que era más cómodo hacerlo así, y en cierta manera tenía razón, pues esa inversión de colores no impidió a Horty adivinar de dónde provenían la cofia, el delantal y, sin duda, también el vestido negro, aunque este último no estuviese marcado.

No experimentó, sin embargo, la misma emoción desordenada que cuando había reconocido a Camille y a Cheapman caminando a lo largo del canal. Esos vestidos podían venir de cualquier barco de la White Star y seguramente no los llevó Marie, puesto que ésta se ahogó vestida de camarera. Quizás iba desnuda o en camisón cuando el *Titanic* chocó contra el iceberg, pero se había vestido con rapidez para subir al puente, cogiendo lo que tenía a mano, su atuendo de trabajo, que se balanceaba en una percha.

Horty sobrevivía en una mentira, no en un sueño.

Una noche, la temperatura cayó bajo cero. Por la mañana, una helada blanca empolvaba las aceras, y las hojas muertas caían por brazadas bajo su peso. Los tambores municipales se apostaron en los cruces de las calles para leer un edicto que prohibía la circulación de los automóviles por razones de seguridad. De las chimeneas de la Ville-Haute se elevaron espesas fumarolas que, mezclándose con las nubes, lo cubrieron todo con una especie de algodón inmóvil, tan pesado que se pegaba a los edificios, ocultando los tejados y dándole a la localidad el aspecto de una ciudad decapitada por un bombardeo. Los habitantes de la Ville-Basse no lograban calentarse, pero un vapor gris subió del mar, más tibio que la tierra, y finalmente las dos ciudades se confundieron bajo un mismo velo pálido y pulverulento como polvo de tiza.

Estos signos premonitorios de un invierno precoz, asociados a una tos rebelde a la que ningún jarabe ni cataplasma parecía poner término, incitaron a Zeppe a acelerar los preparativos para su partida a Venecia. Se las ingenió, pues, para sacarle a Horty, durante el tiempo que le quedaba, tanto dinero como pudiera.

La brevedad de los días y el frío alejaban a los habitantes de su distracción favorita, que era pasear por el bulevar del mar, y cada noche eran más numerosos los que asistían al Gran Teatro. Los ingresos fueron notables, hasta el punto de que Geirard habló de una eventual prolongación hasta el 10 de diciembre. Después, con la cercanía de las fiestas, se vería obligado a programar algo más vistoso y alegre.

Como Horty actuaba en la función nocturna, Zeppe tuvo la idea de aprovechar el tiempo libre de la tarde y proponer *La camarera del Titanic* a asociaciones caritativas que trataban de paliar los efectos de este período desapacible en las poblaciones ya de natural entristecidas.

Evidentemente, para la gran foto era perjudicial ser desplazada de un punto a otro de la ciudad, a veces bajo un aguacero; pero, de lejos, no se veía que se despegaba, se arrugaba, se empañaba y perdía sus contrastes a medida que el fijador se iba degradando. Lebens la había examinado largo tiempo tratando de retocar con pincel las partes más borrosas, pero no podía hacer nada para impedir que la imagen de Marie perdiera su gracia y palidciera hasta disolverse inexorablemente.

Horty contó la historia en los talleres de la cárcel de mujeres que se encontraba junto al teatro. A la salida de la representación, Zeppe le reprochó el no haberse emocionado como de costumbre: el final de su relato, ¿no había sido acogido por gritos y aplausos frenéticos en lugar del silencio habitual? Horty dijo que era a causa de las corrientes de aire helado que se colaban en el taller, pues los cristales de algunas ventanas estaban rotos. Las religiosas encargadas de las prisioneras llevaban mitones y esclavinas de lana negra, pero las reclusas sólo iban vestidas con unos delgados vestidos grises, habían sentido demasiado frío para dejarse ganar por la emoción y habían aplaudido para calentarse.

Horty también habló en las salas comunes del hospital, y allí su presentación no

fue tan brillante como en el escenario del Gran Teatro. Pero, esta vez, no se debía tanto al público como al mismo estibador: no podía apartar los ojos del lecho donde Gloria Cordero estaba a punto de morir sin saberlo. Sonreía, como lo había hecho siempre al sufrir la sevicia de sus clientes, pero esa sonrisa descubría ahora unas encías hinchadas y sin dientes.

—La verdad —dijo Horty al salir— es que esta historia no es para la gente perseguida por la desgracia.

Zeppe se encogió de hombros: ninguna historia existía en sí misma, ni ésta ni las otras, no valían sino por el soplo con que se las animaba, es decir, por la manera en que se las contara, o ¿acaso se imaginaba Horty que por tener el Gran Teatro un techo dorado del que colgaba una magnífica lámpara, todos los espectadores que se sentaban en sus sillas de terciopelo rojo eran felices?

—También hay quienes no son ni felices ni desgraciados —dijo el estibador—. Son los que más abundan, casi todo el mundo. No son nada.

Zeppe se preguntó si Horty consideraba que tampoco él era nada. Lo miró descender por el bulevar, con la cabeza enterrada en el cuello de la chaqueta, caminando apaciblemente con la gran foto sobre el hombro, como alguien que no va a ningún sitio en particular.

Pronto, un tren llevaría a Zeppe a Venecia. Sin duda no viviría allí en un palacio rutilante en el Gran Canal, sino en un alojamiento húmedo en el primer piso de la Via del Ghetto, y la mayor parte de los campesinos cuyas campiñas áridas y desheredadas iba a atravesar jamás aceptarían enterrarse entre las cuatro paredes húmedas que constituían lo esencial de la casa de Giuseppe Brassatto.

Pero esas paredes estaban en Venecia y ese solo nombre bastaba, en la noche temprana que caía, para exaltar a Zeppe. ¿Existiría un nombre, cualquiera, capaz de exaltar también a Horty, a las reclusas de la cárcel de mujeres o a Gloria Cordero?

Una palabra como porvenir, ¿tendría el poder de arrancarles algo distinto a esa pequeña vibración contenida, aparentemente sin cimas ni abismos, que llamaban «vida»? Zeppe lo dudaba. Todos iban a entrar ahora en el invierno sin otro horizonte que salir de él y aun así sin hacer nada para lograrlo, aceptando la desaparición del sol como aceptaban todo lo demás.

—Horty —preguntó bruscamente Zeppe—, ¿qué va a hacer cuando yo haya partido?

—Trataré de regresar a mi casa. Zoé no es tan dura.

—Pero una vez en su casa, ¿qué hará?

Horty se detuvo para mirarlo. Era una pregunta tonta. Estar de nuevo con Zoé, calentarla cuando tuviese frío a pesar de la estufa que había instalado en la alcoba, ¿no era eso ser alguien, es decir, más aún que hacer alguna cosa?

—Ah, eso —dijo—, ya veré.

Trasladó la foto de Marie de un hombro al otro y reanudó la marcha.

—Si yo fuera usted —dijo Zeppe alcanzándolo—, seguiría contando historias.

Usted ha inventado una, nada le impide inventar otra. El asesinato de la pequeña turca, ¿cómo se llamaba?, ¿no le suministraría un tema excelente? Bastaría con arreglar un poco las cosas, dar a entender, por ejemplo, que Sciarfoni estaba completamente trastornado por las piernas desnudas y el fuerte olor de esa joven. Digo esto porque usted describe bien ese tipo de detalles, los olores sobre todo. Podría regresar el próximo verano y volveríamos a partir juntos, con la historia de Sciarfoni y de la turca.

—No —dijo Horty—, no regrese.

Apretó el paso dejando atrás a Zeppe, que doblegado por un acceso de tos buscaba en los bolsillos de su traje negro el frasco de jarabe.

Aquella noche, Zeppe, enfermo y malhumorado, no fue a buscar a Horty a la salida del espectáculo. Después de esperarlo, el estibador se marchó solo del teatro, tomando por primera vez la gran escalera reservada al público. Una anciana apagaba los faroles de la fachada. Caía una especie de nieve fundida.

Entonces, Horty vio a Marie Diotret.

Estaba en el otro extremo de la plaza del Mercado, montada a mujeriegas en un caballo bayo; sus piernas se balanceaban con cierta indolencia encantadora bajo una larga falda de color azul oscuro, y algunos mechones de cabello rubio escapaban de una amplia boina cuyo borde se levantaba con elegancia. Su mirada se detuvo en Horty sin dejar traslucir la menor vacilación, como si hubiese previsto que él aparecería en ese instante y en ese preciso lugar. Le sonrió y, con la mano que empuñaba una fusta, le hizo un pequeño ademán. Después, espoleando al caballo, desapareció en la sombra de las callejuelas.

Sin aliento, con el corazón en un puño como cuando había corrido durante un buen rato con un becerro atravesado sobre los hombros —y sin embargo, no había tenido tiempo de esbozar ningún movimiento, y aunque lo hubiera tenido no habría sabido qué gesto hacer—, Horty se sentó en los escalones del teatro.

La anciana que acababa de apagar los faroles se acercó, le tocó un brazo y le preguntó si no se sentía bien, pero él dijo que sí, que probablemente era sólo el frío.

Permaneció allí un largo rato. La mujer había regresado al teatro y Horty oía el ruido de las cadenas que utilizaba para cerrar las puertas.

Al cabo de un rato no se oía ningún ruido, salvo el ligero chasquido de la nieve fundida que fluía hacia los canales.

Esa primera noche, Horty se persuadió de que realmente no había visto a Marie.

Una mujer que se le parecía, pero de lejos y en la oscuridad, había ido a caracolear delante del teatro por una razón que él no se explicaba, pero que debía de ser tan miserable como la que había incitado a las siete trabajadoras de Boulogne a

disfrazarse de camareras para acecharlo junto a la carreta donde se había cobijado, sin decir ni una palabra a esas locas, mientras bebía el vino que Zeppe le ofrecía.

Pero la mujer apareció otra noche, y esperó más tiempo antes de espolpear su cabalgadura. Esta vez no sonrió, no agitó la mano que empuñaba la fusta. Parecía que sólo quería dejarse admirar. Se había recogido el cabello en un moño, llevaba un vestido más claro, color arena, resaltado sobre el dobladillo por dos cintas oscuras. Tan inmóvil como ella, Horty la observó en silencio todo el tiempo que permaneció bajo los castaños. Cuando hubo desaparecido, animando a su caballo con el solo temblor de las piernas, él se dirigió al extremo de la plaza donde ella había estado. Sobre el adoquinado húmedo, el caballo había dejado sus excrementos. Horty los rozó; estaban blandos y tibios. Pero la existencia de un caballo vivo no demostraba la presencia de Marie.

Decidió no decirle aún nada a Zeppe. Se limitó a pedirle más vino que de costumbre. Zeppe, que había comprado ese día su billete de tren para Venecia, y constatando que le quedaba más dinero de lo previsto, se mostró generoso. Invitó a Horty a beber cuanto quisiera.

—Lo acostaré si se cae, lo cubriré como hace usted con las mujeres que ama.

Al día siguiente Marie estaba en el teatro, de pie en el pasillo. Se abanicaba con la amplia boina. Esa noche llevaba sueltos los cabellos rubios, que caían sobre sus hombros.

Durante todo el tiempo que Horty estuvo contando su historia, trató de mantener a la joven bajo su mirada, hablando sólo para ella, pero en un momento dado vio que se escabullía por el pasillo a grandes e impacientes pasos.

Terminada la representación, Horty se precipitó hacia la escalera para reunirse con ella. Chocó con la multitud de espectadores que salía, y cuando llegó a lo alto, Marie ya no estaba. Preguntó a las trabajadoras si habían visto salir a una mujer que se parecía a la del retrato ampliado que estaba aún sobre el escenario, rubia, frágil y nerviosa, con botas de cuero, pensaba él, y una fusta que escondía entre los pliegues del vestido. Las trabajadoras dijeron que no; no habían prestado atención a la gente de la sala porque estaban junto al guardarropa bebiendo achicoria y echando las cartas.

Horty dio una vuelta alrededor del teatro buscando las huellas del caballo bayo que Marie montaba a mujeriegas. A causa del detestable tiempo que hacía, esa noche había numerosos coches estacionados allí, y por todas partes había excrementos de caballo. El estibador se sintió aliviado de que Zeppe no estuviese allí y no le viera agachado sobre los excrementos para intentar encontrar el rastro de una mujer. Ya había pasado un poco más de una hora cuando decidió por fin regresar al hotel. La vida, que hasta entonces había tomado como un asunto injusto pero coherente, aparecía ante él en toda su insensatez.

Zeppe lo esperaba sentado en la cama, inquieto, tapado con la manta hasta el cuello. Comenzaba a dolerle de nuevo la garganta, y el cuarto apestaba a colutorios. Horty bebió un poco, pero no demasiado, por miedo a que Zeppe se imaginara que era la borrachera la que lo hacía delirar. Le contó lo que había visto tres noches seguidas.

—Es Zoé —dijo Zeppe.

—Zoé no es tan joven ni tan hermosa, Zoé es pelirroja y bajita. Tampoco puede ser Marie —agregó el estibador—. No sólo porque Marie está muerta, sino porque se hubiese acercado a mí.

—No digo que usted haya visto a Zoé y menos aún a Marie, lo que digo es que Zoé le ha pagado a esa mujer que se parece a Marie, de lejos, puesto que usted se da cuenta de que evita acercarse.

—¿Por qué haría eso Zoé?

—Para herirlo —dijo Zeppe.

Horty no le creyó, pero Zeppe estaba seguro de haber vislumbrado la verdad: Zoé comenzaba sus maniobras con el fin de llevar a su marido hasta una confusión tan terrible que después sería fácil asimilarla a una forma de demencia.

Como si mencionar el mal bastara para hacerlo desaparecer, Marie dejó de presentarse ante el estibador.

Lejos de sentirse aliviado, Horty experimentó una sensación de frustración. A pesar de las noches cada vez más húmedas y frías, tomó la costumbre de regresar tarde al hotel, errando largo tiempo por las callejuelas alrededor de la plaza del Mercado. Acechaba un relincho ahogado, un ruido de cascos herrados sobre los adoquines, un chasquido de espuelas o el roce de un vestido largo de seda contra el flanco de un caballo. No oía sino el rumor lejano de los barcos en el puerto y, cuando bordeaba la cárcel de mujeres, a veces el grito breve de una reclusa que llamaba.

Al contrario que las tres primeras apariciones que había tenido, tan poco conformes con lo que sabía de Marie, la ausencia de éstas le hacía creer ahora en la posibilidad de que Marie estuviese viva, como lo estaban, después de todo, mister Cheapman y la mujer de verde almendra: tal vez Marie se mantenía lejos de él porque el naufragio la había desfigurado; un pedazo de metal se había desprendido del barco que se hundía cortándole la cara, o bien, en el momento en que iba a lograr subirse a una chalupa que se apartaba, alguien la golpeó cruelmente con un remo para impedirle sobrecargar la embarcación; había salido de una larga estancia en un hospital norteamericano, había querido presentarse ante el estibador con el fin de probarle que no estaba muerta, pero furtivamente, para que no pudiese descubrir cómo había quedado su rostro.

Horty debía encontrarla de nuevo, explicarle que había pasado muchas noches hablándole de amor, mirando su foto iluminada por las luces de los teatros, y que

sería así como seguiría viéndola. Tal vez era el único hombre en este caso, y aquello servía para que ella no sintiese vergüenza de nada; se le podría acercar y le permitiría hacer ese gesto que le había impedido el policía de los muelles de Southampton: tomarla al fin en sus brazos —uno alrededor de la cintura y el otro bajo su nuca— y después inclinar la cabeza hacia su cuello, con ese lento balanceo que debió de realizar la tortuga del Tête d'Écaille al mirar a los hombres antes de morir, hasta sentir sobre los labios el roce de sus cabellos claros.

Aspiraría su olor, eso era todo. Cerraría los ojos si ella lo exigía.

Aquello duraría lo que ella quisiera. Se apartaría en cuanto lo pidiese. De hecho, ni siquiera tendría que pedirlo, una simple crispación de sus manos bastaría para que él se alejase.

Ella no debía creer que todos los hombres pensaban en hacer el amor, algunos podían contentarse con mucho menos —a veces con tan poco que no se atrevían a insinuarlo por miedo a parecer perversos—, con un hálito sobre su cara, con alguna cosa efímera que no le costaba nada a quien la daba, ni siquiera el simple recuerdo de haberla dado.

Pero, por más que estuvo al acecho, el estibador no volvió a ver a Marie. Una noche le atacaron los Bandas Negras de un vapor chileno. Como ignoraban que la Ville-Haute estaba tácitamente prohibida a los marinos, esos hombres ya borrachos buscaban un establecimiento que aún estuviera abierto. Horthy les dijo en mal español que regresasen a la Ville-Basse antes de que una patrulla de vigilantes los arrestara, pero entendieron que iba a llamar a los gendarmes y entonces lo golpearon salvajemente y lo abandonaron, inconsciente, frente a la carnicería del judío Abel Cohen.

—Le sigue el juego a Zoé —le reprochó Zeppe mientras lavaba sus heridas—, el juego de la locura. ¿Quién lo recogió? Unos gendarmes que seguramente hicieron un informe del caso: el hombre estaba tirado en una zanja, bañado en su sangre y en su vómito. ¿Agredido por pañoleros? ¿Qué pañoleros? No se encontró a nadie. Obsesiones de un antiguo estibador despedido porque bebía demasiado, se había convertido en un payaso triste, y creía ver por todas partes el fantasma de una pobre muchacha muerta en el *Titanic*. El buen hombre estaba completamente borracho, ésa es la verdad, él solo se partió la cabeza al golpearse contra el bordillo de la acera, y todo eso es lo que Zoé hará valer en contra de usted... Tan seguro como que hablo griego, francés e italiano.

Al día siguiente era viernes. Marie Diotret llamó a la puerta del camerino donde Horthy, solo y en la oscuridad, permanecía encogido sobre sí mismo antes de subir al escenario.

Como Horthy no respondía, entró.

Él estaba de espaldas, acurrucado en un sillón. Aún llevaba el vendaje con el que Zeppe le había envuelto la cabeza. Parecía una momia que los embalsamadores hubieran abandonado un momento, el tiempo justo para ir a buscar más vendajes blancos. No reaccionó cuando se abrió la puerta.

Marie se detuvo en el umbral y recorrió el camerino rápidamente con la mirada. La foto que la representaba a tamaño natural estaba apoyada contra la pared. Un ayudante llegaría inmediatamente para llevarla al centro del escenario.

Desde el sitio donde se encontraba Marie podía ver, al mismo tiempo, su imagen tomada en primavera por el fotógrafo chino y, en el espejo inclinado sobre la mesa de maquillaje, el reflejo de su rostro tal como era hoy. Estaba en esa edad en la que unos meses más no modifican la apariencia de una mujer. Tal vez, se dijo, sus rasgos se habían hecho más firmes, perdiendo ese matiz un poco brumoso que tenían en Southampton. Pero la verdad era que había llegado hasta allí haciendo acopio de todas sus fuerzas.

Marie avanzó hacia la ampliación y, levantando la fusta, la descargó con violencia. El golpe resonó secamente, como si fuera una detonación. Un largo corte transversal marcó la foto, se extendió desde la cofia blanca hasta la base del cuello, allí donde se ensanchaba la pequeña pechera bordada de encaje.

Horthy estiró entonces sus miembros y su cuerpo, y abrió los ojos. No tuvo necesidad de volverse, lo veía todo en el espejo que tenía enfrente, sobre todo a Marie mirándolo mientras limpiaba con energía la fusta, como si ésta hubiera quedado ensangrentada al herir a un ser vivo.

La felicidad invadió al estibador al descubrir que el rostro de Marie estaba intacto. En ese instante, aquello le pareció casi más maravilloso que el hecho de que estuviese viva, sin duda porque se había habituado a la idea de su desaparición, pero, conociendo las horribles degradaciones que sufren los ahogados, le aterraba imaginar lo que el mar había podido hacer con Marie. Fue una felicidad fulgurante y estuvo a punto de gritar, el mismo grito que lanzaba cuando era niño y cuando algo que no esperaba sucedía a pesar de todo.

La mayoría de la gente que veía su foto encontraba a Marie fresca y encantadora, «graciosa» decían casi siempre en ese tono de voz a la vez divertido y tierno que se emplea para hablar de una criatura, el brote de una planta o un cachorrillo. Para Horthy, Marie representaba mucho más que una muchacha bonita, era la forma de vida más perfecta a la que jamás se había acercado. Y ésa era la razón por la que nunca había dejado de amar a Zoé; ella, con sus defectos cada vez más marcados pero también más conmovedores, era una mujer hecha a la medida de lo que él concebía razonablemente en materia de belleza. Zoé era alguien a quien podía tocar, destrozar y penetrar aunque estuviese lleno de grasa, aunque su camisa estuviera empapada de orina de becerro y su aliento oliese a vino. Era un hombre sucio y brutal que se acostaba con una mujercita imperfecta y cansada, y eso era lo que siempre había visto

practicar a su alrededor, en las dos calles donde hacía el amor, la calle Solidor y la calle de La Villemarqué.

Extendió las manos hacia el espejo, como para retener el reflejo de Marie. Porque ahora que lo pensaba, Marie no era sino un reflejo. Si se diera la vuelta, tal vez desaparecería.

Pero ella continuaba allí, caminando nerviosamente por el camerino, rozando los objetos extraños con la punta de la fusta; llegó incluso a tocar las manos de Horty para que las bajase, y él obedeció.

—He vivido una larga historia —dijo al fin—. Mucho más larga que la que usted cuenta todas las noches. Comparada con la suya, la mía tiene la ventaja de ser verdadera. La sala está llena, no tardarán en llamarlo, ¿cuándo puedo volver a verlo?

Estuvo a punto de decirle que al día siguiente, tan colmado se sentía ya esa noche. Ella no le dio tiempo de responder.

—Pronto —decidió ella—. Pero no en su hotel, allí está ese italiano a quien no quiero ver, al menos por ahora. Lo esperaré aquí.

Un tramoyista entró sin llamar; iba a buscar la foto. Se dio cuenta de que estaba estropeada y dijo que había que ir pensando en encargarse otra ampliación, sobre todo si la temporada se prolongaba hasta el 10 de diciembre. Vio a Marie, pero no estableció ninguna asociación entre ella y el retrato fotográfico. Horty se preguntó si Marie había cambiado tanto. Para él seguía siendo la misma, salvo que se había expresado con la voz cascada que había tenido una vez en Southampton y que a él no le había agradado. Desde lejos, los espectadores no podían distinguir la larga hendidura que Marie, de un latigazo, le había infligido a su propia imagen. Pero Horty, durante todo el tiempo que pasó en el escenario al lado de la foto, sólo pudo ver eso.

Pensó que Marie se avergonzaba del tiempo en que había sido camarera —ignoraba lo que hacía ahora, pero montaba a caballo y llevaba atuendos lujosos, lo que evidentemente no podía corresponder a una sirvienta—, y por eso había azotado con rabia esa parte de su pasado, del mismo modo que se rompe en pedazos la última carta de alguien a quien ya no se ama.

Aquella noche contó la historia de una forma maquinal y probablemente lamentable.

Como repetía las mismas cosas que había dicho un momento antes y daba, además, la impresión de buscar las palabras, le silbaron desde el anfiteatro en tres ocasiones.

Algunas damas se pusieron a cuchichear jugando con las pieles de zorro que llevaban alrededor del cuello. Un hombre se rió. Por diversos movimientos que se produjeron en la sala, Horty supo que no atraía la atención del público.

Sin embargo, las palabras eran las mismas y no había cambiado la progresión dramática. La ruptura no se hallaba dentro de la historia, sino dentro de Horty.

Hasta entonces, cada representación le enseñaba alguna cosa nueva sobre Marie,

pues cada noche precisaba más la hermosa lentitud de sus ademanes, la apacible tibieza que había notado que brotaba de ella cuando estiró la manta sobre su cuerpo adormecido, su olor a miedo cuando la ató a la escalera de Harston & Harston; luego, el exquisito perfume con que había rociado la pechera de su delantal y la parte posterior de sus orejas, a la mañana siguiente, antes de presentarse a bordo del *Titanic*, y esa costumbre encantadora que tenía de asomar la punta de la lengua entre los labios antes de decir cualquier cosa, incluso simplemente sí o no; su manera de escuchar inclinando un poco la cabeza hacia un lado, su estallido de risa infantil cuando logró decapitar al primer golpe el huevo pasado por agua. También detallaba lo que sólo había existido en su imaginación, aquello con lo que se emocionaba él mismo emocionando a los demás: la liviandad de las dos enaguas de Marie, tan imprevisible tras la sobriedad profesional de su uniforme almidonado, el contorno de sus piernas desnudas, la dulzura húmeda del interior de sus muslos, los espasmos de su vientre amplio y plano, sus uñas arañando la sábana arrugada, su repentino grito «No me dé la vuelta, estibador», y sin embargo, su gesto de volverse, ese hilillo de sudor que bajaba por su espalda arqueada, la carne de gallina en sus hombros, el olor almizclado que había invadido la alcoba del Spithead y, finalmente, su sueño hasta la mañana.

Pero ¿qué emoción podía esperar Horthy de esa gran foto iluminada, con olor a cola y a madera caliente, que se alzaba rígida junto a él, mientras que Marie lo esperaba, viva, en su camerino? ¿De qué valía la imaginación de Horthy comparada con la realidad de Marie? Hacía un momento, al pasar por su lado, ella había resoplado como los gatos cuando están irritados; él se había apresurado a aspirar esa pizca de aliento y había comprendido perfectamente que existían cosas imposibles de narrar.

Entonces se detuvo en medio de su relato. Se enderezó. Deslumbrado por las lámparas, parpadeó y vaciló. Vio los centenares de cabezas vueltas hacia él, como bolitas negras bien alineadas a las cuales, no obstante, una nadería, una palabra que dijese, bastaría para hacer rodar en desorden:

—Se acabó.

—¡Espera! —gritó alguien desde el gallinero—. ¿Te acostaste con la camarera, sí o no? Pagué para saberlo, estibador.

—Esta noche —explicó Horthy—, el señor Giuseppe Brassatto no está aquí porque tiene mucha tos. Pero vendrá mañana, alrededor de las nueve y media, y devolverá el dinero a todos los que quieran recuperarlo. Es normal. Y si Zeppe todavía está demasiado enfermo, seré yo quien venga con el dinero.

Salió aturdido por los gritos. El personal del Gran Teatro se precipitó a abrir las puertas, repitiendo como Horthy:

—Vamos, se acabó, se acabó...

Ahora me llamo Marie Derlanges —dijo Marie Diotret—. Las mismas iniciales, forzosamente, a causa del pañuelo que llevaba conmigo en el momento del naufragio y que aún tenía en la mano cuando el funcionario norteamericano del servicio de inmigración me interrogó.

Sin el apremio de las iniciales, habría podido escoger un nombre que no guardara ninguna relación con el suyo. Debía haber dejado caer el pañuelo al mar antes de desembarcar en Nueva York, o decirle al funcionario de inmigración que esas iniciales no significaban nada, que el pañuelo se lo habían prestado, así como la ropa que llevaba; los náufragos iban vestidos de una forma tan grotesca cuando fueron rescatados por el *Carpathia* que, en efecto, todos habían recibido trajes cedidos por los pasajeros del paquebote que acudió a salvarlos. Entonces, ¿por qué no un pañuelo, puesto que los supervivientes eran numerosos y podían haberse resfriado en las chalupas, que permanecieron a la deriva durante horas en un océano irónicamente en calma y lechoso, pero infestado de hielo?

La pasajera del *Carpathia* que se hizo cargo de Marie era una norteamericana viuda que había decidido visitar Europa para distraerse tras la muerte de su marido. En Roma y París había comprado varios vestidos demasiado vistosos para una mujer de luto, de modo que le regaló uno a Marie. Una especie de penitencia que se imponía tal vez para redimir los instantes de coquetería a los que se había abandonado.

—Me llevó a su camarote. Me desvistió. Yo jamás hubiera podido hacerlo sola. Tenía demasiado frío. Cogió una gran toalla y me secó. Comenzó por los cabellos y el rostro. Eso bastó para empapar la toalla, y tuvo que llamar a un mozo para que le llevase otra. El mozo tardó mucho tiempo en regresar. Aquella noche, a bordo del *Carpathia*, todo el mundo se abalanzaba sobre las toallas y las mantas.

La mujer norteamericana continuó, pues, secando a Marie. Le frotó vigorosamente los hombros, el pecho y la espalda. Cuando llegó a los muslos, Marie creyó que iba a decirle que continuara ella misma.

—Pero parecía que le gustaba tocarme. Yo tenía la piel helada y amoratada como un fruto que ha sido golpeado con rudeza. Me veía en el espejo ovalado de encima del tocador, me encontraba fea y miserable. Pero aquella mujer me besó con cariño y me pidió que la dejara continuar.

Margaret Knebworth tenía ademanes lentos y suaves. Para secar las piernas y los pies a Marie, se arrodilló. Marie aspiró con placer el agradable olor que desprendían sus cabellos oscuros. Era un perfume de heliotropo, también comprado en París. Marie olía a carbón mojado y al aceite mineral que, por una razón desconocida, impregnaba la canoa a bordo de la cual los marinos la habían subido.

Mistress Knebworth abrió enseguida una maleta para buscar un vestido que se ajustase a la talla y la tez de Marie. Eligió uno rosado con bordados color cereza. Había bastantes cosas bellas en la maleta, no solamente vestidos y camisolas, sino

también objetos de tocador de marfil con incrustaciones de plata, y objetos divertidos que Margaret Knebworth traía de Europa como regalos.

Desgraciadamente, cerró la maleta con llave antes de que Marie pudiese robar alguno de esos objetos.

—De todas maneras, yo estaba aún completamente desnuda, ¿dónde hubiera podido esconderlo?

Mistress Knebworth vistió a Marie con los mismos ademanes acariciadores con que le había secado el vientre y los muslos. Margaret Knebworth había soñado siempre con tener una niña. Años atrás había dado a luz un bebé muerto, que se habían llevado enseguida sin mostrárselo. Más tarde, los médicos le habían asegurado que se trataba de un niño, pero pensaba que habían hablado de un niño para consolarla. Estaba segura de haber traído al mundo a una niña. La losa sepulcral estaba grabada con el nombre de William, pero Margaret Knebworth, cuando pensaba en su bebé, persistía en llamarlo Alicia. Agregó que Marie se parecía bastante a la idea que ella se hacía de Alicia, suponiendo que Alicia hubiese vivido veintidós años.

Hizo que Marie se volviera hacia el espejo. La miraba con las manos juntas y repetía como extasiada: «*Oh! So cute, so really cute!*»

—Pero a mí no me parece que el rosa me siente tan bien. Soy demasiado rubia para esos tonos apagados. Ya no tengo ese vestido. Lo vendí una noche al mejor postor en una calle de Brooklyn. Una negra me lo compró. Se lo puso de inmediato, encima del que llevaba. Era tan fina, tan hermosa, que ni siquiera se le ajustaba al cuerpo. Dio dos o tres pasos, como si fuera a bailar. Pero las dos vimos al final de la calle, en realidad ella antes que yo, a unos policías que se acercaban a caballo. Entonces la negra huyó. Yo también. Esa negra me pagó siete dólares por el vestido rosa. De no ser por los policías, habría subido a doce o quince, quizás, hasta veinte dólares. Fácilmente, sí. Sé lo que se le puede sacar a la gente, sean negros o de cualquier otra raza.

Mistress Knebworth insistió en que Marie compartiese su camarote. Le cedió su cama, afirmando que ella estaría muy bien en el sillón. De todas maneras, después de lo que había sucedido con el *Titanic*, pensaba que jamás lograría dormir de nuevo en un barco que estuviese navegando.

—A veces me besaba, me tocaba con una graciosa timidez. Sí, daba grititos de temor, sabía que no era correcto hacerlo, pero no me exigía que le devolviera sus caricias. La última noche le dije que podía llamarme Alicia si quería. Y en dos o tres ocasiones murmuró: «¡Oh! Alicia, Alicia.» Alicia es el nuevo nombre que sin duda habría elegido si no me hubieran pillado desprevenida las preguntas del funcionario de inmigración norteamericano. Y sobre todo si no hubiera estado tapándome los ojos con ese pañuelo cuya primera inicial era una M.

Atravesando ya bancos de bruma, ya claros radiantes, el *Carpathia* tardó cuatro

días en llegar a Nueva York. Se había transformado en una especie de kermes de caridad flotante. Casi todos los rescatados eran mujeres cuyos maridos habían encontrado la muerte en el *Titanic*, de manera que los pasajeros del *Carpathia* no paraban de organizar colectas con el fin de constituir fondos de socorro para las viudas.

—Pero a mí no me dieron nada, aparte del vestido. Por eso digo que habría sido justo que la negra me pagase por lo menos veinte dólares. Además, la ilusión del vestido no duró mucho tiempo. Todo el mundo supo enseguida que yo era una camarera. Cuando paseaba por el puente, me daban órdenes. Debía llevarles una taza de caldo, zurcir un roto en un vestido de lana, divertir a los niños que habían perdido a sus padres. Podía hacer todo eso, pero no quería. Al final de la travesía, casi todos hablaban mal de mí.

Apenas eran las nueve de la mañana cuando el navío comenzó a remontar el Hudson entre el aire hediondo de las barcasas de basura con rumbo a las islas de la bahía. Una multitud de embarcaciones que transportaban reporteros escoltaba al viejo *Carpathia*. Los periodistas se desgañitaban, querían saber cómo habían sucedido realmente las cosas y fotografiaban las chalupas del *Titanic*, que el *Carpathia* llevaba adosadas a los flancos. En las orillas había decenas y decenas de miles de personas. Pero éstas guardaban silencio. Algunas estaban de rodillas alrededor de un sacerdote que las ayudaba a rezar. Los remolcadores llevaron primero al *Carpathia* hasta el muelle de la White Star, donde desembarcaron las chalupas del *Titanic*, y después el paquebote atracó en el muelle de la Cunard.

El funcionario del servicio de inmigración que se ocupó de Marie era un hombre muy joven. No dejaba de chuparse el labio inferior, produciendo un ruidito que crispaba. No hacía mucho calor en el hangar de la Cunard, pero el oficial estaba, no obstante, sudoroso.

Interrogó a Marie. ¿Había podido conservar sus documentos de identidad? Dijo que no. ¿Había logrado salvar algunos objetos personales? Mostró el pañuelo. Entonces, después de haber enjugado una vez más su sudorosa frente, el oficial le preguntó cómo se llamaba, con el fin de darle una especie de pasaporte provisional.

Ya había mojado la pluma en el tintero, había colocado la punta sobre el registro y se disponía a escribir. Marie no tuvo más que uno o dos segundos para decidirse.

Respondió que su nombre era Marie Derange, *der* porque había sido su última oportunidad, o por lo menos así le parecía, y *ange* porque Margaret Knebworth le machacaba sin cesar que ahora Alicia se había convertido en un ángel y aquella palabra había acudido enseguida a su mente.

El oficial repitió varias veces Derange, lo deletreó y preguntó:

—¿Es correcto, señorita?

Marie se dio cuenta de que Derange no sonaba muy bien. Logró poner cara de exasperación:

—No, he dicho Derlanges. Hay una *l* en medio...

Había torcido el cuello para ver cómo lo escribía el joven oficial. Para completar, precisó que también había una *s* al final de Derlanges. Dócilmente, el oficial agregó la *l* y la *s*, cada una en su lugar. Consultó enseguida una lista mecanografiada y le dijo a Marie que el apellido Derlanges no figuraba entre las personas que habían embarcado en el *Titanic* ni en Southampton, ni en Cherburgo, ni en Queenstown. Pero aquello no parecía afectarle mucho.

—¿Tiene alguna explicación para esto, miss Derlanges?

—Tal vez, sir. Usted busca mi apellido en la lista de los pasajeros y yo sólo era una camarera. —Y para complicarlo todo agregó, esforzándose por reír—: Subí a bordo en el último minuto; reemplacé a una titular que se vio obligada a desembarcar por razones familiares.

Él dijo que era una razón válida. Aunque el naufragio del *Titanic* era particularmente impresionante, había habido otras catástrofes anteriores, también trágicas. Las secretarías que mecanografiaban las listas estaban tan trastornadas como todo el mundo y cometían, a cada instante, una cantidad tremenda de errores. Pero, con el tiempo, todo terminaría por volver al orden.

—Busqué su mirada. Quería saber si sospechaba algo. Sus ojos eran de un color azul tranquilo y vacío.

Marie tomó una calle larga y gris, bordeada de casas cada vez más altas a medida que remontaba las primeras pendientes de Manhattan. Si el viento de Londres hacía ondear estandartes en los que aparecían pintados caballos, galgos, zorros, ballenas y coronas, el de Nueva York hacía flamear grandes banderas en las que no había sino colores, pero que eran, en cambio, alegres y sedosas. En una escalera había encaramados unos muchachos que le gritaron algo que no entendió. Hablaban un inglés relajado. Pensó que tendría que aprender a expresarse como ellos. Acababa de decidir que se quedaría en Norteamérica. Tenía un apellido nuevo, no arriesgaba nada al intentar ganarse algunos dólares vendiendo a los periódicos su testimonio sobre la catástrofe. Los reporteros acabarían por cansarse de las lamentaciones de los millonarios supervivientes, de las precisiones técnicas y molestas de los marinos rescatados. Marie les hablaría más bien de la indiferencia de toda aquella gente que dormía, jugaba a las cartas o admiraba las estrellas mientras el paquebote se abalanzaba sobre el iceberg. Describiría la forma en que habían tomado poco a poco conciencia de lo irremediable, de qué manera algunos habían revelado entonces una cobardía repugnante y otros un gran valor, como aquella mujer desconocida que temblaba bajo un vestido amarillo demasiado ligero para un naufragio en el Atlántico Norte, que había perdido uno de sus zapatos y le había dicho a Marie que tomara su lugar en la chalupa («*Please, you are still a child*»). Sí, es verdad, había dicho *please* como si pidiese un favor, y más tarde Marie había reconocido su sombrero y sus ropas flotando sobre las olas; contaría la locura de las irlandesitas que, prisioneras

detrás de las puertas que separaban el sector de los emigrantes de la escalera de acceso al puente de las embarcaciones, se subían unas encima de otras, se arañaban y se mordían como perritos que intentan salir de un canasto; Marie las había visto a través de una especie de vidriera, les había gritado que la rompieran, pero las irlandesas no tenían nada que sirviese para hacerlo, tan sólo unos paquetes de ropa que desbordaban calcetines de lana blanca, enaguas de lino, brazadas de flores recogidas al borde de las cunetas sobre la ruta de Queenstown. Daría la espalda a los rumores que comenzaban a correr y que hacían parecer la noche del domingo 14 de abril una estúpida ceremonia acompasada. La orquesta, por ejemplo, no había tocado el cántico *Plus près de toi mon Dieu*, sino aires bailables, más arrolladores, más alegres; mientras los cohetes de alerta se elevaban en el cielo como simulando fuegos artificiales, al comienzo, antes de que la popa comenzara a levantarse, a dirigirse hacia el cielo haciendo rodar por el suelo a todo el mundo, hubo dos o tres parejas que intentaron bailar.

Después de todo esto, con algunos dólares en el bolsillo, tomaría un tren nocturno hacia el estado de Maine, con sus casas bajas y amplias en la bruma, sus hangares con barcos de caoba, sus ruiseñores y, sobre todo, sus hombres ricos, mal afeitados, con botas embarradas y sin sombrero.

Pero aún no estaba allí. Acababa de llegar a Nueva York.

Cuando hubo dejado atrás a los niños de la escalera y sus graves cantos llenos de historias fantásticas sobre el sol, el algodón y Dios, oyó el rumor de la ciudad inmensa. Era algo mate, un pisoteo de hombres y de caballos, un ruido de hierros pesado y continuo, casi tempestuoso, entrecortado por bocinas y campanas, un soplo ronco de máquinas que rodaban, arrastraban cargas, abrían zanjas, balanceaban entre el cielo y la calzada viguetas con hombres a horcajadas que las embadurnaban con minio, que abatían árboles y los cortaban, lanzando al viento que soplaba por las avenidas abiertas hacia el mar tornados de serrín rubio, unas veces acompañados por la risa de una mujer y otras por el grito de un hombre que se hería, y no necesitó mucho tiempo para aprender a distinguir el grito de un blanco del de un negro.

—La altura de los edificios se volvió enloquecedora. Sus paredes parecían juntarse. Las mandíbulas de una excavadora querían aplastarme. El vértigo, pero a la inversa. El vacío estaba arriba. Azul. Esta vez usted no estaba allí para vendarme. Tuve que bajarlos ojos.

Hacía demasiado calor en el lado soleado de la calle, mientras que un viento frío recorría la acera protegida por la sombra, arrastrando consigo montones de desechos.

—Cuando uno baja los ojos, piensa. Pensé en Maureen. En todo lo que nos habíamos esforzado ella y yo en abandonar Inglaterra y desaparecer. Yo había conseguido desaparecer. El Nuevo Mundo, Horthy, tenía sobre todo de nuevo que en él me llamaba Marie Derlanges. Espero que Maureen también haya tenido suerte. Aunque todo sucediera por su culpa, no es una razón de peso para que la cuelguen. No sé si cuelgan por tan poca cosa, pero Maureen tenía miedo de que le ocurriese.

Marie se puso a canturrear. Marcaba el compás con la fusta, golpeando sus altas botas fuertemente acordonadas:

*Une souris noire n'avait plus que trois jours,
Une souris grise n'avait plus que deux jours,
Une souris blanche n'avait plus qu'un seul jour,
Mais quelle était donc la couleur de la souris
que ces Messieurs de Londres pendirent à l'aube du dernier jour?*

La canción, dijo Marie, parecía haber sido compuesta expresamente para Maureen —el ratón de la canción—, que se había colado en el guardarropa del teatro de Drury Lane como en un queso rico y nutritivo; por eso quizá se hallaba ahora entre rejillas, Dios sabe por cuánto tiempo.

—Debo decirle, Horty, que en aquel teatro se representaban sobre todo comedias. Las obras alegres ponen a la gente de buen humor. Al salir se empujan, se dan codazos y vuelven a repetir las frases más divertidas, tratando de imitar la voz y el tono de los actores. Recogen sus prendas en el guardarropa sin fijarse demasiado en lo que les colocan sobre los hombros, y menos aún en la forma en que se los ponen.

Maureen esperaba que se presentase una mujer voluble, con las mejillas ruborizadas por la excitación, que se riese e hiciera grandes ademanes. Cuando la ayudaba a ponerse el abrigo, Maureen deslizaba las manos por el cuello para desabrochar el cierre de su collar. La única dificultad consistía en recuperar la joya sin dejarla caer en el corpiño y sin que golpeará la garganta descubierta. Maureen era hábil. La mujer no se daba cuenta de nada, mientras Maureen se apresuraba en doblar el cuello del abrigo tras su nuca.

—Está nevando fuerte esta noche, sería una lástima que la señora se resfriara después de una velada tan magnífica.

La mujer que había sido víctima del robo volvía al día siguiente por la mañana, acompañada de su marido o de su amante. Todo el personal del teatro registraba la sala, pero, huelga decirlo, el collar no aparecía jamás: al abandonar el teatro la víspera, Maureen se lo había entregado a Marie, quien acechaba a su amiga bajo el tejadillo con una mano extendida como una mendiga que espera la última limosna de la noche.

Marie guardaba todas las joyas en una caja de galletas. Y cuando la caja estaba llena, iba a venderlas.

El mejor perista de Londres en materia de piedras y metales preciosos era originario de Zúrich. Se llamaba Herr Mattheus Schmuggler y tenía un almacén de artículos para peluquería en una callejuela detrás de los muelles de Sainte-Catherine.

A Marie le gustaba Sainte-Catherine, era una especie de pequeño lago apacible que a veces se animaba con el movimiento majestuoso de un gran velero de la ruta de las Indias. Rodeada de casas sólidas y austeras, la cuenca misma tenía un aire de

gema un poco clandestina.

Despreocupadamente, Marie bordeaba los estrechos muelles adoptando la actitud atareada de la hija de un capitán que lleva a su padre pastelitos hechos en casa. Las joyas que iba a ofrecer a Herr Schmuggler iban metidas, como habas, entre los panes aún tibios.

Por consejo de Maureen, Marie se había presentado al perista como una joven que había ido a Londres para reunirse con un hombre casado que le había asegurado que se divorciaría pronto para desposarla. Pero surgían sin cesar complicaciones que retardaban la separación legal entre aquel hombre y su mujer. Marie no lograba sobrevivir sino deshaciéndose poco a poco, a instancias de su amante, de las joyas que le regalaba para animar su paciencia.

Herr Schmuggler no se dejaba engañar por esta fábula, tanto más cuanto que las joyas que le llevaba Marie no eran del tipo que un hombre, por muy perdidamente enamorado que esté, regala a una amante tan joven; pero ese cuento permitía al perista creer que estaba ayudando a una muchacha estoica, cosa que suponía un agradable cambio respecto a los ladronzuelos tristes y mugrientos que exponían ante él sus sempiternos cargamentos de plata. Y mientras examinaba las joyas, todavía cubiertas de migas, Herr Schmuggler advertía con seriedad a Marie de la cobardía de los hombres casados a la hora de cerrar la puerta del hogar conyugal.

En resumen, se divertían juntos en el cuarto de atrás del almacén oloroso, atiborrado de lavandas y cosméticos diversos, de navajas de afeitar, de peines y esquiladoras de níquel, mintiéndose el uno al otro con una especie de connivencia afectuosa. Mientras fuera se desplegaban las velas de los clípers, lanzando a veces oleadas de luz blanca que penetraban hasta el fondo de la tienda, ellos trataban sus asuntos con el desapego afectado de dos personas de mundo que hablan de un libro que ninguna de las dos ha leído. Bastaba con que Marie afirmase tener demasiado calor y desabrochara ligeramente su corpiño para que el de Zúrich juzgase incomparables las joyas que, no obstante, acababa de devaluar.

Un miércoles al mediodía, Marie encontró la tienda cerrada. Un policía hacía guardia delante de la puerta. Le informó que Herr Schmuggler había sido detenido en las primeras horas de la mañana. El policía no dudó ni un instante de que Marie fuese, como ella afirmó sin turbarse, una aprendiz a quien su patrón había enviado a comprar un poco de esencia de gardenia para perfumar el champú.

En cuanto se enteró de lo que Marie suponía que no era más que una broma, Maureen se quedó lívida: Herr Schmuggler hablaría, y para probar que no se mezclaba en negocios sucios, que no era un perista, que sólo trataba de ayudar a las personas honorables, entregaría a Marie.

—Pero no sabe mi apellido —protestó ésta, sintiéndose a su vez contagiada por la locura de Maureen.

—Tu descripción será suficiente. La paciencia de Scotland Yard hará el resto.

Dos horas más tarde huían de Londres en el primer tren que partió de la estación

de Waterloo. Era el tren marítimo de Southampton. Desde hacía días llovía a cántaros. Las inundaciones cubrían el balasto y el tren tuvo que reducir considerablemente la velocidad. Los estribos de los vagones arrojaban a las cunetas enormes cantidades de agua.

Los asientos estaban ocupados por marinos que regresaban a sus barcos. Marie y Maureen se dieron cuenta de que eran las dos únicas mujeres en su compartimiento. Comenzaron por guardar una prudente reserva, fingiendo estar absortas en la lectura de una novela ilustrada que Maureen había robado en Waterloo. Pero la extrema lentitud del convoy favoreció el intercambio de provisiones y conversaciones, en particular sobre el *Titanic*, que debía zarpar la semana siguiente. Según algunos marinos, el capitán Smith iba a hacer todo lo posible para arrebatarse la cinta azul al *Mauretania*; otros pensaban, por el contrario, que el *Titanic* haría un viaje más lento con el fin de no maltratar, en las marejadas, los estómagos de los millonarios. Criticaron también su equipo de propulsión. ¿Por qué la turbina Parsons de baja presión sólo era utilizada para la marcha hacia delante?

Un oficial se excusó con las dos jóvenes por hablar tan desconsideradamente del navío a bordo del cual sin duda iban a trabajar. El oficial creía haber adivinado en ellas a dos representantes de esas hermosas camareras o sirvientas de comedor, que según los rumores serían más numerosas en el *Titanic* que a bordo de cualquier otro transatlántico de la ruta a Nueva York.

Maureen no vaciló: demostrando una timidez evanescente, confesó que su amiga y ella tenían la esperanza de ser contratadas en el *Titanic*, pero temían que ya fuera demasiado tarde e iban a Southampton para tratar de dar el golpe de gracia a ese sueño.

El oficial les dijo que siempre había quienes se retiraban en el último minuto. Propuso presentar a Maureen y agregó, fijando su mirada distraída en Marie:

—Usted también, miss. Pero darán prioridad a una joven inglesa, eso es lógico.

El tren llegó al fin a Southampton. El oficial invitó a Marie y a Maureen a pasar la noche en su casa. Vivía con su madre en una preciosa casa de ladrillos rosados en Lower Canal Walk, entre Town Quay y Ocean Dock. Marie pensaba que Maureen había esperado que se durmiese para irse con el oficial a su habitación. Recordaba haber oído chirriar el entablado y unas risas ahogadas. Lo cierto es que al día siguiente Maureen fue contratada como camarera supernumeraria a bordo del *Titanic*, y que no había sitio para Marie.

—No importa —dijo ésta levantando la cabeza—, me las arreglaré.

Cuando terminara la huelga de mineros y los barcos ingleses pudiesen cargar de nuevo toneladas de carbón en sus bodegas, y reanudar su ir y venir tranquilo y pesado por el Atlántico, Marie se embarcaría, también como camarera, en uno de esos navíos. Por supuesto, no cometería la estupidez de meterse en los laberintos de los

muelles para intentar perderse, con lo cual sólo lograría que la detuvieran por azar en una batida de ladrones o de prostitutas; se evadiría hacia el mar, hacia esa Norteamérica inmensa en la que, sin embargo, nunca había pensado demasiado, pero que de repente dejaba de ser un mito y se convertía para ella en el siguiente lugar que pisaría con sus botines.

Maureen cobró un adelanto que compartió con Marie e invirtió lo que le quedaba en el alquiler de un cuarto decente, donde resolvió encerrarse hasta el día del embarque.

—Siempre había sido impaciente —dijo Marie—, pero allí estaba como loca. Se negaba a que saliera a buscar algo de comer. Nos alimentamos con té azucarado. Poco le faltó para apilar sacos de arena contra la ventana a fin de protegerse de los disparos de la policía.

Con su parte, Marie compró todos los periódicos que se publicaban y los escudriñó para ver si se hablaba en alguna parte de Herr Mattheus Schmuggler y de una joven que le vendía joyas robadas. No encontró nada sobre el asunto, pero Maureen dijo que quizás era un ardid de la policía. Marie también compró una guía de Norteamérica. Como no tenía otra cosa que hacer, leyó la descripción de cada uno de los estados, con la impresión de recorrer un catálogo de artículos, todos ellos al alcance de su mano. Dudó largo rato entre establecerse en Nueva Orleans, por su música y las enormes habichuelas rojas (el régimen a base de té comenzaba a darle calambres en el estómago), o en Colorado, por los coyotes que surgían todos al mismo tiempo una mañana de primavera (también tenía un hambre violenta de luz). Una noche, cuando Maureen apagaba las lámparas para hacer creer que la alcoba estaba desocupada, Marie tomó la decisión definitiva: iría a Maine.

—¿Por qué Maine? —preguntó Maureen con suspicacia.

—Porque apagaste la luz y no veo lo suficiente para buscar otro estado —respondió Marie.

La víspera del día en que debía embarcar en el *Titanic*, Maureen sufrió una crisis de llanto. Ya no quería ir, pues temía ser reconocida por una de las mujeres a quienes había robado en el guardarropa de Drury Lane y que podía perfectamente ser una de las pasajeras del transatlántico.

Estaba trastornada. Durante la noche había tomado conciencia del peligro al que creía exponerse y había decidido regresar a Londres, donde lograría esconderse más fácilmente.

Como muchos ladrones, Maureen tenía una sangre fría extraordinaria en el momento de dar el golpe, pero después se derrumbaba y era presa de una cobardía repugnante.

Entregó las llaves del cuarto. Marie y ella se separaron en la acera rápidamente, casi como dos extrañas. Maureen se alejó sin volverse, sin siquiera agitar

furtivamente la mano.

—Bajé por High Street hasta el albergue del Lion Rouge, donde giré a la izquierda para retomar Lower Canal Walk. Encontré sin dificultad la casa del oficial. Ya no estaba allí. Pero su madre me reconoció y me invitó a entrar. Le pregunté si podría conseguir el puesto de Maureen en el *Titanic*. Dijo que sí, que probablemente si se hubiera tratado de un cambio de oficiales —alguno en lugar de su hijo, por ejemplo—, la compañía se habría negado, evidentemente. Pero, después de todo, sólo se trataba de una cuestión de camareras. Ella era bastante más baja que yo, no exactamente enana, pero casi, y sin embargo, tenía la impresión de que me miraba desde arriba. Eran algo así como las siete y media. Me pidió que la ayudara a preparar el desayuno. Se lo serví. No me ofreció nada, aunque tenía hambre. Pero fue ella quien me enseñó a partir correctamente un huevo pasado por agua.

A unas horas de la salida, las oficinas de la White Star en Southampton estaban en plena efervescencia.

El ingeniero Thomas Andrews, director técnico de los astilleros de Belfast que habían construido el barco, no paraba de pedir hombres y herramientas para solucionar los últimos problemas; a veces se trataba solamente del desagüe de una bañera, que Andrews consideraba demasiado ruidoso, pero el ingeniero daba a estos pequeños detalles la misma importancia que a las cuestiones más relevantes, como las que tenían que ver con las pruebas de la calefacción de los camarotes de segunda clase, algunos de los cuales alcanzaban temperaturas de invernadero tropical, mientras que otros hubieran podido servir de cámaras frigoríficas. Además de las exigencias legítimas de Thomas Andrews, los representantes de la compañía debían afrontar las a veces menos justificadas de los pasajeros de lujo, que ya habían llegado en el London Southwestern Railway, y canalizar el primer flujo de inmigrantes que se agolpaban en busca de un dormitorio, o de los galenos que debían practicarles el reconocimiento médico de embarque.

En medio de este desconcierto general, la propuesta que hizo Marie de embarcarse en lugar de Maureen fue considerada más un acto de buena voluntad que una complicación. Reemplazar a una joven camarera por otra sólo ocasionó algunos errores en los registros. La asignación de servicio, uniforme, camarote y refectorio no sufriría cambio alguno.

Al salir de las oficinas, Marie se dirigió hacia los muelles. Vio el *Titanic*. Era gigantesco, pero menos rutilante de lo que había imaginado. Un polvo de hollín arrastrado por el viento, mezclado con la lluvia fina y penetrante que comenzó a caer, hacía rodar unos arroyuelos negros y pegajosos sobre las superestructuras blancas. Marineros provistos de escobas trataban de limpiar el barco a medida que esto sucedía, pero era evidente que esa especie de lagrimeo lodoso terminaría por triunfar. Se necesitarían, sin duda, las grandes olas del Atlántico para devolver al navío su

aspecto imaculado. Por el momento, más parecía una desmesurada pieza de calderería, aún humeante por la cocción de los hornos, que se hubiera colocado al fondo del patio de una fábrica, donde no estorbase demasiado. Marie se rió sola al pensar que habitaría esa enormidad para jugar cada mañana con frágiles y pequeñas cascaras de huevos pasados por agua.

Se dijo que, indudablemente, no existía en el mundo nada más opuesto que el *Titanic* y un huevo pasado por agua.

Algunos días después, a bordo de la chalupa que se alejaba del paquebote resquebrajado, se había acordado repentinamente de haber tenido este pensamiento.

Marie regresó al cuarto donde Maureen y ella habían permanecido enclaustradas casi una semana calculando las posibilidades de escapar de la policía e inundándose el estómago con té azucarado. Pero la dueña ya había encontrado a quien alquilárselo, una familia de emigrantes serbocroatas. Y durante todo el día, en todos los sitios donde se presentó, siempre chocó con el letrero «*no vacancies*». Eran un poco más de las siete de la tarde cuando decidió, sin mucha convicción, probar suerte en el hotel de la Rada de Spithead.

—Jamás me había acercado a un hombre como usted, Horty. Tan mayor sí, y hasta más, pero no tan tosco, eso es lo que quiero decir. Sin duda usted había adivinado que Maureen y yo hacíamos algo más que vender barquillos en Dieppe. Los hombres se aburren con los baños de mar. Se empapan por la mañana, beben uno o dos oportos para calentarse, pero ¿qué cree que hacen por la tarde?

»Maureen se encargaba de todo, del precio de la visita, del tiempo que debía durar, de las especialidades con las que yo estaba de acuerdo. A la hora de la verdad estaba de acuerdo con casi todo, siempre y cuando el hombre fuese limpio y tuviera un poco de porte. Pero casi todos los ingleses tienen ese porte en el que yo pienso. Ésa era la razón por la que enviaba a Maureen a buscar a alguien para mí, porque casi siempre me traía ingleses.

»Al verlo descender por la escalera, pensé que usted me permitiría ocupar el cuarto, pero con la condición de compartirlo conmigo y de hacerme el amor. Por eso me vi forzada a estornudar. Es un truco que ya empleaba en Dieppe, cuando Maureen me llevaba a un inglés a quien no tenía ganas de besar. El cliente cree que una está resfriada, entonces vuelve la cara o la hunde en la almohada, y al fin te deja la boca tranquila.

»¿Por qué no me tocó cuando subimos a ver la habitación? Yo lo miraba ir y venir, hacer, con sus enormes brazos y sus gruesas manos, ademanes torpes que no conducían a nada, y hablar de una levita. Usted con una levita. ¡Dios mío, me puse a estornudar de nuevo para no estallar de risa! ¿Se aprovecharía de esa historia de la levita para desvestirse, y entonces saltar sobre mí? Cualquiera otro hombre lo hubiese hecho, Horty. No nos dijimos nada allí arriba, pero era un acuerdo tácito, me parece.

En lugar de eso gruñó diciendo que, a fin de cuentas, no tenía el más mínimo deseo de ponerse esa levita.

»Yo pensé que preferiría hacer el amor por la noche. Eso me convenía bastante: estaba muerta de hambre. ¿Cómo se llamaba ese bodegón infame adonde por fin fuimos a parar? Ah sí, el Calcuta. Entonces, en el Calcuta, me pinté los labios. A los hombres les gustan las bocas rojas. Pero a usted no. Bueno, me lavé la cara. Tanta docilidad, Horty, ¿no le bastó para entender?

»Cuando me vendó los ojos, y luego me ató las manos, me dije que al fin comenzaba a divertirse. Pero usted estaba serio. Sólo he conocido a un hombre tan serio como usted. Mi padre. Por eso me dormí casi de inmediato: me convertí en una niña, tuve miedo de algo, de una tontería, de una araña o de la sombra de una rama; mi padre me hubiera cogido en brazos y me habría acostado en su cama, a su lado. Cualquiera otro padre, supongo, se habría burlado de mis temores, pero el mío jamás. Ni usted tampoco.

»En el momento de cerrar los ojos y sumirme en el sueño, debí de experimentar por usted algo muy fuerte. Amor tal vez; bueno, casi.

»¿Me miró cuando dormía? Al día siguiente, muy temprano, yo lo miré durante largo tiempo. Pero usted ya no me hacía pensar en mi padre. Ya no lo veía serio ni grave. Y sobre todo, ya no tenía miedo. Había pasado una buena noche. Tenía ganas de que las horas pasaran y de embarcarme al fin, de que zarpase el barco y comenzara otra cosa.

»Sin embargo, cuando le llevé la bandeja aún habría aceptado hacer el amor con usted si me lo hubiese pedido. Lo sé, no teníamos mucho tiempo, pero estoy segura de que usted lo hace más bien rápido. Yo también soy rápida, la costumbre de Dieppe. Me parece que le di una pista al hablarle de que me castigara. ¿No era ésa la palabra necesaria para excitar un poco a un hombre que me había vendado los ojos y atado las manos? Pero usted no es perverso, Horty. En verdad, no sé qué es usted, ni quién es.

»Mi trabajo en el *Titanic* no era demasiado duro, así que tuve tiempo de pensar en usted. Incluso durante el naufragio, en determinado momento en que creí que no saldría, porque me daba de frente contra puertas cerradas y ya había demasiada agua en la crujía donde me debatía, pensé en usted diciéndome: ¿qué haría por mí si estuviera a mi lado?

»Después, evidentemente, tuve otros problemas. Lo olvidé. Sin embargo, cuando veía a un hombre a la vez inmenso y un poco cargado de espaldas, un hombre fuerte con manos gigantescas y cansadas... hay muchos hombres así en algunos barrios de Nueva York, sobre todo cerca del mar y de los ríos, muchos de ellos son negros, pero, ¿qué cambia eso?, me acordaba aún un poco de usted. Pero ya no lograba recordar su apellido.

»El primer mes allí fue más bien duro. Dormía en una barraca vacía que iba a ser demolida. Estaba en un descampado en pendiente, más arriba del East River. El

cochero de un simón que daba vueltas alrededor de Central Park y que atendía la salida de los teatros de Broadway llevaba su caballo a ese descampado y lo dejaba pastar allí toda la noche. Estábamos en verano y la hierba se había secado, pero el caballo era viejo y aparentemente eso le bastaba para vivir. Convencí al cochero de que me llevara a Broadway con él. Quería hacer lo mismo que Maureen, robar algunas joyas a las mujeres que salían riendo de los teatros. Pero no era tan fácil. Sólo logré robar algunos pendientes, arrancándolos. Y como jamás conseguía la pareja, venderlos se convertía en toda una odisea. Me rendí. Además, el viejo caballo murió y el cochero dejó de ir al descampado.

»Para mí, nada de eso era aún Norteamérica. Había decidido que estaría en Norteamérica cuando llegase al estado de Maine. Pero no es tan fácil llegar hasta Maine. Se necesita dinero. Lo gané como pude, es decir, como sabía. Pero Maureen no estaba allí para arreglarlo todo por adelantado, y más de una vez me corrieron.

»Buscaba a mis clientes en el vestíbulo de los hoteles. No tenía sentido llevar a un hombre hasta el descampado mientras en esos grandes hoteles había tantas habitaciones como uno quisiera, y todas, además, con cuarto de baño. Fue en uno de esos hoteles donde encontré a Camille. Se acordaba de haberme visto en el *Titanic*. Me invitó a cenar. El hombre con quien viajaba, Duncan, creo, se había ahogado en el naufragio. Ahora vivía con Cheapman, también del *Titanic*, quien había tenido la suerte de salvarse. Al separar a centenares y centenares de parejas, la catástrofe formó otras, más bien curiosas, como esos recortes que permiten a los niños construir animales con cuerpo de cocodrilo y cuello de jirafa. Algo así como el diluvio, Horty, que le permitió a Dios rehacer el mundo, que le había salido mal la primera vez.

»Antes del otoño, Cheapman iba a desposar a Camille. Aquello me hizo reír. Ella quiso saber por qué. Le dije que Cheapman era un bribón. Me preguntó qué creía ser yo y qué idea tenía de lo que era ella.

Cheapman se reunió con las dos mujeres a la hora del postre. Fue gracioso sin caer jamás en la vulgaridad y se mostró extremadamente cortés con Marie, llegando a ofrecerle una rosa. Tal vez obraba así para borrar la despreciable actitud que había tenido en el hotel de la Rada de Spithead.

Al evocar Marie su lúgubre vivienda más arriba del East River, Cheapman insistió en que aceptara instalarse en la suite que Camille y él ocupaban en el hotel. Y, puesto que ése había sido su empleo a bordo del *Titanic*, propuso que les hiciese de camarera, pues las del hotel no acababan de gustarle.

Así había entrado Marie en la vida de Franck W. Cheapman y de la mujer vestida de verde almendra, que se convirtió en mistress Camille Cheapman en septiembre, en la pequeña iglesia de St. Mark's-in-the-Bouwerie.

Mister Cheapman consideraba que, así como un jinete que ha caído del caballo debe inmediatamente montar de nuevo, la misma obstinación valerosa es válida para

los náufragos. Reservó entonces dos camarotes en un paquebote con destino a Liverpool, y llevó a su esposa y a su camarera en viaje de bodas a Europa. La travesía fue tanto más agradable cuanto que los oficiales del transatlántico, al saber que Marie y los Cheapman habían sido rescatados del *Titanic*, hicieron todo lo posible para que el recuerdo de esta navegación borrara el anterior.

Con la luz de octubre, Inglaterra tenía un color rojizo evanescente. Por todas partes se veían jinetes que saltaban los setos, zorros que huían perseguidos por los perros. Cerca de Chipping Campden, en los Costwolds, Cheapman compró para Camille una minúscula casa de campo de piedra clara. Sin duda, la mujer de verde almendra sólo iría allí en contadas ocasiones, pero el gesto de Cheapman le pareció a Marie muy generoso y digno de un enamorado.

Marie hubiera querido tener noticias de Maureen, pero era evidente que los periódicos ya no hablaban de ella, si es que alguna vez habían hablado, y no se atrevía a dirigirse a las autoridades. ¿Quién sabe si no tenían aún su retrato robot, Marie dibujada según las indicaciones de Herr Mattheus Schmuggler, pegado en las paredes de las comisarías de policía? Había cambiado de apellido, pero conservaba su rostro de ángel, no un ángel afligido como se ve en algunos cuadros religiosos, sino un ángel alegremente pagano, con la boca hambrienta siempre entreabierta dejando ver sus pequeños caninos brillantes y, aunque cortos, singularmente puntiagudos, con tendencia a curvarse un poco, como los de los gatos.

Se sintió aliviada cuando Camille decidió que ya habían visto bastante de Inglaterra. Sobre los Costwolds, el viento del oeste reunía las nubes que llegaban de Irlanda, el otoño era brumoso y ahora llovía con una regularidad desesperante. Era necesario pasar a Francia, donde debía de hacer mejor tiempo.

—Entramos por Boulogne, donde Camille vio de inmediato sus carteles. Le suplicó a Cheapman que nos llevara al espectáculo bajo la carpa: «Oír hablar del *Titanic* a alguien que no se encontraba allí, ¡debe de ser algo ridículo! Yo conocí a ese hombre, pero según entendí era un estibador o un proveedor. Ignoraba que fuera payaso, en fin, una especie de payaso al revés, que cuenta historias tristes.»

»Cuando usted salió al escenario con esa gran foto, Cheapman y su mujer me miraron. Pero no dijeron nada. Usted comenzó a contar nuestra noche, nuestro amor en Southampton, y lo escuché apasionadamente, olvidando que se trataba de usted y de mí. Pero también es verdad que no éramos usted y yo.

»¿Quién era ese hombre tan atrevido que suponía haberme hecho gritar de felicidad? ¿Quién era esa chiquilla de blanco y negro, a la vez asustada y salvaje, cuya intimidación penetró hasta el punto de describir sus más secretos perfumes?

»No sé si hubiera sido capaz de ejecutar las caricias que usted me adjudica. No soy mojígata, creo que eso ya lo ha entendido, pero jamás tuve la suerte de encontrar a un hombre que me dedicara toda una noche. Siempre me sentí apremiada para complacer a amantes apurados. En tales casos, la imaginación se deja sobre la mesilla de noche, al lado del reloj de oro del señor.

»Horty, yo no le guardo rencor por esa historia. Aun cuando el amor de una muchacha como yo por un hombre como usted me parece difícilmente sostenible, me conmueve pensar que usted me haya creído capaz de ello. Maureen pensaba que nosotras estábamos excluidas para siempre de este género de sentimientos. Lo cierto es que sólo he sentido ternura de verdad hacia ella, pese a que no era muy hermosa ni especialmente dulce. A veces se mostraba violenta y casi siempre huraña; se sentaba en un rincón a mirar pasar la gente y criticaba todo lo que le parecía desagradable.

»Si la han atrapado y juzgado, estoy segura de que habrá recibido la máxima pena: es incapaz de emocionar a nadie, salvo a mí. Le apuesto que, para comparecer en el juicio, se puso ese horrible vestido pardusco que no le sienta nada bien y que la hace parecer una vieja monja enferma. Nadie habita en el cielo azul, Horty, pero la vida abunda en el agua putrefacta de los estanques. A los seis o siete años caí en una charca, y cuando mi padre me sacó, una cantidad increíble de animalitos se arrastraban y brincaban por todo mi cuerpo. A todos les daba asco ver bullir esos bichos sobre mi piel clara, pero yo los miraba con fascinación. Cuando conocí a Maureen, y ese día llevaba la famosa bata pardusca, recordé los bichos y tuve deseos de sentir sus manos sobre mí.

»Usted se ha detenido en mitad de una frase, pero eso qué importa, uno hace lo que quiere con una historia inventada; durante mis tres noches en el *Titanic* leí novelas que no tenían fin y otras cuyo fin estaba ya en el comienzo, y tanto unas como otras me impidieron pensar en el balanceo del barco, en el frío cada vez más intenso; eso era todo lo que pedía a esos pobres libros. Entonces abandonamos la carpa. Franck Cheapman aprovechó los empujones para apretarse contra mí de una forma que no dejaba dudas sobre lo que tenía en la cabeza. Estaba sudoroso como todo el mundo esa noche, y se apretaba tanto contra mí que su camisa mojada empapó mi corpiño. Me susurró: “¿Así que su verdadero apellido no es Derlanges? ¡Y todo lo que le hizo a ese pobre viejo, y todo lo que él le hizo a usted! Si no adoptara ese aire doloroso para contarlo, sería más repugnante que otra cosa. Pues bien, querida, bajo su apariencia de niña juiciosa...” Se echó a reír. Camille y él se alejaron, sin preocuparse más de mí. Pensaban que habían perdido a su camarera, persuadidos de que correría a su encuentro.

»¿Por qué habría de hacerlo? Caminaba en medio de toda esa gente trastornada por su historia, tanto que nadie se volvió para mirarme, ni uno solo de ellos me reconoció. ¡Estuvo usted tan convincente! Gracias por eso, Horty: la camarera del *Titanic* estaba completamente muerta, cada noche usted la ahogaba un poco más, había convertido la desaparición de Marie Diotret en algo mucho más cierto de lo que yo había logrado al cambiar de apellido.

Se calló un instante, desenredando un largo mechón de cabellos rubios, llevándoselo hasta la boca y divirtiéndose en alisarlo con la punta de la lengua. De

repente dijo con la misma voz ronca que delante de la puerta cerrada del hotel de Southampton, aquella voz que no le gustaba a Horty:

—Pero está la cuestión del dinero. Usted ha ganado bastante. Yo no tengo nada. Así que usted va a darme lo necesario para regresar a Norteamérica. Pero no entre el equipaje de los Cheapman. Esta vez tengo que llegar a Maine, adonde ellos no irán nunca. Necesitan grandes ciudades llenas de palacios con jugadores de cartas. No hay nada de eso allí arriba. La gente de Maine no derrocha sus dólares en el póquer. Están casi todo el día fuera, en los barcos o a caballo. ¿Ha visto qué bien monto ahora? Comencé en Inglaterra. Aquí, en la ciudad, monto a mujeriegas para cuidar mis vestidos, pero cuando esté en Maine no me importará estropear la ropa, entonces cabalgaré como los hombres. Me respetarán. Y yo también me respetaré.

»Aprenderé a nadar. Las orillas del Maine están bordeadas de numerosas playas desiertas. Sin contar todos los lagos donde no hay nadie alrededor. Allí me bañaré desnuda. No perderé el tiempo en cepillarme día y noche los cabellos. Y cuando haga frío en invierno, tendré que cargar la leña, ¡imagine en qué estado se pondrán mis manos y mis uñas! Tanto peor, o tanto mejor, pues no tengo interés en casarme, porque soy hermosa. Y si el hombre que me quiere no lo es, no me importará. Maine debe de ser lo suficientemente espléndido por sí mismo como para que todo lo demás no tenga mayor importancia.

»¿Cuánto puede darme, Horty? Necesito el máximo. En tres días, un paquebote de la Norddeutscher procedente de Bremen atracará en El Havre para embarcar emigrantes. Quiero tomarlo. Esto es lo que me hace falta a la mayor brevedad posible: lo necesario para comprarme el pasaje en ese barco alemán, y un caballo al llegar a Maine.

»Si no me da dinero, iré a los periódicos y revelaré el secreto. Diré que ha mentido. Que dormí a su lado, pero completamente vestida. Que jamás habría aceptado que me tocara, porque usted no es más que un viejo sucio y vulgar. Dios mío, Horty, si además es la verdad. Basta con mirarlo cuando su figura ya no está tan hábilmente suavizada por las luces de los teatros. La gente se pondrá furiosa con usted, sobre todo aquellos a quienes casi logró hacer llorar con sus mentiras. No se debe decepcionar a nadie después de haberlo emocionado, se lo dice una muchacha fácil. Aun por la mañana, cuando una ve al hombre saltando sobre uno y otro pie para subirse torpemente el pantalón y tratar de meter su camisa, no debe reírse, es necesario continuar haciendo el papel de enamorada hasta que haya cerrado la puerta, no sólo la de la alcoba, sino también la de afuera, porque mientras el hombre no haya vuelto a caminar por las calles, queda un cliente que aún puede subir a humillarte o a hacerte daño.

»Deme el dinero de nuestra historia, Horty.

»Pero yo no soy una ladrona; bueno, no siempre. Tengo algo a cambio para usted.

En la villa con vistas al mar que Franck y Camille Cheapman habían alquilado en la Ville-Haute, Marie haría vivir a Horty, esa misma noche, todo lo que no había podido vivir en el cuarto veintiocho del hotel de la Rada de Spithead.

Ella había asistido a cinco o seis de las representaciones que Horty había dado en el Gran Teatro. Conocía, pues, de memoria las palabras exactas que debería pronunciar, las caricias magníficas y desconcertantes que debería permitirle para respetar palabra por palabra la historia que había inventado. No cometería ni un solo error. Jamás un hombre habría pagado tanto para obtener el amor, pero tampoco Marie se habría entregado nunca tanto.

—Supongo que cualquiera en mi lugar lo detestaría por lo que ha hecho. Por la imagen que ha dado de mí. Creo que los tribunales son competentes para tratar esta clase de asuntos. Era la idea de Cheapman: «Consigue un abogado, pequeña, ataca a Horty, sácale todo el dinero que puedas, está a tu merced, hay miles de testigos...» Pero no tengo tiempo y podría ser peligroso para mí. Sin embargo, dudé: no sólo los tribunales pueden castigar; por eso, la primera noche en la plaza, delante del teatro, estuve a punto de descender del caballo y avanzar hacia usted. Un latigazo, uno o dos escupitajos tal vez. Pero para herir, para humillar, es necesario despreciar. Lo he intentado, Horty, pero no puedo despreciarlo. Es por la historia. Por la forma de contarla, de mirar mi foto, de acariciar con sus manos mi figura inmóvil y pegada sobre una tabla. Es como si me hubiese amado de verdad.

Él callaba. Bajaba la cabeza. Pero cuando dijo que pensaba que la había amado, levantó el rostro y se atrevió a mirarla, porque era la verdad. Entonces ella se rió, estaba trastornada.

—No sé si algún hombre en Maine logrará amarme tanto. Perdón por haber dicho que usted no era guapo. En verdad no lo es. Pero, después de todo, no le doy ninguna importancia a eso. Le daré amor sin amarlo; no me pida lo imposible, pero haré como si tal. Venga a la villa. Seré yo, quizá, quien sienta más placer. Soy una muchacha sucia, Horty. Hago el amor con cualquiera.

Y como aún existía en ella, sin embargo, esa ingenuidad infantil, la misma que la conducía hacia el estado de Maine con sus barcos de caoba, su población de ruiseñores y de novios no muy exigentes, le dijo a Horty:

—Vamos, me dará el dinero mañana, tengo confianza en usted. Esté en la villa dentro de una hora, el tiempo que necesito para arreglarme como en Southampton.

Cuando se quedó solo, Horty reflexionó en todo lo que acababa de contarle Marie.

Para comenzar, volvió a encender la lámpara que había apagado el viento que entraba por la puerta, ¿o sería la ráfaga producida por la gran capa de amazona en la que bruscamente se había envuelto Marie mientras se precipitaba hacia el corredor de los camerinos? Volvió a colocar en orden los pequeños tarros de afeites que ella había

abierto y probado mientras hablaba, metiendo los dedos dentro y limpiándoselos en el espejo, donde ahora aparecían rastros como de sangre seca. Recogió del suelo uno o dos bigotes postizos con los que ella había jugado, colocándolos sobre sus cejas para ofrecer un aspecto hirsuto. «Así es usted, Horty», había dicho riendo. Porque en el fondo, aunque hubiese hablado de cosas serias, se había reído a menudo. «Es tan joven», pensó él. Se percató también de que había olvidado un guante. Trató de ponérselo, pero el guante era demasiado estrecho para sus manos deformes. Una etiqueta en el dobladillo especificaba que había sido hecho en Norteamérica. Acercó el guante a su cara y lo aspiró. Olía a caballo. Ése era quizás el olor dominante en Norteamérica.

Y bien, ya lo había puesto todo en orden, ya podía irse, abandonar para siempre el camerino y el teatro.

Le era indiferente que Marie fuese cómplice de una ladrona, y ella misma también una ladrona, una prostituta. Todo el mundo era un poco así. Él también era así. Durante cincuenta y dos años debía de haber robado bastantes cosas a mucha gente, no joyas, naturalmente, pero con seguridad instantes de alegría. Cada vez que le había dicho no a Zoé, no compres esto o aquello, no vayas aquí o allí, le había robado alegría. Y Zoé, que también sabía decir no, se la había robado de la misma forma. Y los dos, juntos, habían tenido el mismo comportamiento de ladrones de alegría frente a todos los que les pedían un favor, un poco de su tiempo, ir un momento a su casa para compartir una fiesta o una tristeza.

«Inocencia» era una palabra que se oía y se veía por todas partes, pero que no describía nada real, era sólo una hermosa suposición que los hombres fabricaban esperando que tal vez un día se volviera realidad, como creer que había otros seres vivos en las estrellas, más avanzados que ellos, más justos también, que llegarían a bordo de cohetes gigantescos a explicarles lo que no comprendían. Entonces, si no había inocentes, tampoco había culpables, no había más que un hervidero de seres más o menos peligrosos que se hacían sufrir los unos a los otros por distintos medios. El sufrimiento era la única moneda verdadera de trueque entre los hombres. A diferencia del dinero, todos eran al menos ricos en sufrimiento, y vivir consistía sencillamente en medir a cada instante si el dolor que uno imponía o que uno sufría era soportable o no. A decir verdad, nadie sabía nada.

Horty siempre había pensado así, no condenaba a nadie, pero tampoco lo absolvía. Como un hombre apoyado en el parapeto de un puente, miraba a los de su calle, a los de su casta y su tiempo, correr borboteando desde su fuente hasta su desembocadura. Permanecía en silencio y con los ojos entornados. Esa noche se sentía fuerte y feliz porque no estaba obligado a juzgar a Marie.

Atravesó el teatro y salió. Fuera, la tempestad le cortó la respiración.

Era una tempestad fría, que descubría las estrellas en lugar de ocultarlas. Sólo el viento circulaba allá arriba. No había ni una nube. Sobre la ciudad corría como un soplo de cristal, desencadenando un largo mugido continuo en las avenidas orientadas hacia el océano. La luna llena tenía una blancura helada de sábana arrugada, opaca, con sombras grises y sin brillo que revelaban su verdadera identidad de guijarro muerto.

En la rada, crecido por la marejada negra que se desencadenaba mar adentro, el océano se alzaba en planchas cortas que rompían con estallidos secos, con crujidos de árbol talado. La espuma, que generalmente se esparcía por el aire, aquella noche quedaba adherida en la cresta de las olas y se hundía con ellas. La atmósfera huía horizontalmente, como para agotar con su aire respirable el espacio comprendido entre mar y cielo, dando a Horthy la sensación de que iba a ahogarse.

En los barcos, las portillas, generalmente oscuras a esta hora —las de los camarotes de los fogoneros y los pañoleros que coronaban la línea de flotación— estaban todas iluminadas. Los hombres se levantaban y se vestían de prisa, inquietos por esa agitación que acababa de sacudirlos hasta el fondo del puerto, que empujaba sus navíos y los golpeaba contra las boyas o los muelles donde estaban amarrados. Los silbatos de los lugartenientes indicaban que se reforzasen los cabos más gruesos. A una embarcación de cabotaje se le había roto la cadena del ancla y estaba a la deriva. Aferrados a las barandillas de las pasarelas, los oficiales de los otros barcos le hacían señas desesperadas, ordenándole que se alejara. Pero el pequeño carguero, aparentemente incapaz de maniobrar para recuperar el control, se contentaba con hacer aullar la sirena. La falta de presión hizo que ésta se callase después de un grito ronco y hasta los faroles de la embarcación, perdiendo poco a poco su brillo, se extinguieron. La presencia del pequeño barco sólo se detectaba ya por la franja de espuma pálida que crepitaba a su alrededor cuando las olas lo golpeaban, y por los gritos espantados de los doce hombres que lo ocupaban.

No llovía, y sin embargo, Horthy estaba empapado antes de haber recorrido cien metros. Dio la espalda a las ráfagas como si fuera una vela y, acoplando su esfuerzo al ritmo de las sacudidas del viento, se dejó empujar hacia delante.

Era el único que caminaba por la ciudad.

Hasta los faroles rojos de la calle Solidor estaban apagados. Con semejante tiempo, no se esperaba a nadie en las casas. Las muchachas habían aprovechado la circunstancia del tornado para acostarse temprano, pero aún se veían, a la altura de los desvanes, algunos rayos de luz que se filtraban a través de los postigos entrecerrados sobre las ventanas enrejadas: tendidas de dos en dos o de tres en tres en la misma cama, leían, preparaban maquillaje con negro de humo, zurcían las largas tiras de tul que les servían de batas.

Zeppe se había instalado en la pensión de los Dos Hipocampos, el único establecimiento de la calle que no se anunciaba como casa de citas, y si lo era, las cosas se desarrollaban con la suficiente discreción como para que se pudiera dormir sin ser molestado por carreras de pies descalzos, risas ahogadas, ruidos de bacinillas que se llenaban y luego se vaciaban.

La tos fatigosa que continuaba sacudiéndolo, hasta el punto de que comenzaba a preguntarse si sería capaz de soportar el largo viaje hasta Venecia, lo obligaba a contabilizar los minutos de sueño que lograba atrapar con tanta parsimonia como la que ponía en administrar su pequeña fortuna.

Cuando Horty entró en su cuarto, Zeppe estaba calentando un poco de agua para hacer unas inhalaciones de saúco y adormidera.

—No estoy bien, Horty, nada bien. Creo que lo mejor sería que fuera a buscar un médico.

—Hay tempestad, Zeppe, ningún médico saldrá esta noche por un acceso de tos.

—No hago más que toser, me ahogo. Siempre tuve miedo de morir durante un viaje, solo en un hotel, y siento que eso es lo que me va a suceder.

Horty lo miró con compasión. Zeppe aún no lo sabía, pero era la última vez que se verían. Y, en este último encuentro, Horty iba a decir y hacer cosas que no le dejarían un buen recuerdo de él. Era una lástima, porque Zeppe no se había portado tan mal. Siempre había velado para que a Horty no le faltase vino. Pero esta noche no sentía la necesidad de emborracharse.

—Deme el dinero —dijo Horty.

Zeppe tiritó, cruzando sobre su cuerpo enflaquecido la camisa demasiado corta con la que se había abrigado:

—¿Qué dinero?

—El que usted tiene. Todo lo que le queda.

—No tiene gracia —dijo Zeppe.

Se había colocado ya una gran toalla sobre la cabeza para evitar que el vapor de las inhalaciones se dispersara, y estaba a punto de desmenuzar unas hojas aromáticas en el tazón de agua hirviendo. De repente tenía el aspecto de una vieja, y aquello afligió al estibador.

—No me gusta hacer esto —le dijo Horty—, pero necesito la mayor cantidad de dinero posible. Un pasaje para Norteamérica, y un caballo capaz de galopar hasta Maine cuestan bastante.

El discurso de Horty estaba tan desprovisto de sentido que, paradójicamente, Zeppe comprendió que no bromeaba.

Observó con excesiva atención la caída de los trozos de las plantas en el fondo de la taza. No se atrevía a mirar a Horty de frente, por temor a cruzarse con una mirada indiferente a todo lo que pudiera decir.

—Es para Marie —agregó dulcemente Horty.

Entonces Zeppe gritó:

—Marie está muerta. Si hay un fantasma, es Zoé quien lo manipula. Y Zoé tiene dinero, todo el dinero al que usted ha renunciado. ¿Quiere saber cuánto? Tengo las cuentas, conmigo todo es correcto, ¿qué se cree?

—Zeppe —suplicó Horty—, necesito que se dé prisa en darme el dinero que tiene aquí. No sé cuánto tiempo me costará subir hasta esa villa donde ella me espera, me parece que está lejos de aquí y hay tempestad. Ella me lo ha advertido, estaremos juntos hasta que suenen las sirenas de las cinco y media, no más tarde; debe huir antes de que regresen los Cheapman, que ahora están entretenidos en una partida de cartas que los retendrá hasta el amanecer. Todo el tiempo que me haga perder ahora, está perdido para siempre.

Zeppe se sentó sobre su cama desordenada. Colocó la cabeza entre sus manos y se quedó así, bajo la toalla cuyas hilachas caían ridículamente sobre su cara, temblando de fiebre, de miedo, y consciente de su cobardía; pero ¿qué podía hacer? Un hombre que se había dejado despedir por unas Amazonas no podía cerrar los puños bruscamente y levantarse para plantar cara a alguien con una apariencia tan terrible como la del estibador.

—El dinero —repitió Horty—. Y me detendré en la casa de un médico. Le pediré que venga a verlo.

—Usted dijo que no vendría —susurró Zeppe entre sus manos, cerradas.

—Le diré que Giuseppe Brassatto, el célebre organizador de espectáculos, vomita sangre. Es distinto que toser.

—Cállese —balbuceó Zeppe mientras cruzaba los dedos para conjurar la desgracia.

Por encima de todo temía escupir sangre. Examinaba sus expectoraciones con una atención aún más celosa que la que ponía en contar y recontar incansablemente el dinero. Pensaba que nadie podía comprender su angustia allí, tan lejos de Venecia. Pero le emocionaba, a pesar de todo, que Horty hubiese tenido la idea de presentarlo como un «célebre organizador de espectáculos». Era un excelente encabezamiento para una tarjeta de presentación, tendría que hacerla imprimir, con ese título en la esquina superior izquierda, cuando al fin llegara a su casa. Agregaría tal vez «internacional» al «célebre», porque, desde Marco Polo, sus conciudadanos eran sensibles a todos aquellos que partían como miserables y regresaban a la ciudad aureolados por la gloria extranjera.

Entonces dijo que el dinero estaba en un sobre al pie del armario, debajo de un trapo multicolor que hacía las veces de alfombra.

Horty rasgó febrilmente el sobre y contó los billetes. Había unos cincuenta de los grandes. ¿Sería suficiente para el paquebote de la Norddeutscher y para el caballo que llevaría a Marie de Nueva York al estado de Maine?

Si eso no bastaba, iría a buscar el resto a casa de Zoé. Marie había dicho que

podía esperar hasta el día siguiente. Pero no quería presentarse esta noche con las manos vacías. Mientras ella se embellecía, él la hacía rica y libre. En este canje había algo de justicia, casi de armonía, que le agradaba.

—Adiós, Zeppe. La gran foto se quedó en el escenario, encárguese de recogerla. Usted no se la llevará a Venecia, así que lo mejor será quemarla. Pero no la deje en el teatro, alguien terminaría por dibujarle bigotes o qué sé yo.

No lo dijo, pero recordaba lo que Sciarfoni había hecho con el primer retrato de Marie. Aunque estaba un poco borrosa, la ampliación podía, por las mismas razones, tentar a uno u otro de esos hombres furtivos, la mayoría antiguos marinos, que se contrataban en el teatro para manejar los cables que hacen subir y bajar las telas pintadas de los decorados.

—Sacrilégio, sí —dijo Zeppe, escondiendo de nuevo la cara entre las manos.

Pero, al decir eso, pensaba tal vez menos en la foto que había que quemar que en los gruesos dedos de Horty, que no dejaban de manosear el fajo de billetes. A pesar de los meses de vida en común, los dos hombres se habían confiado poco uno a otro, y se despidieron con un malentendido más.

En la acera, Horty levantó los ojos hacia la fachada de la pensión de los Dos Hipocampos. Reconoció, perfilándose contra la cortina, la sombra de Zeppe que se ponía el traje rojo, probablemente para honrar al médico que iba a desafiar la tempestad para ir a tranquilizarlo, si es que Horty se detenía en casa de un médico para llamar a su puerta. Pero Zeppe parecía creer que Horty haría eso por él y, en efecto, bastó esa confianza más que cualquier otro argumento para convencer al estibador de perder algunos minutos de una noche tan importante: en la esquina de la calle de Las Lices despertó al doctor Burel y esperó bajo su ventana mientras rezongaba, se vestía y su silueta resignada desaparecía en la oscuridad.

Luchando contra el viento, que esta vez le daba de frente, el estibador tomó la calle de La Grotte-de-Fingal, que conducía a las avenidas más amplias de la Ville-Haute.

Cuando miró hacia el mar, vio que la embarcación de cabotaje que estaba hacía poco a la deriva había terminado por encallar en la Marguette, un banco de arena del que se salía fácilmente con la mar en calma. Pero esa noche la varadura debía de haber sido de una violencia mortal. El barco se había quebrado y perdía la carga. Desde tan lejos era imposible adivinar de qué se trataba. Pero por su manera de flotar sobre el agua, Horty creyó identificar sacos de cereales, y más bien de avena que de trigo. Como siempre, la corriente dominante se llevaba aquellos sacos —o en cualquier caso los bultos que parecían sacos— hacia el puerto de las mujeres. Si los gendarmes no lo impedían, la marea arrastraría bastantes a la mañana siguiente, con el reflujo.

Generalmente, las mujeres lograban sin mucha dificultad que los paquetes

mojados se deslizaran sobre las algas y la arena húmeda, pero llevarlos hasta la parte alta de la caleta era otro asunto. Así que muy a menudo permanecían allí, charlando sentadas sobre sus presas, esperando la ayuda de los hombres.

Horty tal vez iría a arrimar el hombro. Sería una señal evidente para todo el mundo en la Ville-Basse de que deseaba regresar con Zoé.

Se acercaría por el camino de la playa y aparecería delante de Zoé un poco como si saliese del mar. Sería en pleno día, ya no quedaría nada de la noche, que desde el comienzo, ya fuera porque contase la historia o porque la viviera como iba a hacerlo ahora, pertenecía a Marie.

Al reconocerlo, Zoé se levantaría bruscamente, sacudiría los cabellos y se alejaría unos pasos con rabia; podía imaginar todo eso por anticipado. Era encantadora cuando se ponía así; entre furia y enojo, hinchaba la boca. Probablemente le gritaría que se fuera al diablo, que se había pasado meses sin él y que se sentía lo bastante fuerte para seguir así indefinidamente.

Entonces, las otras mujeres se levantarían a su vez para rodear con sus brazos negros los hombros de Zoé, llevarla aparte y cuchichearle palabras razonables. En la calle de La Villemarqué no gustaban de los dramas; hasta las mujeres piadosas fruncían el entrecejo en las ceremonias desgarradoras del Viernes Santo, en tanto que centenares de ellas hacían crujir las sedas en la nave de Saint-André el domingo de Pascua o la víspera de Navidad.

—Acéptalo de nuevo, Zoé. No se rechaza a un hombre que viene de tan lejos.

—¿De tan lejos? ¡De los brazos de una muchacha! No necesito que se acerque, desde aquí huelo que apesta a amor.

—El olor del amor por lo menos se va, no es como el de la muerte.

—No quiero que me hable de ella.

—Se callará, no es un charlatán, lo sabes bien.

—Vamos, ha contado lo de esa muchacha durante horas enteras, ¡hace meses que vive de eso! Tengo su sucio dinero en casa, guardado en una caja, para recordármelo.

—Todo ha terminado, han visto que su demonio, ese italiano, se marchaba hacia la estación muy mal parado; dicen que lo han reconocido. Y además han cambiado de programa en el Gran Teatro, ahora hay una opereta.

—Si ya no ama a la otra, ¿me amaré a mí?

—Un hombre no sirve sólo para amar. ¿Has estado con el señor Siméon por amor?

—No, era por Horty, para que lo pusiesen en una grúa y dejara de deslomarse. No es precisamente amor lo que he tenido con Siméon. Ahora quiero amor. Bathilde sí me comprende.

—Lo tendrás. Pero si no vuelves con tu marido, ¿cómo sabrás de qué será capaz esta noche?

Las mujeres de la playa empujarían entonces a Zoé de manera que se encontrara frente a Horty, quien le diría sencillamente:

—¿Cuántos sacos has recogido? Dámelos, vamos, los llevo a casa. Espero que hayas encendido la estufa, porque ahora va a ser necesario secar toda esta mercancía, Zoé, pequeña.

Corriendo por el centro de las calles desiertas para evitar los fragmentos de tejas y los hierros de las chimeneas que el tornado arrancaba de los tejados, con los cabellos chorreando bajo la lluvia, Horty se reía pensando en todas las cosas felices que seguramente sucederían al día siguiente por la mañana y que él era el único que podía imaginar.

Metió la mano hasta el fondo de su bolsillo para verificar que tenía aún el dinero que había recibido de Zeppe. Los billetes ya estaban mojados, casi a punto de deshacerse.

Necesitó cerca de una hora para llegar a la villa donde lo esperaba Marie.

La casa era blanca, amplia, de dos pisos y con altillos. La tempestad soplaba aquí con la misma rabia que en los barrios bajos; sin embargo, parecía que la villa, por su asentamiento sólido, obligaba al viento a apaciguarse un poco, como una voz segura que calma a un perro furioso.

Se alzaba detrás de una doble verja de hierro, al final de una avenida ligeramente curva, bordeada de árboles bajos y tupidos. Su nombre estaba grabado en letras negras, rodeadas de complicadas orlas, sobre una placa de mármol blanco.

Se llamaba La Española.

Quizá le hubieran puesto ese nombre porque encima del portal, en lo alto de dos columnas medio empotradas en la estructura, había unas esculturas que representaban cabezas de toro. Cada toro tenía en sus fauces la anilla de un farol. Los faroles estaban encendidos, sus llamas protegidas por gruesos vidrios, y las mandíbulas de los toros los aferraban con tanta firmeza que apenas si se balanceaban por efecto del viento.

La parte baja de los muros blancos estaba cubierta por un friso de mosaicos de Toledo, cuyos rosetones azules y amarillos había reavivado la lluvia.

Situados entre los toros, los nueve peldaños de una ancha escalera, donde temblaban hojas muertas, conducían a la puerta principal, hecha de un pesado tablón con molduras de madera oscura.

Marie había recomendado a Horty que entrara sin llamar a esa puerta; estaría sola en la villa, de modo que era innecesario obligarla a bajar para abrir. Tal vez no estaría completamente lista, o quería que él se deslumbrase al encontrarla.

Horty se preguntó si se vestiría de blanco y negro o si se pondría un vestido de Camille.

Quizás escogiera el vestido verde almendra. Él no tenía preferencias. Iba para ver y estrechar contra su pecho a Marie desnuda.

Le había dicho que dejaría en la entrada una palmatoria encendida. Buscó la

palmatoria, pero no vio nada que se le pareciera. Con todos los preparativos, la había olvidado. No tenía importancia, la villa estaba muy iluminada. Había candeleros por todas partes y hasta lámparas. También hacía mucho calor, debido al fuego de las chimeneas; cada habitación tenía una, con su provisión de troncos de árboles frutales, olorosos, cortados a la medida exacta.

Era la primera vez que Horty entraba en una casa burguesa. Aquel calor y todas aquellas luces marcaban la diferencia entre una bella mansión como la villa La Española y las casas de la calle de La Villemarqué. Aunque Zoé encendiese las dos estufas al rojo vivo, jamás lograría esa dulce tibieza. Aquí las paredes, las pinturas, el entablado, los muebles, todo devolvía el calor, lo rechazaba en lugar de absorberlo y de provocar, en cambio, un vaho húmedo tan penetrante como las brumas que mantenían a la Ville-Basse en una especie de crepúsculo permanente.

Ignorando dónde lo esperaba Marie —y esta incertidumbre, pensó, formaba parte del juego de seducción que lo atraía—, avanzó por habitaciones llenas de cosas magníficas y de silencio.

De vez en cuando se detenía, emocionado por la gracia de un objeto que no siempre sabía para qué servía, si bien adivinaba que la mayoría eran instrumentos de navegación, pero de una marinería ya desaparecida. Los rozaba con la punta de los dedos, y a veces uno se ponía en movimiento, oscilando o girando sobre sí mismo con un ruidito sigiloso.

Regresó por el camino que acababa de recorrer, en busca de un hogar donde las llamas no fueran demasiado vivas, donde dominasen las brasas. Encontró lo que buscaba en un cuarto ocupado por una mesa de ocho patas, cubierta con un mantel bordado, sobre la cual se alineaba una colección de vasijas esmaltadas. Se inclinó junto a la chimenea y extendió los billetes húmedos sobre el suelo para secarlos un poco antes de entregárselos a Marie. Se preguntó por qué le había pedido dinero con tanta insistencia. No habría tenido ninguna dificultad en robar aquí lo suficiente, e incluso más, para pagar su pasaje en el barco de la Norddeutscher y comprarse el mejor caballo de las caballerizas de Nueva York. Claro que, como ignoraba cuánto podía darle Horty, tal vez había robado alguna cosa.

Cuando los billetes estuvieron casi secos, Horty los alisó cuidadosamente con la palma de la mano. Los sujetó con la ayuda de una cinta que encontró en una cesta. Ancha y roja, con dibujitos que representaban hojas de acebo, esa cinta debió de ser comprada en previsión de las fiestas de Navidad. En cierto modo, toda esa plata parecía como un regalo; en todo caso, era menos sórdido que un puñado de billetes arrugados que se colocan sobre una cama. Esta noche todo debía ser tan hermoso como fuese posible.

El nudo le recordó el que había hecho apretando con suavidad alrededor de las muñecas de Marie en la escalera de la fábrica Harston & Harston. Entonces lo invadió el deseo de ver y de tocar a la joven, de una forma tan violenta que tuvo que dominarse para no precipitarse gritando «Marie, Marie». La llamó, pues, tan

suavemente como pudo. Pero nadie respondió. Subió la escalera. Su mano dejaba un rastro húmedo en la barandilla.

En ese piso había siete habitaciones. Marie no estaba en las seis primeras. Tampoco en la séptima, pero sobre la alfombra y sobre la cama deshecha Horty vio livianas ropas negras dispersas. Reconoció prendas interiores, medias, ligas. Recogió unas enaguas y se sintió tan fuertemente emocionado cuando las acercó a su cara que estuvo a punto de llorar.

Entre esa delgada y fresca prenda de seda estaba la verdadera vida de Marie, que él reencontraba y que lo hacía temblar. Embrutecido por el ferrocarril, el vino y las charlas de Zeppe, topando cada noche con la gran foto inanimada cuya mirada ya incierta palidecía con el tiempo, recordaba haber sufrido al creer perdida a la joven, pero jamás había tenido conciencia de hasta qué punto ese sufrimiento lo había destrozado. Al fin lo comprendía.

La llamó una vez más.

—Marie, estoy aquí. Con el dinero. Venga ya. Aunque no esté lista, no me importa, usted lo sabe.

Escuchó, esperó. No existía sino la confusión lancinante, contra los vidrios, del aguacero que volvía a estallar. Marie jugaba siempre a esconderse. Horty, por su parte, ya no tenía ganas de jugar.

A la derecha de la cama había una puerta entreabierta que daba a un cuarto de baño.

Una luz inestable, probablemente la de una lámpara con la mecha mal ajustada, se filtraba por la rendija. Horty pensó que Marie había ido a mojarse los cabellos para darles el mismo color impreciso, el mismo perfume de lluvia que tenían en Southampton.

Entró.

Marie estaba estirada en la bañera. Uno de sus brazos colgaba por encima del reborde de loza blanca, crispado como si hubiese tratado de levantarse desesperadamente. Esa actitud se debía sencillamente a la forma en que se había hundido en el agua después de que su nuca, al resbalar, chocara con el grifo de cobre al que permanecían adheridos algunos de sus cabellos rubios. Sus párpados estaban caídos. Quizás había cerrado los ojos en el momento de poner los pies en el agua, disfrutando por adelantado del bienestar que iba a producirle ese baño. Su boca había quedado abierta en lo que sin duda quiso ser un grito. Aparte de eso, sus rasgos no reflejaban ningún terror. Si había tenido tiempo de pensar que se haría daño al resbalar, no había imaginado que se mataría.

El agua tranquila que la cubría estaba ahora completamente fría y a Horty le

asaltó el pensamiento, absurdo pero imperativo, de tener que calentar a Marie.

Pero cuando pasó un brazo bajo los hombros de la joven para levantar su rostro, el cuello de Marie pareció quebrarse, su cabeza cayó hacia atrás y quedó en una posición dislocada. Horty se horrorizó. Gimió. En voz muy baja, llamó a su mujer. Zoé era el único ser viviente, esa noche, que podía comprender en qué abismo infinito estaba Horty a punto de caer. Deseó con locura que Zoé acudiese y que le tendiera su mano, pequeña y arrugada, pero segura, para retenerlo. A esa misma hora, acurrucada contra el gran cuerpo de Bathilde, Zoé descubría el placer.

Horty pensó que tal vez soportaría mirar, sin gritar, a Marie ahogada, ya que así se la había imaginado tanto tiempo; pero no admitiría jamás ese cuello roto, esa cabeza desarticulada, que la volvían casi horrorosa. Entonces retiró su brazo de debajo de los hombros rígidos y helados, y dejó que la joven se hundiese bajo el agua. Ése fue su último acto consciente; después algo opaco lo invadió y ya no supo quién era.

Marie le había dicho que podían permanecer juntos hasta que sonaran las sirenas de las cinco y media que anunciaban la apertura de los muelles y los almacenes, y la puesta en marcha de las grúas de vapor.

Esperó, pues, hasta entonces, acurrucado junto a la bañera. De vez en cuando, con un ademán mecánico, tocaba el agua clara en la que estaba sumergida Marie. La encontraba cada vez más fría, pero probablemente era una ilusión. Intentó vomitar. No lo logró.

Exactamente a las cinco y media, las sirenas comenzaron a ulular a lo lejos.

Horty se inclinó, levantó el cadáver de Marie y lo tomó en sus brazos. Notó que la joven pesaba bastante, pero tal vez era a causa de toda el agua que había penetrado en su pequeño cuerpo por la boca abierta.

Cuando Horty abandonó la villa La Española, todavía estaba oscuro. La tormenta había roto uno de los faroles suspendidos en la boca de los toros de piedra. Mezclados con las hojas muertas, los fragmentos de cristal centelleaban a la luz de la luna. Ahora la tempestad había amainado. Algunos pájaros se aventuraban chillando en lo que quedaba de noche y de viento.

Edmond Geirard
Director
Gran Teatro de N...
4, Plaza del Mercado

Señor Giuseppe Brassatto
Via del Ghetto
Venecia

N... 17de mayo de 1913

(Audiciones concertadas solamente. Los manuscritos sometidos a estudio no serán devueltos.)

Estimado señor:

El administrador me informa que conservamos desde hace algún tiempo, en nuestro almacén de accesorios, un elemento escénico utilizado durante la serie de espectáculos que lleva en nuestros libros la referencia Horty, una narración dramática sobre el naufragio del Titanic.

Se trata de una ampliación fotográfica de alrededor de un metro con sesenta de altura, montada sobre una plancha de madera blanca, y que representa, como lo precisa la inscripción que lleva detrás, al personaje femenino llamado «la camarera».

Nuestro reglamento interno estipula que los accesorios y decorados que no pertenezcan al establecimiento del Gran Teatro deben ser reclamados y retirados por sus propietarios, y que, en caso de no hacerlo, se cobrará a los susodichos los gastos de depósito y vigilancia, que suman dos francos y treinta céntimos por mes.

Deseoso de no importunarlo, he tratado de reunirme primero con Horty, pensando que se encargaría gustoso de retirar la gran foto.

Me he dirigido a su domicilio, en la calle de la Villemarqué, n.º 78. He sabido por su esposa que no ha aparecido desde la noche en que interrumpió repentinamente su actuación, abandonando el escenario en un estado de agitación extraordinario. Esta mujer cree que Horty partió para Estados Unidos, con idea de dirigirse al estado de Maine; me lo ha repetido varias veces, aunque no estaba muy segura de que ese estado existiese, como tampoco, por supuesto, de que hubiera existido todo lo demás. Me ha parecido una soñadora, así como en verdad lo era el mismo Horty. En su casa hay un cartel que dice que está en venta, pero no es la única; una parte de la vía debe ser demolida para permitir la ampliación del puerto, y especialmente para excavar una cuenca con la profundidad suficiente para acoger al fin entre nosotros los mayores transatlánticos.

Tampoco me han podido decir mucho en el cabaret la Tête d'Écaille, al que solía ir Horty.

Si ha tenido ocasión de leer los periódicos franceses durante su viaje de regreso a Venecia, tal vez sepa que el mar arrojó, en el lugar llamado «el puerto de las mujeres», el cadáver de una ahogada cuyos rasgos, a pesar de las alteraciones

habituales en este género de defunciones, no dejaban de recordar los de la joven camarera cuya fotografía, depositada en nuestro teatro, me ha brindado el placer de escribirle hoy. Según algunos, la desdichada iba vestida con un traje negro y un delantal blanco. Según otros, estaba desnuda. Como siempre en semejantes casos, la verdad se sitúa probablemente entre las dos versiones.

Aquí el invierno ha sido crudo. Muchos de los pájaros que anidan en los castaños de nuestra hermosa plaza han muerto, víctimas del intenso frío.

A pesar de haber contado con uno de los más brillantes programas (piense que hemos tenido el placer de recibir a una compañía italiana de ópera, sí, mi querido señor, a toda la compañía, incluido un fabricante de instrumentos de cuerda para que se hiciera cargo de los violines, y hasta mandaderos sicilianos para acarrearlos cestos del vestuario), las fiestas de Fin de Año fueron, me temo, menos alegres, menos serenas que de costumbre. Eso se explica por el espíritu triste de la gente. Tenemos en Francia personas sensatas, como M. Jaurés, que no cesan de alertar sobre el espantoso peligro de un conflicto, mientras que otros cuentan ya, con una especie de gula, las divisiones que se podrían desplegar: setenta y cuatro en Francia, y por lo menos veinte más en Alemania.

En fin, parece que le ocurra lo que le ocurra a nuestro mundo, su querida Italia espera permanecer al margen de todo ello. Le envidio. ¿No es ya la época de las glicinas en Venecia...?

Esta carta quedó sin respuesta. Ya sea porque Zeppe no llegó jamás a la Via del Ghetto o porque decidió pasar la página sobre el episodio de la camarera del *Titanic*.

Cuando estalló la guerra y el Gran Teatro se convirtió en un cuartel para las tropas británicas que habían ido a combatir en Francia, los marinos de la *Home Fleet* se apoderaron de la foto. La plantaron en una playa para que sirviese de blanco en los ejercicios de tiro de una pequeña cañonera gris.

Chaufour-Southampton - La Roche
Septiembre de 1990

Notas

[1] Fuerte, pero sabroso. <<

[2] Cóbrese. Y lo mismo para todos los presentes. <<

[3] Perdone, pero no comprenden lo que intentamos decir. <<

[4] Uno de los nombres dados a la mítica serpiente marina. <<